

# El momento de nuestras vidas



Una novela de  
**JAVIER CARRASCOSA ADRIÁN**



# Agradecimientos

A mis 27 años he aprendido que en esta vida es bueno ser agradecido. Lamentablemente no puedo nombrar a todos y cada uno de los que habéis aportado algo para hacer crecer a la persona que soy, porque necesitaría escribir otro libro para citaros a todos. De todas maneras intentaré mencionar, con la mayor brevedad posible, a las personas que, de alguna u otra manera, han influido en la elaboración de esta obra.

Dedico este libro a toda mi familia, especialmente a mis padres, que aparte de estar siempre a mi lado me han enseñado que todo esfuerzo tiene una recompensa. A lo mejor por eso estoy empezando a disfrutar de esta nueva etapa de mi vida. También a mi hermana, que me ha enseñado a crecer y me ha inculcado la idea de que si caigo debo volver a levantarme. Los consejos que me has dado me han hecho más fuerte. ¡Gracias!

También quiero dedicarle esta novela a Antonio, y no solamente por tratarme la alergia ni por lo mucho que me ha enseñado de la vida en este último año. Gracias a él podéis leer este manuscrito, puesto que una mañana mantuvimos una conversación en la que me hizo ver que tenemos que tomar conciencia del don que cada uno lleva en su interior y despertar el interés por trabajarlo y desarrollarlo. Aquel mismo día decidí terminar esta novela que tenía aparcada desde hacía varios meses. A Carlos Enríquez, que ha dedicado mucho tiempo e interés en mejorar algunos aspectos que eran necesarios; gracias a él ha quedado mucho más profesional. Y, por supuesto, no me olvido de vosotros, Adrián y Sara. A Adrián por estar conmigo en los buenos y malos momentos, y por hacerme ver que las cosas son más sencillas de lo que parecen. También por ofrecerse a realizar la portada del libro a mi gusto; no sabes lo mucho que has influido en mi vida, ¡gracias! Y a Sara, por ser de las

primeras personas en leer «El momento de nuestras vidas», y animarme a publicarla y a seguir adelante con todo esto.

Por último se lo quiero dedicar, también, a mis dos abuelos. A ellos, que marcan nuestra infancia y que nos hacen reír y aprender tantas cosas, pero que, por desgracia, ya no siguen con nosotros. No por ello me he olvidado de vosotros, todo lo contrario. Siempre os recordaré y formaréis parte de mí.

El momento de nuestras vidas

Javier Carrascosa Adrián



1

El amor va sin complementos

El sol comienza a teñir de amarillo la ciudad. El silencio sigue vivo en las calles y el frío continúa con nosotros, pues todavía nos quedan unas semanas de invierno. Se puede oír revolotear a algún pájaro cerca de la ventana, pero todavía es pronto. Yo me acabo de despertar y he dormido bastante bien. Estoy descansado, después de la semana que he tenido y, además, estoy abrazado a ella, a mi chica. ¿Se puede empezar mejor el día? Gema todavía sigue durmiendo. Tiene el sueño profundo y oigo su respiración. Me encanta verla dormir; su pelo moreno está despeinado y su figura yace acostada, mirando al lado izquierdo, a tan solo unos pocos metros de la ventana de mi habitación.



Su rostro y su cuerpo transmiten paz y da gusto estar a su lado. Llevo con ella un poco más de cinco años y la verdad es que no puedo quejarme, pues hasta ahora han sido maravillosos: de sinceridad, de sorpresas, de muchas celebraciones y pocas discusiones; en fin, de ayuda mutua. Me siento como en un sueño del que no quiero despertar.

Por suerte tengo trabajo. No es que sea gran cosa porque solo estoy empleado a media jornada pero, tal y como están las cosas en España, he de dar gracias por todo lo que tengo. A Gema tan solo le faltan dos semanas para concluir las prácticas de la carrera y, después de cuatro años, roza ya con sus dedos la titulación de pedagogía. Me encanta cómo es, pues tras estos meses de duro esfuerzo durante la época de exámenes todo ha merecido la pena al final. Es lo que más admiro de ella: su esfuerzo; su gran esfuerzo.

Me he preguntado muchas veces cómo sería mi vida si no la hubiera conocido. ¿Sería todo igual de sencillo con otra chica? ¿Estaría igual de enamorado? ¿Tendríamos gustos tan parecidos como tenemos Gema y yo? Lo dudo mucho. A veces la gente me ve como un bicho raro: compañeros del trabajo, antiguos amigos de clase...; simplemente por el hecho de estar «tantos años» con la misma chica.

—¿Cuánto llevas con Gema, Adrián?

—El próximo mes hacemos tres años —contesté, como siempre, con satisfacción.

—¿En serio? ¡Tres años ya!

O aquella vez, cuando me preguntó mi amigo Raúl, al que hacía un montón de años que no veía:

—¿Ya tienes *novieta*?

—Sí, llevamos casi cinco años —respondí con ilusión.

—¿Qué dices! ¡Cinco años! A mí me da algo si soy tú. ¿Y sigues enamorado?

¿Que si sigo enamorado? Esa pregunta me parece un poco absurda. Si de verdad has estado enamorado de alguien, en algún momento, el amor no tiene por qué acabarse. Hoy día lo último que quiere mi generación es compromiso. Tan solo el «*rollete*» de una noche. Y está esa palabra tan corriente:

«*follamigos*», que significa, simplemente, que dos personas se encuentran para lo que yo llamo «hacer el amor» y después cada uno sigue con su vida y hasta la próxima; sin compromisos y con la total libertad de hacer cada cual lo que quiera y con quien quiera. Yo, afortunadamente, he encontrado lo que quería. A Gema no le gustan las relaciones abiertas, ni esporádicas; le gustan los vínculos estables, como a mí. Y es que a día de hoy cada vez es más complicado encontrar lo mismo que yo busco y por eso me siento tan afortunado. Gema sigue durmiendo y yo continúo abrazado a ella. No quiero moverme porque la podría despertar; además aprovecho estos momentos para recibir su calor y seguir pensando en mis cosas. Adoro esos suspiros de tranquilidad. Le doy un beso en la mejilla y dejo que siga durmiendo. Además, ambos estamos deseando que llegue este día, precisamente, para descansar, y eso es lo que hacemos. Cada uno a su manera, pero con la misma finalidad.

Echo un vistazo tiempo atrás, al pasado, antes de conocer a Gema. Yo tenía diecinueve años y el pelo un poco más largo que ahora; rubio, delgado, y mi pendiente de coco siempre en la oreja izquierda. Solía vestir chaqueta vaquera y era inexperto en cuanto a la vida y en cuanto a mujeres. Inseguro y tímido, pero siempre optimista y con una sonrisa pintada en la cara. Como cada sábado salía con mis amigos Santi y Antonio con el objetivo de divertirme y conocer gente. Santi, con un año menos que Antonio y que yo, tiene un carácter difícil de definir. Puede tener sus días buenos y malos, pero el buen humor siempre camina con él. También transmite seguridad en sí mismo; es realista, muy realista, y le gusta decir las cosas claras, tal y como son; es un chico directo y siempre está a tu lado para lo que necesites. El carácter de Antonio, aparentemente, se parece un poco más al mío, cohibido y discreto, aunque cuando toma confianza se convierte en el alma de la fiesta. Si tienes algún problema, además, Antonio es la persona indicada para ayudarte, pues es capaz de ponerse en la piel del otro y buscar la solución más oportuna. Le he dicho, más de una vez, que serviría como psicólogo; tendría un gran futuro, la verdad, pero él se decantó hace años por otra rama.

Nuestra rutina de antes era siempre la misma. Cada sábado quedábamos a media tarde y empezábamos dando una vuelta y contándonos, de forma somera, la semana que habíamos tenido. Luego venía la sesión de cine, cada uno de nosotros con gustos diferentes, así que cada sábado le tocaba a uno de nosotros elegir la película. Santi siempre optaba por las de ciencia-ficción,

Antonio prefería las de misterio, y yo me decantaba por la comedia. Al finalizar la película debatíamos qué habría hecho cada uno en la situación del protagonista y dejábamos volar nuestra imaginación. Nos inventábamos algunas escenas cómicas y no parábamos de reír hasta la hora de cenar. Durante la última comida del día nos imponíamos una norma, y es que en la mesa solo se podía hablar, o bien de fútbol o bien de chicas, por lo que, entre pizzas y cervezas, intercambiábamos opiniones para todos los gustos. Por último tocaba salir por la noche, de discoteca en discoteca y haciendo el cafre; risas, paranoias y, en alguna ocasión, algún intento de ligue si se ponía en bandeja. De vez en cuando añoro aquellos tiempos.

Tampoco era todo tan bonito como podría parecer. Entre semana no solía quedar con mis amigos. Me dedicaba más bien a estudiar e ir a clase. Los estudios no se me daban muy bien y por eso tenía que dedicarles, todavía, más tiempo de lo previsto. ¡Cómo si ya de por sí estudiar bachiller se hiciese dando un paseo! Y respecto a las clases eran nada más que pasables; rara era la asignatura que lograba, realmente, despertar mi curiosidad, aunque tuve la suerte de encontrar muy buenos compañeros. Y entre clases y estudio, alguna vez, me invadía ese sentimiento de tristeza en el que lo veía todo negro y, al mismo tiempo, me sentía solo sin tener motivos. Recuerdo que, uno de esos momentos, me sorprendió estudiando. Abrí el libro de Geografía, comencé a tratar de estudiar y, sin más, me puse a llorar. Fue uno de aquellos instantes en los que uno necesita desahogarse y en los que, sin saber cómo ni por qué, nos ponemos de esa manera. Minutos después entró mi madre y ya os podéis imaginar el panorama:

—Adrián, ¿qué te pasa?, ¿por qué estás así? —preguntó preocupada—. ¿Es por tus exámenes o quizá por alguna chica? —insistió tras unos segundos, ya que como respuesta le di mi silencio.

—No lo sé ni yo. De verdad, no te preocupes; creo que estoy un poco agobiado por los exámenes —contesté para no preocuparla y que me dejara tranquilo.

Por fortuna, cuando inicié mi relación con Gema, todos esos momentos de tristeza desaparecieron y, conforme pasaron los años, aún más. La verdad es que la vida cambia bastante cuando conoces a esa persona que tanto esperas y cuando ves que todo funciona muy bien. Recuerdo el día que la vi por primera

vez. Fue un sábado más, de aquellos que ocupaba con mis amigos. Ya habíamos cenado y estábamos en el interior de una discoteca. Había mucha gente, más de lo previsto. En el local se celebraban cenas de empresa, fiestas de universitarios y había ambiente por todos lados. Todo el lugar se encontraba tan repleto que lo único que podías hacer era moverte por donde pudieses, apretado, y siempre echando de menos un poco de oxígeno. La música estaba tan alta como de costumbre y las luces estroboscópicas parpadeaban más rápido de lo normal; estar quieto y parado era lo único que podías hacer allí dentro.

—Chicos, ¡necesito salir de aquí! —exclamó Santi, agobiado.

—Creo que yo también —contesté con la misma necesidad.

Salimos de aquella olla de gente para poder respirar aire de verdad. El frío que hacía en el exterior del local fue motivo de alivio. Seguimos allí fuera durante unos minutos más y, mientras tanto, estuvimos preguntándonos si habría algún sitio cerca que se encontrara algo más tranquilo. A Santi se le ocurrió la idea de que nos acercáramos a un pub donde pudiéramos sentarnos, beber tranquilamente y jugar una partida de billar. Y así lo hicimos. Entramos en el Pub Stadium, un lugar que nos pillaba cerca y al que tan solo habíamos ido un par de veces. Había gente, pero ni punto de comparación con todo lo que habíamos visto antes. La música era tranquila y el sitio más acogedor. Lo primero que hicimos fue sentarnos, porque creo que los tres lo necesitábamos y enseguida nos atendió el dueño del local. Una vez servidos, empezamos a hablar de nuestras cosas. La tele estaba encendida en modo silencio y tan solo se podían ver los resúmenes de los encuentros de fútbol disputados aquel día. A nuestra derecha teníamos a un grupo de jóvenes brindando y a nuestra izquierda a cuatro chicas. Por lo que pudimos oír, charlaban de economía y negocios, pues acababan de abrir una empresa; enfrente de nosotros, un grupo de personas ya no tan jóvenes, bebían ron con cola, vodka y tequila y nos dio la impresión de que estaban todos con una copa de más. De repente me percaté de que justo al lado del billar, y sin darme cuenta ni de cómo habían llegado hasta allí, se encontraban unas chicas; y si, una de ellas era Gema. Su melena negra, grandes ojos marrones, una mirada dulce y una inmensa sonrisa. Mis ojos quedaron como hipnotizados. Dejé de escuchar el tema de conversación que mantenían Santi y Antonio y tan solo me dediqué a mirar de reojo a

aquella chica, una y otra vez. Minutos después ella también posó sus ojos en mí; aparté la mirada rápido, con disimulo, fingiendo estar pendiente de otras cosas. No habían pasado ni treinta segundos cuando de nuevo volví a mirar y..., ¡zas!, ella volvió a poner sus ojos en mi, esta vez sorprendiéndome mientras la observaba. En seguida volví a apartar la vista..., ¡pum, pum!, ¡pum, pum! Podía sentir los latidos de mi corazón; de forma descarada la volví a mirar una y otra vez y así, un minuto tras otro, proseguimos cruzando nuestras miradas; sus ojos y los míos eran como dos imanes que se buscaban entre ellos.

—Adrián, ¿te has dado cuenta, no? —me preguntó Antonio, algo perplejo.

—¿De qué? —respondí haciéndome el tonto y algo nervioso.

—La chica morena del billar te está mirando, fijate bien.

¡Claro que me había fijado! Cómo no iba a mirar, una y otra vez, esos ojos tan vivos; esa mirada de ángel, su cintura, su manera de vestir, ella... Por dentro me moría de ganas de acercarme, de hablar con ella y tratar de conocerla y saber su nombre. Mientras tanto el tiempo se detuvo. Los segundos eran minutos, y cada minuto era una oportunidad que tenía que aprovechar para intentar que se me ocurriera algo, una excusa. Quería conocer a esa chica y algo tenía que hacer al respecto, pero no sabía qué. Por el momento seguíamos mirándonos el uno al otro. Parecía un juego; cuando ella me pillaba observándola yo apartaba la vista y viceversa. Al mismo tiempo, me sentí bloqueado, impotente y, mientras seguía pensando, el juego entre nosotros continuaba. Cinco, diez y hasta quince cruces de nuestras miradas en menos de un minuto. Invité a la sonrisa a participar en aquel juego y ella también la invitó. De nuevo volví a sentir los latidos de mi propio corazón y conforme pasaban los minutos me fui poniendo más nervioso.

—Acércate y dile algo, no seas tonto —me decía Antonio, dándose cuenta de todo.

—¿Qué le digo? No se me ocurre nada —respondí intentando disimular mi nerviosismo.

—Nos acercamos los tres y jugamos con ellas al billar. Y tú procuras hablar con ella conforme avance la partida...

Dicho y hecho. Nos levantamos y fuimos directos hacia el billar. La verdad

es que Antonio tiene muy buenas ideas y, además, sabe improvisar en los momentos clave. Cada paso que daba aceleraba más mi corazón; mis ojos saltaban sin saber dónde posarse y aquellos momentos se me antojaron los más largos de mi vida. Nada más llegar, Santi fue quien rompió el hielo y de forma muy natural, retándolas a una partida al billar y aprovechando la ocasión para presentarnos. Recuerdo cuando oí la voz de Gema por mi primera vez, tan dulce como el olor que desprendía, transmitiendo confianza y revelando, a primera vista, lo buena persona que era. La partida empezó con las chicas golpeando la bola primero. El primer tiro que hacían y cayó una bola rayada, así que nosotros teníamos que ir a lisas. Ellas lo celebraron como si hubiesen marcado un gol; nosotros fuimos más discretos, pero también empezamos fuerte. A ratos aproveché para lanzar alguna que otra sonrisa a Gema. Ella estaba un poco más cohibida, pero nuestro juego de miradas continuaba, que era lo importante. Íbamos ganando de tres, pero al final acabé colando la bola negra. Santi me miró como queriendo decir: «¡te has dejado ganar!», y las chicas lo celebraron invitándonos a otra partida. La segunda fue un poco más lenta, pero al final salimos vencedores y dejamos las cosas en empate. Gema y yo fuimos atreviéndonos a hablar, poco a poco. Me dijo que estaba estudiando bachiller, como yo, y que luego quería estudiar la carrera de pedagogía. También me habló de sus amigas y me dijo que le encantaba leer y escuchar música. Yo me dediqué más a escuchar que a hablar; si veía la ocasión la hacía reír con cualquier broma sencilla y así, poco a poco, fui entregándole mi confianza.

Por desgracia el tiempo no se detuvo y la noche continuó su camino. Los locales, discotecas y demás se iban quedando vacíos. Mis amigos decidieron regresar a sus casas y las amigas de Gema se fueron un poco más tarde. Nos quedamos solos ella y yo, pese a que de tanto hablar y reír se nos había echado el tiempo encima. Ya no debía faltar mucho para que amaneciera así que decidí acompañarla a casa.

—Menudo frío que hace —dijo Gema tiritando y abrazándose a sí misma.

Yo, sin más, me acerqué y le abracé con todas mis fuerzas. Simplemente ocurrió. Desde mi punto de vista creo que no hay mejor forma de iniciar una relación que con un abrazo; el impulso de un sincero abrazo que ha surgido y que se ha llevado a cabo sin pensar. Gema lo agradeció, porque su cara reflejó

calma y confianza y luego acompañó su expresión con un suspiro. Una vez que llegamos a su casa no me atreví a besarla. Era demasiado pronto y siempre me ha gustado hacer las cosas poco a poco; creo que la espera es parte de la magia. Finalmente intercambiamos nuestros números de teléfono y nuestro *Messenger*, una aplicación que ya no existe pero que entonces era utilizada de forma muy corriente para hablar a través de internet y mantenerte en contacto con tus conocidos.

Me encantaría tener una máquina del tiempo para viajar al pasado y vivir de nuevo los días más especiales de mi vida porque, sin duda, uno de ellos fue el día que la conocí. Por eso pienso que lo más bonito es recordar todo aquello por lo que nos gustaría volver a pasar; recordar, recordar y recordar, una y otra vez, para que no se olviden esos momentos por los que merece la pena vivir.

Parece que ya ha amanecido. La luz empieza a entrar en la habitación, pero Gema todavía sigue dormida. Anoche noté que estaba cansada, y es normal, porque se toma muy a pecho sus obligaciones. Me pregunto, muchas veces, qué nos deparará el futuro, aunque quizá eso es algo que es mejor no saber. Me gusta vivir el presente y no pensar en el mañana, pero, ¿quién no ha tenido curiosidad por saber dónde vivirá de aquí a unos años?, ¿o conocer en qué trabajaremos?, ¿cómo serán nuestros hijos? Todavía estoy viviendo en casa de mis padres, pero espero que de aquí a unos meses las cosas mejoren y Gema consiga trabajo. Y a mí que me contraten más horas o, tal vez, poder encontrar otro trabajo mejor. Creo que, en ese sentido, nunca hay que conformarse con lo que uno tiene y más cuando lo que se posee es poco y la vida, hoy en día, es cada vez es más exigente.

Normalmente entre semana no solemos vernos. Cada uno lleva a cabo sus rutinas y solo algunas veces, si surge algún cambio, tratamos de vernos un rato. Por eso, cuando llega el fin de semana aprovechamos al máximo para vernos; tanto es así que Gema, muchas veces, se queda a dormir en mi casa o al revés. Mis padres se llevan muy bien con ella; dicen que es muy buena chica y que, al fin y al cabo, eso es lo que cuenta. Bueno, eso y que nos queramos. Como dijo una vez mi madre: «el amor va sin complementos», y en eso le doy toda la razón. No sé de dónde sacó esa frase; si la escuchó en alguna película o la leyó en un libro pero, sinceramente, estoy de acuerdo con

ella. Pienso que quererle no es más que un sentimiento que nace y que te impulsa a estar al lado de esa otra persona, a tratar de que sea feliz e incluso a hacer lo imposible por ella, sin recibir nada a cambio y sin importar los bienes materiales que tenga o deje de tener. Mi madre es de estatura mediana, con melena rubia y ojos verdes, y le gustan mucho la lectura y la poesía. De hecho, su autor favorito es Pablo Neruda. La gente dice que me parezco mucho a ella. Mi padre es muy diferente a mi madre en cuanto a gustos. A él le encanta el rock y el deporte de riesgo; su actividad deportiva favorita es la escalada. Alguna vez he ido a escalar con él, pero me gustan más las actividades un poco más seguras. Desde los catorce años, él trabaja en una imprenta. No tuvo la oportunidad de estudiar y elegir a qué quería dedicarse en un futuro. Eran otros tiempos donde la mayoría de las personas no podía elegir lo que quería hacer con su vida. Cuando me saqué el graduado me dijo: «Estudia. Lo único que quiero es que llegues un poco más lejos que yo. No te pido más; tan solo que llegues un poco más lejos». No hay nada como el consejo de un padre, el verdadero maestro que te enseña desde que eres bien pequeño y que siempre mira por tu bienestar.

Los padres de Gema son diferentes a los míos. También me llevo muy bien con ellos. Su madre es muy buena mujer: el pelo negro, como Gema; los ojos marrones, aunque son un poco más pequeños que los de su hija. Tienen varios rasgos en común, aunque desde mi punto de vista ella se parece más a su padre. Además, le gusta mucho hablar de hogar, decoración y jardinería. Su padre es alto, castaño, de ojos marrones, y delgado. Uno de sus *hobbies* es, sin duda, montar puzzles. Tiene toda una habitación para él llena de mesas, y en cada una de ellas hay un puzzle a medio montar. Todos ellos son fotos de paisajes y cuentan con cerca de las cinco mil fichas. Para mí tiene mucho mérito pues yo, con mi impaciencia, creo que no sería capaz de hacer ni uno de trescientas fichas. Cuando termina un puzzle lo pega sobre un corcho con adhesivo y lo cuelga por la casa. Ambos son buenas personas; cada vez que voy a su casa preguntan por mi familia, me dan recuerdos para ellos y siempre sacan algún tema de conversación agradable.

Parece que Gema se está despertando. Ya son casi las diez y ya ha empezado a moverse. Ahora es cuando me hago el dormido para que me despierte a besos. Y así es; se mueve más de lo normal, a propósito, para ver si me despierto yo también y me da besos en la mejilla y me hace cosquillas en



la cintura, para que me ría y despierte de buen humor.

—Buenos días, dormilón —me dice susurrándome al oído y mordiéndose el labio inferior.

—Buenos días. Llevo despierto un rato, pero se está tan bien aquí, calentito, que no me apetece nada levantarme —respondo en voz baja, estirando los brazos.

—Claro, claro, siempre dices lo mismo y siempre te tengo que despertar yo cada domingo —dice, mientras juguetea con sus dedos por mi cuello.

Gema tiene buen despertar, por lo menos los días festivos. Lo mejor de todo es que me lo contagia. Espero que cuando vivamos juntos todo sea igual porque me hará falta tenerla a mi lado los lunes, que es el día que más me cuesta empezar la jornada.

—¿Has dormido bien? —le pregunto.

—Como un tronco. No me he despertado en toda la noche —responde mientras bosteza.

—Yo tampoco me he despertado en toda la noche; eso sí, me desvelé cerca de las siete y ya no he pillado el sueño.

—Seguro... —insinúa Gema, que no se lo está creyendo.

Y así empezamos el día Gema y yo. Al igual que otros domingos, nos cuesta levantarnos de la cama. Nos preparamos el desayuno: zumo de naranja y pan tostado. Hacemos las camas y nos aseamos. Por último, pensamos qué hacer ese día. Yo prefiero ir a comer al campo, pero ella me pone la excusa de que hace frío, y al momento propone ir al cine; tiene ganas de ver la película «*Love and Bruises*», un drama sobre el maltrato verbal y la adicción al sexo. Yo prefiero ver «*Pensé que iba a haber fiesta*», una comedia de amores, amigos y algo más. Pese a todo, al final, nos decantamos por la película que prefería Gema. La comida, en cambio, la elijo yo. Me apetece comer en un restaurante italiano al que hace mucho tiempo que no vamos. Además, allí trabaja un compañero de clase que dejó los estudios de bachiller. Lo saludaré y le pondré al día en cuanto a cómo les va a los demás compañeros y profesores.

Mientras me visto y me lavo, Gema aprovecha para hablar con su amiga

Valeria por *whatsapp*. Se cuentan brevemente la semana y si hay alguna novedad en sus relaciones de pareja. Valeria no es una de las chicas que estaba con Gema la noche que la conocí. Me la presentó semanas después. Es muy buena amiga; le caí muy bien desde que nos conocimos y dice que nos ve mucho futuro como pareja. Me encanta que hablen tan bien de nosotros. Prefiero ir viendo el día a día, pero sí que es verdad que en estos cinco años nos ha ido todo muy bien; ojalá estemos así toda la vida. Nunca olvidaré el día que se casó Estela, la hermana mayor de Valeria. Gema y yo estábamos invitados al evento. La ceremonia fue a media tarde y todo salió perfecto; algo así como la boda soñada por cualquier pareja. En la mesa estaban las amigas de Valeria, todas de nuestra misma generación; dos primas tuyas un poco más pequeñas y las parejas del grupo de amigas, entre ellos yo. Al finalizar la cena, Valeria aprovechó el momento para pronunciar un discurso donde nombró a todas sus amigas, agradeciéndoles el hecho de haber permanecido a su lado. También nombró a su pareja y, sorprendentemente, también a mí; increíble pero cierto. Sorprendente no porque nos llevemos mal, todo lo contrario -como ya he dicho antes tenemos una buena amistad-, pero sí que valoro mucho que en esos momentos se acuerden específicamente de ti. Valeria comentó que Gema es su mejor amiga y que soy la mejor persona que podía estar a su lado. También nos dijo que si algún día necesitábamos cualquier cosa, ella sería la primera en estar ahí para ayudarnos y desearnos que nos vaya lo mejor posible. La verdad es que estas cosas, a pesar de sacarme los colores, me encantan. Siempre es bueno eso de tener gente que valora a las personas por sus actos, personalidad y amistad. Gema no cuenta solamente con una buena persona a su lado como pareja, sino que tiene también a la mejor amiga.

Los dos estamos arreglados. Gema lleva puestas unas botas de color marrón y unos vaqueros azules. Su camisa va a juego con sus botas y lleva también una chaqueta negra que le regalé hace un año, por nuestro aniversario. El pelo lo lleva suelto; va maquillada y luce esa mirada que me vuelve loco. Está realmente preciosa. Yo llevo zapatos, vaqueros negros y un suéter de color gris, además de una chaqueta negra y el pelo arreglado. Estamos listos para comer en nuestro restaurante preferido y luego ver qué nos depara la película de Tahar Rahim y Corinne Yam.



2

La vida es un túnel de carretera

Los días han ido pasando. El frío ya no es tan intenso como hace unas semanas. Las calles de mi ciudad quedan aliviadas, por las tardes, con esos rayos de sol; los cerezos comienzan a dejar ver sus frutos y las golondrinas desfilan, volando, en cada atardecer. Gema ya ha concluido las prácticas y está bastante contenta. Ya tiene la titulación de pedagogía que tanto esfuerzo le ha supuesto. Lo celebramos en un restaurante junto a sus padres; es un sitio muy elegante y al que nunca antes habíamos ido ninguno de los dos. El padre de Gema pidió lomo de ciervo marinado y asado, con una salsa de arándanos y *cassis*. Su madre eligió terrina de hígado de pato al natural, con gelatina de moscatel, puré de manzana verde y tostaditas de pan de pasas. Gema pidió el mismo plato que su madre y yo me decanté por el atún de almadraba a la

plancha sobre verduras salteadas. En el centro de la mesa teníamos un recipiente de ensalada de ventresca de pez, con limón en aceite y tomates confitados. Todo aquello era nuevo para mi paladar; desde mi punto de vista no están nada mal, pero siempre he preferido las clásicas *pizzas* de los restaurantes o la comida rápida del *Burguer King* o un *Kebab*. El postre estuvo bastante acertado; los cuatro nos pedimos bizcocho de chocolate templado y relleno de helado de vainilla con salsa de caramelo que, por lo visto, era la especialidad del restaurante.

Después de la cena sus padres se fueron a casa y nosotros dimos un paseo. Aprovechamos para sentarnos en un banco. Había refrescado bastante, por lo que llevábamos la chaqueta puesta, así que aproveché para colocar mi brazo izquierdo sobre su hombro y ella reclinó su cabeza sobre mí. La noté pensativa.

—¿En qué piensas, cielo?

—¿Será todo igual de fácil a partir de ahora? —me preguntó, mientras miraba al frente.

—A qué te refieres, ¿al trabajo? —le contesté yo, queriendo saber qué le pasaba.

—Sí, supongo que al trabajo...

Me pareció encontrarla como ida; preocupada. Tan solo hace unas semanas que ha acabado sus estudios y ya está dándole muchas vueltas a todo. Intenté animarla y sacar su mejor sonrisa, por lo que le di un beso en sus tiernos labios.

—No te preocupes, todo llegará. Donde tú vayas, yo iré —le dije en voz baja.

Y así fue. Me enseñó su bonita sonrisa, me acarició la cara con la mano y me dio de nuevo un beso. Me encanta verla así, cuando le brillan los ojos y cuando me sonrío. También cuando se arregla y, sobre todo, cuando está conmigo. Gema siempre ha sido muy responsable, demasiado, a veces. Aunque estemos celebrando algo importante ella puede tener su mente en otro sitio, pensando en cosas que sabe que ni siquiera sucederán. Pero yo siempre la apoyo, intentando quitar hierro al asunto en cuestión, para animarla. Finalmente todo llegará; a su debido tiempo, pero llegará.

Después nos levantamos y continuamos nuestro paseo. La noche seguía bastante fresca; el cielo estaba despejado y la luna destacaba en el cielo oscuro. Al rato nos encontramos a Valeria junto a su pareja, Vicente. Iban con un numeroso grupo de personas, celebrando un cumpleaños. Se pararon a hablar con nosotros un rato y comentaron algunas anécdotas de la cena; bromas, risas y la sorpresa para el cumpleaños. Nosotros les contamos lo bien que cenamos. Yo destacué, sobre todo, el postre; lo bueno que estaba el bizcocho de chocolate templado y relleno de helado de vainilla con salsa de caramelo. La cara de Valeria lo decía todo y la de Vicente tampoco se quedaba atrás. Después de un rato de conversación se marcharon para continuar la noche junto a sus amigos. Gema y yo nos fuimos a casa. Aquel sábado no dormimos juntos porque estaba cansada debido a la actividad de la semana. Se había pasado todas las mañanas repartiendo currículums en colegios, empresas de formación, departamentos de recursos humanos, etc. Por las tardes se dedicaba a buscar toda la información posible respecto a ofertas de trabajo y delimitaba las zonas más cercanas a su domicilio en las que podía aspirar a empleos acordes con su preparación. Nos despedimos en su portal: besos, caricias y alguna risita entre bromas.

Acabo de quedar de nuevo con Gema. Estamos a mitad de semana y tenía la tarde libre. Me ha pedido que si podía acompañarla para seguir intentando encontrar trabajo. Siendo ella no podía decirle que no. La estoy esperando en el portal, pero llega tarde casi quince minutos, aunque esto en ella es normal. Veo cómo el ascensor sube a la tercera planta, así que intuyo que tiene que ser ella. Efectivamente; veo los números en el marcador en cuenta descendente: dos, uno, cero...; se abre la puerta y es ella. Nos saludamos con un beso y empezamos a contarnos nuestra mañana. Va bastante arreglada; luce muy buena presencia para causar buena impresión a las empresas y porta una carpeta azul donde lleva todos sus papeles, junto con las cartas de presentación. Como siempre muy organizada; simplemente ella.

—¿Dónde tienes pensado hoy entregar tus currículums? —Intento hacerme una idea de lo que tenemos que hacer esta tarde.

—En todas las tiendas que encontremos —responde ella, bastante decidida.

—¿Y de pedagogía? —pregunto sorprendido—. Al fin y al cabo es lo que

has estudiado.

—Creo que lo tienen ya en todos los sitios en los que podía entregarlo. Ahora miraré por todos los comercios y a esperar a ver si hay suerte — contesta Gema con cierto gesto de desánimo.

Le doy un beso en la frente mientras la cojo por la cintura. Recorremos las principales vías de la ciudad, que están bastante concurridas. Personas que salen del trabajo, gente que va de compras, madres con sus niños y alguna pareja cogida de la mano. Empezamos a entrar en las tiendas de ropa. Presenta su currículum en Sfera, Lefties, Springfield, Bershka, Shana, Sprinter, Stradivarius, Zara y Pull and Bear. En la gran mayoría aceptan su currículum. En Shana le dan unas hojas para rellenar los datos principales y en Sprinter le dan una dirección de correo para enviar sus datos y carta de presentación, vía internet. Mientras ella entra en cada tienda yo espero fuera con la carpeta, porque así cuando la vean pensarán que ha venido específicamente a entregarlo para ellos. El recorrido todavía no ha acabado, ni mucho menos, pues también nos acercamos a jugueterías, tiendas de calzado e incluso a algunos hoteles. La mayoría de las veces, cuando sale de los establecimientos, la veo un poco decepcionada. No hay rastro de su sonrisa ni de su optimismo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han dicho algo? —le pregunto mientras sale por la puerta.

—Nada...; que si tengo experiencia. —Sus gestos denotan decepción. Intento animarla.

—¡Pero si hace nada que has acabado los estudios! —exclamo—. Bueno, de todas formas no te preocupes, la suerte está echada y seguro que de algún sitio te llaman.

Aprovechamos para hacer un descanso y merendar en una heladería que nos viene de paso y que parece un local bastante tranquilo. Gema se pide un agua limón, aunque no tiene muchas ganas de tomarse nada. Yo me pido un zumo de melocotón, que hace tiempo que no tomo. Está bastante decaída e intento alentarla con algunas bromas y expresiones jocosas, pero ni siquiera se esfuerza en sonreír.

—Vamos, ámate que ya verás cómo encuentras trabajo, no te agobies por esto. Si tan solo hace unas semanas que acabaste los estudios —le digo,



mirándola a los ojos.

—No es eso. Si todo se basa en la experiencia, nadie podría empezar a trabajar, ¿no?

—Pues sí, pero...

—Y yo no quiero perder el tiempo sin hacer nada —me interrumpe, antes de que pueda continuar.

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena —respondo—. La gente no encuentra trabajo tan fácilmente, no de un día para otro. Y menos ahora; tan solo necesitas paciencia y seguir formándote en lo que puedas. —Intento aportar alguna idea aunque no está por la labor de hacerme mucho caso.

—Ya, pero eso no incrementará mi experiencia laboral —responde con rostro serio.

—Pues te la inventas. ¿Qué más da? Con que pongas que has trabajado tres meses en cualquier sitio... —Lo dejo caer, aun sabiendo que no es lo más indicado.

—Se darían cuenta. Ellos no son tontos, y menos los jefes.

Finalmente acabamos de tomar nuestras consumiciones. Gema me pide el bolso que está colgado en mi silla y se dirige a pagar. En la mano lleva la carpeta con los currículums. Parece que ha pensado en entregarlo también aquí, y la verdad es el sitio no estaría nada mal para trabajar porque se trata de una zona tranquila y con buen ambiente. Me decido a acompañarla para no dejarla sola.

—Buenas. ¿Se cobra, por favor, el agua limón y el zumo de...?

—De melocotón —le digo, para completar la frase.

—Claro que sí. Serán 4'40€, por favor —nos dice la dependienta.

—Mire, querría entregarles un currículum para ver si puedo trabajar con ustedes. Estoy disponible para cuando haga falta —le empieza a comentar Gema, de forma muy educada.

—Muy bien —responde la mujer que está tras el mostrador, mientras echa un vistazo al documento.

—Perdona, ¿no tienes experiencia? —pregunta la dependienta, extrañada.

Ya estamos con la dichosa frase. No tenía bastante con la tarde que llevamos para seguir con el mismo tema, erre que erre con el asunto. Gema mantiene el mismo tono educado mientras le dice la verdad, es decir, que no tiene experiencia ninguna.

—Lo siento mucho. Soy la dueña del local, pero si no tienes experiencia no te puedo llamar. Imagínate que te encuentras esto lleno; te costaría mucho llevar las cuentas, tapas, etc. —responde la mujer.

La cara de Gema es todo un poema mientras mantiene la conversación. Ya me puedo imaginar lo que va a decirme al salir. Me siento impotente en esta situación e intento arreglarlo.

—Es cierto que todavía no ha trabajado, pero acabó sus estudios hace unas semanas y es una chica que aprende muy rápido. La admiro mucho, y no se lo digo solo porque sea mi pareja. —Intento convencerla.

—Lo siento mucho, pero la respuesta sigue siendo no. Establezco esas normas para todos y no sería justa con los demás si le aceptara a usted el currículum —me responde con un tono de voz mucho más serio.

—Ya, pero si todos hiciésemos igual, ningún estudiante tendría la oportunidad de trabajar, ¿no cree? —le contesto con el mismo tono de voz grave que ella mantiene.

Gema nos interrumpe, le da las gracias y nos vamos. Ahora no solo va a estar triste y decaída; ahora también estará enfadada conmigo. Afortunadamente no solemos alterarnos mucho y cuando lo hacemos no suele durar más de un día. Nunca olvidaré nuestra riña más tonta; en realidad, resulta hasta gracioso. Me pone un *whatsapp* de buena mañana diciendo: «Entra al Play Store y bájate la aplicación de Apalabrados, te divertirás. Un beso, guapo». En realidad no me sonaba para nada, pero le hago caso y me bajo la aplicación. A los diez minutos ya estábamos jugando nuestra primera partida. Apenas entendía muy bien el juego; sé que se trataba de conseguir los máximos puntos posibles a base de escribir palabras. Gema tiraba por quince puntos; yo por ocho; ella por doce; yo por seis, hasta que llegamos casi al final de la partida y ganaba ella por cuarenta y seis puntos de diferencia. En esto que me escribe otro *whatsapp* que dice: «Me acaba de salir la Q, no tengo

donde ponerla, lo siento pero te tienes que rendir». A mí no me parecía justo tener que rendirme así, sin más, y además teniendo letras para jugar todavía. «Intentaré alcanzarte, no me rindo tan fácilmente». No había pasado ni un minuto desde que le había enviado el mensaje cuando veo que me llega otro desde la aplicación, que dice: «Enhorabuena, tu contrincante se ha rendido, has ganado». A Gema no le había sentado nada bien mi *whatsapp* comentándole que no me quería rendir.

—¿Qué te costaba hacerme caso? ¿Tanto te importa ganar? —me preguntó, enfadada.

—No es eso. Tenías la opción de pasar turno, ¿por qué te pones así? —le pregunté sin acabar de creérmelo.

—Ya veo el caso que me haces, esa partida la tenía ganada yo...

En fin; el enfado fue de lo más tonto. Quizás tenía razón y yo no debería haber sido tan cabezota, porque lo cierto es que ella tenía ganada la partida, pero pensé que Gema no debería haber decidido, en mi lugar, cuando tenía que rendirme. El cabreo duró el resto del día y luego, por la noche, hicimos las paces. A pesar del disgusto, con el tiempo, me hice un adicto al juego de Apalabrados. Ahora me preocupa más su desilusión por el tema de la búsqueda de trabajo que lo que pueda decirme. Gema ha sido muy educada, y la dueña del establecimiento en el que entramos en último lugar no lo ha sido con nosotros. Creo que no le hubiera costado nada aceptar su demanda de empleo, al menos sobre el papel. Estamos de nuevo en la calle y Gema continúa en silencio mientras que yo, discretamente, la cojo por la cintura. Parece que no está del todo enfadada; si lo estuviera haría algún gesto de rechazo, pero no...

—¿Estás bien? Lo siento, no tendría que haberle contestado —le digo, tras un par de minutos en silencio.

—No ha sido culpa tuya, gracias por ayudarme. Simplemente estoy un poco desmoralizada, eso es todo. —Sigue cabizbaja y con la misma desilusión pintada en el rostro.

Conforme avanzamos la voy animando e intento que ambos olvidemos lo ocurrido. Todavía le quedan más currículums por entregar, así que solo queda tratar de cambiar esa cara y esperar a que siga avanzando la tarde. Pasamos

por un gimnasio y lo entrega por si la pudieran contratar como recepcionista; también en una tienda de calzado, en algunas panaderías e incluso en unos almacenes de costura. Por último pasamos por una tienda erótica, en cuya puerta Gema se detiene, mirándome con cara de pilla.

—¡No serás capaz! —exclamo, boquiabierto.

—Que tonto eres... —dice riéndose.

A veces soy muy inocente. Cuando me quiere tomar el pelo lo consigue a base de bien, pero se ha reído y eso me alegra. Según ha transcurrido la tarde se ha ido animando; ha logrado entregar todos los currículums y nos volvemos directos para su casa. El día ha refrescado bastante y aprovecho para cogerla del hombro y darle un beso en la frente, a lo que Gema responde con una pequeña sonrisa. Aunque la tarde haya mejorado bastante, parece que no está del todo conforme.

Llegamos a su portal y la despedida es más corta de lo habitual. Un beso, dos, tres y Gema me corta con un pico.

—Te quiero... —le digo, mirándola a los ojos

—Y yo... —responde ella, algo retraída.

Me encanta despedirme con esas palabras: «Te quiero». Es la manera perfecta de expresar tantísimas cosas de una forma tan rápida. Amor, deseo, pasión y respeto; el decirle a esa persona lo mucho que significa para ti. Decir «te quiero», además, no tiene ningún valor si no se dice de corazón. A Gema no tardé en decírselo; de nuestros primeros besos en el parque nacieron mis primeros «te quiero». Y así, en cada despedida, ya fuera en su portal, al finalizar alguna conversación por teléfono o en nuestros mensajes de *whatsapp*, nos decíamos esas bonitas palabras con sinceridad y pasión. Incluso hubo una vez en la que ella escribió con un rotulador negro, en la parte de detrás de una foto, esas dos palabras. Tardé en leer aquel «te quiero» varias semanas. Lo hice cuando saqué la foto del portarretratos que me había regalado, para limpiarlo. Supo sacarme la sonrisa en el momento más inesperado. Hoy no ha tenido su día y, aunque no se haya enfadado, no está tan bien como tiempo atrás. Quizá es por eso por lo que ella está un poco más callada, menos afectiva y cariñosa. Salgo de nuevo a la calle y empiezo a reflexionar sobre la vida laboral y sobre todo lo que se nos exige a cambio de

una recompensa tan exigua; de ahí, desplazo mis pensamientos hacia nuestro futuro, hacia nosotros en el mañana. Aprovecho estos ratos para pensar mucho en mis cosas y por eso me encanta caminar. Son casi las nueve de la noche; las calles están más vacías de lo habitual y eso me gusta: el silencio, la paz y el pensamiento se unen en uno y me encuentro conmigo mismo.

Entro por la puerta de mi casa. La televisión está apagada. Paso a mi habitación para dejar la chaqueta y oigo a mis padres hablar, parece que de nada bueno.

—¿Ocurre algo, mamá? —pregunto cuando entro en el comedor.

—Tu abuelo Manuel; lo hemos tenido que llevar a urgencias —responde mi madre.

—Otra vez... —contesto, queriendo decir algo más.

Manuel es el padre de mi madre; mi abuelo. Le diagnosticaron hace unos meses cáncer de colon; le operaron tiempo atrás de un tumor y los médicos no fueron muy optimistas tras el resultado de la intervención. Mi abuelo no sabe que está enfermo. Pensamos que lo mejor para él es que piense que se está recuperando de la cirugía y que será un proceso lento, porque creemos que es lo mejor para él. Mi madre tiene los ojos llorosos; intenta disimular su dolor y a mí me gustaría abrazarla, decirle que lo siento y que vamos a estar todos con el abuelo hasta el final. Sin embargo, me quedo quieto, mudo. Bajo la mirada y no sé qué hacer. Desde mi punto de vista estas son las peores situaciones en la vida, cuando te topas con la impotencia. Saber que no puedes hacer nada y que, por mucho que quieras o desees cambiar las cosas, ya no hay solución y todo el esfuerzo que hagas va a ser poco. De nuevo me gustaría tener esa máquina del tiempo para volver al pasado, para así poder estar sobre aviso y conocer, antes de que lleguen, las vicisitudes que se acercan para que las podamos prevenir entre todos. Pero tan solo me toca conformarme con los recuerdos, esas escenas borrosas de la vida que no volverán. Viajo en un instante a mi infancia, hacia aquellos días en los que él me recogía del colegio y me llevaba a comer a su casa; aquellos viernes en los que me daba dinero a escondidas, mientras me decía: «toma Adrián, esto es para ti, que no se entere “la mama”, ¿vale?». También aquellos veranos, cuando nos llevaba a la piscina a mis primos y a mí y él hacía del mejor socorrista. «No saltes de cabeza, que te vas hacer daño», decía. «¡Cuidado con el bordillo que como te

des vas a ver las estrellas!», exclamaba a veces. «Venga chicos; salid del agua que parecéis los garbanzos que cocina vuestra abuela». Siempre es bonito recordar, porque durante algunos instantes vuelves a ser un niño. Algunos recuerdos te hacen sentir alegre y otros, sin darte cuenta, se convierten en nostalgia, porque te das cuenta de que la vida está cambiando.

—La vida es un túnel de carretera —me dijo una vez mi abuelo.

—¿Un túnel de carretera? ¿Y eso por qué?

—Cuando entras en un túnel acabas de nacer. Tan solo debes mirar al frente y seguir el camino de la vida. Hay túneles largos, como la gente que tiene una vida larga; por el contrario también los hay cortos. Túneles que tienen la suerte de estar iluminados por dentro; de esta manera ya tienen la vida resuelta. Pero también hay túneles sin luz, otros con curvas y otros que son abandonados... Cuando llegamos al final del túnel observamos una luz y lo mismo ocurre en nuestra vida, Adrián. Cuando vemos una luz, esta simboliza el cambio hacia una nueva etapa. Cuando seas mayor lo entenderás y te acordarás de mí.

La verdad es que entonces no entendí nada de lo que me había dicho. ¿Qué tenía que ver la vida con un túnel o un camino? Y, ¿por qué unos tienen la vida resuelta y otros se abandonan? En aquel momento tan solo sonreí y le apreté muy fuerte la mano. Luego le dije, decidido, que nunca me iba a olvidar de él. Poco a poco el recuerdo que llevo reviviendo estos últimos minutos se hace borroso, hasta que vuelvo a la realidad. Entro en mi cuarto en silencio y me siento en la cama. Es cierto que esto no ha venido de sorpresa, pero me aferré a la idea de que la muerte de mi abuelo nunca iba a llegar. Ahora llamaría a Gema para contárselo, para desahogarme, pero no puedo. No soy capaz de hablar de estas cosas con nadie, ni siquiera con Gema. Además ella tampoco ha tenido su día. Pienso que es mejor contárselo mañana cuando la vea y así yo estaré un poco más animado.

Tras unos minutos dentro de mis pensamientos me pongo el pijama, salgo de mi habitación y me preparo un vaso de leche. Mi madre entra en la cocina también y aprovecho para hablar un poco más con ella.

—Los médicos, ¿han dicho algo más? —digo, con la voz entrecortada.

—No lo saben ni ellos. Así podemos estar días, semanas, o meses. Todo

depende de cómo avancen las células cancerígenas; en el caso de la tercera edad suelen extenderse mucho más despacio —me explica mi madre.

—Vaya... —Me quedo pensativo.

—En fin, tan solo nos han dado calmantes, pastillas y poco más.

—Bueno, esperemos que hagan efecto y sufra lo menos posible —digo para terminar.

Tras hablar con mi madre decido acostarme ya. Mi cabeza no para de pensar en él, en mi abuelo. ¿Cómo lo estará pasando? ¿Qué se sentirá al estar así? ¿Por qué la vida no es un poco más sencilla para todos? ¿Por qué la existencia no tiene otro final? Si pudiera saldría otra vez de casa para darme una vuelta. Necesito pensar de nuevo en todo lo que está pasando, despejarme, volver a encontrarme conmigo mismo. Me despido de Gema con un *whatsapp*:

«Buenas noches cariño, me voy a dormir pronto que quiero que acabe este día ya. Mañana quiero verte con una sonrisa de oreja a oreja, ¿vale? Te quiero. Muchos besos».

Normalmente no tarda en contestarme, aunque parece que hoy está ocupada. Por último, intento olvidarme un poco de todo, a ver si así pillo el sueño. Casi una hora después oigo el sonido del móvil. Es un *whatsapp* de Gema:

«Buenas noches, mañana será otro día, gracias por acompañarme esta tarde. Besos».

En fin, podría ser un poco más cariñosa; normalmente no es, para nada, así de seca, pero espero que pase esta mala racha y que las cosas vuelvan a su sitio. Desconecto el móvil, me doy media vuelta y cierro los ojos para acabar este día.

# 3

## Cambios



Afortunadamente mi abuelo lleva unos días un poco mejor. Tiene sus ratos, y sus días, pero dentro de lo que cabe se mantiene bastante bien. Hasta ahora mi abuela se está haciendo cargo de él. Le cuida, le prepara la comida y también la medicación y por las tardes dan sus pequeños paseos para que le dé un poco el sol. Mi madre y mis dos tías también ayudan a mi abuela en todo lo que pueden. La visitan a diario y le facilitan la compra; limpian la casa y están siempre pendientes del teléfono por si sucediera cualquier imprevisto. En casa, mi madre esconde su dolor e intenta llevar todo con la mayor naturalidad

posible. A veces oigo conversaciones entre mis padres mientras yo hago cosas en mi cuarto. A veces hablan de mi abuelo y otras, en cambio, hablan de sus propios asuntos: el trabajo, tareas para cambiar cosas en casa e incluso chismorreos sobre algún vecino. Yo todavía no he visitado a mi abuelo. Por una parte mi madre dice que es mejor no agobiarlo, porque de lo contrario él será el primero en preocuparse al ver que estamos todos encima de él. Por otra parte dice que se dan escenas muy desagradables que es mejor que yo no contemple, al igual que están haciendo mis primos.

Luego está Gema, la niña de mis ojos, que lleva unos días mucho más animada. Se pasa el día pegada al móvil esperando esa llamada que derive su rumbo hacia nuevos quehaceres y, por qué no, también hacia una nueva vida. Cada vez que estoy con ella y suena el móvil las pulsaciones le suben por segundos y a mí, en el fondo, también. Solo nos falta el pulsómetro para medir nuestro ritmo cardíaco como en una clase de *spinning*. Sabemos que en el momento menos esperado puede llegar esa llamada y que el destino la envíe lejos de mí. En un principio Gema dice que no cree que la contraten lejos, pues los currículums que envió por internet eran para colegios y departamentos que exigen una preparación superior a la carrera que ella tiene. De todas maneras, si la llamasen, tendría que ir donde fuera. Ella dice que le hace ilusión trabajar en alguna tienda de ropa o calzado y me la imagino muchas veces detrás de un mostrador, cobrando el producto y aconsejando las mejores marcas, ofertas y descuentos.

Desafortunadamente yo no estoy en mi mejor momento como empleado. Llevo más de cinco años trabajando en una copistería y es la primera vez que me reducen las horas. El pasado jueves hablaron conmigo para que no fuera a trabajar los viernes, así que me reducen cuatro horas semanales. Hasta ahora no he podido ejercer la profesión para la que me he preparado, que es nutricionista profesional, así que me veo repartiendo currículums, como Gema, por toda la ciudad. De momento los dos tenemos más tiempo libre para vernos, y en parte me gusta, aunque ayer no quedamos porque tenía que acompañar a su madre a hacer unos recados. Normalmente, por las tardes, solemos quedar juntos para ver ofertas de empleo por internet, y haciendo alguna excepción, nos damos una tarde libre, de vez en cuando, para dar una vuelta y despejarnos de los quebraderos de cabeza y de tanto pensar dónde estaremos de aquí unas meses y cómo será ese posible nuevo trabajo. Hace un

rato que he acabado de comer; estoy tumbado en la cama pensando en mis cosas -uno de mis momentos preferidos- cuando de repente oigo el sonido del móvil. Llega un *whatsapp* de Gema:

«Cuando puedas llámame, te tengo una sorpresa, jijiji. Besos».

Qué miedo me dan esas sorpresas. Mi momento de relax ha concluido y decido llamarla, antes de que mi cabeza empiece a volar.

—¡Hola Gema! Soy todo oídos, dime. —Voy directo al grano. Cuando alguien me tiene que contar algo no me gusta que se ande con rodeos.

—¡Hola! ¡Lo he conseguido! —dice muy emocionada.

—¿Conseguido? ¿Conseguido el qué? —pregunto, algo nervioso. Creo que ya sé por dónde va.

—Voy a trabajar, a partir de la semana que viene, en Panaderías Priego. Lo más seguro es que sea en los hornos, haciendo pan y preparando dulces —me explica Gema—. Bueno..., de momento será para eso; según me vean me irán preparando para más cosas.

—¡Qué bien, cielo! Pero, ¿no ha hecho falta una entrevista de trabajo?

—¿Te acuerdas de que ayer había quedado con mi madre? Sorpresa... —dice la última palabra algo apagada.

—¡Anda, anda! Ya te vale no haberme avisado. —Luego, me río.

—Quedamos y te cuento, ¿vale?

—Perfecto. Me alegro mucho, de verdad. Te mereces conseguir esto y todo lo que te propongas —le digo para finalizar la conversación.

—¡Hasta ahora! —me dice muy contenta.

Esto sí que ha sido una sorpresa. Ahora empiezo a pensar y la verdad es que me alegro mucho por ella. Todavía no me ha contado apenas nada, pero tengo que ver la parte positiva de todo esto: una de ellas es que la Panadería Priego le pilla cerca de casa, por lo que no se va a alejar de mí. Otra es que ella está feliz; y si ella lo está, yo no voy a ser menos. Alguna vez me comentó que no le disgustaba la idea de trabajar en la hostelería. Es algo que se le da bien, y ya en varias ocasiones, cuando ella estudiaba, me preparó algunos postres: pastel de chocolate, natillas, etc. Sé que no es lo mismo, pero con lo

lista que es Gema estoy seguro de que no tardará en aprender a hacer todo lo que le digan.

Me cambio de calzado y me pongo una camisa informal, un poco de colonia y listo, voy directo a recoger a Gema. Estoy impaciente por verla y que me cuente todo lo que le pasó ayer. Todo esto es nuevo para ella y, en el fondo, también para mí. Estoy seguro de que con un poco de sacrificio va a ir todo muy bien; nos seguiremos viendo como antes y además ella se sentirá bien, como antaño, cuando estudiaba, valorada y apreciada. Aún no he llegado a su portal y ella ya está esperándome en la puerta; eso sí que es raro, pero con todo esto del trabajo es comprensible. La veo impaciente y muy contenta.

Me da un abrazo nada más verme, un abrazo descomunal acompañado de un beso. Parece otra persona si la comparamos con días atrás y, por supuesto, nada que ver con la Gema que repartía currículums hace un par de semanas. Buscamos una cafetería para tomarnos algo y que pueda contarme, con todo detalle, lo que le pasó ayer. Su mirada y sus gestos hablan por sí solos. Llegamos a una cafetería que pilla cerca de su casa, una que está junto a la entrada de un parque; con la temperatura que hace apetece quedarse en las mesas que hay fuera del establecimiento, en la terraza de verano. Una vez que pedimos me vuelve a contar, un poco por encima, lo que me ha dicho por teléfono. Me comenta el nombre de la empresa y me especifica un poco más en cuanto al trabajo que tiene que realizar en los hornos.

—¿Y el horario? ¿Tendrás que madrugar bastante, verdad? Porque los panaderos... —Dejo caer la frase.

—Dentro de lo malo lo tengo bastante bien. Empiezo a las siete de la mañana; de siete a tres de la tarde —me dice, mientras toma un sorbo del café que se ha pedido.

—Pues sí, la verdad es que es una suerte. ¿Y la entrevista? ¿Cómo fue? ¡Qué calladito te lo tenías! Mira que no decirme nada...

—Bueno quería darte una sorpresa. Si por lo contrario me hubiera ido mal, también te lo habría contado igualmente. La entrevista muy bien, la verdad, muy natural. Nos fuimos la jefa y yo a tomar algo y simplemente hablamos como dos amigas. Le conté un poco acerca de mis estudios y de las cosas que se me dan bien, e incluso le hablé un poco de ti. Luego ella también me

comentó cosas sobre sus empleados y sobre el tiempo que lleva dedicándose a la hostelería —me explica Gema detalladamente.

—Pues nada, me alegro un montón. Verás cómo va a ir todo muy bien.

—Gracias. Y te tengo otra sorpresa... —deja caer, con cara de ilusión.

—¿Otra? Madre mía, muchas aventuras en tan poco tiempo. —Al instante empieza a reírse y sigue hablando.

—Se me ha ocurrido que, para celebrarlo, podríamos irnos juntos a pasar este fin de semana a Valencia. ¿Qué te parece?

—¡Que tienes las mejores ideas del mundo! —le digo sonriente.

Efectivamente; la sorpresa me ha gustado, o mejor dicho, las sorpresas. Gema empieza la próxima semana a trabajar en los hornos de Panaderías Priego. Empezará a cobrar su jornal y lo que es más importante, la voy a seguir teniendo cerca. Ahora seré yo el que vaya con una carpeta repartiendo currículums por las tardes, en busca de un trabajo que pueda compaginar con el de la copistería. Mi objetivo es conseguir ganar más dinero para poder independizarme e irme a vivir con Gema lo antes posible. Y la segunda sorpresa, lo de nuestra escapada a Valencia, me hace mucha ilusión. La ciudad tan solo nos pilla a una hora y pico y la verdad es que no voy desde pequeño. No tengo ni el más mínimo recuerdo del sitio.

Ya que ella me ha sorprendido yo también la voy a impresionar. Voy a buscar en internet el mejor hotel que pueda encontrar: que sea elegante, de esos en los que se presenta en la puerta de tu habitación, en mitad de la noche, un empleado vestido con traje y te sirve champán francés para brindar, junto a una bandeja de bombones de chocolate. Buscaré también uno de los mejores restaurantes en los que preparen paella; una paella con marisco junto con dos copas de sangría; y de postre un helado de tres bolas, chocolate, nata y vainilla. Mi imaginación se dispara elaborando planes. Ahora soy yo el que está contento y feliz; es para mí uno de esos momentos en los que te subes a una nube y no quieres bajar nunca. Esos momentos en los que tu cuerpo te pide volar, correr y contarle a todo el mundo los bonitos sentimientos que profesas por esa persona. Gracias a esas emociones, la vida tiene sentido.

El resto de la tarde ha seguido con normalidad, mientras ella mantenía su tema de conversación sobre el trabajo y sobre cómo se lo imaginaba.

Volvemos a cambiar de tema y hablamos sobre nuestro viaje a Valencia el próximo fin de semana. Por último, hemos hecho unas compras para nuestra escapada: pasta de dientes, una bolsa de higiene para Gema y un gel. Ahora estoy de vuelta en casa deseando contarles a mis padres la buena noticia de Gema, pensando en los cambios que se avecinan. Para algunos, la palabra cambio quiere decir dar un paso al frente bastante importante, mientras que otros, en sus vidas, apenas se dan cuenta de los cambios que están sucediendo. Gema afronta la palabra «cambio» con ilusión, energía y optimismo, un objetivo logrado que tan solo es un primer escalón en su vida laboral, con mucho camino que recorrer todavía, pero que empieza a avanzar con buen ritmo. Yo, en el fondo, siento un poco de miedo, detrás de mi sonrisa y de mi rostro alegre. Aunque para miedo, el que siente mi familia, y especialmente mi madre. Con el paso de los días los cambios que se están produciendo en nuestras vidas no brillan a nuestro favor, y la tristeza forma parte de estos. La cuestión es que el tiempo no va a detenerse, ni tampoco las circunstancias. A lo lejos ya se vislumbra una idea de lo que puede llegar, aunque a veces los cambios sean inesperados.



# Los amantes de los recuerdos



¡Por fin! Ya tengo la maleta hecha, o mejor dicho, las maletas. Solo quedan tres cuartos de hora para que salga el tren que nos lleve rumbo a Valencia. Echo un vistazo rápido a la lista para comprobar que no me dejo nada en casa y, así, irme con la cabeza un poco más tranquila. Con Gema he quedado en la estación de tren, quince minutos antes para no ir con el tiempo justo. Desayuno y me despido de mis padres. Mi madre me dice que tenga cuidado y que les

avise nada más llegar; mi padre pone buena cara y me dice: «¡Que os divirtáis!». Asiento a ambos con un gesto. Salgo a la calle. En el cielo luce el sol, aunque hace bastante fresco. Mientras voy de camino a la estación le sigo dando vueltas a la cabeza por si me dejo algo, pero creo que no, que lo principal lo tengo: DNI, cartera, y el bono del hotel. Gema todavía no sabe cuál es el hotel al que vamos a ir, pero espero que le guste; es bastante atractivo para el presupuesto que llevo, elegante, y con buenas vistas.

Acabo de llegar a la estación y Gema ya está aquí. Eso sí que es una sorpresa. Nos saludamos con un beso y vamos directamente a sacar los billetes de tren. El hombre que nos atiende es mayor, con unos kilos de más, y lleva un bigote blanco. Apenas tiene pelo y lleva puestas unas gafas negras. En la muñeca destaca su gran reloj plateado.

—¿Solo de ida o también de vuelta? —nos pregunta con mucha educación.

—El regreso es para mañana por la tarde, señor. Si puede sacarnos también el billete de vuelta, mejor —le contesta Gema, en un tono de voz muy agradable.

El señor no pone ningún inconveniente. Nos cobra los billetes y nos desea buen viaje. Gema se los guarda en el monedero; ella coge sus maletas y yo las mías, mientras los altavoces dan una señal de aviso que dice que el próximo tren con destino Valencia saldrá en cinco minutos. De repente empieza a salir gente por mi derecha y por mi izquierda y también desde el frente. No parecía que hubiera tantas personas en la estación hacía unos momentos y es como si hubieran surgido de la nada. Entramos en el tren y vamos directos a sentarnos, uno enfrente del otro. La temperatura es bastante agradable, nada que ver con la que hacía en la calle. Se cierran las puertas y, tras un par de minutos, el tren arranca discretamente. Gema y yo nos miramos con cara de alivio porque ahora tan solo hay que dejarse llevar hasta llegar a nuestro destino. Resulta curioso observar la cantidad de personas que cogen el tren y que viajan a diario. En el mismo vagón veo a un niño de unos siete años, cogido de la mano de su madre. También observo a una pareja de ancianos que, a simple vista, están bastante ágiles, aunque el varón tiene cara de disgustado; además hay un matrimonio bastante joven y, detrás de mí, dos mujeres ecuatorianas. Los pasajeros se comportan todos de forma bastante discreta, así que cuando quiero decirle algo a Gema me acerco para hablarle en voz baja. De no ser

así, creo que se enteraría todo el mundo a nuestro alrededor. El revisor pasa por nuestro lado y Gema le enseña los billetes; todo parece estar en orden y el hombre sigue con su trabajo, comprobando, uno a uno, todo el pasaje. Ya queda poco para llegar; hemos pasado por varios pueblos y llevamos un poco más de una hora en el tren. Por los altavoces ha sonado la palabra «Valencia». A Gema se la ve muy ilusionada. Ciertamente también tiene la cabeza en el próximo lunes, que es el día en el que empieza a trabajar, pero quiero que este fin de semana sea inolvidable para los dos y que, a partir de la semana que viene, empecemos una nueva etapa. Otro periodo que sea tan bueno como los anteriores. Gema me mira de una manera especial, y yo me la como con los ojos. Sin darnos cuenta casi, el tren comienza a frenar, poco a poco. Efectivamente; ya hemos llegado. La gente empieza a levantarse mientras que nosotros cogemos las maletas. Conseguimos salir del vagón entre el agobio y los empujones de la gente.

La estación es enorme. Grandes pasillos por los que transita gente, caminando al mismo ritmo, todos con maletas, bolsas, etc. En el interior del edificio hay tiendas, una de las cuales es Ale-Hop. Gema me hace chantaje emocional por si podemos entrar. Otro de los establecimientos es un quiosco bastante amplio, con un gran repertorio de alimentación para viajeros: pan, bollería, galletas... También hay un local de Lotería y apuestas del Estado. ¡Solo con ver la estación ya nos hemos quedado pasmados! Nada más salir pedimos un taxi. Le doy discretamente al taxista una pequeña hoja con la dirección «Avenida Cortes Valencianas, 52». La temperatura que hace es estupenda, sol y veinte grados centígrados, nada que ver con la que hacía horas atrás. Los dos estamos sentados en la parte de atrás del vehículo en dirección al Hotel Meliá de Valencia, aunque Gema, en realidad, todavía desconoce en qué hotel nos vamos a alojar. Durante gran parte del viaje ha estado intentando sonsacarme información al respecto, pero no he soltado prenda. Durante el trayecto observamos por la ventanilla lo grandes que son los edificios. Pasamos por la Unión y el Fénix, inmenso. La estructura del edificio, sus ventanas, su altura..., solo estamos a poco más de una hora de casa y nos sentimos como si estuviéramos en Nueva York. Las vías por las que circulan los coches tienen hasta cinco carriles; los vehículos van todos a la suya y la gente viste totalmente diferente a nosotros. Esto es otro mundo.

—Ya hemos llegado. Aquí es, chicos —nos dice el taxista mientras

seguimos contemplando la ciudad por las ventanillas.

Discretamente nos cobra el viaje y bajamos del coche con las maletas. Gema mira el hotel de arriba abajo; su cara habla por sí sola:

—Parece un rascacielos. ¡Qué clase, y qué bonito! —exclama mientras lo contempla, abrumada.

—Más grande que en las fotos que vi por internet —le contesto, mientras yo también admiro el edificio.

Segundos después entramos dentro. El interior es más de lo mismo; amplio, elegante y muy moderno. El suelo brilla de lo limpio que está; los sofás aparentan ser bastantes cómodos y toda la zona de recepción está decorada con gusto, combinando el marrón con el beige. Nos dirigimos al mostrador de admisión para que nos hagan efectiva la entrega de llaves. Nos atiende un hombre con el pelo moreno y muy peinado, joven, con un traje muy pulcro. Los turistas parecen ser bastante discretos a la hora de hablar: un matrimonio holandés, una pareja de franceses y algunos ingleses que, por lo que vemos, es la nacionalidad de turistas más común allí. También vemos a algunos españoles; los diferenciamos enseguida y no solo por el idioma, sino porque el tono de voz que mantienen es mucho más elevado que el del resto de los turistas. Gema me pone una de sus caras más expresivas, como queriendo decir: «los españoles siempre dando la nota». Por fin llegamos a la habitación y lo primero que hacemos es observar la estancia. Amplia y con mucha luz. Televisión de plasma, terraza, escritorio y, por supuesto, cama de matrimonio recubierta con una colcha de color blanco. Nos encanta, la verdad. Aprovechamos el momento para vaciar la maleta y avisar a nuestros padres de que ya hemos llegado. Por último vamos al aseo, cogemos la cartera, la cámara de fotos, las llaves de la habitación y..., ¡a disfrutar del día!

Cerca de la puerta del hotel vemos una parada del autobús. Como todavía es pronto para comer aprovechamos para ir al parque de Gulliver. Cogemos el autobús y nos vamos directos al Jardín del Turia; Gema tiene ganas de ver el gran monumento y yo no voy a ser menos. Una vez que bajamos en la parada correspondiente parecemos dos niños pequeños; nos subimos en las grandes escaleras y nos deslizamos por esos toboganes que nos hacen sentir tan pequeños. Parecemos Hansel y Gretel al entrar en la casa del cuento, construida con golosinas. Ambos estamos felices: fotos, besos, e incluso

después nos atrevemos con la moda de los *selfies*. Hacía tiempo que no nos lo pasábamos tan bien, y por unos minutos hemos vuelto a ser niños, unos inocentes niños que están enamorados.

Se acerca la hora de comer. Gema y yo empezamos a mirar sitios que puedan estar bien. Hay una gran variedad de posibilidades: hamburgueserías, *pizzerías*, comida china, bares, *bufets* y restaurantes. Junto a cada restaurante que pasamos nos asalta el olor de sus tradicionales paellas, algo que dejaremos para mañana, pues como dice el dicho «lo bueno se hace esperar». Después nos vuelve a llegar el aroma a *pizza*, que es superior a nosotros, y más cuando vemos un cartel en el que pone «Buffet libre de *pizzas*». No nos lo pensamos dos veces y entramos. El local es bastante grande, hay mucha gente y un poco de alboroto. Mientras hacemos cola aprovechamos para pensar en los ingredientes de la *pizza* y en la bebida que vamos a pedir. Al final nos decantamos por pedir una de jamón y queso y otra estilo barbacoa. Para beber los dos pedimos agua. Una vez sentados partimos las *pizzas* por la mitad y las compartimos. Cuando empezamos a comer solo existe el silencio. El hambre y las ganas hacen que nos centremos únicamente en la comida. Nos queda tan solo una porción a cada uno y le pregunto a Gema que si le apetece repetir. Su mirada lo dice todo; me levanto y voy a pedir otra *pizza*, esta vez *carbonara*. Salimos del establecimiento completamente llenos. Para bajar la comida, Gema me propone una sesión de tiendas. La verdad es que no es mala idea porque después de comer no habrá mucha gente. Y así lo hacemos. Entramos en una zapatería y ella se prueba unas botas de color gris y luego unos zapatos negros; se acaba comprando los zapatos. Más tarde cambiamos a la ropa. En otra tienda se prueba unos vaqueros ajustados, una camisa de color azul y una rebeca de color blanco. Mi imaginación se dispara y la veo desfilar encima de una pasarela de moda. Parece Julia Roberts en la película *Pretty Woman*, y yo Richard Gere, solo que yo estoy todavía más enamorado que el personaje de Gere en la película.

Acabamos las compras. Son las seis de la tarde y todavía quedan horas de sol, por lo que aprovechamos para conocer un poco más la ciudad. Visitamos la Plaza de la Virgen, donde destaca la Fuente del Turia, un surtidor donde aparece una estatua muy parecida a la figura del Dios del Agua, Neptuno, aunque en su mano derecha parece llevar una rama con naranjas. A su alrededor hay ocho estatuas de mujeres, un poco más pequeñas, que llevan un

cántaro de agua apoyado en la cintura. De nuevo, vuelvo a sacar la cámara para ampliar el repertorio de fotos en Valencia. También visitamos la Plaza del Ayuntamiento donde destacan, otra vez, los enormes edificios. Varios de ellos tienen una gran importancia arquitectónica y la gran mayoría son de estilo modernista. Miro de reojo a Gema y la observo haciendo fotos. Luego habla con un hombre y le pregunta que si puede tomar una imagen para que salgamos los dos. Se nota que lo está pasando bien. La tarde se acaba poco a poco y cuando nos damos cuenta ya es la hora de cenar. Es impresionante lo rápido que pasa el tiempo cuando te lo estás pasando bien. De nuevo cogemos el autobús y volvemos al Hotel Meliá. ¡Espero que mañana contemos con tiempo para ver algo más!

Cuando llegamos vamos directos a la habitación. Lo primero que hacemos es cambiarnos de ropa. Gema se pone un vestido negro que solo luce en ocasiones especiales, acompañado de unos zapatos negros con un poco de tacón; la ropa le favorece mucho, la veo muy atractiva. Yo elijo unos vaqueros negros, camisa blanca y corbata; también me pongo zapatos elegantes y el pelo engominado. La ilusión, esta noche, parece estar con nosotros, y como dos niños bajamos al restaurante del hotel cogidos de la mano. En el comedor hay una gran variedad de platos a elegir: pasta, carne, pescado, ensaladas, postres... Lo bueno que tiene es que es un *buffet*, por lo que te puedes levantar y repetir las veces que quieras, como en la *pizzería* de esta mañana, salvo que ahora no solo es *pizza*. Gema y yo nos decidimos a probarlo todo o casi todo: Patatas fritas, escalope, huevo duro, macarrones, sepia, muslitos de pollo, yogures y tarta de limón. Cuando terminamos damos un breve paseo por el exterior del hotel y hablamos de nuestras cosas, de este fin de semana e incluso empezamos a recordar algunos de los días más felices de nuestra vida, como nuestra primera vez.

Yo estaba nervioso, intrigado, al igual que Gema. Me encontraba enfrente del espejo intentando estar perfecto para ella. Salí de casa oliendo a colonia de Emilio Tucci, dispuesto a vivir una noche muy especial. La esperé en su portal cinco, diez y hasta quince minutos, pero eso no importaba porque ella bajó y estaba preciosa. Nuestros labios no decían apenas nada; el silencio fue nuestro gran testigo, pero nuestras miradas lo decían todo. Intenté que fuera lo más romántico posible y por eso la invité a cenar en su bar preferido. Una vez que cenamos fuimos a un hotel de nuestra ciudad. No era de los más lujosos,

pero no importaba; estaba ella.

Empezamos a besarnos, beso a beso, sus labios con los míos. Jamás sentí esos labios tan tiernos como aquella noche; mis manos acariciaban su cara; sus ojos y los míos se miraban fijamente; nuestras miradas ardían, como lo hacían también nuestros corazones. Lentamente desabroché los dos botones de su blusa color blanco y comencé un nuevo juego entre mis labios y su cuello. Ella me abrazaba, me despeinaba, y poco a poco la ternura se convirtió en pasión; mis labios recorrieron su piel, lunar a lunar, y sus manos acariciaron mi pecho, ya desnudo. Yo acabé desnudándola y ella acabó desnudándome. Nuestros labios parecían dos imanes de polos opuestos que cada vez resultaba más difícil separar. Poco a poco, fui forzando hasta que nuestras almas se unieron en un solo cuerpo. La pasión, la ternura, la locura y también el amor, se unieron en este acto que concluyó con el final que ambos esperábamos. Fue la noche perfecta, el 14 de febrero, día de los enamorados; nuestro día.

—Te amo... —le dije entre susurros, al oído.

—Yo también te amo. Esto ha sido precioso —dijo, mientras me abrazaba en la cama.

Y así nos quedamos, abrazados como dos estatuas, recordando cómo había sido todo. El silencio volvió a apoderarse de nosotros. Tan solo nuestra respiración podía incomodar a esa palabra. Finalmente nos dormimos, juntos, uno al lado del otro, esperando a que el sol amaneciera para volver a empezar un nuevo día.

Ahora, recordándolo, Gema se ríe; parece que fue ayer, y en realidad ha pasado mucho tiempo; más de cuatro años para ser exactos.

—Anda, volvamos a la habitación que parecemos los amantes de los recuerdos.

—Cierto, pero, ¿a quién no le gusta recordar uno de los días más felices de su vida? —pregunto sonriéndole.

—Claro que sí, cariño; si me encanta recordar nuestros mejores días...

Los dos hemos cambiado mucho. Por ejemplo en nuestra manera de pensar, a la hora de planificar cosas e incluso en la forma de hablar entre nosotros; la confianza ha provocado que seamos mucho más directos en la gran mayoría de

temas de conversación. Tras dar una vuelta volvemos a la habitación y, como dos tortolitos, empezamos a jugar en la cama hasta acabar haciendo el amor.

Una vez que concluimos Gema se duerme. Y a mí no me falta mucho; hemos tenido un día agotador, entre el viaje, las compras, las visitas turísticas... Me gustaría que mañana no acabara el día, estar a su lado es lo que más feliz me hace y sé que a partir del lunes las cosas pueden cambiar porque la voy a ver un poco menos. Ella tendrá unos nuevos objetivos y yo tendré que respetar su espacio. Pero lo que sí que tengo claro es que voy a darle todas las facilidades, y procuraré que estemos juntos siempre que ella pueda quedar. Me pongo del mismo lado que duerme Gema, cierro los ojos y a esperar que llegue un nuevo día.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —Gema me despierta a las ocho y media de la mañana.

—Buenos días, madrugadora... —digo, todavía medio dormido.

—Vamos, despierta, que no nos va a dar tiempo a hacer nada —me dice mientras se levanta de la cama.

Empiezo a bostezar y a estirar los brazos. Efectivamente, ya hay luz en la habitación. Miro el móvil y son casi las ocho y media. Mientras Gema está en el aseo, lavándose, yo aprovecho para vestirme. Esta vez me pongo algo más informal: zapatillas, vaqueros azules y un polo de manga corta de color azul claro. Con la buena temperatura que hace en Valencia creo que no pasaré frío. Una vez que estamos listos bajamos a desayunar. Este es ya el tercer *buffet* consecutivo, y menos mal que es el último porque si no voy a reventar de tanta comida. Gema tampoco es de desayunar mucho por las mañanas así que creo que lo haremos ligero. La variedad que hay es mayor de lo que pensaba: pan para tostar, un gran surtido de companaje, huevos revueltos con tortilla, yogures, cereales y muchos dulces; aparte, las bebidas: café, zumos y leche. Gema elige un zumo de naranja y pan tostado con jamón york y queso. Yo me pido un desayuno más dulce: leche con cereales de chocolate y un *donut*. Una vez desayunados, volvemos a hacer las maletas y abandonamos la habitación del hotel pidiendo en recepción que nos guarden el equipaje hasta media tarde. Aún nos queda mucho día y lo queremos exprimir al máximo.

—Con el día que hace hoy, ¿por qué no damos un paseo por la playa? —me



pregunta Gema, ilusionada.

—Me parece perfecto. Hace mucho tiempo que no vemos el mar. Además el tiempo acompaña, como tú dices —le respondo mientras salimos del hotel.

Al final buscamos la mejor combinación entre autobuses para llegar a la playa. Aquí parece que no sea un día festivo. Se ve movimiento de gente por la calle y gran parte del comercio está funcionando. Llegamos a la playa de El Carbanyal y vemos bastantes personas paseando, algún papá jugando al fútbol con sus nenes en la arena, una niña que hace volar su cometa...; hasta alguna gaviota se deja ver, intentando pescar algo. Gema y yo nos sentamos en la arena y nos quedamos mirando el mar. Respiro hondo y me llega suavemente ese olor a sal y a aire limpio. También el olor de Gema. Se sienta delante de mí mientras la cojo de la cintura; ella apoya discretamente su espalda sobre mi pecho y, juntos, seguimos observando el mar.

—Qué calmado está el mar, parece una piscina... —le digo en voz baja para no romper la paz.

—Como nosotros, el mar está también de descanso —responde ella con sosiego.

La verdad es que es un buen sitio para pasar un día como hoy. Cuando me siento frente al mar me dan ganas de pensar en muchas cosas y reflexionar; como hacer un pequeño repaso mental de lo que hemos hecho estos días. Tras unos minutos de caricias entre nuestras manos, Gema me propone dar un paseo por la arena; intuyo que necesita hablar, pues la noto ausente; creo que tiene la cabeza en otras cosas y supongo que será en lo de mañana. Nos levantamos y nos quitamos el calzado. La arena está fría, no como en verano; arrimados a la orilla comenzamos a pasear, uno al lado del otro. El agua nos moja lentamente los pies mientras Gema me coge de la mano.

—¿En qué piensas, cielo? —le pregunto mientras la miro a la cara.

—Puf... mañana ya está ahí... —me dice, algo deprimida—. Todo esto va a ser nuevo para mí. ¿Y si no lo hago bien? ¿Y si no me adapto a ellos?

—¿Estás tonta o qué te pasa? —interrumpo sus preguntas—. Tú vales mucho, ¡pero mucho de verdad! Puedes con todo lo que te propongas y esto del nuevo trabajo no va a ser menos.

—¿Tanto confías en mí?

—Pues claro que sí. Mañana empezarás a trabajar; sé que no es el trabajo de tus sueños, pero cuando te des cuenta te habrán llamado para trabajar en aquello para lo que te has preparado, y sabes que yo estaré a tu lado. —Al final le sonrío hasta que ella se pone roja y baja los ojos.

Entiendo que todo el ánimo que yo pueda darle no va a paliar su preocupación, hasta que llegue mañana y empiece a realizar sus tareas y vaya conociendo a sus compañeros. Lo que sí tengo claro es que ella aprende rápido; es muy lista y muy trabajadora, así que no tiene nada que temer. Tras pasear un poco más acabamos dejando atrás la zona de playa y salimos al Paseo Marítimo, donde destaca la gran variedad de restaurantes, y también la frondosa vegetación. Además, dispone de un carril bici para los que quieren disfrutar el paseo de una manera diferente. Se acerca la hora de comer y creo que ha llegado la hora de probar la típica paella de Valencia, así que cuando encontramos el restaurante más apropiado para nuestros bolsillos nos sentamos y esperamos a que nos sirvan. Estamos indecisos; no sabemos si pedir la paella valenciana —donde aparte de la cebolla, el ajo, el pimiento y el sofrito de tomate, destaca también el conejo—, o bien, la paella de marisco, que en la carta que nos han preparado tiene muy buena pinta, con sus calamares, gambas, almejas y mejillones. Al final nos decantamos por la paella de marisco, junto a dos cervezas. El rostro de Gema luce de nuevo más despreocupado; pienso que es lo que tiene que hacer, disfrutar del día. Llega la paella, que desprende un olor delicioso. El arroz parece que está bastante jugoso y el marisco en su punto. Tras hacer un pequeño brindis por nosotros, empezamos a saborear nuestro plato que está riquísimo, exquisito, de diez. Nos hacemos fotos durante el brindis y con nuestros platos de paella; hablamos mientras marcamos nuestros objetivos para esta nueva etapa que comienza y, tras acabar el postre, nos vamos mentalizando para volver a casa.

Nuestro tren sale a las seis de la tarde y todavía tenemos que pasar por el hotel, una última vez, para recoger las maletas, así que se nos echa el tiempo encima. Es sorprendente lo rápido que transcurre el tiempo cuando te lo estás pasando bien, y lo lento que puede llegar a ser cuando te pasa lo contrario. Así que vamos directos al hotel a recoger las maletas, les damos las gracias por su amabilidad y lo bien que nos han tratado y, finalmente, cogemos de nuevo un

taxi que nos lleve a la estación de tren. Nuestras caras no son las mismas que cuando bajábamos del vagón hace más de veinticuatro horas, dispuestos a disfrutar de ese gran fin de semana, pero sí que tenemos la esperanza de volver pronto, o por qué no, hacer un viaje un poco más lejos. La ciudad nos ha encantado y le he dicho a Gema, mientras comíamos, que más adelante y dependiendo del empleo nos podríamos venir a vivir aquí, o incluso a otra ciudad. Todo esto ha sido muy diferente para nosotros y nos ha encantado. Cuando nos damos cuenta ya estamos de nuevo en la estación, viendo las próximas salidas y buscando los billetes que nos lleven de vuelta a casa. Tras diez minutos de espera entramos en el vagón y buscamos asiento para los dos. Poco después, el tren nos va separando de esa gran ciudad y nos acerca, minuto a minuto, a la rutina, a la realidad y también a una nueva aventura.

—Bueno, ya hemos pasado el fin de semana. —Dejo caer la frase.

—Ha pasado volando, demasiado rápido diría yo. —Su cara es, tal cual, el espejo de la mía.

—En fin... Ojalá pronto podamos organizar algo de nuevo. Hay muchísimos sitios que me gustaría visitar.

—¿Qué te gustaría visitar la próxima vez? —me pregunta Gema.

—¿A mí? Muchos sitios: Granada, Sevilla, Barcelona... Y por pedir, que no quede París.

—¡Que tío! Lo de París sí que lo veo más lejos porque sería ir por lo menos para cinco días. Pues a mí me encantaría pasar un fin de semana en Benidorm, o Peñíscola. También Roquetas de Mar, porque la gente habla muy bien del sitio. Y luego, por pedir, las Islas Griegas —dice mientras sonrío.

—Vamos, la cuestión es ir a un sitio que tenga mar, ¿no?

—Me encanta el mar. A la próxima aprovecharemos algún puente para salir; lo aprovecharemos mucho más.

—Ya, en eso tienes razón. Esto ha durado poco más de veinticuatro horas. Tenemos muchas cosas por ver todavía, mucho mundo que recorrer.

El tren da la señal de que estamos llegando a nuestro destino. Nada más bajar del vagón notamos de nuevo el contraste de temperatura. Parece que el buen tiempo ha decidido quedarse en Valencia. Llega la hora de despedirnos.

Le deseo mucha suerte para comenzar su trabajo y ella me lo agradece; nos besamos y, finalmente, cada uno se va a su casa.

Una vez que llego saludo a mis padres y deshago la maleta. Les cuento lo mejor del viaje y después me tumbo en la cama con idea de mentalizarme para la semana. A pesar de que las cosas pueden cambiar, y quizá a partir de ahora vea menos a Gema, solo puedo decir que estoy muy feliz de que ella esté a mi lado. Ha sido un fin de semana estupendo y así tienen que venir muchos más, porque mientras que ella esté conmigo todo va a seguir igual de bien que hasta ahora. Mientras miro en la cámara las fotos que hemos hecho, empiezo a recordar los mejores momentos del fin de semana y, por supuesto, recuerdo también sus gestos, sus caricias y su voz... «¡Corre cariño!, hazme una foto aquí sentada», me decía en uno de los grandes toboganes del Parque de Gulliver. «Quiero que nuestra casa sea como esta habitación, pequeña pero moderna», me decía una vez dentro de nuestra habitación, o «yo también te haré una paella como la de hoy, para que no eches tanto de menos esto», me dijo después de comer. Tras sonreír varias veces solo doy las gracias por tenerla cerca de mí. Desde que está conmigo le encuentro sentido a la vida. La quiero, la quiero con locura.

5

El reto siempre es superarse

Llevo un poco más de veinte minutos esperándola. Estoy en la entrada de su portal, como casi siempre que quedamos. Ayer me dijo que estuviera listo a las cinco y media pero todavía no sé nada de ella. Estamos a lunes y Gema lleva ya tres semanas trabajando. De momento era lo esperado. Nos vemos un poco menos debido a que ella dedica la mayoría de las tardes a descansar, que falta le hace, y de nuevo toca conformarse con el fin de semana para vernos y disfrutar un poco nosotros. Para ella tampoco está siendo sencillo. Las horas de trabajo se le hacen cada vez más largas; la exigencia de los días en esos hornos es cada vez mayor y su labor es menos valorada por su jefa, la misma

que parecía ser tan simpática días atrás. Afortunadamente tiene buenos compañeros y la ayudan en lo que pueden; eso y el buen humor del que hacen gala amenizan sus jornadas laborales. Su primera semana no fue precisamente mala. Llegó con mucha ilusión y todo lo que le enseñaban lo hacía. Cuando tuvo la ocasión de respirar cogió el móvil para enviarme una foto con su traje de panadera, junto a un texto que decía: «Tu chica ya está a punto de acabar, luego te cuento mi primer día». La segunda semana fue un término medio; alguna tarde tuvo que quedarse a hacer horas de más sin saber si le iban a acabar pagando. Y la tercera semana, no solamente tuvo que quedarse la mayoría de los días a hacer más horas, sino que también la llamaron para que fuera el sábado.

Respecto a nuestros fines de semana son muy tranquilos, lejos de lo que eran antes, y mucho más que aquellos dos días en Valencia. Ahora Gema acaba la semana agotada y quedamos los sábados, un poco antes de la hora de cenar. Eso sí, me habla muchísimo de su trabajo, de todo lo que hace y de sus compañeros. El domingo es el día al que más provecho le sacamos; quedamos a media tarde y paseamos, mientras nos compramos una bolsa de palomitas. Intento que todo siga siendo igual: la hago reír cuando nos vemos, la abrazo, y nuestras charlas por teléfono siempre acaban siendo afables y cariñosas, aunque son también un poco más cortas que antes. Es cierto que cuando ella estudiaba tampoco nos veíamos a diario, pero por lo menos hablábamos más, y el fin de semana era muy diferente a estos últimos. Procuro no exagerar las cosas porque, en realidad, demasiado está haciendo ella; con todo lo que tiene siempre saca tiempo para verme, y eso lo agradezco mucho. De eso, la verdad, no puedo quejarme. Siempre que hemos tenido un hueco, tanto ella como yo, lo hemos intentado aprovechar para encontrarnos. Al principio de estar juntos llegamos a quedar una vez a las ocho de la mañana. ¿A que suena raro? La verdad es que sí, pero nunca olvidaré esa cita. Era el mes de enero. Gema entraba los miércoles en clase a las ocho de la mañana y la avisaron, el día antes, de que su profesor de primera hora no podría ir. Ella tuvo la gran idea de quedar esa hora conmigo, ya que yo estudiaba ese año por la tarde, y también tenía libre. Y así fue. Quedamos para dar una vuelta y así hacer más amena la semana. Aún no eran ni las ocho cuando ella ya estaba lista y, a pesar del frío y el madrugón, mereció la pena porque nos vimos, hablamos y nos lo pasamos bien. A las nueve en punto ella ya estaba en el instituto para empezar

sus clases y yo, sin embargo, me fui a casa para adelantar un trabajo que tenía que entregar en dos días. Fue algo diferente, pero me gustó.

He recibido un *whatsapp* de Gema ahora mismo: «Lo siento mucho, he acabado ahora del trabajo, no he podido avisarte antes. En diez minutos llego».

Vaya, llevo casi una hora esperando y todavía no ha llegado a casa. Si fuera en otra situación me enfadaría bastante, porque a nadie le gusta esperar una hora, pero supongo que si sale ahora del trabajo es que le habrá surgido algún imprevisto. Le contesto diciendo que no se apure, que la estoy esperando en el portal de su casa pero que no pasa nada, que ahora nos veremos. Veía raro que no hubiera contestado mis anteriores mensajes. Llega enseguida y su cara lo dice todo; es una mezcla de enfado, desesperación e irritación, así que intentaré no ponerla más nerviosa.

—¡Hola, cielo! —Pongo cara sonriente.

—Hola... —me dice con voz apagada, mientras me da un beso.

—¿Qué ha pasado para que acabes así?

—Puf... Ahora te contaré. De camino he avisado a mis padres de que había quedado contigo, así que no subo a casa. Creo que necesito que me dé el aire y despejarme.

Le cojo la bolsa de trabajo y nos vamos a dar una vuelta. Está bastante callada, así que intento sonsacarle algo.

—Y bien, ¿me vas a contar qué es lo que te ha pasado hoy?

—El día en sí no ha ido mal, lo malo ha sido cuando me iba, que me han dado más trabajo, por eso he acabado tan tarde. Quería avisarte para que no salieses tan pronto de casa pero no he tenido un respiro, ni siquiera para acercarme y coger el móvil —me explica Gema enojada.

—Son cosas del trabajo; entiendo que te sientas así, deberían avisarte con más antelación, ¿no? —intento que me aclare de dónde viene el enfado concretamente.

—Deberían avisarme con más tiempo, deberían pagarme las horas que hago de más y deberían de pagar mejor las horas que hago. ¿Sabes? En ese



sentido envidio tu trabajo. Tú tienes un horario fijo y te lo pagan mejor que a mí.

—En ese sentido no tendría que quejarme tanto, ya lo sé. —Dejo caer la frase.

Me gustaría ayudarla pero no sé encontrar mejor respuesta. Podría buscar otro empleo; ella vale mucho y no debería estar trabajando en la panadería teniendo una carrera y haciendo horas por amor al arte. Pero eso lo tiene que ver ella; sabe que en todas las decisiones que tome va a encontrar mi apoyo, pero yo tampoco puedo entrometerme, tan solo aconsejarle.

—A lo mejor te llaman de cualquier otro sitio. Igual estás el mes que viene trabajando en una tienda de ropa o, por qué no, en alguna empresa de formación. O en un colegio, ¿quién sabe? —intento animarla y hacerle ver que hay más salidas.

—No creo que me llamen, ya. De todas formas esto será adaptarse...

Luego empieza a hablarme de todo lo que le enseñan. Cómo tiene que amasar el pan, para qué hora tiene que estar listo... Y tras esa cara cansada, se puede ver, en sus ojos, la ilusión que tiene por hacer cosas nuevas. Continúa la conversación hablando de sus compañeros y, sobre todo, habla de un tal Carlos que, por lo visto, tiene mi edad y la ayuda mucho en el trabajo. No es la primera vez que me habla de él; lo nombra muchas veces, pero pienso que es lo normal. La mayoría de los trabajadores son mucho más mayores que ella así que lo lógico es que se junte con los más próximos a su edad. Además, tanto ella como yo no nos consideramos personas celosas, ya que siempre que nos ha sucedido cualquier anécdota durante este tiempo atrás, siempre hemos confiado el uno en el otro y nos ha faltado tiempo para contárnoslo. Sin ir más lejos, en la cena de fin de carrera, mientras bailaba con sus amigas, se le acercó un chico bastante chulo y se puso a bailar con ella; sin embargo ella se dio media vuelta y siguió a lo suyo. Al día siguiente me lo contó y los dos acabamos riéndonos con la descripción que me hizo de aquel tipo. Y, simplemente, el hecho de poder contármelo es ya muy bonito, porque sin confianza dentro de una relación de pareja, ¿en qué se basaría dicha relación entonces? Desde mi punto de vista la confianza es la clave en una relación y sin ella sería difícil de sostener un vínculo tan estrecho.

—¡Mira! Nueva oferta 2x1 para cenar esta semana en este restaurante, uno de nuestros favoritos. ¿Te parece bien si vamos mañana? —Le enseño el letrero mientras observo la oferta desde el escaparate y, así de paso, cambio un poco el tema de la conversación.

—No creo. Mañana quería aprovechar la tarde para descansar un poco y así recuperarme de la semana. Bueno, todavía te tengo que contar lo mejor de Carlos, ¿a que no sabes qué carrera hizo antes de entrar a trabajar?

Nada, que seguimos con el mismo tema.

—No, ni idea. ¿Cuál cariño? —Mantengo la conversación con un tono de voz agradable.

—¡La de pedagogía! Hemos estado toda la mañana hablando de las asignaturas que tuvimos, de las prácticas...; vamos, que le he resumido en una mañana cuatro años.

También es casualidad que haya estudiado lo mismo que ella. Sé que ahora la veo menos y que hablamos poco; vale que cuando quedemos hable de su trabajo y específicamente de Carlos, pero lo cierto es que yo confío en ella, así que no pienso caer en el juego de los celos. Mientras la acompaño a casa intento organizar algo para el próximo fin de semana. Me apetece hacer algo diferente y a ella también le vendrá bien. Pero, o bien no tengo a las musas de la imaginación de mi parte, o el destino quiere que estemos haciendo lo de costumbre: cenar y a casa; vamos, la pura rutina. Se me ocurre que podríamos ir al campo y hacer una barbacoa y asar algo de carne, pero el sábado tiene que ir a trabajar por la mañana y no sabe a qué hora acabará. El domingo prefiere quedarse durmiendo, y lo último que tiene es ganas de madrugar. También se me ocurre que veamos alguna película en casa, con palomitas, algún refresco y todo eso, y aunque admite que no es mala idea me dice que ya veremos de aquí al sábado. Son las ocho y media de la tarde cuando volvemos a su casa. Conforme han pasado los minutos ella ha ido hablándome menos. Su cara es ahora quién habla, en vez de sus labios. Se nota que está muy cansada. Nos despedimos en su portal, como de costumbre, y le devuelvo la bolsa del trabajo.

Mientras vuelvo a casa empiezo de nuevo a pensar en mis cosas: en ella, en nuestra nueva relación y en una posible solución para cambiar el rumbo de

esta monotonía. No va a ser sencillo cambiar esta rutina, pero el reto siempre es superarse. Tendremos que exprimir el tiempo y sacar hasta el último segundo para vernos; tratar de sacar temas de conversación a pesar del cansancio y, por qué no, idear nuevos proyectos que mejoren un poco más nuestra relación. Entiendo muy bien lo que significa para ella tener su primer empleo, pues la acerca un poco más a su independencia. Es un paso más para demostrar que ella es capaz de hacer todo lo que se proponga, pero me sabe muy mal que se intenten aprovechar de ella con esos horarios que su empresa no respeta, con un sueldo mísero y que, además, le exige tener que trabajar horas gratis. Parece que esto es España, a pesar de oír todos los días en las noticias el tema de la crisis económica y el desempleo, no te das cuenta hasta que no te toca de cerca. Y luego está el tema de Carlos; me gustaría conocerlo para saber cómo es, si tiene pareja, conocer su carácter... Detrás de todo esto creo que tan solo hay elucubraciones que mi cabeza se empeña en hacer. Es normal que Gema hable mucho de él, ya se ven todos los días y pasan muchas horas juntos, y aunque tengan tantas cosas en común tan solo puede haber entre ellos una bonita amistad.

Cuando llego a casa saludo a mis padres. Mi progenitor está preparando también su fin de semana, ¡y eso que estamos a lunes! Está organizando, junto a sus amigos, una excursión en la que, ¡cómo no!, incluye una escalada. Mi madre viene de ver a mi abuelo que, de momento, se mantiene bastante bien, aunque está preocupada por esos ratos en los que pierde la cabeza. No sabemos si será cosa de la medicación o de la enfermedad, pero hasta ahora se mantiene bien dentro de lo que cabe, que es lo importante. Después de cenar me voy a dormir; todavía queda mucha semana por delante.



El silencio es un aliado del enemigo

Y sin darnos cuenta llegamos a pleno mes de agosto. Los termómetros pueden señalar, perfectamente, los treinta y cinco grados de temperatura. Las terrazas de verano están abarrotadas a partir de las siete de la tarde; las calles, por el contrario, se encuentran mucho más vacías debido a que la mayoría de los habitantes está veraneando. Hoy se podría decir que empiezo mis vacaciones. Como cada año desde que trabajo en la copistería siempre me pillo las dos últimas semanas de agosto y las dos primeras de septiembre. Tendría que estar preparando las maletas para pasar el veraneo con Gema en alguna de las playas del mediterráneo o, por qué no, en alguna isla, como

Ibiza; y puestos a pedir, haciendo un viaje al extranjero durante, al menos, una semana, para conocer nuevas culturas, un poco de idioma y todas las curiosidades que nos atraen de unos sitios u otros. Pero no; desafortunadamente no le han dado vacaciones, ni siquiera una semana, y parece que tampoco le van a dar descanso para el resto del año. Estos últimos meses ha trabajado de lunes a sábado, con un global de sesenta y ocho horas semanales. Muchas horas sin cobrar y, además, el trabajo sigue estando muy mal pagado. Lo sé, las cosas no deberían ser así pues todo trabajador dispone de un máximo de cuarenta horas semanales por ley, pero ahora se aprovechan como quieren, e igual que en el caso de Gema esto le está pasando a un montón de gente. Así que, por mi parte, me tendré que conformar con verla de semana en semana, entender sus cambios de humor y apoyarla, día a día, en todo lo que haga. Gema, por su parte, lo lleva a días, unos mejores que otros. Entre semana nos toca conformarnos con las cortas conversaciones telefónicas; nada que ver con lo que era meses atrás, cuando podíamos hablar durante una hora. Los fines de semana también la veo menos; los sábados solo quedamos para cenar, ya que ella aprovecha la tarde para hacer la siesta, descansar y arreglarse un poco. Y los domingos es otra cosa; empleamos las tardes en pasear y, con alguna excepción, vamos al cine.

En mi casa las cosas siguen igual. Mi padre, por su parte, está aprovechando estos días para descansar, ya que él tiene el mes completo de vacaciones. A veces intenta hacer alguna escapada con mi madre, a la playa, pero solo días sueltos y cuando mi abuelo está un poco mejor. Hace tres días estuvo de nuevo en el hospital. Los dolores que padecía eran tan grandes que llegó a perder la cabeza, hasta el punto de no poder reconocernos. Una vez en la residencia, gracias a los calmantes, regulación de medicamentos y descanso, el hombre se recuperó un poco. Parece que no siempre las cosas son fáciles; por un lado me gustaría ver que mi abuelo está bien y que mi familia no padece tanto. Por el otro, me gustaría vivir con Gema, que tuviéramos nuestro propio piso y poder verla a diario. Darle todos esos abrazos que se quedan vacíos cuando no la veo y también mis besos y mi cariño, y ayudarla en todo lo que pueda, desde más cerca. Pero para todo esto aún tendremos que esperar. A Gema le tendrían que pagar un poco mejor todo el trabajo y esfuerzo que hace, y yo necesito hacer más horas. De momento mi sueldo en la copistería no da para mucho y después de mucho tiempo repartiendo

curriculum por toda la ciudad, aún no ha sonado el teléfono para mostrar un mínimo de interés. En un rato paso a recoger a Gema. Ya que es festivo queremos aprovechar el día para comer en el campo. Es un paraje natural por el que discurre un río y que cuenta con zonas de sombra. Además es una zona tranquila con muchas mesas de madera, lo que lo convierte en un paraje muy acogedor. Le vendrá bien despejarse de todo, que le dé el sol, respirar aire puro, comer al aire libre y estar juntos.

Paso a recogerla y, afortunadamente, no tarda mucho en bajar. Se me hace raro verla con chándal, acostumbrado a ponerse cualquier conjunto elegante para nuestros planes de fin de semana. Aun así y todo está preciosa, para comérsela a besos. Empieza a contarme sus cosas del trabajo, el último cotilleo de sus amigas y, por último, acaba hablándome de sus padres que han ido a pasar el día a la playa. El paseo se hace bastante agradable, la verdad. El cielo está despejado e incluso corre una brisa que alivia el calor. Cuando llegamos lo primero que hacemos es quitarnos la mochila. Gema le da un trago al agua de su botella mientras yo me acerco al río para mojarme la cara con las manos. Luego preparamos la mesa; ella saca el aperitivo mientras yo cojo los bocadillos y los refrescos. Tiene todo muy buena pinta y más aún cuando estás en el campo. La comida se hace muy grata al estar junto al rumor del agua del río. Los pájaros cantan y las grandes copas de los árboles se mecen ligeramente por la brisa. Después de comer aprovechamos para sentarnos en el suelo mientras nos relajamos y disfrutamos de la paz que trasmite todo el entorno.

—Me encanta estar a tu lado. Estos momentos son únicos, ¿verdad? —le digo mientras rompo el silencio para darle a la escena un toque de romanticismo.

—Si...

—La semana que viene, ¿sabes lo que podríamos hacer? Me gustaría que el próximo sábado pasemos la noche juntos; y el domingo podríamos ir a la playa. ¿Qué te parece?

—Sí, bueno, no sé...; ya veremos de aquí a la semana que viene —me responde bastante indecisa. No es normal en ella que, después de esos silencios, no sepa qué responder. Parece que se está produciendo en ella un nuevo cambio de humor, como semanas atrás. Hace un momento estábamos



comiendo tranquilamente y era agradable charlar con ella; tenía buena cara y los temas de conversación que manteníamos eran muy amenos. Ahora su cara permanece mucho más seria, como distraída diría yo; por eso intento averiguar qué le sucede, ayudarla...

—¿Te pasa algo, cielo? Sé que todavía falta una semana, pero, no sé...; te lo digo para que hagamos cosas e intentemos pasar más tiempo juntos —le explico.

—No lo quiero pagar contigo porque tú no tienes nada que ver, pero llevo unos días sintiéndome rara. Supongo que será por el trabajo, o por el cansancio, pero me siento rara cuando quedamos. Sé que tú no tienes nada que ver, pero lo pago contigo. —Jamás pensé que fuera a decirme eso y menos aún de una forma tan directa, tan clara.

—A ver, que me estás asustando... —Intento hablar con calma y no alarmarme—. Estás diciendo que eso de que te sientes rara es a causa del trabajo, pero lo otro de «me siento rara cuando quedamos» y «no lo quiero pagar contigo»...

—No te pongas así, que no quiero preocuparte; seguramente no será nada. Ya te estoy diciendo que tú no tienes nada que ver, pero empiezas a proponer planes para nosotros, ilusionado, y siempre estás pensando en mí y, de verdad que no sabes cuánto te lo agradezco, pero creo que llevo unos días que no estoy aportando nada. Solo hablo del trabajo y me quejo de muchas cosas. —Me especifica un poco más.

—Es normal. Estás haciendo un montón de horas, muchas de las cuales ni siquiera te las pagan. Además, estás trabajando en algo que no es lo tuyo. No quiero que te sepa mal por mi causa. Lo que no se pueda hacer ahora, pues se hará más adelante, y ya está. Lo que quiero es apoyarte en tus decisiones de trabajo y esperar a que vengan tiempos un poco mejores. Lo importante es que nos apoyemos, Gema, y que nos tengamos el uno al otro; y prefiero estar contigo sin vacaciones que lejos de aquí y a saber con quién.

Intenta disfrazar su rostro serio con una pequeña sonrisa. Algo es algo. Le doy un beso en la cara, me abraza, y seguimos hablando e intentando quitar importancia a todo lo anterior. A Gema le cuesta mucho expresarse si hablamos de un tema en concreto que no estamos acostumbrados a tratar; o

bien porque no sabe cómo decirlo sin hacerme sentir mal, o bien porque no sabe cómo me lo puedo tomar. Esta vez me ha sorprendido, la verdad; de estar tan bien minutos atrás ha pasado a decirme que se siente rara conmigo. Y por muy bien que haya explicado sus motivos y aunque no tenga la culpa, en el fondo esto nos afecta y mucho, tanto a ella como a mí. Intentaré hablar más de nosotros, ser más cariñoso, respetar su espacio como he hecho hasta ahora, y esperar a que la suerte se ponga de nuestro lado y las cosas vuelvan a ser como antes. Conforme avanza la tarde vuelve a ser la misma Gema de esta mañana. Aprovechamos las horas de luz para pasear por la naturaleza hasta que, al final, volvemos a casa.

—Ahora estoy mucho mejor, creo que lo único que necesitaba era contártelo —me dice en voz baja mientras me da un beso y me abraza.

—Me alegro. Sabes que lo único que quiero es ayudarte y estar contigo, no me importa cómo, pero contigo —le digo. Gema se pone roja como un tomate; si hay algo que no ha cambiado nada en estos cinco años y medio es en que sigue siendo igual de vergonzosa.

—Mañana es lunes y no creo que esté tan cansada; te lo digo por si quieres que te avise cuando acabe y quedamos. Así tú no te aburres tanto —me dice mientras me sonrío.

—¡Claro! Estaré pendiente del móvil, así que nada más me avises, paso a recogerte.

Tras dejarla en casa me quedo con un sabor agridulce. «Agrio», porque por más que ella le quite importancia me preocupa mucho lo que me ha dicho y porque también me preocupan sus cambios. En todo este tiempo atrás, nunca la he notado tan extraña, con esos cambios de ánimo tan bruscos; siempre era mucho más estable y cariñosa. Entiendo que le afecten varios factores, pero espero que esto no vaya a más. «Dulce», porque tenía ganas de pasar un día con ella y, a pesar de lo malo, demuestra confianza en nuestra relación, y también ganas. Me parece que aunque esté de vacaciones tengo trabajo por hacer y conozco el camino que tengo que seguir: volcarme en nuestra relación. Estoy seguro que conforme pase el tiempo todo cambiará y volveremos a ser los de los años anteriores, cuando Gema y yo no parábamos de reír, cuando en cada cita había algo nuevo que descubrir el uno del otro, y donde cada día demostrábamos al mundo que parecíamos estar hechos a medida. Hasta ahora

ha sido todo sencillo; desde que la conocí nunca hemos atravesado ningún problema de relación, ni mucho menos una crisis. Tampoco es que pretenda exagerar con todo esto porque lo más seguro es que, poco a poco, salgamos de este bache y todo vuelva a la normalidad. Al fin y al cabo, ¿qué pareja no pasa por situaciones semejantes?

Llega el lunes, primer día oficial de vacaciones. Parece que va a ser un día caluroso. Me asomo a la ventana y se escucha perfectamente el canto a coro que emiten las chicharras. No he madrugado, aunque me he despertado cansado; creo que no he dormido muy bien esta noche. Aprovecho la mañana para hacer unos recados para mi madre: comprar el pan, algo de companaje y fruta. Me llama mucho la atención lo tranquilas que están las calles. La mitad de los comercios están cerrados y la otra mitad mantiene muy poca clientela; de hecho no he tenido que hacer cola en ninguno de los tres sitios a los que he ido. También me resulta muy llamativo ver una tienda de tatuajes, abierta, en pleno mes de agosto, cuando todavía no son ni las once de la mañana. ¿Quién irá tan temprano, en pleno mes de agosto, a hacerse un tatuaje? O yo estoy muy equivocado o la gente está desesperada por vender. A mí me hacía ilusión, tiempo atrás, hacerme un tatuaje. Pensaba en colocarme un brazalete en el brazo derecho, no muy grande eso sí, que fuese discreto, pero a Gema no le hacía mucha gracia. Decía que si dejaba de gustarme tendría que vivir con aquello puesto para siempre. Y luego, claro, que también le gustara a ella...

Tras pasar el resto de día en casa y cuando se acercan las cinco de la tarde, recibo una llamada en el móvil. ¡Es Gema! Oigo su voz y parece que está bastante animada, lo cual me tranquiliza. Quedamos en que, en media hora, me recoge ella. No es lo normal, pero por lo menos me da tiempo a darme una ducha fresca y cambiarme de ropa. Una vez que estoy preparado suena el timbre; parece que estemos sincronizados.

—¡Hola, cielo! ¿Qué tal te ha ido el día? —le digo nada más verla.

—¡Hola! Bien. Hoy he tenido un buen día, la verdad —su cara denota que es así; sus ojos están vivos y el color de su rostro dice mucho de ella y de su estado de ánimo.

Iniciamos el paseo buscando la sombra, así que se me ocurre la idea de ir al parque, porque así también nos podremos sentar. A Gema le parece buena idea. El lugar está lleno de niños, madres con el bocadillo en la mano dando

de merendar a los más pequeños y otros niños y niñas que se columpian, mientras que los que son un poco más mayores pasean con la bicicleta y los patines. Nos sentamos en el primer banco que encontramos con sombra y Gema le da un pequeño bocado al cucurucho de chocolate que acabamos de comprar. Yo he elegido un helado de tarrina.

—¡No te quejarás! Hoy no ha hecho falta que vengas a recogerme —me dice Gema cuando acabamos nuestros helados.

—Ya, eso me preguntaba. ¿Te ha traído tu padre en el coche?

—No, por casa no he pasado todavía; les he avisado de que estaba contigo. Me ha traído Carlos, en su coche. Tenía que pasar cerca de tu casa para recoger unas cosas y me ha hecho el favor.

—Muy bien, claro... —De repente una sensación de bajón se abate sobre mí, aunque intento disimular, como si nada.

—Si no fuera por él no sé si aguantaría trabajando para ellos. Me ayuda mucho en el trabajo. Hoy se ha quedado haciendo dos horas de más para organizar conmigo toda la bollería para mañana, que no es poca.

—Eso está muy bien. La verdad es que los compañeros de trabajo influyen mucho a la hora de realizar cualquier actividad.

Y así continuamos hablando del gran protagonista: Carlos. A Gema, sin darse cuenta, se le pasan los minutos volando mientras habla de él. Necesito saber que realmente lo que existe entre ellos es solo una bonita amistad, pero hasta ahora ninguno de nosotros dos ha tenido un amigo o amiga del sexo opuesto. Me gustaría saber cuál sería la reacción de Gema si la situación fuese al revés, es decir, si yo tuviera una gran amiga para contarle mis cosas y compartir mi tiempo. Me gustaría saber cómo se sentiría ella. La tarde acaba como una de tantas. Después de hablar de Carlos una y otra vez, su voz se va apagando debido al cansancio. Ahora me toca a mí hablar de mis cosas, o de nosotros, pero no me apetece esforzarme. Desde luego no es el momento indicado para mostrar celos, pero tampoco puedo actuar y seguir como si nada estuviera pasando. Llegamos a su casa andando entre pequeños silencios, esos espacios incómodos se acaban apoderando de ti sin que te des cuenta. O, como en este caso, de nosotros. Recuerdo cuando me dijo mi abuela hace mucho tiempo que el silencio es un aliado del enemigo.

—Pero, ¿y eso que significa abuela?

—Imagínate por un momento que estás en un examen y dejas en blanco una pregunta. No solamente estás diciendo que no conoces la respuesta a lo que te están preguntando, además estás mostrando falta de interés. ¿No es así, Adrián?

—Sí, demuestra falta de interés y que no he estudiado nada.

—Pues lo mismo sucede en la vida. Te encontrarás en muchas situaciones en las que no sabrás qué debes hacer, pero no tengas miedo a equivocarte. Lo importante es elegir un camino y actuar, pero nunca lo dejes pasar porque tan solo empeorarás la situación. Los silencios son incómodos, no dejes que se agranden.

Y la verdad es que no se equivocaba aquel día. Conforme pasa la vida llegan, en el momento más inesperado, esos momentos en los que te hace falta el consejo de una persona a la que aprecies, y más todavía si es alguien mayor, porque normalmente no suelen equivocarse. Mi abuela, por más que pasen los años, sigue teniendo el mismo carácter desde que la conozco: alegre, risueña y optimista; a pesar de que, a día de hoy, las preocupaciones y el miedo disfracen su personalidad.

Nuestro último tema de conversación ha sido el calor y tampoco sé si Gema ha notado mi ausencia en estos últimos minutos. Tras darnos nuestro último beso, en su portal, nos miramos a los ojos. Los dos nos hemos quedado con ganas de decirnos algo, pero yo, por lo menos, no he podido. Regreso a mi casa, esta vez todavía más pensativo de lo normal.

Ahora me acuerdo de Antonio y Santi. Me gustaría llamarles y quedar con ellos, contarles todo lo que me está sucediendo y que ellos me animen y me digan: «Adrián, todo lo que tienes es una paranoia, no le des más vueltas» o «Estás tonto, Gema solo tiene ojos para ti, lo único que tienes que hacer es comprenderla». Pero hace mucho tiempo que no los veo. Nuestra amistad se fue enfriando, poco a poco, cuando comencé a salir con Gema. Y luego Antonio conoció, hace dos años, a Rebeca, la chica que destaca por ser la mejor en economía y *marketing*. Además considero a Rebeca una persona alegre y que se caracteriza por llevar siempre el flequillo más perfecto de todos cuantos he visto. Hacen una pareja estupenda, la verdad.

Santi, sin embargo, está pasando un año en Londres. Tras finalizar su carrera eligió pasar una temporada en la ciudad de la niebla para reforzar el inglés. Ya solo quedan dos meses para que vuelva. También pienso en hablar de todo esto que me está pasando con mis padres, pero no creo que sean las personas más indicadas para aconsejarme, ya que tienen mucho aprecio a Gema y no quiero que se estropee ese sentimiento. Una vez que llego a casa le pongo un *whatsapp*. No sé si será lo adecuado, pero mi intuición dice que sí: «Buenas noches, mi pequeña, te quiero». Minutos después recibo el suyo: «Y yo, bobalicón, que descanses». Sonríó como un tonto y, poco a poco, me voy tranquilizando, hasta que mi cabeza deja de dar vueltas.



7

Detrás de las palabras



Llegamos a los últimos días de verano. Estamos a quince de septiembre. Las madrugadas, como la de hoy, son mucho más frescas que las de días atrás. Los niños ya han vuelto al cole y yo también me incorporo a la copistería. Siempre me ha costado integrarme en la rutina después de las vacaciones, aunque este año, al no haberlas disfrutado tanto, mis sensaciones son un poco neutras. Este verano no hemos tenido viaje, ni muchos días para disfrutar del calor y el buen tiempo. La mayor parte del tiempo he estado en casa, sin ella,

aburrido y esperando a que llegara el sábado para volver a verla. Han sido las primeras vacaciones que se me han hecho largas. Días de levantarse tarde, de no tener nada planificado, mirar la tele para ver cualquier cosa y volver a jugar a aquellos juegos de ordenador que no usaba desde hace años. Mi única preocupación estos días ha sido hablar con Gema para saber que estaba bien y pillar el sueño a partir de las doce de la noche.

Cuando estoy con ella parece que todo cambia. Quiero poner en ella toda mi atención, en nuestra relación, en nosotros... Mi ilusión crece por instantes, ese momento en el que estoy a punto de verla, cuando la impaciencia se apodera de mí, de mis sentimientos, pero desafortunadamente las cosas ya no son como eran antes. Cada semana me encuentro con alguna frase que me sorprende, como hace dos semanas, mientras estábamos sentados en la arena frente al mar; de repente, sin venir a cuento, me dijo: «Me gustaría que cambiaras en algunas cosas». Parece que Gema, en muchos aspectos, está cambiando. Antes ella valoraba hasta el más mínimo instante de mi tiempo que le dedicara. Puedo entender que se agobie por el trabajo y que necesite más tiempo para ella, pero Gema tiene que valorar también que estoy siempre a su lado, lo más cerca posible de ella y que, en muchas situaciones, lo acabo pasando mal. Con referencia al sexo es mejor no hablar; llevamos meses sin poder hacerlo, y lo peor fue esta última semana. Estábamos solos en su casa y, entre besos y caricias, intentamos romper esa sequía, pero de repente sonó el móvil. Llamaban del trabajo de Gema, ¡cómo no! Tras permanecer hablando con ellos más de media hora ya no volvió a surgir la oportunidad.

En conclusión: entre unas cosas y otras la noto mucho más alejada de mí, distante; y lo peor de todo esto no es el hecho de no verla, o incluso de verla poco; lo peor es que también nos separa la distancia cuando estoy a su lado. A Gema la han cambiado desde que trabaja en los hornos de Panaderías Priego. Hasta ahora he intentado ayudarla en todo, y no me rendiré, ni dejaré de hacerlo, pero también necesito que ella se exprese y hable claro y ponga las cartas sobre la mesa. Sé que todas las relaciones pasan por pequeños baches y yo soy nuevo en esto, con una relación de más de cinco años y medio, e intento buscar esa solución que ponga las cosas en su sitio.

Mi primer día después de las vacaciones pasa por ser bastante insulso. Tras centrar mis pensamientos únicamente en Gema durante tanto tiempo,

intento disimular mi distracción e incorporarme al trabajo de la manera más natural. Atender a los clientes, hacer fotocopias, inventario del material escolar y hacer caja el último cuarto de hora. Cuando regreso a casa toca comer, el café y ver un poco la tele. Hoy no tengo pensado quedar con Gema; en estas últimas semanas, para mí, solo cuentan los sábados y los domingos. Intento, entre rato y rato, buscar algún plan original que se adapte a su horario para poder hacer algo diferente, pero no se me ocurre nada. Llega la noche y tras unos breves mensajes de *whatsapp*, me dice que no puede llamarme por teléfono porque está bastante cansada. Debería preocuparme por esto que me dice, pero la verdad es que es bastante normal desde que trabaja. El martes es más de lo mismo; la mañana es un calco al día anterior, solo que al tener menos clientes tengo la suerte de acabar cinco minutos antes. Llega la noche y esta vez sí que llama Gema; han sido casi cuarenta y ocho horas sin oír su voz y ya la echaba de menos:

—¡Hola! Buenas noches, desaparecida... —No puedo ocultar mi arrebató.

—¡Hola cielo! —dice mientras se ríe.

—¿Cómo llevas la semana? ¿Alguna novedad?

—Bueno, ayer fue un día horrible. No me pude parar ni a comer, con eso te lo digo todo. Hoy también hemos tenido trabajo, bastante además, pero bueno, se podía soportar. —No entiendo cómo, además de estar doce horas trabajando, no le dan ni diez minutos para comerse el bocadillo que se ha llevado preparado desde casa. Y ella lo cuenta sin estar enfadada, ni nada; hay cosas que no llevo a entender.

—¡Vaya! Estás apañada, la verdad, con tanto ajetreo...

—Pues sí, la verdad. ¿Y tú qué tal después de las vacaciones?

—Nada, sin novedades. Tenemos un poco más de movimiento con las fotocopias y el material escolar, pero bueno...; tampoco me quejo. Por cierto, estrenan en el cine una película que nos gustaría: «Si decido quedarme», de Chloë Moretz. No sé si te sonará, pero parece que va a tener audiencia...

—Me parece buena idea, la verdad. Hace mucho tiempo que no vamos, pero este sábado no sé si podré quedar. Me comentó Valeria que quería verme, que hacía tiempo que no hablábamos de nuestras cosas. Podemos dejarlo para otro día, ¿vale?

—Sí, claro. No pasa nada, tranquila... —le digo, a pesar de estar algo desanimado.

—Y... tenemos que hablar este domingo de algunas cosas. —La verdad es que esa frase que me ha soltado me preocupa y mucho, aunque me lo dice con un tono de voz bastante agradable, como si no tuviera la más mínima importancia.

—Pero..., va todo bien, ¿verdad? —Mi estado de ánimo pasa de decaído a angustiado en una fracción de segundo.

—Que sí... No te preocupes, en serio. —El tono de voz me tranquiliza, poco a poco, pero mi cabeza parece que no se va aburrir en toda la noche.

Por lo demás todo funciona con total naturalidad. Hemos seguido hablando de nuestras cosas y la despedida ha sido como otra de tantas así que, por suerte, consigo pillar el sueño. Ahora toca esperar a que llegue el próximo domingo para volverla a ver. Trabajo por la mañana y por las tardes, algo hastiado. En alguna ocasión ayudo a mi madre a hacer recados mientras ella aprovecha para visitar a sus padres. Por lo que respecta a Gema no hablo mucho más con ella el resto de semana; continuamos con breves mensajes y tan solo oigo su voz el viernes.

Llega el sábado por la mañana. Mi primer fin de semana tras las vacaciones. Quiero aprovechar la jornada para reflexionar sobre mis cosas, y qué mejor forma de hacerlo que caminando. Me pongo el calzado apropiado, el bastón de senderismo, la gorra, mi chándal de color azul marino y cojo la mochila con algo de almuerzo y agua. ¡Listo para respirar aire puro y recapacitar sobre muchas cosas!

El cielo está despejado, ni una sola nube adorna el cielo azul claro. El sol ha salido desde primera hora; el olor a tierra llega a mi olfato nada más pisar el campo. El hecho de dejar de oír el sonido de los vehículos y los chismorreos de las calles hacen que me sienta en un estado total de sosiego, algo que llevaba necesitando desde hace algún tiempo; tanto es así que hasta decido desconectar el móvil. La serenidad sigue a mi lado en cada paso que doy, en cada inspiración y espiración, y en cada segundo que muere. Mis pensamientos vuelan con Gema, hacia mi novia, la chica con la que llevo cinco años y medio, la misma que me ha enseñado amar, y la misma que me ha

enseñado tantas cosas. Es la chica a la que amo con locura desde el día en que la conocí; la que tantas alegrías me ha dado y la misma que, en todo este tiempo atrás, me ha demostrado todos sus sentimientos. Simplemente... «ella». Y ahora que, al fin, estoy junto al silencio, pienso que es normal, en su situación, que ella esté como está; cansada, agotada, extenuada..., y hasta ahora saca tiempo de donde puede para que nos sigamos viendo. Es más, se me acaba de venir a la cabeza que, por qué no, voy a pedirle que podríamos hacer números y, con tiempo, vayamos mirando algún piso de alquiler. Al fin y al cabo es la mejor manera de vernos todos los días y dar un paso adelante a nuestra relación. Y yo solo, pensando en mis cosas, me he provocado unos momentos de éxtasis y felicidad; es como haber encontrado la solución a todos estos problemas que llevamos arrastrando en estos últimos meses. Es cierto que todavía falta hablarlo con Gema, pero estoy convencido de que mi idea le gustará una vez que lo hablemos con calma.

Cuando regreso a casa mi arrobamiento se va apagando, poco a poco. Sigo dándole vueltas a la cabeza y pienso en cómo se lo voy a decir, y también en cómo se lo va a tomar ella. La certeza con la que contaba hasta hace apenas unos minutos se ve invadida, poco a poco, por la duda. Me doy una ducha con agua fresca, como algo e incluso me echo una siesta para despejarme de todo eso en lo que he estado pensando. La tarde se me hace no solo aburrida, también extraña. Hacía mucho tiempo que no pasaba un sábado sin ver a Gema, y se me hace más raro aún el hecho de no estar, a estas horas, buscando el restaurante donde iríamos a cenar hoy. Por suerte he recibido un *whatsapp* de Gema en el que me dice que después de cenar me va a llamar. Es lo único positivo que saco de esta tarde. Una vez termino de cenar pechuga de pollo y ensalada, me pongo la tele esperando a que me llame. Las diez y media, once, once y cuarto, once y media y, cuando pensaba que ya no sonaría el móvil, se ilumina la pantalla con su nombre y su número de teléfono, debajo.

—¡Por fin! Pensaba que hoy tampoco íbamos a hablar.

—Ya, al final se me ha hecho un poco tarde, lo siento... —me dice con voz apagada.

—No te preocupes, no pasa nada, de verdad. Y Valeria, ¿qué se contaba?

—Intento darle conversación y quitarle importancia a la larga espera.

—Bueno, al final no he quedado con ella.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué has hecho esta tarde?

—Pues he ido a tomarme una cerveza... —Mis pulsaciones empiezan a acelerarse. No me gusta el tono de voz que tiene, apagado, reservado... Le pasa algo y no sé el qué.

—Te has ido a tomar una cerveza..., ¿sola?

—Con Carlos... —Deja caer la frase.

Lo sabía. En el momento en el que me ha dicho que no ha quedado con Valeria he pensado directamente en él. En todo este tiempo nunca habíamos quedado a solas con alguien del sexo opuesto, y en el fondo no me importa, pero me lo ha estado ocultando, encubriendo, como si estuviera haciendo algo malo. Me mantengo en silencio en el auricular del teléfono; me he enfadado y mucho y Gema se ha dado cuenta enseguida.

—¿Ves? No te lo quería contar por eso. Sabía que te ibas a enfadar. La semana que me habrías dado si te lo llego a decir el martes...

—Lo que me enfada de todo esto no es que quedes con un chico, es que me lo has estado escondiendo. —Intento calmarme, pero si hay algo que no puedo es ocultar mi cólera.

—Te habrías enfadado igual y lo sabes. Te conozco de sobra. —Quizá tenga razón y me habría enfadado de todas formas, pero no puedo hacerme a la idea ahora mismo. ¿Qué habría pasado si la situación fuera al revés?

—Pues..., puede. ¿Tú como estarías en mi situación?

Tras seguir hablando con ella un poco más intento que la discusión no vaya a peor y, poco a poco, lo intentamos arreglar. Sé de sobra que no tiene nada de malo que ella quede con otro chico aunque lo vea todos los días durante más de doce horas diarias en el trabajo, pero creo que lo normal es que no me lo hubiese ocultado.

—Bueno, ¿y eso es lo que querías contarme el martes? ¿Eso era lo que querías decirme?, ¿eso de que teníamos que hablar de algunas cosas? —Después de pensar en todo esto ya conozco la respuesta y, al menos, me quedo mucho más tranquilo.

—No, no va por ahí. Espérate a mañana, por favor. No quiero hablar de

esto por teléfono —me dice seria y decidida. Mis pulsaciones vuelven a volar, otra vez y por sorpresa. La respuesta que me acaba de dar no me la esperaba, en absoluto.

—Tan... tan preocupante es... —se me entrecorta la voz. Intento sonsacarle algo, pero no hay forma. Las palabras «por favor» son las más repetidas en los últimos segundos. No hace otra cosa que interrumpir mis frases, mientras yo repito e insisto con el tema de que me adelante de qué vamos a hablar, aunque no consigo sacarle nada. No me gusta la idea, en absoluto, de qué puede ser lo que me va a decir mañana. Finalmente acabamos quedando para el día siguiente, por la tarde, pero no para pasear o ir al cine, y tampoco para buscar algún sitio para cenar, sino para hablar.

Tumbado en la cama me siento apenado, entristecido, atribulado y compungido. Las lágrimas que se escapan de mis ojos y que bañan mi rostro me hacen sentir débil y frágil. Me es imposible dormir; no hago más que dar vueltas en la cama y tratar de combatir los cambios de temperatura que sufre mi cuerpo: frío, sudor y de nuevo me siento destemplado. Cuándo al fin parece que estoy cogiendo el sueño me despierto sobresaltado, diciendo el nombre de Gema.

Llega un nuevo día. No me levanto nada optimista, pero todavía no lo he perdido todo. Hay que esperar a que llegue la tarde, hablar las cosas con Gema, con calma y paso a paso. Lo más difícil de todo esto es tener que disimular en casa el dolor que llevo dentro; sacar una sonrisa cuando más cuesta y llevar el día como si nada estuviera pasando. Efectivamente, no quiero que mis padres se enteren de que me pasa algo con Gema o, mejor dicho, que algo le pasa a ella conmigo. El tiempo pasa más despacio que de costumbre. No hago otra cosa que mirar el reloj y contar las horas que faltan para verla. Siguen pasando los minutos y no hay llamadas ni mensajes. Me gustaría ponerle algo, pero pienso que lo mejor es esperar a hablar con ella en persona. Apenas he comido, y eso que mi madre ha preparado uno de mis platos favoritos: la fideuá.

Se acerca lentamente la hora. Quiero ir arreglado, pero informal, por eso llevo unas zapatillas nuevas que me regaló Gema, vaqueros negros y un polo ajustado color azul claro. Cuando voy a recogerla el camino se me hace más largo de lo habitual. Conforme voy llegando a su casa me entra miedo; no sé

cómo va a estar Gema, que me querrá decir, qué será eso que nos afecta tanto a ambos. Parezco un niño pequeño que va al dentista por primera vez y no quiere entrar en esa sala fría y llena de artilugios. La espera en su portal se hace todavía más lenta. Pasan cinco, diez y hasta quince minutos, pero al fin está conmigo.

Me saluda con un beso. Lleva el anillo de plata que le regalé por su último cumpleaños y eso me tranquiliza un poco. Ella tiene los ojos llorosos y húmedos, y su mirada es más seria de lo habitual. Buscamos un lugar tranquilo para hablar, una zona donde no pase mucha gente y que, a ser posible, no nos pille muy lejos. La sensación de intriga sigue sin separarse de mí; cada paso que doy a su lado me hace sentir más pequeño; el silencio me ahoga, poco a poco. Inconscientemente vuelvo a recordar a mi abuela. Al fin encontramos el banco apropiado. Es justo lo que buscábamos, cerca de su casa. Por suerte no pasa gente apenas.

—Antes de nada, decirte que estoy dispuesto a poner todo de mi parte para arreglar esto. —Creo que es la mejor manera de empezar esta conversación, que puede dar muchas sorpresas. Gema asiente con la cabeza, pero no me mira a los ojos. Empieza a hablar ella.

—Bien... No sé muy bien cómo empezar todo esto. Llevo días..., bueno, tal vez semanas en las que veo que no estamos bien... —Su voz es débil y sus gestos también los son.

—¿Que no estamos bien, Gema? Pero si directamente no nos vemos... — Aún no he acabado la frase cuando me interrumpe.

—Por favor, déjame hablar y que te lo explique todo. Luego hablas y opinas tú. —Ahora soy yo el que asiento con la cabeza y me quedo en silencio.

—Llevamos semanas que no estamos bien. Yo no soy la misma ni tú eres el mismo, y nuestra relación tampoco es lo que era antes —afirma, convencida.

—Ya... —Apenas se ha oído mi voz.

—Sé que desde que conseguí el trabajo esto nos ha afectado mucho a los dos, y de verdad no sabes cuánto siento el no poder quedar contigo tan a menudo como antes; que te pases cada tarde o incluso todas tus vacaciones en casa, esperando para verme un rato o, simplemente, para escuchar mi voz, pero...



—Eso no es del todo así. —La he vuelto a interrumpir, pero esta vez no me dice nada.

—¿A qué te refieres? —me pregunta Gema. Puede que me arrepienta de lo que diga pero lo tengo que decir.

—Pues que ayer por la tarde podrías haber quedado conmigo en vez de irte de cañas con Carlos. —De golpe entra calor en mi cuerpo. Mi piel arde del miedo que siento.

—¿Ves? Es que no se te puede decir nada, Adrián. ¿Te estás oyendo? El simple hecho de que yo quede con un amigo ya supone un problema para ti.

—Quedar con un amigo no. Quedar con un chico, a solas. A tu amigo lo ves de lunes a sábado, entre ocho y doce horas diarias mientras trabajáis, ¿vale? Y en vez de quedar conmigo que soy tu novio y que solo te puedo ver un rato, de semana en semana, vas y quedas con él. ¿Cómo no me voy a poner celoso? ¿Cómo quieres que me sienta?

—Mira, una de las cosas que te iba a decir es que me gustaría que cambiáramos un poco la rutina; que quedáramos más veces con amigos. Lo siento, pero es que últimamente me aburro cuando quedamos. —Esto que me ha dicho me duele y mucho. Todavía no me puedo creer que estemos discutiendo de esta manera. A Gema le cuesta retener sus lágrimas y yo me estoy hundiendo, lentamente.

—Vale, pues si prefieres que quedemos más a menudo con amigos pues lo hacemos pero, ¿por qué no has podido decírmelo antes? ¿Te lo tienes que guardar todo y hacer crecer los problemas hasta que estallan? —Lanzo esas preguntas pero ella guarda silencio. Yo sigo hablando porque quiero arreglar todo esto, aunque sea poco a poco—. Mira, Gema, si tenemos que cambiar la rutina, los planes o lo que haga falta por mí no importa, lo hacemos. ¿Dices que llevamos un tiempo que no somos los mismos? Lo entiendo también. Estás cansada, te aburres, en fin..., pero lo importante es que queramos arreglar todo esto y yo estoy dispuesto. ¿Sabes lo que se me ocurrió ayer mientras pensaba sobre nuestra relación?

—Dime...

—Se me ocurrió que podríamos ir mirando con calma, y si te parece bien, algún piso de alquiler. Sé que los dos no ganamos mucho, pero podíamos

buscar algún sitio sencillo y entre los dos llegaríamos a fin de mes. Creo que sería la mejor manera de vernos todos los días... —Se queda callada, pensativa y yo guardo silencio esperando una respuesta.

—Es una buena idea. —No me esperaba esa respuesta tan decidida, sinceramente. Poco a poco me tranquilizo y esbozo una tímida sonrisa. Ella se mantiene seria; esto todavía no ha acabado, ni mucho menos.

—Yo no sé cómo decírtelo, y no quiero preocuparte, pero decirte esto es algo que necesito. —me contesta ella—. Tampoco sé cómo va y cómo se hacen estas cosas, pero creo que después de todos estos días, de todo esto que estamos pasando, lo mejor sería que nos diéramos un tiempo. —Definitivamente he naufragado. Me quedo de piedra. Me dice hace un minuto que es buena idea que nos vayamos a vivir juntos, y ahora me dice que necesita un tiempo...

—¿Un tiempo...? —digo, mientras aumentan mis dolores en el pecho y en el estómago a causa de los nervios. Aun así procuro disimular y mantenerme fuerte.

—Lo siento mucho, de verdad. Pienso que esto nos vendrá bien a los dos. Y de verdad, créeme..., esto lo hago porque no quiero perderte. Me hace falta echarte de menos, que empecemos de nuevo, pero ahora necesito una pausa con todo esto.

—¿Lo has hablado con alguien más? Con Valeria o... —ella asiente con la cabeza por dos veces. Creo que si lo ha hablado con Valeria mi posición saldrá reforzada. A Valeria no solo la considero la mejor amiga de Gema, sino también mi mejor amiga y creo que ha podido aconsejarle muy bien con respecto a nuestra relación.

—¿Y bien?

—Peor...

—¿Cómo que peor? —No entiendo qué me quiere decir.

—Con Valeria hablé anoche, por eso tardé tanto en llamarte. Me dijo que lo mejor era dejar la relación, que si le estuviera pasando a ella que ya habría cortado.

Aquello sí que no me lo esperaba. Valeria, la misma que cada vez que me

ve me trata con todo el aprecio y agrado, como un amigo más; la misma que me nombró en su discurso, no hará mucho más de un año, en la boda de su hermana, diciendo que yo era la mejor persona que podía estar al lado de Gema, su mejor amiga. Y, ¿ahora? ¿Eso es lo que de verdad ha dicho sobre mí? No solamente me siento hundido y naufragado, también apuñalado. Si de alguien no me esperaba algo así, ese alguien es Valeria. Y la pregunta es: ¿Cómo reaccionaré cuando la vuelva a ver? En fin, lo primero es salvar nuestra relación, luego ya se verá.

—No voy a hacerle caso, de verdad. También lo hablé ayer con Carlos. Aunque no lo sepas le hablo mucho de ti. —El que faltaba; ya tardaba mucho en salir.

—¿Y qué te dijo?

—Que no sea tonta; que vamos camino de los seis años juntos y que si de verdad merecía la pena tirar todo ese tiempo por una absurda crisis. —La verdad es que me ha sorprendido. Seguramente Gema tiene razón y Carlos sea tan solo un buen amigo. Puede que algún día lo conozca y me caiga bien y, por qué no, acabemos teniendo una buena amistad. Creo que es el momento de apartar mis celos absurdos y agradecerle algún día ese pequeño gesto, que no es poco.

Detrás de mi incertidumbre y mis dudas sobre los que puede ocurrir los próximos días, encuentro algún rayo de esperanza. Gema y yo continuamos hablando de nuestra crisis, intentando solucionar los últimos flecos de nuestra relación. A partir de hoy voy a estar unos días sin verla, sin hablar con ella y sin saber nada. La necesito a mi lado, lo sé, y lo voy a sufrir mucho durante este tiempo. Nunca pensé que alguno de los dos diría la frase «necesito un tiempo». Ambos opinábamos que es la típica excusa para acabar dejándolo. Espero equivocarme y que este paso sirva para construir una nueva relación tan sólida y resistente como la que teníamos hace más de cinco años y medio. Cuando parece que ya lo hemos hablado todo decidimos volver de camino a casa. Ya ha anochecido y la conversación que hemos mantenido Gema y yo ha durado más de dos horas. Estamos cogidos de la mano, en silencio. Algo que no entiendo del todo es el hecho en sí mismo de caminar dándonos la mano, cuando ella me ha dicho que necesita un tiempo. Para mí es un punto de optimismo, pero hay muchas cosas que sigo sin entender. Acaricio su mano

con mi dedo pulgar. La miro de reojo, tras permanecer los dos en silencio durante un buen rato. Está llorando cuando la hago parar y la miro a los ojos.

—Esto duele mucho... —dice Gema mientras deja caer sus lágrimas.

A mí se me parte el alma al verla así. Me derrumbo de nuevo y ya no puedo más. Empiezo a llorar delante de ella. Es la primera vez que me ve llorar, pero esa frase, su voz, oír eso de sus labios ha podido conmigo y no puedo reprimir más todo lo que llevo dentro. Me siento culpable, como si toda esta crisis la hubiese provocado yo. Si le hubiera puesto freno antes Gema no estaría así, llorando, dolida, y también sintiéndose culpable. Llegamos de nuevo a su portal. Ambos nos decimos muchas cosas con la mirada. Mucho más que en las dos horas de conversación que hemos tenido.

—Vamos a salir adelante, Gema, esto no puede acabar así —le digo, mientras sujeto su cara con mis manos y miro sus grandes ojos.

—Sí. Saldremos adelante, juntos.

—Y a partir de mañana que nadie pueda contigo. Ni tu trabajo, ni tu jefa, ni leches. Demuestra lo fuerte que eres. —Asiente con la cabeza a cada cosa que digo mientras seguimos mirándonos a los ojos.

Nos despedimos con un beso y se va alejando de mí, poco a poco, hasta que finalmente entra por esa puerta que la hace desaparecer de mi vista. Ahora tan solo toca esperar su llamada.

—Hasta pronto, Gema —digo en voz baja, mientras hablo solo observando la puerta de su portal.

Cuando me doy cuenta he llegado a casa. Tanto pensar en todo lo que hemos hablado ha provocado que el camino se me haga muy corto. Ha sido una de las pocas veces que no quería llegar a casa. Nada más verme mis padres han notado que algo me pasa, y creo que lo mejor es contarlo. Tras resumirle todo lo sucedido, y ahorrando ciertos detalles, como todo el tema de Carlos, ambos han acabado disgustados. Pero también me han dado ánimos, diciendo que son problemas por los que pasan todas las parejas, que no somos los únicos y que son cosas que suelen suceder. Tras dejarme la cena en la mesa me he acostado en la cama. No es que tenga sueño precisamente, pero necesito estar solo. Sigo sin entender muchas cosas, ¿Cómo ha podido mostrar tanta naturalidad durante toda la semana? Ha sido como si nada estuviera pasando.

En realidad lo tenía pensado desde el martes, o mejor dicho, decidido desde el martes. ¿Por qué ha dado a entender que le parece una buena idea lo de irnos a vivir juntos cuando me ha pedido un tiempo? Yo no le habría pedido un tiempo después de oír las explicaciones que me ha dado. También es verdad que es una decisión que ella ha tomado, y tenía sus razones. Pero, ¿tan grave es todo como para pedir un tiempo al otro? No lo creo. Y..., ¿ahora? ¿Cuánto tiempo voy a estar sin saber nada de ella? ¿Horas?, ¿días?, ¿semanas? Y lo más importante de todo esto, ¿saldremos adelante? Son muchas las preguntas sin respuesta. Supongo que estas irán llegando a medida que pasen los días, y también con cada decisión que tomemos. Jamás llegué a pensar que nuestra relación necesitaría un tiempo y que atravesaríamos estas dificultades de la forma más absurda. Y lo más grave de todo esto es que no sé de dónde viene el problema. Tan solo toca cruzar los dedos y esperar que todo sea lo que hemos hablado: falta de comunicación, estrés y una mala racha. Que no haya nada más detrás de las palabras.

Amanece un nuevo día. He dormido mucho más que la noche anterior y eso quiere decir que estoy un poco más tranquilo, aunque me he despertado varias veces durante la noche. En todas ellas Gema se me ha venido a la mente. No hay forma de que me quite de la cabeza todo lo que está ocurriendo. Incluso he tenido un sueño muy ingrato, todo en relación a lo sucedido.

Aparecía en casa de Gema. El ambiente era frío y oscuro, incluso tenebroso. La estaba buscando, pero no la encontraba. En el sueño todo lo que aparecía se me hacía muy grande. Me agobiaban todas las imágenes que reproducía mi mente. Empezaba a gritar su nombre, una y otra vez, pero todo era inútil porque ella no estaba cerca de mí, como en la vida real. Tras seguir buscando por cada habitación finalmente encontraba a sus padres. Ambos aparecían cabizbajos y desmoralizados, y por más que yo les preguntara por su hija, una y otra vez, la contestación nunca llegaba. De pronto me giraba y aparecíamos, su madre y yo, en el recibidor. Ella me daba un fuerte abrazo, despidiéndose de mí...

—¡No! —gritaba yo—. ¡No! —volvía a gritar, mientras el eco llegaba a sonar más fuerte que mi propia voz.

La imagen de su madre se alejaba de mí, poco a poco, hasta que desaparecía de mi vista a cámara lenta. La angustia y el miedo eran los únicos

que permanecían a mi lado. Volvía a mirar al frente. Esta vez ya no había nada, ya no había nadie, ni tan siquiera estaba ya en su casa. Todo permanecía oscuro. El llanto entraba en escena junto a mi soledad. Sentado y humillado repetía su nombre una y otra vez. Por último fui despertando hasta darme cuenta de que el desconsuelo y las lágrimas eran lo único real.

Toca levantarse, vestirse y empezar un nuevo día. Un día diferente, pero de todas maneras trato de enfrentarme a él con una sonrisa en la cara. Tengo que salir a la calle y ofrecer una buena imagen en el trabajo, evitando que el resto de mi familia se entere de todo lo que me está pasando. Y eso es lo que hago: salir a trabajar y fingir que estoy de buen humor, y hacer como que nada está pasando. La tarde sí que es bastante diferente. Lo último que quiero es estar en casa pensando y pensando en todo lo que hablamos ayer, y mucho menos aún pensar en lo que pueda decirme Gema de aquí a unos días, así que salgo a dar una vuelta. Ha refrescado tanto que hasta he tenido que coger una chaqueta. Es la primera vez que me abrigo esta temporada. Aunque estemos a las puertas del otoño, el sol todavía tarda en esconderse. Eso sí, hoy es una excepción porque está nublado. Niños acompañados de sus madres, jóvenes con la mochila de un lado para otro, y personas que suben al coche al finalizar su jornada laboral. Empieza a llover cada vez más fuerte y, ¡cómo no!, yo voy sin paraguas. Tras caminar por debajo de los balcones para mojarme lo menos posible decido entrar en la Biblioteca Municipal. No es que me apetezca mucho leer, pero haré tiempo hasta que pare de llover. Afortunadamente no estoy apenas mojado. Solo mis zapatillas indican, con un incómodo chapoteo en cada pisada, que llueve fuera del edificio. La biblioteca es inmensa y en toda ella resuena un tremendo silencio, solo roto por las suelas de mi calzado. Hacía años que no entraba, probablemente desde que estudié bachiller. Todo sigue igual y observo durante unos instantes las grandes mesas acompañadas por sus flexos, anclados a la madera. No hay mucha gente. Se nota que los estudiantes están a principios de curso y todavía no tienen exámenes. Mientras me acerco a las enormes estanterías de madera empiezo a mirar los títulos de algunos libros que me gustaría leer: novelas de terror, libros de parapsicología e incluso algunos de autoayuda. Creo que no me vendría mal algún que otro libro de este último apartado. Tras unos segundos de concentración leyendo las contraportadas para saber de qué va cada libro, oigo un estruendo detrás de mí. Me giro rápidamente y veo que a una chica,

que no debe aparentar más de diecinueve años, se le acaban de caer los libros que llevaba, entre ellos una gran tomo de una enciclopedia en francés.

—Perdón... —dice, susurrando y agachada, mientras recoge los libros.

Le sonrío tímidamente. La chica tiene la piel blanquita y el pelo negro y largo, bastante desaliñado. Veo que es delgada y tiene unos ojos muy grandes, de color verde. Entre la nariz y sus pupilas destacan unas discretas pecas de color rojizo muy suave. Lleva un *piercing* en la nariz y viste de forma bastante *hippie*. Su mirada, a simple vista, parece ser bastante ingenua. Una vez que ha recogido los libros se levanta y se me queda mirando.

—Hasta luego... —dice en voz baja, mientras se marcha. Veo que está algo sonrojada.

—Adiós —le contesto. Entonces me vuelvo a girar y me doy cuenta de que me ha alegrado el día sin apenas haber hecho nada. Este ha sido, simplemente, el mejor momento del día.

Miro a la ventana y veo que ya ha parado de llover. Salgo a la calle y me dirijo hacia casa, con las manos vacías. Efectivamente, no me he decidido por ningún libro. Después de cenar me pongo el pijama y voy acostarme. Antes miro el móvil a propósito, pero no tengo nada de nada, ni un solo mensaje ni llamada. Es el primer día desde que conocí a Gema que me voy a dormir sin saber nada de ella. Me quedo mirando el fondo de pantalla de mi móvil, donde aparecemos los dos juntos, sonriendo y felices. Pienso en que quizá que todo pueda arreglarse, o al menos eso espero. Ella es la chica de mi vida, la misma que me preparó una fiesta sorpresa aquel primer cumpleaños que pasé junto a ella; la misma con la que llegó nuestra primera vez haciendo el amor; la misma que me ha consentido tantas cosas, al igual que yo a ella. La misma chica con la que he compartido cinco años maravillosos. Es ella, ella y de nuevo ella. Solo ha pasado un día y ya la echo mucho de menos.





8

Una cuestión de tiempo

El tiempo hace cambiar a la gente. No por ello tiene que ser para mejor o para peor; simplemente cambia. Y todos cambiamos, y no me refiero solo al aspecto físico. Todos cambiamos nuestra manera de pensar, nuestros gustos e incluso nuestras creencias. Cambiar es madurar. El tiempo también aclara las ideas, despeja las dudas y ayuda a tomar decisiones, como es en nuestro caso; o mejor dicho, en su caso. Es una cuestión de tiempo y los días siguen pasando. Es impresionante lo lento y a la vez lo rápido que está pasando este

periodo de tiempo. Lento, porque se me hace muy duro no saber nada de ella; no saber cómo habrá llevado esta primera semana, en que estará pensando o si tendrá ya alguna decisión tomada. Y rápido, porque tengo miedo de que pueda llamarme en cualquier momento y decirme que nuestra relación ya ha acabado o que está mejor sin mí. En fin, que mi vida puede cambiar de un momento a otro y cuando menos me lo espere. Mi relación en estos momentos se parece a la de la vida de una persona que ha entrado en la UVI. Solo queda esperar a recibir una llamada y oír una voz que te dice que la relación ha despertado; o bien, por desgracia, que esa misma voz te diga que, sintiéndolo mucho, tu relación ha fallecido. Y yo tengo miedo de estar sin ella, de dejar de verla, de que me deje de amar y seguir viviendo en este infierno, sin ella. La desesperación me ahoga lentamente, como me ahogan las lágrimas que derrocho cada noche en mi almohada, cuando pienso en ella.

Una vez Gema me contó lo que hacía cuando me echaba de menos. Me lo dijo cuando apenas llevábamos semanas, puede que ni llegáramos a un mes. Los dos compartíamos nuestros besos en aquel banco, que señala el inicio de nuestra relación. Empezaba a anochecer...

—Te voy a echar de menos. Otra vez empezar la semana y esperar a que llegue el viernes para poder verte de nuevo —le dije, cuando ya se estaba acabando el fin de semana.

—¿Sabes qué hago yo cuando te echo de menos?

—Dime... —le susurré tímidamente

—Dormir con una foto tuya. —Por un instante no me lo creí, pero la idea era bastante original.

—¿Dormir con una foto mía?

—Sí, la misma que llevo en el monedero. La coloco debajo de mi almohada y la mantengo cogida con mi mano. Acaricio la foto con el dedo pulgar como si acariciase tu cara. Luego pienso mucho en ti, en cómo nos conocimos y en los abrazos que te daría si estuvieras a mi lado.

Cosas como esta hacen que te des cuenta de que esa persona te quiere, que de verdad está enamorada y que merece la pena estar a su lado. A lo mejor nos han faltado detalles, a los dos, en estos últimos meses; detalles que signifiquen algo y que no solo se demuestren con una compra o un regalo. También nos han

faltado más cosas: frases que demuestren cariño y afecto y, sobre todo, nos ha faltado tiempo, mucho tiempo para nosotros. Por eso, después de mirar el móvil y ver que las cosas siguen igual, saco una foto de Gema que tengo en el portarretratos y la coloco en mi almohada, como si ella estuviese a mi lado. Tanto me lo llego a creer que hasta le doy las buenas noches en voz baja. Después empiezo a pensar que la estoy abrazando, que le doy un beso en la cara mientras le digo que todo se arreglará. Cuando pienso en aquel abrazo presiento que está muy cerca de mí.

Nace un nuevo día, pero no por ello es mejor. Parece ser que mi habitual optimismo también me ha abandonado. Solo me queda el aguante y pelear contra mi peor enemigo: los pensamientos. Antes de ir a trabajar miro el móvil, y echo en falta esos buenos días que siempre leo al levantarme. De nuevo el hecho de que Gema me ignore vuelve a ser el protagonista. La melancolía se decide a acompañarme en un nuevo día.

Está anocheciendo. La jornada ha sido agotadora. Se ha pasado mucha gente por la copistería. Aunque estemos casi a comienzos de Octubre, todavía pasan madres para comprar material escolar. Su indecisión me hace sacar de quicio, por ejemplo, el que una de ellas tarde casi diez minutos en elegir el color de las pastas de libreta. Además ha sido una de las pocas veces que me he tenido que quedar media hora extra para hacer caja, y de paso pegar una limpieza al local. Me tumbo en la cama después de cenar mientras veo un poco la tele, ya que todavía no son ni las nueve de la noche. De pronto suena mi teléfono. Me quedo inmóvil, quieto como una estatua. Tanto es así que se me olvida hasta respirar. Luego, sin pensarlo dos veces, cojo el aparato y miro el remitente de la llamada. ¡Es Gema! El ritmo de mis pulsaciones asciende y me entran temblores por todo el cuerpo, tanto es así que llego a coger frío en cuestión de segundos. Ella ya tiene su decisión tomada; me lo dice el hecho de que se produzca esa llamada y, antes de que cuelgue, me lanzo a la aventura:

—¿Diga?, ¿diga? —¿Desde cuándo contesto así a una llamada de ella? Parece que esté tratando de contactar conmigo un número desconocido. ¡Bien empiezo la conversación!

—Hola, ¿cómo estás? —He vuelto a oír su voz ocho días después. Ocho eternos días que parece que han sido meses.

—Bien, bueno... Bien, dentro de lo que cabe. Y tú, ¿cómo estás? —Me

siento indeciso, inseguro. Poco a poco me hago más pequeño, pero al mismo tiempo presiento que va a decirme algo bueno.

—Pensando un poco en todo, pero bien. Ahora bien. —Su tono de voz es muy agradable, dulce y grato. Parece que esto va por buen camino.

Seguimos hablando durante unos minutos. Parece que nos acabamos de conocer. Frases cortas, sonrisas y ambos intentando romper el hielo.

—He sido muy tonta, no sé qué me ha pasado. Me sentí muy agobiada entre unas cosas y otras —En esa frase me devuelve a la vida. En mi interior vuelvo a sentir las mismas cosas que sentí por ella cuando la conocí. Por más que pasen los años, la sigo queriendo como el primer día.

—Tranquila. Si yo también tengo mi parte de culpa..., supongo que en estos últimos meses nos hemos distanciado y lo que tenemos que hacer ahora, precisamente, es estar unidos.

—Tienes razón. De la manera en que estamos haciendo las cosas no vamos a arreglar nada, y yo quiero arreglarlo —dice, mientras se le escapa una risita.

—Yo también —le digo, sonrojado, después de suspirar.

Seguimos conversando por teléfono. Después de aparcar la reconciliación hablamos de los ocho días que hemos estado sin saber nada el uno del otro y casi sin darnos cuenta se nos echa el tiempo encima. ¡Más de hora y media con el teléfono pegado a la oreja! Sinceramente, no manteníamos una conversación telefónica como esa desde hace años, y eso me gusta, la verdad. Puede que este punto de inflexión sea, definitivamente, el paso para salir de esta maldita crisis.

—¿Te apetece que quedemos mañana? Así seguimos hablando de todo lo que nos ha pasado —me dice Gema.

—Mucho. Me encantaría, la verdad. ¿Nos vamos a cenar a algún sitio de comida rápida? Así pronto estarás en casa.

—¡Vale! Me parece perfecto. Cuando acabe de trabajar te recojo.

Y tras esto nos despedimos cariñosamente. Hacía tiempo que no notaba a Gema tan cercana a mí, tan afable y cortés, incluso efusiva. Por fin puedo volver a dormir tranquilo, aunque creo que el ímpetu y la alegría no me lo van

a poner fácil. Pero sí, esta llamada ha sido un verdadero respiro. Todavía no he apagado el móvil cuando recibo un mensaje de *whatsapp* en el que pone:

«Buenas noches, mi pequeño. Te he echado mucho de menos. Mañana sin falta nos vemos. Te quiero».

Y yo sonrío, sin más. Me siento como si volviera a iniciar una relación, como si de nuevo la estuviera conociendo. Esta sensación me sorprende de la manera más espontánea y natural y en mi estómago vuelvo a sentir las famosas mariposas de las que todo el mundo habla cuando se enamora. Le contesto el mensaje con todo el cariño. No me pienso ni dos segundos todo lo que tengo que escribirle. Después de enviárselo me tumbo en la cama y respiro. Vuelvo a ser feliz, pienso, y luego sonrío mientras recuerdo a Gema, hasta acabar dormido.

Me levanto al día siguiente. De lo feliz que me siento parece que todo pueda ser un sueño del que temo despertar. Enciendo el móvil y tengo los buenos días de Gema. Parece que todo vuelve a ser perfecto en mi vida. Ahora solo toca esperar la tarde para volverla a ver. Al fin, Gema y yo, juntos de nuevo. Y el día se hace eterno; no hago otra cosa aparte de mirar la hora y el móvil, por si recibo cualquier noticia de Gema; pero no recibo nada, porque a estas horas ella debe estar ocupada en el trabajo. Cuando llego a casa mis padres preguntan por ella; anoche me oyeron hablar por teléfono, y con la cara que he traído se imaginan que la cosa va por buen camino. Ellos también se alegran al ver que todo vuelve a su cauce. A media tarde, Gema me dice, a través de un mensaje, que esté listo para las siete y media; ella me recogerá nada más finalice su jornada laboral. Empiezo a arreglarme. La cuenta atrás ya ha empezado. Me visto como si fuera un sábado, aunque mantengo mi línea de ir informal, mi pelo recién arreglado con gomina para mantenerlo húmedo, y también me pongo colonia.

Se acerca la hora y la espero debajo de mi casa. No han pasado ni dos minutos cuando, de repente, la veo venir de lejos. ¡Es ella! Y aunque la pobre no ha tenido tiempo para arreglarse está guapísima. No me ha dicho todavía un «hola» cuando se lanza a mis brazos. La vuelvo a sentir cerca de mí: su calor, su respiración cerca de la mía, su pelo, su olor, su presencia. Ella. El abrazo continúa y yo me siento realmente feliz. A esto es lo que yo llamo los abrazos que no mueren. Le doy un beso en la frente mientras nuestros cuerpos siguen

unidos, y luego ella me mira de reojo, sonrojada. No solamente he vuelto a ver a Gema, sino que además es la misma que conocí en el 2008; la misma chica que me enamoró. Puede que la gente se nos quede mirando, pero yo prefiero cerrar los ojos y sentir su presencia. La he echado mucho de menos y esto es un verdadero alivio. Cuando acaba este inmenso abrazo nos cogemos de la mano, mientras nos vamos al Pans & Company. Bocado con aperitivo, refresco y, si quieres, eliges tú el postre. Además, siendo entre semana habrá poca cola y podremos hablar tranquilos. Tal cual llegamos pedimos directamente. Es la suerte de no ir el fin de semana; al estar todo más tranquilo adelantas mucho más. Gema se pide un bocadillo de jamón *york*, patatas fritas y coca cola. Yo me pido el bocadillo de tortilla de patatas con mayonesa, patas bravas y agua para beber. Todavía nos quedan muchas cosas pendientes de hablar y ahora es el momento.

—Bueno, y estos días, ¿cómo te has sentido? —le pregunto, aún sin empezar la cena.

—Me alegra que me hagas esa pregunta. La verdad es que no he sido la misma. Te he echado de menos; no solo en el hecho de verte; con cada cosa, con cada insignificante detalle me acordaba de ti. —Sonríe mientras aparta la mirada.

—¿Por ejemplo? —Ahora es ella quién se ríe.

—El otro día, sin ir más lejos, me dormí y llegué tarde a trabajar. Si ese día hubieras estado a mi lado sé que me habrías despertado, como has hecho otras veces. Y no sé..., el sábado pasado quedé con Valeria y se nos hizo tarde. No me gustó volver sola a casa a esas horas tan tardías; tú siempre me acompañas y la verdad es que me gusta mucho que lo hagas —me explica con detalle.

—¡Para haberte visto! ¡Tú llegando tarde! Eso sí que es raro... —Ironizo con la frase porque Gema no solamente llega tarde conmigo. Es impresionante la tranquilidad con la que se toma las cosas. Luego, ella, también se ríe.

—Y tú... ¿Has pensado en lo que hablamos el último día?

—Claro. Creo que tienes razón, deberíamos hacer más vida social, quedar con amigos y cambiar la rutina. Nos vendrá muy bien hacer nuevos planes. ¿Y lo de irnos a vivir juntos?

—Lo hablaremos un poco más adelante, pero sí que es buena idea. Yo necesito ir poco a poco. Paso a paso otra vez...

—Claro... —Parece que todavía no ha acabado la frase.

—Estas últimas semanas he sentido como que la llama se ha apagado y me gustaría que volviera a encenderse. Me gustaría que volviéramos a empezar. —Esa frase no me ha sentado del todo bien, pero me guste o no tengo que aceptarlo y pelear por nuestra relación. Suena de fondo la canción *Impossible* de Shontelle, algo que no acaba de ayudar, pero estoy seguro de que saldremos adelante.

—Se encenderá, Gema. Estoy seguro de que esa llama volverá a encenderse. Lo único que necesitamos es estar más tiempo juntos, y hablar las cosas en el momento —respondo de manera formal y severa.

Está claro que esto no iba a ser coser y cantar. Pero no me esperaba esa contestación de ella. Sé que tiene que ser sincera, pero de esto no me dijo nada antes de darnos el tiempo. No sé muy bien por dónde empezar, pero ha llegado la hora de comenzar a hacer nuevos planes, de cambiar el *chip* y hacer todo lo posible para que esa «llama» no solo vuelva a encenderse, sino que vuelva a arder. Pongo la mano en el fuego, y nunca mejor dicho, por la convicción de que todo lo que nos ha pasado ha sido por falta de vernos y de comunicación, y si los días siguen como hoy, Gema no tardará en decirme que sus sentimientos hacia mí son como el primer día. Lo importante de todo esto es que tengo una nueva oportunidad y no puedo desaprovecharla. Toca cambiar el rumbo y toca hacerlo ya. Mientras tanto, Gema y yo seguimos conversando.

—¿Sabes? Tenía hasta miedo de que me llamaras. Por una parte lo estaba deseando, pero al mismo tiempo pensaba que, de un momento a otro, podías decirme que no, y eso es lo que más temía.

—Me imagino. El último día que hablamos no tenía las cosas claras y por eso te pedí tiempo. Pero este periodo me ha servido para reflexionar con calma y darme cuenta de que lo nuestro merece la pena. Es por eso por lo que estamos hoy aquí.

La conversación continúa, pero ya tratando cosas menos importantes. Gema me habla de sus días de trabajo, y yo, mientras tanto, le hablo de mis abrumadoras mañanas y mis desganadas tardes. Luego a Gema le llega el



cansancio, como era de esperar. Puede que los dos, a partir de ahora, intentemos cambiar muchas cosas, pero lo que respecta a su trabajo todo va a seguir igual: trabajar casi doce horas diarias, seis días semanales y, cómo no, poco recompensado. La acompaño hasta casa. Ocho días después vuelvo a pasar por delante de su portal, por su calle, por su barrio. Trato de borrar el recuerdo del último día y también el de mi sueño. La despedida es dulce, pero rápida. Todavía queda semana por delante y muchas cosas por hacer. Por una parte siento alivio de haberla recuperado, poder ver que las cosas van mejor que antes y, sobre todo, de no haberla perdido. Pero por otra parte soy consciente de que esto aún no está arreglado, de que hay que cambiar muchas cosas y volver a encender esa «llama», que es lo que me ha dicho hoy y lo que más me preocupa.

9

Las olas que llegan al final de su  
camino

«Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te desea tu chico...  
¡CUMPLEAÑOS FELIZ!

Felicidades mi vida. Te deseo de todo corazón que disfrutes de tus veintitrés añitos, que tengas un año lleno de éxitos y sobre todo que seas muy feliz. Espero que te guste el regalo que te tengo preparado. Muchos besos y un buen tirón de orejas. Te quiero».

*Enviando...*

Y como cada año estoy seguro de que volveré a ser el primero en felicitar a Gema por su cumpleaños. Son las doce en punto de la noche y mi mensaje de felicitación ya está enviado. Ahora ya puedo irme a dormir tranquilo. Han pasado tres semanas desde que volvimos a salir, después de ese famoso «tiempo». Semanas que es cierto que han sido diferentes, pero que también me están permitiendo poder ver otra versión de Gema. Una que se encuentra mucho más cómoda cuando estamos juntos y también cuando tenemos nuestros ratos para nosotros. Sonríe y su felicidad se nota a simple vista. No tiene nada que ver con su estado de ánimo de aquellos eternos meses de atrás, que no avanzaban. Nuestro primer fin de semana, después de todo lo sucedido, quedamos con Valeria y Vicente. Sinceramente he de decir, que no era con Valeria con la persona que más me apetecía estar, por el simple hecho de lo que opinó cuando más necesitaba su ayuda. Aun así hago como que no sé nada de aquella conversación que Gema y ella mantuvieron. El segundo fin de semana fue mucho más divertido. Santi volvió de su etapa por Londres y le preparamos una fiesta sorpresa junto a Rebeca y Antonio, más dos amigos suyos de la facultad. Fue una de esas cenas para recordar. Santi se emocionó por el gesto que tuvimos con él y mientras cenamos no paró de hablar de todo lo que había visto. Se me quedaron grabadas algunas anécdotas, como por ejemplo aquella sobre uno de los bares que visitó por la zona del Covent Garden y Strand, donde en pleno mes de julio tenían puesto un árbol de Navidad junto a un pequeño cartel donde explicaba que allí eran siempre felices, por lo tanto todo el año celebraban la Navidad. También nos contó cómo conoció a Myriam. Tras preguntarle en inglés por los precios de unas camisas, ella reconoció que era español debido a su acento. Por sus aventuras se podría decir que había nacido una más que bonita amistad. De ahí pasamos a las risas y bromas; yo, de reojo, miraba a Gema y observaba que se lo estaba pasando bien y que parecía estar consiguiendo desconectar de la rutina y del estrés. Al final acabamos como en los viejos tiempos, moviéndonos por las discotecas, de un lado para otro, e incluso bailando. Reconozco que eso del baile no es lo mío pero esa noche fue, sin duda, para recordar. También surgió la oportunidad de hablar con Antonio, que como ya mencioné otras veces, es muy buen psicólogo. Tras preguntarme cómo me iba todo con Gema respondí lo que él esperaba oír, que todo iba muy bien, como siempre. No es que me guste mentir, ni tampoco aparentar, pero creo que no era el momento apropiado para hablar de todo lo ocurrido. En otra ocasión quizás hable con él, o con

Santi, para contarles todas las novedades, pero creo que ahora mismo no estoy preparado para compartir con alguien todo lo sucedido.

Sin darme cuenta empiezo a sentir la alarma de mi móvil. Son las siete y media de la mañana y, efectivamente, me he quedado dormido mientras recordaba los últimos días. Miro la aplicación de *whatsapp* y Gema me ha respondido con un breve mensaje, donde aparte de agradecerme la felicitación incluye unos buenos días. El día transcurre con total normalidad y decido darle una sorpresa. Esperaré en la puerta de su casa a que llegue de trabajar. Así, aparte de verla, le daré también el regalo. Se nota que estamos ya casi en noviembre. Las tardes son cada vez más cortas y esta semana se ha empezado a notar el contraste de temperatura. Espero casi quince minutos cuando veo que llega Gema. Por suerte he calculado bien la hora a la que iba a llegar porque me preocupaba tener que esperar mucho. Nada más verme se le cambia la cara, y acelera el paso para abrazarme.

—¡Felicidades, mi niña!

—¡Gracias! ¡Cómo sabes alegrarme el día! —me dice, mientras intercambia el abrazo por un beso.

Subimos a su casa. El ambiente es de lo más natural. Saludo a sus padres mientras Gema aprovecha para cambiarse de ropa y ponerse más cómoda. Por la hora que es todavía nos da tiempo a merendar. A su madre le falta tiempo para sacar unos dulces y aprovechar, además, que es el cumpleaños de Gema. Una vez que merendamos decido darle el regalo. Espero que le guste de todo corazón.

—¡Hala! ¡Un vale canjeable por una escapada a Benidorm! ¡Me encanta! —dice ilusionada nada más abrir el bono.

—¿Te gusta? Es para este fin de semana...

—¡Sí, muchísimo! Y con *spa* incluido en el hotel.

—Para que descanses bien de toda la semana —le digo. Gema empieza a reírse. Parece que le ha encantado la sorpresa.

—Lo único malo es que tendremos que salir el sábado por la tarde. Por la mañana, como de costumbre, me toca trabajar.

—No te preocupes por eso, ya contaba con ello —le confirmo poniendo

buena cara.

Luego empezamos a organizar horarios. Vemos de qué manera podemos sacar provecho al domingo y si a Gema le hace ilusión visitar algún sitio en concreto. Mi chica está muy ilusionada, aunque parece que a sus padres no les han hecho mucha gracia el tema del viaje. Aunque les guste disimular e intentar verlo con total naturalidad, puedo ver por sus gestos y por alguna que otra insinuación que no les parece buena idea. Pero luego veo a Gema sonriente, feliz y emocionada, y a mí me da todo igual. Creo que es una gran oportunidad para recuperar de nuevo la magia, y no solo eso; este es el fin de semana para dejar lejos nuestra crisis y confirmar el buen estado de nuestra pareja.

¡Llega el sábado! Último fin de semana de octubre. Tiene toda la pinta de que va a hacer buen día, pues la mañana aparece soleada y con pocas nubes en el cielo. Apenas corre el aire y tan solo las frescas temperaturas indican que estamos en pleno otoño. Ya lo tengo todo preparado, aunque sé que hasta después de comer no saldré de casa. Por la mañana me dedico a revisar mis cosas para no dejarme nada y después busco en internet algún bar que pueda estar bien para comer al día siguiente. Parezco un niño pequeño deseando que llegue la noche de Reyes, inquieto e intrigado. Me pica la curiosidad porque quiero saber qué nos deparará el fin de semana. Desde que empezamos, después de darnos este tiempo en el que hemos permanecido separados, todo nos ha ido mucho mejor. Disfrutamos de una comunicación más fluida, nos sentimos más unidos y nos valoramos más el uno al otro. La verdad es que estoy realmente feliz de que todo vuelva a ser como antes. No es que me considere un romántico, pero la verdad es que pienso que el amor es lo que da sentido a la vida. Cuando las cosas van bien quieres vivir eternamente, disfrutar y aprovechar al máximo cada instante, y sientes que lo tienes todo. Por el contrario, cuando las cosas van mal, todo parece un atolladero sin salida, de color negro, y te preguntas sin descanso para qué hemos venido a este mundo.

Acabo de comer y ya estoy arreglado y preparado para salir, pero Gema me acaba de avisar de que se va a retrasar un poco; al parecer tiene mucho trabajo, así que me armo de paciencia y espero, tratando de apaciguar mi excitación. Sentado en el sofá, hago *zapping* con los canales de la tele y miro

cada dos por tres la hora. Tras sesenta minutos que se me hacen larguísimos me avisa de que ya ha acabado; solo le queda arreglarse y coger el coche. Es decir, que me queda, por lo menos, otra hora esperando.

¡Al fin! Recibo el mensaje que tanto deseo y me preparo para salir de casa. Me despido de forma rápida y comienzo esta pequeña escapada. Son las cinco de la tarde y Gema no tarda nada en llegar. Dejo la maleta en el maletero y me siento a su lado. Nos saludamos como de costumbre, con un beso.

—Perdona, cariño. No he podido salir antes del trabajo —se disculpa nada más verme.

—No pasa nada, cielo. Todavía podemos aprovechar la tarde.

Inserto la dirección del hotel en el GPS. No es que me fie mucho de estos aparatos, pero por lo menos algo ayuda. El camino se hace bastante ameno; Gema me habla de las felicitaciones recibidas mediante mensajes de móvil y me cuenta sobre la tarta sorpresa que le prepararon sus compañeros de trabajo. Le cantaron «Cumpleaños Feliz» pillándola totalmente por sorpresa. Yo la escucho, sin perder detalle de cada palabra que sale de sus labios y le cuento, por encima, mi semana. También comparto con ella la ilusión con la que afronto las próximas horas. Por fin, llegamos a la capital turística de la Comunidad Valenciana. Se ha hecho casi de noche, y eso que no son todavía ni las seis y media de la tarde. Es impresionante ver, desde lejos, todos los edificios iluminados; esos inmensos rascacielos que parecen no tener fin. Al fondo, el cielo junto al mar, unidos por ese mismo color oscuro que hace que las luces de los grandes edificios se lleven todo el protagonismo. Entre todos ellos el que más destaca es el edificio In Tempo; lo forman dos magníficas torres de 180 metros de altura unidas mediante un cono de vértice inferior y base elíptica. También destacan, a lo lejos, el Gran Hotel Bali, el edificio Don Jorge y el Mirador del Mediterráneo, entre muchas otras construcciones que indican que estamos en Benidorm, conocido también como el Nueva York del Mediterráneo. Afortunadamente el GPS ha acertado con el camino y no nos ha dado que hacer. Casi a las afueras de Benidorm encontramos el Hotel Deloix Aqua Center, un lugar tranquilo y moderno, de aspecto llamativo y con *spa* entre sus instalaciones.

—¡Al fin! Qué ganas tenía de llegar... —deja caer Gema cuando aparca el coche.

—El día se ha hecho largo, pero no importa. Ahora toca desconectar y pasarlo bien —digo tratando de animar a Gema.

Nada más llegar a la habitación dejamos las maletas y miramos con curiosidad la estancia. Cuenta con cama de matrimonio, televisión de plasma, terraza y sofá, sobre el cual Gema bromea diciéndome que si no me porto bien será mi lugar de descanso por la noche. Luego nos cambiamos de ropa y nos arreglamos un poco para la cena. Antes aprovechamos para relajarnos en la terraza mientras tomamos unas bebidas que cogemos del mini bar. A pesar de que se nos ha hecho de noche la temperatura es estupenda y la tranquilidad que se respira en el ambiente es sensacional. Si lo que buscábamos es descansar de las presiones diarias este hotel es, sin duda, un lugar ideal. La cena sale a pedir de boca. Comemos gran variedad de pescados y carnes, aunque lo mejor está en los postres, como siempre. Cada uno acaba con un helado de trufa con galletas.

Cuando volvemos a la habitación Gema se encuentra con dos sorpresas. Una de ellas es un regalo por su cumpleaños, ya que me gustaría que su obsequio no se quedara solo en lo del viaje. La otra es algo para hacer que se sienta especial, importante y única, que es, precisamente, lo que es Gema para mí.

—¡Mira! El disco que me faltaba de Melendi. No había forma de encontrarlo. ¿Cómo lo has conseguido? Llevaba meses buscándolo y no había manera —dice Gema emocionada.

—No ha sido nada. Tuve un poco de suerte y lo encontré en internet, eso es todo. —Luego le sonrío mientras ella mira la portada del disco.

—Mira, Gema, aquí tienes una cosa más para ti. Espero que te guste.

—¿Es una carta? —dice visiblemente intrigada

—Sí. Es una carta, cielo. Léela, anda.

Se sienta en la cama con tranquilidad, abre el sobre y empieza a leer:

*25 de Octubre de 2014*

*Querida Gema:*



*Te escribo estas palabras para expresar, de la mejor forma que pueda, todo lo que siento por ti. Has recibido muchas cartas mías; en Navidades, en nuestros aniversarios, en San Valentín, y en otras muchas ocasiones, porque cualquier día es bueno para recordar nuestro amor. ¿Recuerdas la primera carta que te escribí? Tan solo llevábamos dos semanas saliendo juntos. Todavía te recuerdo con aquella chaqueta roja y ese gorro de color blanco haciendo juego con tus guantes. Hacía mucho frío, lo que siempre me venía bien como excusa para abrazarte y llevarme algún beso de regalo. La verdad es que desde que te conocí soy la persona más feliz del mundo.*

*Como en todas las relaciones, no todo ha sido fácil. Casi sin darnos cuenta llegó nuestra primera crisis; una crisis que nos fue distanciando y que incluso nos llevó a permanecer unos días sin vernos. Fueron días de miedo, mucho miedo, Gema; fueron días de tristeza y de preocupación. En fin, qué te voy a contar que no sepas... Pero si hay algo de lo que me alegro es de que todo esto nos ha hecho más fuertes, ha reforzado nuestra relación y además, estas últimas semanas, he vuelto a revivir las mismas sensaciones que sentí cuando empezamos a salir, pronto hará casi seis años. ¿Te has dado cuenta de lo rápido que pasa el tiempo?*

*Pues eso, cielo, que para mí estos seis años han sido maravillosos. Creo que no hay palabras que puedan expresar algo tan bonito como nuestro amor. Sinceramente, te quiero con locura y espero que estemos juntos para siempre. Espero seguir haciéndote tan feliz como tú me haces a mí. Gracias por ser tal y como eres.*

*Adrián J.*

Gema acaba de leer la carta, aunque su reacción no ha sido la que yo me esperaba. Se queda callada mientras vuelve a meter la hoja en el sobre y la deja junto al disco que le he regalado.

—¿Te ha gustado? —le pregunto en voz baja, mientras me acerco a ella discretamente.

—Si... —Casi ni se la puede escuchar. Se levanta de la cama y se dirige al aseo. Creo que tiene los ojos un poco llorosos.

¿Se habrá emocionado? He intentado que sea lo más bonita posible, pero

no creo que haya sido para tanto. Esperaba que me dijera algo así como «¡Es muy bonita!» o «Me ha encantado, cariño» o que me diera algún beso o abrazo como muestra de agradecimiento. Me acerco al aseo y toco la puerta.

—¿Va todo bien?

—Sí... sí, ya está —dice, mientras abre la puerta del baño. Luego sonrío.

Aunque sigue sin comentar nada de la carta Gema vuelve a estar normal. Tras mirar el compacto de Melendi otra vez, me da un beso. Luego yo le doy otro, y poco a poco los besos se hacen cada vez más largos hasta que empezamos a hacer el amor, algo que no ocurría desde hacía mucho tiempo y creo que puede ser la guinda para fortalecer nuestra relación.

Nos despertamos bien temprano. Son las siete y media de la mañana y queremos aprovechar el día lo máximo posible. Nos vestimos y nos preparamos para ir a desayunar. Tras comprobar que Gema se ha levantado de buen humor y que todo fluye de manera natural, me quedo más tranquilo. Creo que la sesión de *spa* que tenemos reservada nos va a venir de lujo. Y así es. Una vez que desayunamos nos cambiamos en la habitación y nos ponemos el traje de baño y cogemos un gorro, nuestras toallas y las chanclas. La mañana sale perfecta: baños con contraste de temperatura, sauna de vapor, diferentes *jacuzzis* y, para acabar, sesión de baño en la piscina. Después de unas horas de *relax* salimos del hotel arrugados como garbanzos. Lo mejor llega por la tarde. El sol ilumina con fuerza las últimas horas del día, tanto que parece que sea primavera cuando ya estamos casi en noviembre. Salimos a dar un paseo para conocer mejor la ciudad. Si fuera verano podríamos invertir el día en el parque acuático de Aqualandia o, por qué no, en Terra Natura, otro sitio que nos llama la atención para pasar tiempo juntos y hacernos fotos con los animales. Como solo disponemos de apenas veinticuatro horas, apuramos estas últimas por las calles de Benidorm, que están llenas de tiendas. Aunque sea domingo el comercio sigue en movimiento, por no hablar de los bares, que están todos llenos. Tanto es así que tardan muchísimo en servirnos la comida, debido a la cantidad de gente que se encontraba en el local. Seguimos andando por las calles, por El Paseo de la Carretera, que es un pequeño barrio lleno de bares, tiendas y gente. Hay personas paseando, de compras, matrimonios con niños, turistas, y lo que más nos llama la atención: una larga cola en el local de loterías del estado para comprar los décimos de Navidad.

Empieza a anochecer. Gema y yo nos hemos comprado un helado para acabar nuestra pequeña visita turística. La concluimos en el Mirador de Benidorm, donde tras bajar unos escalones contemplamos las mejores vistas al mar. Gema se queda boquiabierta y como hipnotizada, pues a ella le encanta el mar y no lo puede disimular. Yo miro la masa de agua infinita mientras me hago cada vez más pequeño. Siento una mezcla de sensaciones: alegría porque estoy con Gema, felicidad, y la convicción de que no necesito pedir nada más a mi vida. Pero incluso con toda la alegría que siento, y a pesar de que lo estamos pasando tan bien, todavía me siento triste, porque veo que este día tan especial se va acabando. Dentro de nada desapareceremos de Benidorm para volver, en menos de doce horas, a nuestra rutina habitual. Los últimos rayos de sol se despiden de nosotros mientras observamos cómo nace cada ola y cómo recorre su corto camino para ir a morir a la orilla. Parece que el destino las guía como si fueran marionetas. Gema y yo nos miramos; dicen que la cara es el reflejo del alma y así es. Este fin de semana queda finalizado y tan solo nos queda regresar.

La vuelta se hace mucho más silenciosa que la ida. Quizás la ilusión se haya quedado por las calles de Benidorm o quizás el cansancio influye en nuestro silencio.

—Es una lástima, ¿verdad? —le digo a Gema aprovechando que apaga la radio del coche.

—¿El qué? —pregunta, tras unos segundos en silencio.

—Que haya pasado tan rápido...

—Todo lo que empieza acaba, a veces antes de lo que imaginamos — reflexiona Gema.

Tras charlar un poco más sobre nuestro fin de semana y despedirme de ella, llego a casa con la sensación de tener los deberes hechos. Dejo la maleta en mi habitación y saludo a mis padres. Sus rostros están serios, intranquilos, y yo por un momento pienso en lo peor. Empiezan a explicarme que mi abuelo está de nuevo en el hospital, ingresado, y que los médicos no le dan mucho más de una semana de vida. El dolor se transmite con tan solo la mirada. No sé muy bien qué palabras puedo decir en ese momento, ni tampoco sé qué hacer. Diga lo que diga va a ser muy difícil animarlos, especialmente a mi madre.

—¿Por qué no me habéis avisado antes?

—Hijo, no queríamos disgustarte mientras estabas en Benidorm. Lo importante es que lo hayas disfrutado y ahora ya estás con nosotros. Además, tampoco habrías podido hacer mucho sentado en la sala de espera —explica mi padre.

Afirmo con la cabeza. El mundo no ha parado ni un momento de girar. El tiempo no se ha detenido y cada segundo que pasa mi abuelo se aleja más y más de mi familia y de esta existencia. A veces no queremos darnos cuenta de las cosas. No queremos ver lo que realmente está sucediendo porque siempre es más cómodo mirar hacia otro lado y engañarnos a nosotros mismos sobre lo que tenemos delante. Si la vida de mi abuelo fuera una ola de las que estaba observando, fijamente, hace apenas dos horas, estaría rozando la orilla. Tanto mi abuelo como muchas personas más serían las olas que llegan al final de su camino. Es entonces cuando reflexionas sobre la vida, sobre todo lo que te da, lo que aprendes y lo que pierdes. Te hace pensar si definitivamente es el punto y final de la existencia de una persona o si, por lo contrario, habrá algo más detrás de la muerte. Y pensar que, como todo en esta vida, lo que un día empieza también acaba.



10

Kilómetro cero

Estoy preocupado, cabizbajo, alarmado. Solo han pasado tres días desde que regresamos de Benidorm, y sin saber por qué, Gema ha sufrido un cambio radical. Todavía no he vuelto a oír su voz desde que regresamos del viaje. Es como si me estuviera esquivando por medio de excusas. Las conversaciones que tenemos por *whatsapp* son breves. Por más que intente darle charla sus frases son las mismas que podría decir un robot. No entiendo nada; llevamos

unas semanas que se podrían calificar como nuestro mejor momento y sin embargo, de la noche a la mañana, hemos pasado a estar en un estado crítico. Le conté por lo que estaba pasando mi familia debido al tema de mi abuelo y aunque fue donde más empatía mostró hacia mí, no ha vuelto a preguntar desde el día que se lo conté, el mismo domingo. Puede que todo sean imaginaciones mías. He leído muchas veces que nuestra mente puede llegar a ser nuestro peor enemigo, pero por desgracia esa es mi única esperanza, pensar que todo es producto de mi imaginación. Me gustaría hablar con ella, explicarle cuáles son mis sensaciones en lo que llevamos de semana, pero estoy seguro de que diga lo que diga, acabará enfadándose y empeorando las cosas. Trato de adivinar una y otra vez qué es lo que he hecho mal. El fin de semana fue bastante bien y las últimas semanas hemos ido cambiando nuestros planes habituales, tal y como ella quería. La verdad es que lo hemos pasado bastante bien. Y yo ahora tengo miedo. Tengo miedo de todo lo que me está pasando. No quiero alejarme de Gema; no quiero distanciarme de ella, perderla. Nada tendría ya sentido.

Por otra parte los miembros de mi familia nos repartimos el trabajo para ayudar y permanecer junto a mi abuelo hasta el último instante. No sabemos cuántos días vamos a estar así, pero cada momento que atravesamos es más difícil que el anterior. Sé que ahora debería estar junto a ellos, transmitiendo calma, compañía, y sobre todo ver a mi abuelo. También, aunque me duela mucho decirlo, despedirme de él. Pero mis padres no quieren que lo veamos en estas circunstancias. Me lo han dicho en más de una ocasión, pero espero encontrar el momento para hacerle una visita aunque a ellos no les guste.

Jueves por la tarde. Las conversaciones con Gema siguen siendo frías. Estoy desesperado por arreglar esto, o al menos saber qué es lo que realmente está pasando. Le escribo mensajes cariñosos, como si nada estuviera sucediendo; le propongo algún plan para el fin de semana y espero su respuesta, aunque sé que tardará porque está trabajando. Miro el móvil una y otra vez, pero no llega ninguna contestación por parte de ella. Veo la tele, ceno y vuelvo a mirar el móvil: nada de nada. Me acuesto en la cama y sigo esperando una llamada o un mensaje, ese sonido que me dé una respuesta. ¡Al fin! Suena el móvil y Gema me ha contestado.

«Me voy a dormir ya, que estoy agotada. Lo siento.»

Tras leer el mensaje, o mejor dicho, la frase, me desmorono. Esperaba una



contestación un poco más larga, que comentara algo de todo lo que le he escrito. Entiendo que esté cansada, pero en escribir esa simple frase no habrá tardado ni quince segundos. Al menos podría preguntar y mandarme un «¿cómo estás?», o decir un simple «te quiero». Eso sería suficiente para sacarme una sonrisa, pero está claro que algo está pasando y esta vez no va a ser algo tan simple como para que me pida que nos demos un tiempo.

Intento dormirme pero es inútil, mi cabeza no para de pensar. Me duele mucho la barriga y mi ritmo cardíaco parece estar montado en una montaña rusa. Las pulsaciones pasan de una taquicardia a bajar bruscamente, golpeando mi corazón con fuerza dentro del pecho. Luego vienen, de nuevo, esos contrastes de temperatura; empiezo sintiendo calor en pleno otoño, me destapo y en cuestión de minutos vuelvo a tener frío. Puede que una simple frase no sea para tanto, pero para mí es como si hubiese leído «tenemos que dejarlo, lo siento». Así, sin más. La conozco muy bien y nunca se había comportado de esa forma conmigo, al menos sin tener motivos. Tanto pensar he decidido que mañana la esperaré en su portal sobre la hora a la que suele acabar de trabajar. Trataré de hablar con ella, pues tarde o temprano habrá que aclarar todo esto, y cuanto antes mejor.

Dicho y hecho. Me presento en su portal a las siete de la tarde, con unas buenas ojeras provocadas por no haber dormido absolutamente nada en toda la noche. No sé cómo se lo va a tomar cuándo me vea en su portal, esperándola, pero sinceramente me da igual. Solo quiero hablar con ella de una vez y aclararlo todo. Espero quince, veinte y hasta treinta minutos, y nada de nada. A lo lejos veo a una chica que se parece a ella..., y si, conforme se va acercando compruebo que es Gema.

—Adrián, ¿qué haces aquí? —me pregunta con rostro serio. Es evidente que no está muy contenta de verme.

—Hola, Gema. —Me acerco para saludarla con un beso, como de costumbre, pero ella me aparta la cara—. Pues tú dirás... No hemos hablado nada en toda la semana. ¿Se puede saber qué te he hecho para que estés así conmigo?

—Mira, vamos a dar una vuelta y hablamos con calma. No es que tenga mucho que decirte, pero lo poco que tengo es bastante importante —me dice Gema, mientras posa su mirada en el suelo.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Gema coge el móvil para avisar a sus padres de que llegará más tarde mientras yo coloco mis manos en los bolsillos; ni siquiera me atrevo a mirarla. Empezamos a caminar y Gema no tiene ninguna intención de cogermelo de la mano o de la cintura, ni tampoco hace ademán cariñoso alguno.

—¿Puedo hablar yo primero? —le pregunto a Gema. Ella asiente con la cabeza.

—Mira, Gema, yo no sé qué es lo que te está pasando, la verdad. Me pediste un tiempo hará poco más de un mes. Hablamos de todo lo que supuestamente estaba mal, y digo supuestamente porque desde mi punto de vista la situación no era tan mala como para separarnos y permanecer unos días sin vernos. Aun así yo te respeto, porque fue tu decisión y supongo que tendrías tus motivos para tomarla. Luego volvemos para empezar de cero y encontramos nuestra mejor versión, teniendo en cuenta todos los puntos sobre los que hablamos aquel famoso día. No solamente encontramos nuestro mejor momento, sino que hace cinco días estábamos en Benidorm disfrutando de nuestro tiempo, de estar juntos tú y yo. Y, ¿ahora? ¿A qué viene esto? ¿Se puede saber qué es lo que he hecho mal? ¿Te he dicho algo o he hecho algo que te haya sentado mal? —Me sincero con ella todo lo que puedo, intentando no hacerle daño.

—No, no es eso, no es eso... —Parece que todavía no está preparada para decir lo que sea que tenga que decir. Yo aprovecho para seguir hablando.

—¿Te acuerdas hace un año por estas fechas? —le pregunto.

—Sí, claro, pero no sé a qué te refieres.

—A que los dos éramos felices. Estábamos a punto de cumplir cinco años de relación, y no ha pasado ni un año y ya no somos los mismos. Gema no quería decirlo porque no me gusta meterme donde no me llaman, pero tienes que darte cuenta que todo esto ha empezado desde que trabajas. Nos ha distanciado muchísimo, más de lo que creía. No solo es que no te vea apenas nada en toda la semana, sino que apenas hablamos. Y si hablamos solo es de tu trabajo, y de Carlos, y todo esto no te lo digo de malas y con ánimo de hacerte daño, solo quiero que te des cuenta...

—Lo sé. No te voy a decir lo contrario. Mira, Adrián, no te voy a

contradecir ni a discutirte diciendo que todo lo que acabas de decirme sea mentira porque tienes gran parte de razón. Nos hemos distanciado mucho y sé que viene todo del trabajo. Pero el problema que tengo no viene solo de ahí, viene de algo mucho más serio. Adrián, me duele muchísimo decirte esto, no sabes cuánto, pero yo..., ya no estoy enamorada. —Tal cuál escucho esto siento que sus palabras me destrozan por dentro aunque trato de seguir manteniéndome firme. Gema sigue hablando, pues parece que todavía no ha acabado de decírmelo todo—. Si te soy sincera estos han sido los seis mejores años de mi vida. Y no te miento si te digo que este último año también. Eres una gran persona y lo has dado todo por mí; has luchado como nunca por nuestra relación, pero yo no puedo llevar este ritmo, el ritmo que llevas tú, y simplemente por eso, porque ya no siento todo lo que sentía hace años atrás. Estas últimas semanas me sentía fatal porque me daba la sensación de que estaba engañándote, diciéndote cosas que no sentía y también que me estaba mintiendo a mí misma. Quería decirte todo esto mañana, pero bueno, entiendo que estuvieras esperándome en el portal. Lo siento mucho, de verdad, pero esto que me está pasando no lo he elegido yo.

—No importa... —Casi no puedo hablar. Tengo un nudo en la garganta y rompería a llorar aquí mismo, pero esta vez lo intento disimular. Bueno, no sé si logro disimular todo esto. Lo único que puedo mostrar de mí es el rostro, serio, y emitir palabras monosílabas.

—Puede que antes de verano ya me sintiera así. Pensaba que solo sería algo temporal, pero pasó el verano y cada vez me sentía más alejada de ti, de nuestra relación... Te pedí un tiempo por todo eso, para poder reflexionar a fondo sobre nosotros. Pensaba, sinceramente, que este fin de semana todo cambiaría en Benidorm, pero no. No puedo forzar una cosa así y, lo repito de nuevo, no puedo seguir engañándome.

Una vez leí que un desengaño amoroso equivalía a lo mismo que una quemadura de tercer grado y ahora es cuando estoy comprobando que es cierto. No entiendo como unas simples palabras pueden herir tanto. ¿Por qué? ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué es tan difícil esta vida? ¿Por qué la vida me está dando esta lección? A Gema también se la ve bastante afectada; tampoco está siendo nada fácil para ella. Continúa hablando...

—Sabes que cuando nos veamos por la calle te voy a saludar igualmente, y

si algún día te apetece quedar para hablar y que nos tomemos un café podemos hacerlo, pero ha llegado la hora de que cada uno emprenda caminos diferentes.

—Eso lo dices ahora. Llegará un día en el que nos veamos, y sí, nos saludaremos; pero la siguiente vez que nos encontremos dependerá de quién nos acompañe a cada uno, y así, poco a poco, llegará el día en que acabemos evitándonos. Nos conocemos bien, Gema, y sabes que volveremos a ser dos desconocidos. —Contradigo de nuevo a Gema, aunque ella sabe que todo lo que digo es cierto.

—Si vamos así... —Deja caer la frase.

Todavía no me acabo de creer todo lo que me está pasando. Gema me acaba de decir que ya no está enamorada de mí. La misma que hace años dormía con una foto mía bajo su almohada. La misma que me ha enseñado a amar y la persona en la que más he confiado. ¿Y ahora? Me gustaría enfadarme, despreciarla e incluso odiarla, pero no puedo. Con ella no puedo sentirme así. Primero porque son muchos años junto a ella, y la conozco muy bien como persona y hasta en esto sé que está siendo sincera. Y segundo porque por más que quisiera ir de malas con ella, no sería justo.

—Ojalá tengas suerte en la vida. Ojalá un día llegues a trabajar en lo tuyo, pedagoga en un colegio o en algo que esté relacionado. Te deseo lo mejor de corazón, créeme. —Me sincero. Me sorprende mi reacción porque cualquier pareja estaría hablando a gritos, discutiendo y llevándose la contraria en todo, poniendo cada uno de su parte lo menos posible. Sin embargo nosotros, como dos adultos, hablamos y nos aceptamos, deseándonos el uno al otro lo mejor.

—Lo mismo digo. Seguro que algún día te veré con otra chica, y en el fondo me alegraré por ti. Y verás como también acabas trabajando en lo tuyo. Nutricionista en algún gimnasio o algún centro especializado en nutrición.

Llevamos poco más de una hora hablando. Una hora donde lo he perdido todo. He perdido mis últimos seis años; he perdido a la chica que jugaba en los billares aquella noche, la chica a la que yo lanzaba miradas. La pierdo. Ahora sí que es verdad que la pierdo. Los últimos minutos tan solo estamos juntos, en silencio, caminando sin mirar a nada en concreto y sin saber qué decirnos. Pasamos por el mismo parque donde quedamos en nuestra primera cita, el mismo parque donde nos dimos nuestros primeros besos, un lugar del

que guardo grandes recuerdos. Precisamente este recuerdo, esto que ha pasado hoy, no va a ser para enmarcarlo. Presiento que en unos instantes todo se va a parar y que, poco a poco, ella se alejará de mí. Cuando nos demos cuenta tan solo seremos dos extraños. Y así es, aún no he dejado de pensar en todo esto cuando empieza a hablarme otra vez.

—Bueno, será mejor que me vuelva para casa —dice Gema en voz baja.

—Muy bien. Pues nada, espero que vaya todo bien. Cuídate, Gema.

—Gracias, lo mismo te digo. Y recuerda todo lo que hemos hablado, ¿vale?

Luego nos abrazamos. Un sincero abrazo como despedida, deseándonos lo mejor el uno al otro. Cierro los ojos y me acuerdo, precisamente, de nuestro primer abrazo, cuando la acababa de conocer y con la excusa del frío. Es curioso cómo esa misma acción puede cambiar tanto un sentimiento; abrazos que muestran alegría, otros que muestran afecto, abrazos de consuelo y, como en mi caso, abrazos de despedida. Y casi sin darme cuenta Gema se aleja poco a poco de mí, hasta que dejo de verla. En ese momento sí rompo a llorar.

Camino sin rumbo, sin saber dónde ir y sin saber qué va ser de mí y de mi futuro, del cual no sé absolutamente nada. El frío es el único que me acompaña en este descabellado recorrido. Mi soledad en estos momentos es tan grande que hasta mis nervios han desaparecido. Me siento en el primer banco que veo; respiro, e intento asimilar todo lo que ha sucedido durante esta semana. Ahora me siento desorientado; en cuestión de días he perdido mucho; la he perdido a ella y no sé qué hacer con mi vida, que es como uno de esos puzzles que monta su padre, pero mucho más difícil. No sé con cuál de las piezas debo comenzar a montar el nuevo cuadro de mi vida. Ni tan siquiera estoy seguro de que tenga que volver a empezar. Me encuentro en el kilómetro cero, una eterna carretera oscura donde apenas hay luz y desde la cual miro hacia atrás para despedir, con dolor, seis años maravillosos que nunca pensé que tendrían fin. Miro al frente y tan solo hay oscuridad y sufrimiento, y también miedo. Miedo a lo desconocido. En casa, por ahora, prefiero no decir nada de lo que ha pasado. Mis padres ya tienen bastante con lo de mi abuelo para que ahora llegue yo y les dé otro disgusto. Lo mejor será mantenerlo en silencio durante unos días y luego ya se verá. Tras seguir pensando un poco más y asustado ante la oscuridad que se extiende en mi vida, llego a casa. Le digo a mi madre

que no me prepare nada para cenar porque me encuentro mal, y me voy a dormir directamente. La cama se convierte en mi pequeño refugio; cada hora que duerma será una hora en la que mi cabeza descansará, siempre y cuando los sueños me lo permitan; horas donde no hay dolor, donde, afortunadamente, no hay absolutamente nada. Cierro los ojos y cada lágrima que recorre mi cara me aporta un recuerdo de Gema. Nuestros besos en la calle, su primer cumpleaños, el primer regalo que le hice...; aún la puedo recordar sonriendo junto a mí, cuando los dos éramos felices, cuando Gema era la chica que me enamoró. Y lo más triste de todo esto no es que esta relación se haya acabado, es que algún día la olvidaré. Olvidaré cada recuerdo de ella y también me olvidaré de mí, el chico que se conformaba, solamente, con ser feliz.

Primer fin de semana sin Gema. Me despierto melancólico, confuso e incluso desorientado. Por milésimas de segundo intento imaginar que todo lo que me pasó ayer fue una pesadilla, un sueño; un estúpido sueño del que quería despertar. Pero no es así; todo lo que sucedió ayer ocurrió de verdad. Gema me ha dejado, y por mucho que no quiera tengo que empezar a aceptarlo. En casa sigo disimulando y trato de hacer como que nada ha sucedido, pero no es fácil. Lo único que hago es estar encerrado en mi cuarto sin saber qué hacer, tirado en la cama mientras veo la tele. Después de comer aprovecho para dar una vuelta. Mis padres se han quedado en casa durmiendo la siesta y he salido sigilosamente para no despertarlos. El aire me da en la cara y siento el frescor del otoño. Observar los pájaros volar, ver a una pareja, los dos felices, mientras se besan; ver a otros que, por el contrario, caminan a solas, como yo... Así es la vida, o como dice Julio Iglesias en su canción: «unos que nacen, otros morirán», por eso aprovecho la ocasión para visitar a mi abuelo pues el hospital no me pilla muy lejos.

Afortunadamente hacía muchísimo tiempo que no pisaba este sitio. Es uno de los lugares que se me antojan más desagradables. La gente padeciendo por sus familiares mientras permanecen sentados en la sala de espera, las prisas de los médicos caminando de un lado para otro, el sufrimiento y el dolor cogidos de la mano, como en la habitación 313, donde está mi abuelo, tumbado en la cama. Cuando llego permanece dormido y se encuentra acompañado de mi tía, sentada en un sillón y leyendo un libro. Me saluda con dos besos y un abrazo y aprovecha que he llegado para salir a tomar un café. Yo, mientras tanto, me quedo solo junto a él, junto a mi abuelo. Impresiona ver

su cuerpo conectado a tantos cables que recorren sus brazos, e incluso uno que entra en sus fosas nasales. Ha cambiado hasta el color de su piel, que ahora es macilento, y sus ojos...; sus ojos están tristes. Por unos instantes me reconoce, y al verme la expresión de su mirada cambia. Una sonrisa nace en su rostro, aunque puede que sea la última.

—Adrián, has venido a verme... —dice con voz apagada. Casi no se le puede oír.

—Claro, abuelo. Claro que he venido a verte... —No sé muy bien qué decir ni qué palabras usar en esta situación. Su respiración sigue sonando más fuerte que su voz. Me gustaría animarle, pero hasta él mismo sabe cómo va a acabar esto. De nuevo se me vuelve a hacer un nudo en la garganta pero, una vez más, me agunto las ganas.

—¿Y Gema? ¿Os va todo bien? —No esperaba esa pregunta para nada. Hay que ver en el estado en que se encuentra y mi abuelo todavía se acuerda de ella. Ahora sí que es verdad que no sé qué decir.

—Sí, abuelo. Claro, todo nos va muy bien, si... —Y ahora es cuando me gustaría contarle la verdad. Decirle que Gema y yo ya no estamos juntos, que esta última semana me ha ignorado y que ya no sigue enamorada de mí. Sin embargo no soy capaz de decirle nada más.

—Seguro que algún día os casaréis y seréis muy felices. —Tras decir esa frase va cerrando sus pequeños ojos y vuelve a dormirse.

—Seguro... —contesto por contestar, en voz baja. Luego me quedo pensando en ella.

Segundos después entra mi tía. Ha traído otro café para mí, pues así le hago un poco más de compañía. Tras estar hablando con ella media hora decido volver a casa. Me quedo a mitad de la puerta cuando vuelvo a girarme; miro a mi abuelo que sigue durmiendo y susurro un «adiós, abuelo». Presiento que es la última vez que le voy a ver con vida. Luego abandono la fría habitación.

Mi ruptura con Gema, en silencio; las últimas horas de mi abuelo; los momentos por los que atraviesa mi familia; el tener que acostumbrarme a nuevos cambios... Sin duda atravieso por los días más difíciles de mi vida. Pensar en lo que viene, en lo que me puede deparar el futuro, dónde acabaré y con quién, y de qué manera viviré mi nueva vida, son un cúmulo de preguntas

que se me pasan por la cabeza sin encontrar respuesta, sin saber por dónde puedo empezar.



11

El cielo no es de color azul

Adiós abuelo. Ayer acabó tu sufrimiento, tu dolor y tu angustia, y también nuestra desesperación. Ahora vuelves a ser un hombre libre. Ya puedes volar y seguir cerca de nosotros, de tu mujer y tus hijas, nietos y familiares. Ya dejaste de ser prisionero de ese hospital y de sus medicamentos, de las sondas nasales y de los respiradores artificiales. La paz ha vuelto a ti, para darte el descanso que te mereces, para permanecer en cada recuerdo de nuestro día a día y para guiarnos cuando más ayuda necesitemos. Y desde aquí quiero agradecerte cada momento que pasaste junto a mí, por formar parte de mi infancia, de mi niñez, y también de mi vida. Siempre te recordaré como el hombre que me recogía cada tarde en el colegio. El mismo que sabía hacerme sonreír con tan solo una bolsa de caramelos. El que prendía su mano para llevarme al parque y el hombre que me enseñaba una nueva porción de la vida cada día. Por eso te considero un gran profesor. Me enseñaste lo que realmente se necesita para ser feliz: salud, familia, amigos y un hogar. También aprendí a valorar cada detalle, y que la sonrisa y el cariño son la mejor medicina para una persona. Pero, sobre todo, me enseñaste que he de mostrarme al mundo tal y como soy, con mis virtudes y defectos, tratando de acentuar esos rasgos que me hacen

destacar de entre los demás. Por todo esto y muchísimo más siempre estarás en nuestras mentes. Tus seres más queridos nunca te olvidarán. Descansa en paz.

Se hace duro sentir el dolor de mis seres más queridos. El de mi familia, especialmente mi madre, y también el mío. Detrás del llanto llega un pequeño alivio que te permite respirar, volver a pensar y escuchar un poco de silencio. Silencio que tan solo dura unos segundos, y que rompe mi propia mente y mis pensamientos.

—Adrián, ¿de qué color es el cielo? —Fue una de las preguntas que marcó mi infancia. El autor no pudo ser otro más que mi abuelo.

—Pues azul. ¿O es que no lo ves?

—¿Tan seguro estás? —Tras esa segunda pregunta permanecí en silencio, pensando, pero obviamente mi inocencia no aportaba más respuestas.

—¿De qué color es el mar cuando lo ves desde lejos? —insistió de nuevo.

—Pues... azul —respondí otra vez, aunque ahora con más inseguridad.

—Sin embargo, cuando te bañas en el mar y coges el agua con las manos, ¿de qué color es?

—Transparente, como el agua que bebemos del vaso o como el agua que sale de la ducha. —Después de mi respuesta, él empezó a reírse.

—Pues lo mismo ocurre con el cielo, Adrián. Por el día lo vemos de color azul, rojizo si está atardeciendo e incluso negro cuando es de noche. Pero, ¿has podido tocar el cielo para comprobar que el azul es su verdadero color?

Con el tiempo entendí la moraleja. El cielo no es de color azul. Y las cosas no son como parecen. Las estrellas siguen brillando, a pesar que muchas de ellas dejaron de existir hace tiempo. También hay sonrisas, pero no por ello debe haber felicidad. Incluso muchos deberían de estar nominados a los premios «*Oscar*» por fingir ser, durante mucho tiempo, personas que no son. Nada es lo que parece y el cielo no es de color azul. Mis padres ya saben lo que me ha pasado con Gema. No me quedó más remedio que confesarlo todo cuando preguntaron por ella en el tanatorio. Comienzo a odiarme. Me siento culpable de que mi relación haya fracasado, de que Gema se haya ido, y también me culpo de no haber dicho las cosas cuando tocaba. Me siento bloqueado; tan solo soy un rostro de tristeza incapaz de dar un pequeño golpe

de ánimo a mi familia. En estos momentos tan delicados me habría gustado abrazar a mi madre cuando más lo necesitaba y encontrar la frase apropiada para decirle, como por ejemplo: «no te preocupes, él está en un lugar mejor ahora», o también «ánimo, lo habéis hecho muy bien, estará orgulloso de la familia que le ha tocado». Sin embargo me quedo inmóvil, apartado de todos, mientras me consume el dolor y contemplo mi derrota, segundo tras segundo.

Sigo mirando el pasado y pienso qué habría pasado si hubiese hecho las cosas de otra manera. ¿Qué habré hecho mal? ¿Por qué la he perdido? ¿Por qué ya no le importo? ¿Y ella? ¿Cómo estará ella? Puede que esté como yo, dolida y triste o, ¿por qué no?, arrepentida... Quizá esté conociendo a nuevas personas aunque solo hayan pasado unos días. Lo mismo está mejor sin mí, feliz, y enseñando al mundo esa sonrisa que me volvía loco. Involuntariamente me pierdo en los recuerdos y también me pierdo en ella. Nunca olvidaré la primera vez que fuimos al cine. Parece que lo esté viviendo de nuevo. Los dos estábamos sentados en esas butacas colocadas en los laterales de la sala y emparejadas de dos en dos. No recuerdo bien el título de la película, pero eso era lo menos importante. Yo la acariciaba con todo el cariño, su cuello, su cara, su pelo...; ella me besaba, me besaba con amor como no lo había hecho nadie. Y entre beso y beso se detuvo, de repente, y me dijo:

—No me dejes nunca... —me susurró mientras me miraba a los ojos. Y yo en ese momento me sentí realmente feliz y especial, único. Hizo que me sintiera otra persona y, de puro gozo, sin poder creerme lo que estaba oyendo, le respondí.

—Claro que no, ni tú a mí tampoco. Tampoco lo hagas, cariño. —Y luego ella se sonrojó mientras apoyaba su cabeza sobre mi pecho. Yo continué abrazándola.

A veces no necesitas el regalo más caro para demostrar tu amor; por lo menos yo no lo necesito. Tampoco quiero una declaración de amor por día; siempre me he conformado con esos pequeños detalles que surgen cuando menos te lo esperas y gracias a los cuales te das cuenta de que esa persona te quiere y que merece la pena estar a su lado. Pero al final ha resultado que estaba equivocado. Al final resulta que he sido un inocente y que me va a costar mucho volver a confiar en alguien. Dice el refrán que el diablo sabe más por viejo que por diablo, y efectivamente, esta experiencia me ha hecho

abrir los ojos, aprender que por muy bien que te vayan las cosas todo puede cambiar, y que también cambian las situaciones y nosotros, sobre todo nosotros.

12

Las noches que no sale la luna

Abro los ojos para empezar un nuevo día. Las mañanas siguen siendo el momento más duro, despertarse y ver que todo ha cambiado, que ella ya no está. Por instantes intento creer que nada está ocurriendo, pero como ya he dicho tan solo son instantes. Miro el móvil y nada de nada, ni llamadas ni mensajes. Es como si de repente me hubieran cortado la línea. Y justo antes de levantarme es cuando me pregunto por qué las noches son tan cortas. De hecho, las he bautizado como «las noches que no sale la luna». Desde que no estoy con Gema lo único que quiero es dormir; ser el «inexistente» de este mundo, la nada y el vacío. Afortunadamente esta tarde he quedado con Antonio. Ayer hablé con él por teléfono para sincerarme y contarle todo lo que me ha pasado y lo primero que me propuso fue quedar para hablar con más

calma. Creo que me vendrá bien hablar con él de todo ello.

Quedamos a media tarde y lo veo aparecer, desde lejos. Viste con unas zapatillas grises acompañadas de unos vaqueros negros, camisa destapada a cuadros, color azul marino y negro. Lo que más destaca de él es la barba que se ha dejado en estas últimas semanas. Tras el saludo buscamos un lugar donde tomar algo y hablar tranquilamente. Le pregunto por todos sus asuntos y también por su novia, Rebeca. Aún no sé cómo explicarle todo lo que me ha pasado. Llegamos a una cafetería que parece bastante tranquila. La calefacción está enchufada y el olor a café caliente reina en el ambiente. Antonio se pide una cerveza mientras que yo me dejo llevar por mi olfato y me acabo pidiendo un cortado.

—Bueno, Adrián, ¿qué es lo que ha pasado? Me quedé de piedra al recibir tu llamada. —Su rostro es serio y refleja sorpresa al mismo tiempo. Sobre todo se le nota afectado por lo que estoy pasando.

—¿Que qué ha pasado? Eso es, precisamente, lo que me gustaría saber a mí. Todo ha sido tan rápido que ni yo mismo me he dado cuenta de nada, o mejor dicho, no he querido darme cuenta...

—¿Pero ha sido por alguna discusión? Quizá un enfado repentino... No sé, la verdad es que de vosotros no me lo esperaba. Es más, la última vez que quedamos se os veía muy bien.

—Pues que no estábamos bien, últimamente. ¿Te acuerdas de que ella empezó a trabajar en Panaderías Priego, no? Va camino de un año, ya...

—Sí, claro. Lleva ya un tiempo trabajando. Cierto. —Antonio confirma que está al tanto de todo eso.

—Pues desde que empezó a trabajar, poco a poco, nos fuimos distanciando. Al principio era todo muy bonito, pero conforme avanzaba el tiempo la iba viendo menos y menos. Había días que no quedábamos porque acababa tarde; otros no nos veíamos porque estaba cansada. Y si quedábamos, había una total falta de comunicación. —De forma somera le he informado un poco de cómo había empezado a torcerse todo, aunque en realidad todavía no he contado nada.

—¿Después de más de cinco años os faltaba comunicación? Lo veo todo muy raro. No le encuentro mucho sentido, la verdad.



—Ya sé que parece absurdo. Mira, Antonio, esto no ha sido salvo el comienzo de todo. Cada vez íbamos quedando menos, incluso los fines de semana tan solo nos citábamos para cenar, y poco más. Ella dejó de ser la misma conmigo; tan solo sabía hablar del trabajo y... —De repente, me callo. Me arrepiento de lo que quería decir, pero ahora ya no creo que importe.

—Del trabajo y..., ¿de qué más? —insiste Antonio.

—Pues de Carlos. Un tal Carlos que trabaja con ella. Me parece que es de mi edad y, según la oyes hablar, el chico perfecto existe porque todo lo que él hace está siempre bien. Me llegué a poner celoso e incluso discutimos sobre esto, pero creo que todo fueron elucubraciones mías. Cuando nos dimos un tiempo Gema habló con Carlos y, según ella, fue él el que la aconsejó que después de tantos años conmigo se pensara bien lo que iba a hacer porque seguramente merecería la pena que siguiéramos juntos.

—¡Espera, espera! Adrián, ¿os distéis un tiempo y no pudiste llamarme y contarme por todo lo que estabas pasando?

—Pues quise, la verdad. Estuve a punto de llamarte, pero no me pareció bien hacerlo. Pensé que estaba mal, porque después de tanto tiempo sin vernos no sabía cómo... —Intento explicarlo de la mejor manera que puedo, aunque creo que, en realidad, no lo he conseguido.

—Entiendo. Adrián, es cierto que todos nos fuimos distanciando. Cada uno fue haciendo su vida por caminos diferentes, pero no por ello hemos de estar solos. Cuando tengas cualquier problema que esté relacionado con tu pareja, o con alguna chica o incluso si es por algo del trabajo tan solo tienes que llamarme y quedamos.

—Tienes razón. Sabía que podía contar contigo, pero mira...; en ciertos momentos uno no sabe ni qué hacer ni cómo tiene que hacerlo.

—Bueno, volvamos al tema, que nos desviamos —me dice—. Desde que empezó a trabajar se fue distanciando de ti y os veíais poco. Hablaba mucho de un tal Carlos. Discutís, te pide un tiempo y, ¿luego?

—Pues eso. Después de un tiempo, que en realidad fue poco más de una semana, volvimos a hablar con intención por parte de ambos de arreglar todo el asunto. Y así fue; volvimos a empezar y nunca mejor dicho, porque todo parecía ir bien en todos los aspectos, como si volviéramos a conocernos de

nuevo. La segunda semana quedamos con vosotros, para lo de la cena de Santi, y ya viste que todo muy bien...

—Sí. La verdad es que esa noche os vi muy bien a los dos —me confirma.

—Y nada, para celebrar su cumpleaños nos fuimos a Benidorm a pasar el fin de semana. Bueno, fin de semana... Entre que acabó de trabajar tarde y demás llegamos el sábado, casi a las siete de la tarde. Pero bueno, algo es algo. Y cuando volvimos el domingo parece que la Gema que me gustaba se había quedado allí en Benidorm, no sé.

—¿Y eso? ¿Qué pasó?

—Pues que a partir de ese fin de semana empezó a ignorarme. Ni hablábamos por teléfono, ni nada. Sus mensajes de *whatsapp* eran breves no, lo siguiente, y así todos los días de la semana. Al final quedamos, o mejor dicho, la esperé en su portal y volvimos a hablar. En conclusión, ¿sabes qué me dijo?

—A saber...

—Pues que ya no estaba enamorada de mí. Que habían sido los mejores años de su vida, pero que necesitaba un cambio. Un cambio donde ya no contaba conmigo.

—Joder. No sé qué decirte. Tanto tiempo juntos y, de repente... Por cierto, aparte del Carlos ese, ¿no habló Gema con alguna amiga suya de lo que le estaba pasando?

—Buena pregunta. Que yo sepa estuvo hablando con Valeria justo antes de pedirme que nos diéramos aquellos días de respiro. Y a Valeria no se le ocurre decirle otra cosa que sugerirle a Gema que lo mejor es dejarme.

—¿Valeria? Con el aprecio que te tiene y va y suelta eso. Menuda hipócrita está hecha.

—No me hagas hablar, que lo último que quiero es decir nada sobre esa.

—No sé, aquí hay algo que no me encaja, Adrián. O bien Valeria es una cabrona, hablando claro, o...

—¿O qué?

—O Gema no le dijo a Valeria lo mismo que a ti. Quizá Gema os contó

cosas diferentes. A ti te dio unas razones: «necesito tiempo», «estoy confundida»... y a Valeria le dio otras. De ahí que el consejo de Valeria fuera eso de que «lo mejor es que lo dejes».

¿Cómo no lo habré pensado antes? Y aunque en el fondo me duela porque sé que puede tener razón es lo que más me gusta de Antonio. Piensa, reflexiona, y sabe analizar en un instante el problema. Busca las palabras indicadas para ser directo y, al mismo tiempo, tiene ese algo que hace que no te duelan sus palabras.

—También es otra opción, la verdad. Pero, ¿qué más le podría decir? ¿O que más le ha pasado para que haya pegado ese cambio desde que entró a trabajar en la dichosa panadería?

—A saber. No le des más vueltas. Ahora lo que tienes que hacer es pasar página.

Mientras que nos envuelve un ligero destello de silencio, Antonio aprovecha para dar un trago a su Heineken mientras yo me quedo pensativo. Esto último que ha dicho Antonio podría ser verdad. ¿Y si Gema no le contó lo mismo a Valeria? ¿Me contó Gema toda la verdad? ¿Y Carlos? ¿Tendrá que ver algo en todo lo sucedido? No quiero parecer el típico tío celoso, y más después de que Gema negara todo sobre Carlos, pero, ¿y si es verdad que se sentía atraída por él? Después de tanto hablar con ella no me dejó nada claro y lo que sí sé es que todo el problema empezó en el dichoso trabajo.

—¿Y has pensado ya qué vas a hacer? —me pregunta Antonio mientras interrumpe mis pensamientos.

—Puf, ni idea. Ahora mismo no sé ni qué debo hacer ni por dónde tengo que tirar...

—No me refiero a eso, hombre. Quiero decir que qué te gustaría hacer ahora que no tienes pareja. Piensa en todas aquellas cosas que te habría gustado hacer y no podías hacerlas por estar atado a ella, por ejemplo...

—Interesante, sí, aunque ahora no se me ocurre nada. Bueno sí, viajar, conocer mundo, gente, o practicar algún deporte, por qué no... —Antonio se ríe al oír algunas de mis ocurrencias.

—A eso me refería. Bueno y lo más importante de todo, ¿tú cómo estás?—

Y tras esa pregunta llegan unos segundos de silencio.

—Bien, sí, no te preocupes por mí. Tan solo hay que dejar que la vida fluya, el tiempo lo dirá todo.

Y en realidad me gustaría expresarme y decir la verdad. Que no estoy bien, que no sé qué hacer ahora con mi vida y tampoco sé qué camino debo escoger porque no contaba con este cambio. Pero tampoco quiero llamar la atención, parecer el típico depresivo que está mal porque lo ha dejado con su pareja. A pesar de todo siempre hay gente con problemas muchos mayores y yo sigo siendo un afortunado. Mientras intento acabarme el café vuelve a hablar Antonio:

—No es grande aquel que nunca falla si no el que nunca se da por vencido —Luego sonrío. Antonio siempre encuentra una frase para motivarte.

—¿Y esa frase? ¿De dónde la has sacado?

—A saber, se me quedó grabada hace muchos años, supongo que de algún libro...

Después cambiamos de tema. Hablamos del trabajo, de Santi e incluso le acabo contando lo de mi abuelo. Por último Antonio también me cuenta de los proyectos que tiene para los próximos meses. Tan decidido está que hasta está pensando en irse pronto a vivir con Rebeca. El camarero nos trae la cuenta una vez que la pedimos. Cojo la cartera pero Antonio se adelanta.

—Tranquilo, hoy invito yo —dice Antonio decidido, mientras que impide que abra mi billetera.

—¡Que no! ¡Deja, deja! —Insisto. Hoy quiero pagar yo que para algo le he llamado.

—Tú pagas a la próxima, así tendremos una excusa más para quedar —Y así es Antonio, simplemente único.

—De acuerdo, te debo una caña. Que sepas que no tardaré en devolvértela —le advierto.

—¡Así me gusta!

Después de esta necesaria conversación empiezo a sentirme mejor. En realidad no ha mejorado nada, pero me ha venido muy bien contarle todo

detalladamente y que alguien me escuche. Incluso he recuperado algo que perdí sin darme cuenta cuando comencé a salir con Gema: la amistad. Tras todo esto Antonio y yo damos una vuelta mientras recordamos viejos tiempos y, cómo no, le ponemos a todo un toque de humor. Tanto es así que por momentos consigo olvidarme de Gema e incluso vuelvo a reír.

El frío y la noche nos dicen que tenemos que volver a casa. Nos despedimos con el clásico apretón de manos mientras que yo vuelvo a las andadas con mis pensamientos. Hasta ahora no había caído en lo que me ha dicho Antonio, en llevar a cabo todo aquello de lo que antes me privaba. ¿Y el tiempo? Sé que no va a ser sencillo pero no quiero perderlo; ese tiempo, ese algo que se va consumiendo poco a poco y que, por más que te empeñes, ya no podrás recuperar. Por eso, sin saber todavía qué voy hacer en los próximos días, me sumerjo en un mar de dudas, en un laberinto de dolor e incertidumbre en el que no sé qué camino debo tomar. Aun así y todo no me veo preparado todavía para dar ese paso y realizar los cambios adecuados, pero ya soy consciente, al menos, de que tengo que hacerlos. Antes de llegar a mi portal vuelvo a mirar el cielo y otra vez me pregunto por qué la luna tampoco va a salir esta noche.

13

Los sueños solo son un puñado de  
recuerdos mezclados de ilusiones

El ambiente era bastante frío, pero al menos había algo de luz. La preocupación sigue a mi lado, y también la desesperación; aún puedo sentir el sufrimiento. Yo estaba en casa de mis abuelos junto a mis primos: Lucía, Alejandro y Alicia. Estábamos sentados en el comedor mientras esperábamos tener noticias de mi abuelo. Él estaba en una habitación recibiendo los cuidados de mi abuela, mi madre y mis dos tías. Sus gritos llegaban a todos los rincones de la casa. Su angustia se contagiaba hasta llegar a nosotros. Yo intentaba transmitir algo de calma a mis primos, pero era inútil.

Nos levantamos y, todos juntos, nos acercamos a su habitación. La puerta estaba entornada y los cuatro mirábamos, casi sin hacer ruido, para no molestarle. Estaba tumbado en la cama, enganchado otra vez a esos cables que parecían no tener fin. Sus lamentos se repetían una y otra vez. Tanto era así que se producía un eco en la pequeña habitación. Y luego mi abuelo se dio cuenta que nosotros estábamos allí, mirándolo y a escondidas. Entonces él se levantaba y se liberaba, al mismo tiempo, de esa cárcel de cables. Después se dirigía a nosotros y nos abrazaba fuerte, como si su enfermedad ya se hubiese ido. El cariño y el afecto eran suficientes para curarlo y, mientras tanto,

permanecíamos abrazados como si fuésemos un equipo de fútbol después de marcar un gol. Todos llorábamos manteniendo el abrazo lo más fuerte posible, menos él, que simplemente sonreía. Volvía a estar bien, y volvía a estar feliz...

—¡Qué bien, abuelo, ya te has curado! —decía Alejandro, el benjamín de la familia.

Y mi abuelo no necesitaba palabras para mostrar su bienestar. Su rostro y sus gestos hablaban por sí solos. Luego desperté entre lágrimas que acababan en mi almohada. Y entonces te das cuenta de muchas cosas; por ejemplo que el pasado sigue doliendo. Puedes tener la intención de empezar un buen día pero la realidad te recuerda que no vayas tan deprisa. Y también pretendes olvidar, por lo menos, los momentos más desagradables, aquellos recuerdos que, inconscientemente, quedaron guardados en tu mente: mi última conversación con mi abuelo, el comienzo de mi soledad, o aquel dolor que conocí tan de improviso y que, por lo que parece, no está dispuesto a despedirse.

Soñar es bonito, pues te ayuda a recordar. Eso ayuda, sin querer, a revivir algunas cosas aunque muchas de ellas no sean gratas. Me gusta soñar con algo desagradable de vez en cuando porque te hace valorar lo que tienes, una vez te has despertado. Si el sueño ha sido, en cambio, divertido y agradable, supone una manera optimista de empezar el día. Aunque la verdad es que no entendemos la mayoría de los sueños, o bien porque son raros o bien porque se nos han olvidado escenas y hemos perdido el desenlace. Los sueños tan solo son una proyección de nuestra mente. Nada más; o como dijo una vez mi amigo Antonio: «los sueños solo son un puñado de recuerdos mezclados de ilusiones».

Ahora, dispuesto a empezar un nuevo día, tengo la duda de si levantarme con lo puesto o añadir una sonrisa. Coloco mis pies en el suelo y abro la ventana de mi habitación; llegan los primeros rayos de luz a mi cuarto y respiro el frío aire que viene hasta mi cara, susurrando un «buenos días». Lo mejor será empezar por ahí, por lo más sencillo.



14

El último guerrero

Parece mentira lo rápido que pasa el tiempo. Casi sin darme cuenta las calles aparecen adornadas con las clásicas luces navideñas. Y no solo eso, también destacan la publicidad televisiva incitando a los más pequeños y los villancicos por las calles. Algún Papá Noel, también, intercambiando cartas por caramelos. La opresión del frío transmitiendo el final del otoño e, inconscientemente, recuerdos, sin más; memorias acompañadas de desconsuelo, donde todavía parece que no acabo de asimilar que una persona

muy importante decidió marcharse de mi vida. Desde luego estas no van a ser mis mejores Navidades, y no solo lo digo por Gema. La desgracia de que llegue este veinticinco de diciembre y en la mesa tengamos que poner un plato de menos. No sé cómo hará, cada miembro de la familia, para disimular ese dolor.

La Navidad; otro año más la tenemos encima. Detrás del crecimiento materialista siempre me ha gustado quedarme con el mensaje de valorar lo que realmente cuenta: la familia, la amistad, el amor y la salud. Quizás por la falta de cariño, afecto e incluso la propia compañía de una persona, este año más que nunca miro al pasado, para darme cuenta de lo que realmente tenía y lo que he perdido. Cantidad de veces había escuchado la famosa frase que dice: «Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes». Desgraciadamente, así es. Por estas fechas le estaría diciendo a Gema que vaya preparando la carta para saber qué le pide a los reyes, y ella, como años atrás, estaría jugando a las pistas, dando protagonismo a la intriga y preguntándome si de verdad me he portado bien, como si de un niño pequeño se tratase. Y hasta eso llego a echar de menos. La manera tan cariñosa en la que me ha llegado a tratar. Sus besos, caricias y abrazos han sido sustituidos por un vacío en mi interior que, inconscientemente, llego a bautizar como «tortura».

Y a pesar de todo tengo que seguir escondiendo mi frustración. Mirar al futuro con una sonrisa, quizás simulada, pero sonrisa al fin y al cabo, y esperar a que algún día la vida vuelva a mostrarme sus caminos y sendas y que vuelva a dar sentido a mi vida. Pero, ¿cuándo?, y, ¿cómo? Hacía tanto tiempo que no volvía a hablar con la soledad que esta situación está siendo para mí desconcertante y desconocida. Detalles como contarle a alguien cada noche cómo ha transcurrido tu día, o decir cómo te sientes, o planificar el fin de semana cada vez que llega el viernes, o preocuparte por lo que van a hacer de comer en casa cuando ella es la invitada, son circunstancias que se echan ahora de menos y, aunque sea duro decirlo, también la echo de menos a ella. Ahora es cuando recuerdo el consejo de Antonio; aquello que me dijo cuando estuvimos hablando hace unas cuantas semanas: «piensa en todas aquellas cosas que te gustan y que no podías hacer por estar atado a ella». Pero por más que piense no se me viene nada a la cabeza; es más, pienso que las cosas las disfrutaba porque estaba junto a ella. Cambia mucho, por no decir completamente todo, el desarrollar alguna actividad y estar acompañado a

hacer lo mismo estando solo. Será por eso por lo que no encuentro motivación alguna.

Salgo de casa para despejarme de mis pensamientos. Aprovecho para ver tiendas y, por qué no, encontrar la inspiración en algún regalo para mi familia en la que ni tan siquiera he puesto la mitad de entusiasmo que años atrás. Cielo despejado, aire fresco y temperaturas bajas; todo parece indicar que el invierno está cada vez más cerca. Mis pasos van a la deriva, sin saber muy bien a qué mirar ni tampoco qué cosas comprar. Tiendas de hogar, de ropa, bisutería...; casi sin darme cuenta me encuentro con la tienda de los tatuajes, de nuevo abierta, y esta vez no hay nadie que pueda opinar que no le gusta. Me vuelve a la cabeza aquello que decía Antonio: «haz cosas que puedes hacer ahora y que antes no podías». Quizás esta sí que es una de las ocasiones que debería aprovechar, aunque me sigue dando miedo que, por una parte, no me guste cómo me pueda quedar un tatuaje, y por la otra que no le guste a la gente. Me quedo indeciso; el cartel de la tienda tiene un aire muy tentador; comienzo a ponerme nervioso mientras mi cabeza se debate entre el «sí» y el «no». Sin saber cómo ni por qué, acabo empujando la puerta y entrando en el pequeño local. El dueño del establecimiento es un tipo bastante alto, corpulento, y en él destacan enormes tatuajes que recorren sus grandes brazos y una barba bastante poblada, descuidada. Su voz es grave y varonil, pero su volumen es suave y al mismo tiempo transmite seguridad. Ahora mismo está hablando con otro chico que tengo delante de mí; por la conversación que mantienen parecen tener confianza así que yo aprovecho para observar el escaparate y hacerme una idea de lo que quiero. Los hay de todo tipo: en blanco y negro, a color, discretos, grandes e incluso enormes... Observo los brazaletes, que en más de una ocasión han hecho que me sienta tentado, pero me dejo llevar por mis ojos y sigo examinándolo todo de forma curiosa. La cara de un tigre, pájaros volando, una rosa, la huella de un perro, una hoja de marihuana...; la verdad es que algunos son auténticas obra de arte. Pero lo que yo busco es algo discreto, que no llame la atención; algo que no me pueda ver todo el mundo. De repente encuentro justo lo que buscaba. Es un dibujo discreto, de tamaño moderado y, sobre todo, con mensaje. Son dos alas abiertas, de color negro; tal cual las he visto me he sentido identificado con ellas. Libertad, como la que tengo, aunque no sepa con exactitud cómo aprovecharla. Se me antojan alas guerreras, precisamente tal y como es este periodo de mi vida, una

auténtica batalla en la que tengo que pelear contra mi día a día. Y sobre todo, son alas que espero me permitan volar, superarme, llegar lejos en todo lo que me quiera proponer en mi nuevo año, o mejor dicho, mi nueva vida.

—Hola chaval. ¿Tienes pensado el tatuaje que te vas hacer? —Con tanto pensar no me he dado cuenta de que se había ido el chico que estaba delante de mí.

—Hola. Sí, bueno..., la verdad es que quería hacerme este de aquí, el de las dos alas —digo, mientras señalo con el dedo el mostrador que hay en el pasillo.

—¿Me puedes decir el código? Está justo debajo del propio tatuaje —Me indica mientras abre la pantalla de su portátil.

—Si claro, es el... 0158. —Tras mi respuesta el silencio vuelve a adueñarse de la escena durante unos segundos; finalmente es roto por el sonido del teclado y los latidos de mi propio corazón. Mis nervios vuelven a aflorar.

—¿Y dónde te lo quieres hacer? —El hombre es directo. Parece que sabe hacer negocio y al mismo tiempo es capaz de transmitir confianza.

—En el centro de mi espalda. Justo debajo de la nuca.

—Sabes elegir bien —me dice, mientras mira la pantalla de su ordenador.

Después me enseña unos bocetos para así confirmar cómo quedaría. La primera opción no me llega a convencer, pero sí la segunda. Apunta con una línea muy fina todo lo que ocuparía el tatuaje, un total de siete centímetros de alto y diez de ancho.

—Creo que así es como mejor te quedaría. Si te lo hago más pequeño no se identificarían bien las alas —me dice cuando ya está todo listo para que confirme.

—Vale, pues que no se diga más. Manos a la obra.

La verdad es que esto es un arrebató. Salgo a la calle en busca de algún regalo para mis padres y despejarme en mí día libre y acabo haciéndome un tatuaje, algo que tiempo atrás no tenía previsto para nada. De fondo suena la radio, aunque la música, para mi gusto, no es que acompañe mucho. Estoy tumbado en una especie de camilla, sin camiseta y boca abajo. En un principio

parecen que me vayan a dar algún tipo de masaje, pero no creo que, precisamente, vaya a relajarme. El tatuador prepara todo el material mientras que yo cierro los ojos y respiro hondo. Noto el sudor correr por mi frente, a pesar de las bajas temperaturas. Mi cuerpo está totalmente destemplado con respecto al clima y, sin darme cuenta, empiezo a sentir las agujas clavándose por mi piel. Duele mucho, y todavía más, precisamente, en la zona que he elegido. Pese a todo, este tipo de dolor todo no tiene nada que ver con el que llevo arrastrando desde hace unas semanas. El padecimiento físico no tiene nada que ver con el dolor sentimental. Esto es lo que yo llamo heridas de una guerra, y a mí no me queda otra que ser el último guerrero.

Todos aprendemos algo cada día, en cada nueva experiencia, pero no por ello dejamos de equivocarnos. Equivocarse es algo que a todos nos asusta. Cambiar de aires, de ambiente, de empleo, y siempre mirando atrás para no repetir los mismos errores. Pero, sin saber cómo, se cometen otros errores nuevos, y después todavía otros más. Equivocarse, sentir el miedo, el dolor, la felicidad y la ira; todo forma parte de la vida, del ciclo vital de cada persona.

Cuándo él finalice su trabajo o como me ha dicho antes, «su obra», todo el dolor desaparecerá. Se irá, así de fácil. Por el contrario, el dolor sentimental parece que no tenga fecha de caducidad. Aprieto los puños y sin saber el porqué, mi mente proyecta imágenes de Gema, como si inconscientemente me estuviera diciendo «no lo hagas». Casi puedo recordar su voz diciendo esa frase, pero yo sigo con los ojos cerrados dando paso al tiempo y deseando ver cómo acaba. Y así continúan los minutos: sufrimiento, impaciencia y algo de dolor, hasta que al final vuelvo a estar tranquilo.

—Esto ya está acabado. Te ha quedado tal y como querías —vuelve a decir con seguridad. Me miro entre dos espejos y siento un gran alivio.

—¡Me gusta! Ha quedado muy bien.

Tras dejarme más de sesenta euros en este capricho, salgo del local, ya más tranquilo. Vuelvo a sentir en la cara el frío de la calle. Ahora tan solo tengo que esperar cinco días para quitarme el pequeño plástico que se pega a mi tatuaje para así considerarlo definitivo. La mañana ya no da para mucho más, así que pospongo hasta mi próximo día libre los planes que tenía pensados para hoy. Y estas son las cosas que tiene la vida: arrebatos, momentos que no se olvidan, algunos felices y otros que no lo son tanto; recuerdos, algunos que

hacen que nos sintamos especiales y también más fuertes. Y, por el contrario, también algunos que nos gustaría borrar de nuestras cabezas. La vida solo son momentos, algunos de los cuales parecen no tener final y otros que, sin embargo, acaban antes de lo esperado.

15

El tiempo no espera a los cobardes



Los días, semanas y meses siguieron su curso. Lo que estaba claro es que el tiempo no estaba dispuesto a detenerse y a la fuerza tenía que adaptarme a él. El tiempo no espera a los cobardes, eso es un hecho, aunque tampoco a los valientes. El tiempo va a la suya, y a mí me gustaría ir a la mía, pero la realidad me avisa de que debo ajustarme a él. Mis días estaban totalmente vacíos, y en ellos la rutina y los recuerdos me siguen ahogando. Yo me conformaría con intentar congelar esos momentos gratos que me ofrece el destino cada semana: la sonrisa de una chica que cruza por mi lado, el estribillo de una canción o la voz dulce de una camarera cuando me prepara el

café para el almuerzo.

Enero no solo destacó por su frío, también fue el mes donde me di cuenta de que superar mi ruptura con Gema iba a ser más complejo de lo que me imaginaba. Los intentos de engañarme a mí mismo no me llevaban a ninguna parte, y el dolor y el desengaño seguían venciéndome poco a poco. Sin duda, ese fue el mes donde dejé definitivamente de creer en todo. Febrero siguió siendo un poco más de lo mismo, pero esta vez peleaba junto al optimismo por volver a darle una vuelta a mi vida y volver al punto donde me consideraba, simplemente, feliz; pero ese giro afortunado aún no estaba por la labor de llegar hasta mí. Además, Febrero fue mi primer cumpleaños sin Gema, y una vez más volví a acordarme de todo lo pasado, de cómo habría sido mi día, y de lo bien que me habrían sentado los veintiséis años estando con ella. Marzo fue el mes donde Santi nos dijo adiós. Tras encontrar trabajo en Liverpool no se lo pensó dos veces y comenzó una nueva vida lejos de España, de su familia y sus seres más queridos. Y aquel mes de Abril no fue señalado, precisamente, por alterar la sangre; más bien fue el mes donde no veía salida, recaía en la melancolía y cada vez me encontraba más perdido.

Estamos a mitad de Mayo; de nuevo vamos observando cómo se aleja el mal tiempo y se acerca el verano. Hoy celebramos el cumpleaños de Antonio así que he quedado con él en menos de una hora y ya estoy casi listo. Zapatos negros, vaqueros a juego con el calzado, camisa de color blanco y corbata. Antes tenía la costumbre de ir así a este tipo de eventos, al menos no faltaba la camisa y corbata, pero en aquellos tiempos contaba con una opinión, con una persona que me decía siempre si estaba o no estaba bien y si esto o lo otro me favorecía o no; sin ella, hasta en estos detalles puedo mostrar un punto de inseguridad.

Salgo de casa. Las calles están llenas de ambiente: personas de compras, terrazas de verano abarrotadas, y hombres y mujeres arreglados con traje y vestidos bonitos, que hacen parecer que van de boda o comunión. La temperatura es agradable y está anocheciendo; no hay ni una sola nube en el cielo. Antonio va acompañado de Rebeca y ya los puedo ver al final de la calle. Hacen una pareja estupenda y en el fondo desearía estar en su misma situación, a pesar de que he dejado de creer en este tipo de cosas. Tras saludarnos vamos juntos hasta el restaurante donde han reservado mesa; el

resto de sus amigos los están esperando en la puerta. Mientras vamos de camino aprovechamos para hablar de estos últimos meses, del trabajo y de alguna novedad en nuestras vidas, pero sobre todo hablamos de Santi. Una vez que llegamos Antonio empieza a ser el protagonista de la escena. Todos le están esperando: antiguos compañeros de colegio, amigos del trabajo..., pero lo que más me sorprende es con el afecto con el que le tratan, lo que hace que me sienta orgulloso de tener un amigo así. Poco después empieza a presentarme a los asistentes uno a uno: Alberto, Juan, Rodrigo, Paco, David, Alex y Nico. Cada uno de ellos destaca por algo a simple vista. Uno por ser el más sociable, otro por ser el más gracioso, el simpático, el tímido...; en fin, que lo que está claro es que todos somos completamente diferentes. Entramos en el restaurante, donde nos espera una bonita mesa reservada para doce personas. El camarero nos pregunta si saca algo para picar, pero Antonio dice que espere unos minutos porque todavía no estamos todos. Mientras esperamos cada uno habla de sus cosas: Rebeca le susurra al oído algo a Antonio; otros empiezan hablar de fútbol, mientras que el resto comienza a reír sin enterarme muy bien al respecto de qué.

Conforme pasan los minutos me siento un poco perdido y no me decido a entrar en unas conversaciones u otras. Por una parte, Antonio sigue hablando con Rebeca, y prefiero no depender de él durante la celebración; pero por otro lado el resto de los invitados que me acaban de presentar siguen siendo desconocidos, por lo que se me hace un mundo seguir las conversaciones. Empiezo a tener calor; puedo sentir cómo mis orejas arden y por eso me levanto y voy un momento al aseo. El camino se me llega a hacer largo y observo cada mesa, en las que hay parejas enamoradas celebrando su amor, gente que disfruta de una cena familiar, personas que ríen, que brindan...; pero yo siento que tan solo estoy actuando, y ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien. Una vez que entro en los baños me mojo un poco la cara, una, dos y hasta tres veces. Luego me seco con las servilletas y empiezo a sentirme un poco mejor. Me miro al espejo y, definitivamente, estoy mejor. Decido regresar y antes de sentarme llegan dos chicas a nuestra mesa. Una de ellas se me queda mirando; la tengo justo enfrente de mí y el caso es que su cara me resulta familiar, pero no sé de qué. Me saluda en voz baja mientras se sienta y yo correspondo a su saludo de forma educada.

—No sabía que también tenías amigas. ¿Desde cuándo? —le susurro a

Antonio discretamente.

—¡Ah! ¿Te refieres a ellas? Son Claudia y Andrea, amigas de Rebeca. Si te digo la verdad apenas tengo confianza con ellas, pero son buenas chicas. Rebeca quería invitarlas para que no fuéramos todo hombres menos ella; así tendría con quién hablar durante la cena —responde en voz baja.

Enseguida llega de nuevo el camarero y pregunta por las bebidas a unos y a otros. Luego nos va diciendo los diferentes platos que tienen para picar. Ya está todo listo: berberechos, albóndigas de carne, sepia, muslitos de pollo, ensaladilla rusa y patatas bravas, pero, sin duda, lo que más destaca en la mesa son esas jarras teñidas de rubio. Los chicos, por un lado, siguen hablando de lo mismo, mientras que yo me apoyo en Antonio, que es con quién más a gusto me encuentro. Sigo mirando de reojo a la chica que me ha saludado; su pelo es de color negro, pero si hay algo que destaca en ella son sus ojos grandes y de color verde que parecen haberme atravesado cuando nuestras miradas se han cruzado. Pero las cosas no siempre son perfectas. Tras esa mirada puedo observar también que la chica es tan solo una niña, y a simple vista no le pongo más de dieciocho años.

Conforme pasan los minutos los platos se van vaciando moderadamente. El tono de las conversaciones va aumentando al mismo ritmo que baja la cerveza de las jarras, hasta que solo quedan restos de migas en los platos, cubiertos desordenados y servilletas rugosas. Nos pilla de sorpresa cuando apagan las luces y suena el clásico «Cumpleaños Feliz» entonado para Antonio por todos nosotros, mientras Rebeca trae la tarta con las velas encendidas. Tras soplarlas, miro a la novia de mi amigo felicitándole de nuevo; sus besos y algo más que un abrazo que casi sin querer me hacen emocionarme. Luego miro a la chica que tengo enfrente, de la que tan siquiera conozco el nombre, y me fijo en que contempla la escena con una cara que expresa deseo. En ese preciso instante ella me mira, pillándome por sorpresa. Rápidamente vuelvo a dedicarme a los tortolitos y continuo aplaudiendo como hace el resto.

En la vida hay muchos casos en los que no necesitas ver el desenlace de algo para saber cómo acaba. Por ejemplo, cada vez que te acuestas sabes que mañana volverá a hacerse de día; es lo mismo que las estrellas, por fuerte que brillen en el cielo infinito va a llegar un momento en el que dejaremos de verlas; o, sin ir más lejos, la película «*Titanic*». Nada más ver el principio

sabes que el barco acaba hundido. Pues sospecho que lo mismo sucedería con cualquier intento de acercamiento hacia la chica que tengo enfrente. Mi inseguridad y la diferencia de edad haría que concluyera con el mismo final que conozco hasta ahora: la soledad. Es como la ley de la gravedad, caída libre hasta el fracaso; no hay más.

Acabamos de comernos el exquisito postre, tarta de chocolate con nata. Tras pedir y pagar la cuenta salimos del local y cada uno propone un sitio para seguir la fiesta. No acabo de encontrarme del todo a gusto y no he mantenido apenas conversación con la mayoría de los invitados. Tengo muy cerca a una chica a la que me gustaría seguir mirando, pero las circunstancias no dan para más. Y por otra parte estoy yo; sigo sin encontrarme, sigo estando lejos del chico que reía y bromeaba tiempo atrás; el chico que se sentía cómodo en cualquier sitio si tenía a su lado a su pareja de baile.

—Antonio, creo que yo me voy para casa —le digo a mi amigo en voz baja, con la intención de que no me escuche el resto.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Pero si todavía no ha empezado lo mejor... — Antonio intenta convencerme.

—Ya, bueno..., pero no me encuentro del todo animado; tú ya me entiendes.

—Pues por eso mismo. Quédate un rato más; nos vemos muy de cuando en cuando y hoy tienes la oportunidad de conocer a gente nueva. Luego te sigo presentando, Adrián. —Acaba la frase haciendo un gesto de pillería.

Tal cual finaliza la conversación, Rebeca se acerca junto a sus dos amigas. Antonio y ella hablan de a dónde vamos a ir al final mientras que yo tengo enfrente a las dos chicas. Intento atender a la conversación, pero la situación vuelve a ser embarazosa. Siento que la chica de los ojos verdes me está mirando y vuelvo a tenerla cerca; quiero hablar para dar cualquier opinión pero no me siento seguro del todo. Como escuché alguna que otra vez por ahí, el silencio, a veces, es la mejor respuesta.

—Adrián mira, te presento a Claudia. —Me ha pillado desprevenido, distraído. Rebeca acaba de presentarme a la chica que tenía enfrente, la chica que me sigue sonando de algo y no sé de qué.

—Hola Claudia, encantado —le digo, mientras que se me acerca y me da

dos besos.

—Lo mismo digo. —Tras esa mirada le acompaña una sonrisa tímida y dulce al mismo tiempo.

—Y ella es Andrea —continúa Rebeca.

Andrea aparenta tener, a simple vista, dos o tres años más que Claudia. Tampoco es que sea bueno del todo para acertar con las edades, pero es lo que intuyo. Andrea tiene el pelo castaño claro, liso y largo. De altura es un poco más bajita que Claudia. Lleva gafas discretas, de color azul suave y de forma rectangular. Tras el saludo transmite confianza, amabilidad y simpatía.

Después de permanecer unos minutos en la puerta del bar parece que al fin han decidido a dónde vamos. Son casi la una de la madrugada y se nota que hace un poco de fresco, pero aun así se está bien. Como un rebaño empezamos a movernos, unos van delante y otros dispersos, pero todos al mismo sitio. Llegamos al pub *JustEnjoy*, donde juntamos tres mesas y volvemos a sentarnos toda la tropa. El local, a simple vista, parece ser estrecho, aunque al final hay una sala con billares, futbolines y una diana para jugar a los dardos. De nuevo estamos todos en la mesa, cada uno con su cubata y el mismo ambiente que había en la cena. Esta vez no tengo enfrente a Claudia y tengo un poco más lejos a Antonio. A mi lado está Nico, que me cuenta lo que está estudiando y lo que pretende hacer cuando termine sus estudios. Luego soy yo quién le habla de mi trabajo y de lo que me gustaría hacer en unos años. Tras pasar poco más de media hora vuelvo a pensar en irme a casa, pero lo cierto es que no sé muy bien cómo hacerlo. No quiero ser el primero que se levante y tener que despedirme de todos, uno a uno. Mientras tanto, procuro seguir la gracia a los que gastan bromas y hablar con el que se dirige a mí, mientras espero el momento adecuado para poder marcharme.

Pasan quince minutos más y al fin la gente empieza a dispersarse. La mitad está en el futbolín. Todos andan picados y jugando con entusiasmo; otros dos están en el billar, y yo he perdido de vista a Claudia y a Andrea, así que me quedo solo junto a Rebeca y Antonio.

—Bueno, Antonio, me sabe mal, pero ahora sí que me voy para casa.

—¡Qué cabezota eres! Cuando se te mete algo entre ceja y ceja no hay manera de sacártelo. Espérate, que vamos a pedir unos chupitos para todos. Y

luego si quieres ya te vas...

—Te recuerdo que llevo ya dos cervezas, y no estoy para seguir bebiendo  
—le contesto.

—¡Cuidado! Estarás al borde del coma etílico, ¿no? —ironiza Antonio entre risas

—Muy gracioso. Está bien, me espero un poco más.

Nada más terminar la conversación, Antonio avisa a todos sus amigos para que regresen a la mesa y, en cuestión de minutos, volvemos a estar donde hace un rato, incluidas Claudia y Andrea, a las que vuelvo a tener más cerca a pesar de que intento no darle importancia. Empieza la primera ronda de chupitos en la que todos brindamos por el cumpleaños. No sé qué llevaría aquel vaso pero me quema el esófago conforme me lo bebo de un trago.

—¡Aghh! Si te cuento el tiempo que hace que no bebo no te lo crees, Antonio. —Subo un poco el tono de voz debido a que la música está más alta que antes.

—¡Pues otro motivo más para quedarte! Vamos, ¡segunda ronda!

—¡Arriba, abajo, al centro, *pa'* dentro! —gritamos todos con los pequeños vasos en la mano.

La gente se sigue animando y todos quieren pagar nuevas rondas. El camarero no hace más que acercarse a la mesa con más bebidas. La música está cada vez más alta, y yo... yo me empiezo a marear y todo me da vueltas. Como estoy ya achispado por la bebida, no hago más que reír las gracias que hacen los otros, especialmente las de Antonio, que provocan que no pueda parar de reír. Salimos de la sala con todos los chupitos pagados, o al menos eso me parece; la cuestión es que estamos fuera.

A partir de ahí empezamos a desperdigarnos. Unos se tienen que ir antes, entre ellos Paco y Alberto, o eso creo; otros directamente han desaparecido, no me preguntes por qué. Pero a Claudia la sigo teniendo cerca; está con Rebeca y Andrea, bromeando, mientras Antonio y yo permanecemos juntos, unos pasos por detrás, sin parar de reír. Rebeca propone ir a una discoteca y a todos nos parece bien. Mientras que mis pasos dibujan eses, al igual que los del resto, procuro estar lo más alejado de Claudia que me es posible, aunque

parece que va a ser bastante difícil. Antonio y Rebeca se adelantan, cogidos de la cintura y felices. ¡Mierda! Creo que estoy borracho y con dos chicas, y no puedo dejar de mirar a una de ellas; ya no sé muy bien el porqué de esos cruces de miradas, pero la verdad es que está realmente buena. ¿Y yo por qué hablo de esta manera? ¿Serán los efectos del alcohol? Probablemente. Enseguida empezamos a hablar entre los tres: Andrea, Claudia y yo, aunque la mayoría de las cosas que decimos no tienen mucho sentido. Me parece que ellas van igual que yo y que los chupitos les ha hecho el mismo efecto. De repente Antonio se mete en medio de nuestro grupo e interrumpe nuestro cruce de incoherencias.

—¡Mirad! ¡Este es el soltero de oro! —suelta entre risas.

Siento que quiero matarlo. Primero me lía para quedarme, luego me emborracha y ahora me está metiendo en una situación embarazosa.

—Antonio, por favor...

—En serio. Mirad qué figura tiene, y qué bien viste. ¡Es un tío de puta madre! —Tierra trágame, es lo único que desearía ahora mismo.

Rebeca le hace un gesto para que calle, dándose cuenta de lo incómoda que me resulta la situación, pero las chicas le siguen el rollo e incluso siguen bromeando al respecto, dándole la razón, lo que hace que me ponga más rojo de lo que ya estaba. Entramos en la discoteca, que no sé muy bien cómo se llama; lo único que conozco con seguridad es que es nueva. Gente bailando, la música al máximo volumen y todos con las copas en la mano, pegadas al cuerpo, para que nadie se las tire. Nos pedimos una bebida cada uno: Mojitos, cervezas, tequilas y un vaso de vodka. La noche se va animando más todavía. Claudia y Andrea empiezan a bailar mientras que yo me quedo en la barra junto a Rebeca y Antonio. Empiezan a tratar de picarme para que baile con ellas, pero por ahí sí que no paso. No hago otra cosa que observarlas, especialmente a Claudia, cuyo aspecto, a pesar de la borrachera que llevo encima, me sigue resultando familiar, pero no consigo acordarme de qué.

El ritmo de la música, el compás de cada canción, las miradas y las sonrisas, la atracción, el calor unido a la sensación de felicidad artificial, deseos y anhelos, desahogo, libertad, los recuerdos unidos a la pasión y el entusiasmo de la noche. La esperanza, el ansia, las ganas de hacer cosas y de



propiciar cambios y, sobre todo, nuevos momentos...; todo eso es lo que trae la noche. El tiempo no espera a los cobardes, así que pego el trago que me falta para terminar mi bebida y me dejo llevar...

16

Los helados saben mejor si son  
compartidos

¡Mierda! No recuerdo absolutamente nada de lo que sucedió anoche. Estoy en mi habitación, vestido, y con la persiana subida del todo. No me acuerdo a qué hora llegué a casa. A ver, Adrián, recapacita. Estuve en el cumpleaños de Antonio, eso está claro. Me presentaron a dos chicas y no podía parar de mirar a una de ellas: Claudia. Después de cenar me quería ir, pero Antonio me enredó para que me quedara un rato más y nos fuimos todos al Pub JustEnjoy. Yo me quería ir de nuevo, pero Antonio acabó de liarme para que me quedara un rato más y nos tomamos un chupito detrás de otro, hasta que al final perdimos la cuenta. Luego me suena que los cinco nos fuimos a una discoteca,

nos tomamos algo más y..., ¿después? ¡Ah! Me suena que bailé con Claudia. ¡Sí! Bailamos, pero creo que nada más, ¿no? ¡Joder! Tengo que llamar a Antonio y que haga memoria ahora mismo. Cojo el móvil, que tengo casi sin batería. Busco entre la lista de las últimas llamadas realizadas y en la última pone... ¡Claudia! Estupendo..., es justo el dato que faltaba para acabar de tranquilizarme. No me lo pienso dos veces y esta vez sí que llamo a Antonio.

—¿Diga? —mi amigo responde con voz lenta y resacosa.

—Antonio, una cosa...

—¿Qué pasa, Adrián? Son las 9 de la mañana, no llevo ni tres horas durmiendo...

—¿Ah, sí? Pero, ¿a qué hora regresamos? —Mi impaciencia es, cada vez, más evidente.

—Pues a las seis, me parece, no sé. —Claro, así estoy; acostumbrado a no salir y de pronto me encuentro con una maratón de fiesta, incluido un pack de bebidas tan abultado que hasta perdí la cuenta de lo que me había bebido. ¡Bravo!

—Bueno... Voy al grano, Antonio. ¿Qué pasó anoche con Claudia? ¿Qué hice? Es que no me acuerdo de nada...

—¿Con Claudia? Pues ahora mismo no me acuerdo bien. ¡Ah, sí! Estuvisteis bailando un rato, de eso sí que me acuerdo. Me parece que estaba muy interesada en ti; de hecho le preguntó a Rebeca, a mitad de la cena, que si estabas con alguien. —Parece que a Antonio todavía le queda, recorriendo su organismo, algún resto de los últimos cubatas. Esto que me dice no es lo que me interesa ahora mismo.

—Y después del baile, ¿pasó algo más? Es que tengo su número de móvil.

—Pues llámala y se lo preguntas directamente, seguro que así acabas antes —dice mientras se ríe.

—¡Antonio, por Dios! —Me desespero de nuevo.

—Vale, vale... No me acuerdo de nada más; bailasteis un buen rato y luego os fuisteis juntos a casa. Andrea se vino con nosotros, así que no puedo decirte mucho más.

—Bueno, pues ya te contaré algo cuando sepa más, y perdona por despertarte.

—¡Buenas noches! —se despide él, sin saber muy bien a qué hora vive.

De nuevo, vuelvo a mirar el móvil, pero en el *whatsapp* no tengo ninguna conversación con ella. Lo que sí hago es fijarme en su foto de perfil. Aparece con el pelo totalmente despeinado y con un *piercing* en la nariz, objeto que ayer no llevaba. En el apartado correspondiente a su «Estado» en la aplicación de mensajería aparece la frase «*Don't worry, be happy*», junto al icono de una flor. Tal cual lo leo, no sé porqué, se me antoja una máxima que le viene a Claudia como anillo al dedo, una frase muy representativa de lo que es ella, a pesar de que apenas la conozco.

Me levanto para prepararme el desayuno. Mis padres todavía siguen durmiendo, lo que me viene de lujo para despejarme un poco y pensar en mis cosas. La verdad es que Claudia es bastante atractiva, y muy guapa. Intento no pensar en ella y en todo lo que ocurrió o no ocurrió ayer, pero es inútil. Tras acabar de desayunar entro en su página de *Facebook* aunque no consigo ver sus fotos. ¿Y si la agrego como amiga? Quizás al hacerlo doy una imagen de desesperado, por aquello de tratar de tenerla en mi lista nada más conocerla. ¿Y por qué estoy haciendo tantas suposiciones? Al fin y al cabo, Claudia y yo solo somos dos amigos que se conocieron anoche, nada más. No lo pienso dos veces y hago *click* en el botón correspondiente a la opción de «Agregar a amigos».

Me doy una ducha para despejarme del todo e intento no pensar en ella durante unos minutos, aunque no es fácil. Una vez vestido, recojo el móvil de mi habitación, pues lo había puesto a cargar. ¡No puede ser! ¡Tengo un *whatsapp* de Claudia! Abro directamente la conversación y veo que me lo ha enviado hace poco más de diez minutos.

«Hola, Adrián, ¿qué tal va la resaca? ¿Ya te has despertado? Ayer me reí mucho contigo, un beso.»

¡A saber qué le diría mientras volvíamos! Intento hacer memoria, pero nada de nada. A partir de cierta hora todo es una nebulosa. Será mejor que escriba y disimular, para que no se note que no recuerdo nada de lo que pasó anoche.

«¡Claudia! Yo también me lo pasé muy bien anoche. ¿La resaca?»

Estupendo, me he pegado una ducha y estoy como nuevo. ¿Y tú, cómo estás? Un beso.»

La conversación sigue. Tal cual lo envió, veo que ella sigue escribiendo:

«Yo muy bien también. Me preguntaba si te apetecería quedar un día de estos para tomar algo y seguir hablando. ¿Qué te parece?»

«¡Claro! Es una buena idea. Dime el día que te venga bien y ya sabes.»

«¿Esta tarde cómo te viene? Yo la tengo libre.»

¿Esta tarde? ¿Ya? Esperaba quedar con ella para la semana que viene, porque así podría pensar un poco y que se me ocurriera algún plan interesante. Contesto a su mensaje y le comento qué le parece quedar a las seis de la tarde. ¡Confirmado! Me envía un nuevo mensaje diciéndome dónde vive, lugar que, por cierto, no está muy lejos de mi casa. Ahora me encuentro en estado de *shock*. Contento, por una parte, porque en el fondo esto de quedar con Claudia es lo que quería, volver a tener una cita después de tantos meses y todo eso. Pero también estoy nervioso, y sin saber por qué me siento también culpable, como si estuviese haciendo algo malo. En realidad no conozco la que provoca que me sienta así; no sé si será por la diferencia de edad con Claudia, o por el pasado reciente, como si estuviese pasando página y olvidando a Gema de forma definitiva.

Acabo de comer cuando empiezo, ya, a pensar en mi cita. Son tantas las dudas que me asaltan que no sé muy bien cómo preparar todo el asunto. ¿Qué ropa debo ponerme? ¿Calzado? ¿Combinarán ambas cosas? ¿Y hablar? ¿De qué le hablo? Cierto es que ayer no tuvimos apenas problemas de comunicación, pero el alcohol estaba por medio y hoy va a ser algo más formal. Lo poco que recuerdo de ayer, la verdad es que me encantó. Hablar con ella, reírnos...; por eso quiero volver a verla, aunque me siento un poco presionado. ¿Y ella cómo me verá? ¿Quizás como a un amigo? ¿Estará buscando algo más? Todo apunta a que sí. Pero las mayores dudas no se centran en ella, sino en mí. ¿Qué estoy buscando yo? A lo mejor es esa pregunta la que me provoca tantos miedos y dudas. Tras un día de reflexión, intento mirar en mi interior y esa simple cuestión es la que más me hace meditar, y también más a fondo, aunque, sinceramente, no encuentro respuestas. Y es triste no saber lo que quieres cuando tiempo atrás has tenido

las cosas tan claras. Abro la puerta de mi armario y contemplo el repertorio: camisa blanca, otra de color beis, camisa a cuadros algo más informal, vaqueros negros, otros azules...; y luego está el tema del calzado. Tras probarme todas las camisas y combinarlas con los vaqueros que había seleccionado me decanto, al final, por una camisa vaquera que encuentro al fondo del armario, además de unos *Jeans* negros y unas zapatillas que tenía por estrenar de la marca Mustang, del mismo color. Creo que me siento bien. Ya solo queda peinarme un poco porque apenas tengo que arreglarme la barba de tres días a la que ya le pegué un repaso ayer. Me pongo un poco de mi colonia favorita y ahora sí, ya estoy listo. Les digo a mis padres que he vuelto a quedar con Antonio para hablar de la noche de ayer y esas cosas. Si por lo que sea se enteran de que he quedado con una chica solo van a hacerme una pregunta tras otra, cuando en realidad no ha sucedido nada de nada. O eso es lo que creo...

El tiempo atmosférico juega a mi favor. La temperatura es más que agradable, veintidós grados de temperatura; tan solo corre una ligera brisa y la tranquilidad de las calles es maravillosa. Se nota que es domingo. Solo falta un minuto para que sean las seis. Llego a su portal y me dispongo a esperarla. Nada más pasar unos segundos de la hora en punto la veo bajar por las escaleras de su portal. La escena pasa a cámara lenta. Contemplo cada paso que da, su forma de andar y, sobre todo, su mirada, pues sus ojos están posados en mí desde bien lejos. Todavía sin abrir la puerta yo ya estoy sonriendo. Lleva unos zapatos bastante modernos, blancos y sin tacón; pantalón de color marrón claro, y una camiseta de manga corta, blanca, con la palabra «*Love*» escrita en color negro y letra cursiva. Lleva suelta la bonita melena morena, limpia y recién planchada. La verdad es que está preciosa. Me da dos besos y de nuevo vuelvo a notar esa sensación tan suave del tacto de su piel, y su olor, que se me queda grabado. Las mejillas de Claudia, conforme habla conmigo, enrojecen.

—Hola... ¿Qué tal? —me dice.

—Muy bien Claudia, ¿y tú? —contesto yo, que no puedo quitarle los ojos de encima.

—Estupendamente...

Parece que llega el primer silencio, y demasiado pronto. Trato de pensar

rápido e improviso la siguiente pregunta.

—¿Te apetece que vayamos al cine? —Creo que es un plan perfecto para una primera cita. Es un sitio en el que no tienes que hablar mucho, la gente se lo pasa bien y, además, resulta romántico para las parejas; y encima, si la película acompaña, no hay más que decir.

—Claro, es muy buena idea. ¿Qué tipo de películas te gustan? —pregunta Claudia, que parece comenzar a sentirse cómoda conmigo.

¡Perfecto! Se rompió el silencio. Claudia habla y comenta cosas sobre sus películas favoritas. Le gustan los musicales, las películas de miedo y, sobre todo, la comedia. Excepto por los musicales coincidimos bastante en nuestros gustos. Ella sigue hablando, esta vez de sus escenas favoritas; yo, mientras tanto, comienzo a reírme porque conozco la gran mayoría de películas que comenta y vuelvo a reconstruir las escenas en mi mente conforme me las cuenta. Llegamos a la puerta del cine. Los dos nos paramos en la entrada principal para ver la cartelera. Hay una gran variedad de géneros: ciencia ficción, terror, drama, comedia y también infantil. Al final decidimos ver la película «*El viaje más largo*», una película de corte romántico que parece ser que está triunfando en las taquillas. Compramos las entradas y, afortunadamente, no hay mucha cola. Nos atiende un señor pelirrojo, no muy alto y favorecido por el uniforme elegante que lleva puesto. Le pregunto a Claudia si quiere palomitas o algún refresco, pero ella dice que no, al igual que rechaza de nuevo que la invite cuando saco un billete de veinte euros para cobrar las dos entradas de cine. Ella se adelanta y me lo agradece, pero prefiere pagarse la entrada ella. Entramos en la sala cuando falta solo menos de un minuto para que comiencen los *trailers*. El lleno para ver la película es casi total, pero Claudia, por suerte, consigue ver unas butacas libres en una de las últimas filas.

Los dos estamos sentados, uno al lado del otro. Las luces ya están apagadas y por un instante el silencio y la calma nos envuelven. Comienzan los *trailers* mostrando un avance de los próximos estrenos. En los cines, destaca sobremanera la mejora del sonido en estos últimos años, y la pantalla ilumina de forma parcial el semblante de las personas que vemos la proyección, por lo que puedo observar a Claudia de reojo y veo cómo se muestra atenta a la emisión. Yo me relajo, dejo pasar el tiempo e intento disfrutar de la película.



Solo llevamos allí veinte minutos cuando Claudia coloca su mano en mi reposabrazos. Vuelvo a mirar disimuladamente y las dudas vuelven a surgir de improviso. Comienzo a ponerme nervioso, pero lo intento disimular. Pongo lentamente mi mano encima de la suya y...; ¡no la ha quitado! Parece que el tiempo se ha vuelto a parar. Dejo de centrarme en la película y coloco mis cinco sentidos en ella, únicamente en ella. Empiezo a acariciar suavemente su mano, mis dedos se enredan con los suyos y parece que ella me sigue el juego. Su mano es completamente suave, y yo me siento conmovido, impresionado y feliz, muy feliz. Noto cómo la adrenalina circula por todo mi cuerpo, pero sobre todo por mi pecho. Las caricias siguen entre nuestros dedos, y aunque continuemos mirando la pantalla, al menos yo no me estoy enterando de nada.

Pasan poco más de diez minutos. Todo sigue igual. Caricias, pensamientos y pocas decisiones. Quiero hacer eterno este momento, y más aún partiendo de algo tan simple como son las caricias. Pero no quiero conformarme solo con esto. Me giro poco a poco y observo a Claudia. Ella también vuelve su rostro hacia mí nada más hacerlo yo. Nos miramos durante unos segundos. Los dos estamos serios, pero eso no importa. Me acerco muy despacio a sus labios y la beso. Tan solo hemos juntado levemente nuestros labios, pero noto a Claudia receptiva y vuelvo a repetir. Sus labios están templados, suaves, y en el fondo me apetece hasta morderlos, aunque intento controlarme. Ahora es ella la que se acerca, mientras los dos nos seguimos mirando, al compás de nuestras caricias. Otro beso más, y otro, y otro; dulces, tiernos y pequeños. Vuelvo acercarme a sus labios y esta vez el contacto es más largo y profundo. De nuevo repetimos. Siento que la sensación de placer se incrementa y cada beso que le doy me gusta más, costándome más aún separar mis labios de los suyos. Aparto mi mano de la suya y me quedo mirando sus ojos, esos enormes ojos verdes que alumbran más que la pantalla del cine. Muy despacio llevo mi mano hasta su pelo mientras acerco, otra vez, mis labios hasta su boca. Este nuevo beso es aún más profundo.

Es la primera vez que beso a alguien tras acabar mi relación con Gema. Y no quiero decir con esto que me esté acordando de ella; todo lo contrario. Lo que sí que siento es que casi sin querer la estoy empezando a olvidar. Me gustaría que por un instante Gema me viera, y comprobar si es verdad que se alegra por mí como dijo aquella vez, durante la charla en la que me dejó. Cada beso que le doy a Claudia me hace sentir especial, incluso único. Pero también

tengo miedo de lo que pueda pensar de mí, de la diferencia de edad, y pienso que me gustaría ser ella para así confirmar sus sentimientos.

Su pelo está completamente limpio y puedo sentir perfectamente cómo mis dedos se deslizan entre su cabello. También puedo sentir el aire que entra y sale de su nariz, su calor y su olor están cada vez más metidos dentro de mis sentidos. Nuestros besos son cada vez más apasionados, más largos, más... Tanto es así que decido cambiar el ritmo de nuestros labios. Separo mi boca de la suya, con un poco de brusquedad. Su mirada y la mía son como dos imanes que no pueden dejar de tocarse. Voy acercándome a ella de nuevo; su nariz y la mía están unidas, jugando a acariciarse entre ellas y recorriéndose de un lado a otro. Pero lo que más me sigue atrayendo de ella es su mirada. Nuestra respiración empieza a acelerarse y ahora beso sus mejillas, que están completamente calientes, ardiendo; me encanta besarla y dejar navegar mis labios a través del mar tranquilo de su sedosa piel. Tanto es así que bajo hasta su cuello donde mis besos empiezan a mostrar el aumento del nivel de mi pasión. El olor de su colonia me envuelve y decido cambiar mis besos por pequeños mordisquitos que, intuyo, deben gustarle mucho, pues siento cómo hacen que se estremezca. Volvemos a la parte inicial, nos besamos el uno al otro y dejamos que nuestras manos contacten entre sí con suaves caricias. Ahora es Claudia quien separa su mano de la mía. Mientras que siguen haciendo besos entre los dos, ella empieza a acariciarme por la cara y el cuello y se atreve a bajar hasta mi pecho. Desabrocha el primer botón de mi camisa, mientras yo registro en mi mente toda la escena a cámara lenta; cada gesto de ella, cada acción y cada momento está siendo tan especial que no encuentro palabras para describirlo. Desabrocha el segundo botón e incluso el tercero y observo cómo se muerde el labio inferior, lo que provoca que acelere mi respiración. Cuando su mano comienza a acariciar mi pecho me provoca un infinito estremecimiento de placer. La pasión me puede. Me encantan sus caricias y el tacto de sus dedos. Y, al mismo tiempo, sus besos jugando entre nuestras miradas. Estoy tan excitado que intercalo entre mis besos verdaderos mordiscos, suaves pero intencionados, mientras el juego sigue. Estoy tan centrado en cada beso que nos damos que, obviamente, no solo me he perdido el argumento de la película sino que además acabo olvidando dónde estamos.

Y de repente se encienden las luces, a la vez que una suave melodía invade

la sala a través de los altavoces. La película ha acabado, y nosotros tenemos que posponer nuestros besos y caricias para otro momento. Claudia y yo nos ponemos de pie mientras cruzamos una mirada; instintivamente asoma a su boca una sonrisa mientras yo me quedo mirándola. La verdad es que ya la veía realmente guapa, pero ahora... ahora está preciosa. Salimos del cine. Cada paso que doy, cada bocanada de aire que inspiro, cada instante, lo analizo como si todavía no me creyese lo que me ha pasado durante estas últimas horas. Mis pensamientos desaparecen, de repente, cuando Claudia me coge de la mano con total confianza, sabiendo que no la voy a rechazar. A ella le da igual quién nos vea y lo que pueda pensar le gente de nosotros, y eso me tranquiliza. Le respondo con una mirada más que satisfactoria y entonces todo vuelve al punto donde empezó.

—¿Te ha gustado la película? —le pregunto entre susurros, y con un claro deje de ironía.

—Mucho... —me contesta también en voz baja, pero decidida y risueña.

Llega el momento de improvisar porque todavía es pronto para irse a casa. Aunque no teníamos planeado irnos a cenar me gustaría aprovechar la tarde. Son casi las ocho y los grupos de gente se van disgregando conforme nos alejamos del cine; la tarde invita a seguir un rato más y Claudia parece que se siente bastante cómoda. En cuanto a mí, aunque en parte me está costando, tengo que reconocer que todo esto es lo que quería. Pasamos por una heladería donde nos compramos una tarrina de helado de chocolate con caramelo, dos cucharas y..., ¡listo!

—Los helados saben mejor si son compartidos —me dice Claudia nada más coger la primera cucharada y metérsela en la boca. Y a mí, estos imprevistos me alegran aún más de lo que ya estoy, y me hacen sentir especial.

—Y que lo digas. Hacía muchísimo tiempo que no compartía un helado. — Después de sonreírle me quedo pensando en la última frase que he pronunciado. Mejor dicho, hacía tiempo que ya no compartía nada de nada. Punto.

Después nos sentamos en un banco que nos pilla de camino. Apenas pasa gente; tenemos enfrente un pequeño parque con columpios y observamos cómo se marchan un niño pequeño y su padre. Los últimos rayos de sol se alejan de

este pequeño paisaje anunciando la llegada del atardecer. Mientras tanto Claudia y yo seguimos a lo nuestro, inventando un nuevo juego entre besos de chocolate, miradas apasionadas y, cómo no, alguna broma que provoca las carcajadas de Claudia. Me encanta. Me encanta este momento. Me siento como si de nuevo volviese a tener novia; y no solo eso, también empiezo a creer de nuevo en esa sensación que te hace sentir feliz, único, explosivo y especial... Amor, ese sentimiento que, en el fondo, todos necesitamos. Después Claudia saca su móvil. Empieza a enseñarme sus fotos mientras discretamente apoya su cabeza sobre mi pecho. Una vez más noto esas sensaciones dentro de mí que durante tiempo atrás dejé de sentir. Lentamente soy yo, ahora, quién coloca mi brazo por encima de su hombro para enternecer esa postura, mientras Claudia comienza a enseñarme su pequeña exposición. Tiene fotos de todo tipo. En la gran mayoría está con sus amigas, de entre las cuales yo solo conozco a Andrea. También me enseña muchas fotos donde aparece ella sola. Me llama la atención su forma de vestir. En todas las imágenes en las que aparece viste con pantalones *hippies*. Los tiene de color negro con estampado de flores, otros que son rayados, a cuadros, y todos ellos anchos, con una goma que se amolda perfectamente a su cintura. Parece que son bastante cómodos de llevar. Y respecto a la vestimenta de la parte superior es un poco más de lo mismo: camisetas anchas y otras de tirantes. También lleva, en muchas fotos, un *piercing* en la nariz, que ni ayer ni hoy ha llevado puesto.

—Sales muy guapa en todas las fotos. ¿Vistes siempre así, estilo *hippie*?

—Claudia sonrío y no duda en responder.

—Sí, casi siempre visto así. ¿Por qué?

—No, por nada. Me encanta, si te digo la verdad. Me gusta mucho la gente que viste de una manera determinada porque le gusta y no por cómo visten los demás.

Claudia vuelve a sonreír y parece que se encuentra cómoda. Me sigue enseñando fotos cuando, de pronto, veo una en la que sale su cara en primer plano, y sus grandes ojos como motivo principal. Sin saber cómo mi cabeza viaja atrás en el tiempo. Sabía que ella me resultaba familiar y ya sé de qué es.

—¿Sabes que cuando te vi ayer en la cena de Antonio recordaba que te había visto en algún sitio pero no con exactitud dónde? ¡Nos vimos hace unos meses, en la biblioteca! ¿Te acuerdas? —le pregunto emocionado. Luego

Claudia empieza a reírse y no sé si me está tomando por loco o me está tomando el pelo—. ¡Es verdad! ¿Es que no te acuerdas? A ti se te cayeron los libros y yo me acerqué a ayudarte... —Conforme le digo eso, Claudia se ríe todavía más; tanto es así que hasta se le saltan las lágrimas.

—Anda, cómo te gusta adornar las escenas... No me ayudaste, te quedaste quieto como un pasmarote. Menudo momento pasé, y mientras no parabas de mirarme.

Intento recordar bien esa escena y empiezo a pensar que quizá puede que tenga razón. Luego me contagia esa risa que no ha parado de sonar mientras ella hablaba.

—Has tardado en recordarme, ¿eh? —bromea.

—La verdad es que tardo bastante en memorizar las caras de la gente —le contesto—. Eso sin contar lo despistado que soy a veces.

—Pues la mirada que me echaste no era precisamente para que mi cara se te olvidase. —Y después sigue abandonándose a su ataque de risa, que vuelve a contagiarme.

Me encanta ver cómo se ríe. Me gusta que una chica muestre su humor conmigo. Siempre es señal de que se lo está pasando bien. Además yo me siento muy diferente a aquel Adrián de estos últimos meses. Es como si Claudia me estuviese ayudando a encontrarme de nuevo. La escena continúa unos minutos más, hasta que al final los dos acabamos en silencio, uno al lado del otro, y yo respiro su aroma y siento el tacto de sus manos.

—¿Sabes una cosa? —le pregunto entre susurros.

—Dime... —responde Claudia con las mejillas rojas de tanto reír.

—Este ha sido el momento del día.

—La vida está llena de momentos, de grandes momentos —contesta. Luego suspira y mantenemos un nuevo silencio que, en parte, agradecemos los dos, y que nos sirve para calmar nuestra respiración entrecortada, después de tanto reírnos.

Tras estar unos minutos más así decidimos que es hora de volver a casa. El regreso lo emprendemos cogidos de la mano, como si fuésemos una pareja de

novios. Seguimos hablando, pero esta vez de forma más pausada. La acompaño hasta su casa, que me viene de paso, y nos despedimos en su portal, con varios besos.

—¿Volveremos a quedar? —me pregunta a la vez que acaricia mis labios con los suyos.

—Claro, claro que sí. Respondo dándole otro beso.

Y después, sonrojada, se va alejando de mí y sube hasta su casa. Salgo del portal y camino; vuelvo a sentir el aire, la brisa, la vida... Estoy feliz y me siento bien. Tengo ganas de correr, de abrir mis brazos y gritarle al mundo «¡Gracias!». Gracias por esta nueva oportunidad. He vuelto a besar a una chica, he vuelto a escuchar, a expresarme y también a compartir. Me he escapado de una cárcel llamada tristeza, tortura y sufrimiento... Me he liberado y he hecho algo que no me había visto capaz de hacer en mucho tiempo. Aunque después de este instante de locura pongo los pies en la tierra. Estoy feliz, es cierto, pero apenas la conozco. Esa chica a la que llevo siete años podría estar pensando de manera diferente a la mía, en otros planes, en otros caminos. Quizás tan solo se ha cruzado en mi vida para sacarme del paso, para darme ese empujón que tanto necesitaba; o puede que haya llegado a mí para enseñarme nuevas lecciones, al fin y al cabo. ¿Quién sabe? Me doy cuenta, una vez más, de que siempre me estoy enfocando en lo que busca la gente, sin saber qué es lo que quiero yo de verdad. Trato de sincerarme conmigo mismo. Mis mejores años los pasé con Gema; fueron, sin duda, mis años más felices, pero también me llevé mi mayor decepción, y puede que por ello, en el fondo sienta miedo; miedo a volverme a enamorar y después a encontrarme con el mismo problema. Lo que tengo claro es que no voy a pensar más en aquel fracaso. Voy a olvidarlo definitivamente y a dejarme llevar por los derroteros que la vida me está mostrando. Y el día de mañana, ya se verá.

17

El dolor es una droga

«¡Buenos días! ¿Cómo has empezado la semana? ¿Bien? Seguro que sí. Esta tarde la tengo libre y me preguntaba si te apetecía quedar. ¿Qué te gustaría hacer? Ya me dices cuando puedas. Besos.»

Aprovecho un rato que tengo libre en la copistería para mandarle un *whatsapp* a Claudia. Llevo dos días dándole vueltas a todo lo sucedido en este fin de semana, pero por más que piense no encuentro una respuesta o un pequeño impulso para saber qué camino puedo tomar. Tanto es así que he



decidido seguir viéndola, pero sin hacerme ilusiones. Mi móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje, y supongo que será Claudia. Justamente entra una señora por la puerta. Me he quedado con las ganas de ver el móvil. A la señora la conozco de vista. Ya ha venido más de una vez a comprar y no destaca, precisamente, por su simpatía.

—Buenos días. —Saludo con una sonrisa, intentando ser simpático.

—Buenas. Quería mirar los *blocks* de anillas que tenéis.

—Claro. ¿Lo busca de tamaño pequeño, o grande?

—Grande.

Le enseño todos lo que tenemos: a cuadros, algunos infantiles y luego color marrón, verde e incluso uno amarillo.

—¿Azul no tenéis? —pregunta la señora.

—Pues no, lo siento. Todos los que tenemos los tiene aquí en el mostrador.

—Pues vaya... —rechista la clienta.

—Entonces guárdalos, gracias. —No sé por qué, pero siempre que entra esta señora pide o busca lo que precisamente no tenemos. Pero por lo menos ya se va.

—Espera. Antes de que se me olvide. Ponme un fosforito amarillo y otro verde. ¡Ah! Y un lápiz también...

Ya me extrañaba a mí que hiciese la visita tan rápido. Voy en busca del material que me ha pedido y le cobro.

—Serán 3,75 euros, por favor —Le digo educadamente.

Una vez que le devuelvo el cambio me vuelvo a quedar solo en la copistería. Y ahora sí, voy directamente a mirar el mensaje.

«¡Adrián! ¡Qué alegría ver tu mensaje! Pues esta tarde no puedo quedar pero mañana sí que puedo. ¿A ti cómo te viene?»

¡Vaya! Tendré que esperar un día más para verla. La verdad es que me da igual quedar una tarde que otra pues las tengo todas libres, pero bueno... simplemente he de retrasar la cita para mañana y ya está.

«¡Perfecto! Mañana nos vemos, pues. ¿Sobre qué hora te recojo?»

«Mejor te vienes a mi casa. Pásate a partir de las cuatro de la tarde que estaré sola. Vivo en el 5ªA.»

Tras leer este último mensaje me quedo un poco sorprendido. Esperaba pasar la tarde dando un paseo, o irnos a tomar algo, pero después de leer este breve texto me surgen un montón de dudas. ¿Estará pensando en que hagamos lo mismo que yo estoy pensando en estos momentos? ¿O soy un mal pensado? Hay algo que no me cuadra, la verdad. Claudia y yo ni somos novios ni somos nada, ¿a qué viene esta confianza de subirme a su casa? ¡Y solos! Pero luego sigo pensando, y en parte me gusta la idea. Plan para una tarde con intimidad, sin pensar en quién nos puede ver y lo que puedan pensar.

Llega el día siguiente. Son casi las cuatro de la tarde. Estoy preparado para salir de casa, pero antes pego un último repaso. Me gusta cómo voy vestido, bien peinado, y en mi bolsillo llevo la cartera, el móvil y las llaves de casa. Me encuentro un poco nervioso, y no sé por qué, pues en realidad tan solo voy a hacer una visita. Bueno, más bien voy a estar a solas con la chica que me gusta, y en su casa. Viendo lo que ha pasado este fin de semana, ¿quién sabe lo que puede ocurrir esta tarde? Salgo de mi portal andando e intento no pensar en nada, tranquilizarme y comprobar que va todo bien. Son casi las cuatro y veinte cuando llego a su domicilio. Toco el timbre conforme a la dirección que me ha dado y no tarda en abrir. Ahora sí que estoy un poco más nervioso. Entro en el ascensor y me miro nuevamente en el espejo. Pulso el número cinco y el ascensor comienza a subir: tres, dos, uno... y se para. He llegado al quinto piso. Abro la puerta y justo enfrente aparece ella, otra vez ella, que con solo una mirada provoca que se me pase todo el nerviosismo.

—Hola, Claudia, ¿qué tal todo? —Son las primeras palabras que digo al acercarme a ella.

—Bien, muy bien, ¿y tú? —me contesta con un susurro, dándome un beso en la boca.

Entro en su casa, aunque lo primero que hago es fijarme en ella. Va descalza, con unos vaqueros muy cortos, una camiseta de tirantes de color rosa, y su pelo está recogido con una cola algo despeinada. La novedad es que hoy lleva puesto el *piercing*; es la primera vez que se lo veo puesto. En resumen, para mi gusto está perfecta. Comienza a enseñarme su casa: un comedor bastante amplio, cocina acogedora y todo muy limpio y muy bien

ordenado. Pero lo que más me llama la atención es su cuarto. Es la habitación que más luz tiene. Grande, con paredes estucadas y pintadas de color verde en combinación con el techo, que es liso y de color blanco. Tiene la ventana justo enfrente de la puerta y debajo descansa un pequeño escritorio con un televisor. A mi derecha hay colocada una estantería llena de películas en DVD y discos de música. También un armario que intuyo que tendrá un buen repertorio de ropa y calzado. A la izquierda tiene su cama, y encima un estante flotante lleno de libros, un portarretratos en el que hay una imagen de ella junto a sus amigas y una mini cadena de música que tiene al lado un pequeño jarrón de color azul claro. Claudia me coge de la mano y me lleva hasta la cama.

—Estaba viendo la tele... Podemos verla un rato como hicimos en el cine, solo que hoy estaremos más cómodos —me dice, conforme nos vamos sentando. Luego me acaricia la mano con su dedo pulgar.

Según oigo esa frase salir de sus labios siento en mi interior algo difícil de controlar. Quiero besarla nuevamente, morderle los labios, dejar fija la mirada directamente sobre sus ojos, y contemplar toda su belleza una vez más.

—Me gusta el plan, sí, me gusta mucho. —Claudia se ruboriza conforme me escucha.

Coge el mando y empieza a hacer *zapping*. Cambia de un canal a otro sin saber dónde dejarlo puesto. Yo me impaciento porque cada vez que la tengo cerca solo pienso en besarla; estaría horas y horas besándola. Le suelto la mano y llevo la mía hacia su cara, regalándole una pequeña caricia. Ella cambia la dirección de su mirada hacia mis ojos. Entonces me voy acercando poco a poco hasta darle uno de mis besos más profundos. Claudia deja el mando en la mesa y lleva sus manos hasta mi cara donde empieza a deslizar sus dedos suavemente por mi piel, hasta llegar a mi cuello. De nuevo el mismo juego, besos y caricias. El silencio solo se rompe por culpa del sonido de nuestros besos y los suspiros que lanza Claudia, lo que provoca que empiece a excitarme. Otra vez su olor, otra vez tocar su piel, y otra vez sentir sus labios pegados a los míos, tiernos y dulces, mientras noto perfectamente su tacto y sus sabor; unos besos que ahora son mucho más lentos y cadenciosos. Abro mis ojos para contemplarla una vez más y nos detenemos durante unos instantes. Me quedo mirándola de nuevo. Sí, está preciosa, y esta tarde ella es para mí.

Volvemos a besarnos de nuevo. Ahora soy yo quién empieza a acariciarla, pero esta vez a lo largo de sus piernas. Noto el tacto de su suave y tersa piel; bajo y subo mi mano hasta que, casi sin poder evitarlo, acabo tocándole la entrepierna y, a pesar de tener puestos esos cortos vaqueros, siento perfectamente su calor. Conforme sigo acariciando esa zona, Claudia me muerde los labios, respira más profundamente y luego me va empujando hasta que acabo completamente tumbado sobre su cama. Se pone encima de mí, y vuelve al ataque con sus besos, con más fuerza que antes. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía así: agitado, fogoso y vivo. Entre beso y beso empieza a refregar su zona genital con mi miembro. A pesar de tener la ropa puesta siento que los pantalones de ambos están húmedos. Todo el calor que circula por mi cuerpo, el ardor de mi temperatura y el tacto de los labios de Claudia hacen que, de momento, ella pueda conmigo. De improviso hago un brusco cambio. La sujeto y me sitúo encima de ella. Ahora soy yo quien lleva el control de la acción, algo que me gusta mucho. Comienzo a besar su cuello de forma lenta y suave; uno, dos tres... y hasta siete veces en cuestión de pocos segundos. Sigo sintiendo ese ardor por todo mi cuerpo y especialmente en esa zona donde ahora mismo tengo apoyado el centro de los pantalones de Claudia. Puede que esto vaya muy deprisa, pero me da igual. En estos momentos no puedo pensar con claridad y simplemente hago lo que me pide el cuerpo. Le quito la camiseta de tirantes y veo que los gestos que hace Claudia son claras señales de que quiere que esto siga adelante. Yo, al verla en sujetador, hago caso a sus deseos.

Mis labios empiezan a navegar por su cuerpo. Desciendo por su cuello y voy bajando de forma muy lenta hasta su ombligo. Luego vuelvo a subir hasta llegar a sus labios. Volvemos a cambiar de postura hasta estar los dos tumbados, uno al lado del otro. La miro a los ojos fijamente, muy acalorado y ella me quita la camiseta para poner sus manos en mi pecho. Me acaricia y luego permanecemos quietos, mirándonos a los ojos. Apenas hemos hablado, pero ella sabe lo que me gusta. Es como si ya me conociese de hace tiempo, y creo que yo, también a ella. De nuevo vuelvo a ponerme encima y acabo poniendo mis manos en su espalda sudorosa. Le desabrocho el sujetador y lentamente se lo voy quitando hasta contemplar sus pechos desnudos. Al verlos pierdo la cabeza porque son realmente atractivos y mis manos vuelan hacia a su delantera. A Claudia le gusta y se nota que quiere seguir este juego

porque se estremece y suspira de placer. La sigo acariciando: su pecho, su vientre, todo el cuerpo..., tanto es así que parece que le esté dando un masaje. Pero pasan los minutos y no podemos quedarnos ahí, así que decido pasar a la acción y quitarle los pantalones cortos, que todavía lleva puestos; sus bragas de color rosa le sientan más que bien. Ajustadas al molde de su cintura parece que le queden pequeñas pues dejan asomar parte de sus glúteos. Mi pie empuja al otro para quitarme una de mis zapatillas y luego repito la misma acción con el contrario. Me quito los pantalones y ya estamos los dos casi desnudos.

—Adrián, una cosa —me dice cuando vuelvo a ponerme encima de ella.

—Dime, ¿pasa algo?

—No, nada, que... —Se queda callada por un instante.

—Tranquila, dime. Hay confianza.

—No, que..., ¿has cogido preservativos? —me pregunta, mientras levanta las cejas y muestra una pequeña sonrisa.

—¡Ah! Sí, claro. Llevo en mi cartera.

Casi no he acabado de responder cuando me interrumpe dándome otro beso. La tranquilidad vuelve a nosotros, así que seguimos a lo que estábamos. Mi mano baja por su vientre hasta llegar a la zona prohibida. Mis dedos comienzan a explorarla, a acariciarla, con mucho tacto y suavidad. Está totalmente mojada. Continúo con ese juego de caricias pues, como dice el dicho, «lo bueno se hace esperar». Me encuentro sediento y apasionado, pero no importa porque tengo delante de mí la fuente que me va a saciar. Con la protección ya puesta, retiro con delicadeza sus bragas ajustadas, la única prenda que me impedía disfrutar de su cuerpo totalmente desnudo. Entre abrazos y nuevos besos vuelvo a ponerme encima de ella. Los dos estamos más unidos que nunca, sus ojos y los míos se miran fijamente, esos grandes ojos claros que me ofrecen todo un universo por descubrir...

Suspiros, deseo, pasión... todos los elementos están presentes en una escena cada vez más cálida y ardiente. Mi cintura marca el ritmo de los tiempos, que dan forma a una cadencia de movimientos acompañados de caricias y ternura, y que van dejando paso a una cascada de nuevos sentimientos, aunque siento que debo ignorarlos. Claudia aumenta el ritmo de

su respiración y expresa su placer lanzando intensos gemidos que hacen que mi temperatura suba todavía más. Apasionado, la beso como si fuera a comérmela. Mis manos acarician todo su cuerpo, sus pechos, la piel de sus brazos y hasta sus manos. Poco a poco las mías llegan hasta su espalda y descienden por debajo de su cintura. Es, en ese preciso momento, cuando soy yo quién pone el punto final con otro placentero orgasmo.

La quietud va regresando a nosotros, mientras mis pulsaciones vuelven a su ritmo normal. Ya ha pasado todo. Después de la tormenta siempre llega la calma; así es. Conforme pasan los segundos voy recuperando el sentido común. Lo he hecho; por fin he sido capaz de hacerlo con una chica que no es mi novia, que no es Gema. Yo, sí..., yo. Siempre pensé que hacerlo con alguien que no es tu pareja formal sería algo feo y sucio, algo que estaría mal. Pero hoy he comprobado que no es así del todo. Cada uno tiene una historia, una personalidad, una manera de ser... y hay momentos en los que improvisas y ya está. Si ahora mismo estuviese con Gema supongo que seguiríamos un rato acostados en la cama, mientras hablamos de lo especial que ha sido. Pero esta vez las cosas son diferentes; en realidad no sé qué debo hacer ni qué debo decir. Afortunadamente Claudia me lo pone fácil y, mientras ambos seguimos tumbados en la cama, nos miramos a los ojos; es ella la que, ahora, me coge de la mano.

—¿Te ha gustado? —me pregunta, mientras me sigue mirando.

—Mucho, me ha gustado mucho. —Me sincero mientras rompemos ese pequeño silencio que se ha creado durante unos minutos.

—¿Sabes? Este sí que ha sido el momento del día, ¿verdad? —Y conforme la escucho decir eso una sonrisa se dibuja en mi rostro; no puedo ocultar lo feliz que estoy. Mi sonrisa y mis gestos lo delatan—. Este ha sido nuestro momento. Hacía muchísimo tiempo que no vivía unos instantes así. —Luego me acerco a ella para darle un beso.

Ella también está feliz. Sonrojada y feliz. Sus dedos pasean y se deslizan por mis brazos, mientras yo vuelvo a observarla con detenimiento una vez más. Todavía es pronto; aún queda un rayo de luz en su habitación. Casualmente le está dando en la cara, como si el destino quisiera darme un toque de atención para que me dé cuenta de lo que puedo conseguir. Su pelo despeinado, las discretas pecas rojizas, su *piercing* y sus tiernos labios...; y,

cómo no, sus ojos, hacen que una vez más me ponga a pensar en todo lo que tengo delante de mí.

—Me encanta el tatuaje que llevas. No me imaginaba que tuvieras uno. — Claudia vuelve a romper el silencio a la vez que sigue sin apartar sus ojos de mí.

—Bueno, la verdad es que fue algo improvisado. Un día, sin pensarlo, me lo hice.

—¿En serio? Y, ¿a qué se debió ese arrebató? ¿Fuiste a acompañar a algún amigo y te picó para que también te lo hicieras o fue más bien un capricho? — No estoy seguro de si es el momento de sincerarme y contarle porqué me lo hice o más bien darle largas; no tengo todavía la confianza suficiente con ella como para ponerme a contar cosas sobre mi pasado, pero lo voy a intentar.

—¡Qué va! Nada de eso. Me lo hice por un único motivo; la superación. — Trago saliva. Ella me sigue escuchando como si le interesase toda la historia, pero decido ser breve.

—Cuando lo dejé con Gema, mi ex pareja, lo pasé bastante mal. Para mí antes todo era perfecto; la vida que llevaba, lo que hacía con ella, nuestros planes, y todo. Estuvimos juntos casi seis años, pero de la noche a la mañana me dejó; así sin más. —Claudia me interrumpe para preguntarme.

—Querías mucho a esa chica, ¿verdad?

—Sí, la quería. Pero eso ya es el pasado.

—¿Y por qué te dejó?

—Según ella porque se acabó el amor. Me dijo que ya no estaba enamorada, y..., bueno, los últimos meses no estuvimos en nuestro mejor momento.

—Eso es que habría otro. No te tortures más por ella. —Tal y como oigo eso no dudo en contradecirla.

—¡No! No había terceras personas. Simplemente fue eso, ya está. —Me da rabia que la gente diga eso; o lo piense. Claudia no la conoce de nada, es más, ni siquiera me conoce lo suficiente a mí. No sé a qué viene esa seguridad en sí misma para decirme algo así, tal cual lo piensa.

—Vamos, abre los ojos. Yo no dejo una relación tan larga porque «se acabó el amor». —me dice—. ¿De dónde ha sacado esa frase? Y además, dices que tiempo atrás ya no era la misma, así que más claro, agua. ¿No te hablaba de ningún chico más de lo habitual? Seguro que tuviste que ponerte celoso en más de una ocasión.

—No. No me habló de nadie... —Sí, estoy mintiendo, pero me da mucha rabia que Claudia hable con esa seguridad sin conocer a Gema. Parece que lo sepa todo. Seguro que lo está haciendo para que deje de pensar en lo sucedido y me centre más en ella. De todas maneras sigo hablando e intento cambiar de tema, dejar el asunto de las terceras personas a un lado—. Total que, después de meses, me hice el tatuaje como si fuese una herida; una herida que tendría que cicatrizar por mi propia cuenta, me gustase o no.

—Las heridas que más duelen son precisamente las que no se ven. Las que se quedan en el corazón —me dice Claudia, mientras cambia de postura en la cama levantando su brazo y se coloca de costado para apoyar la cabeza sobre su mano. Pero así recostada mantiene en mí su mirada y toda su atención.

—¿Tú también tienes? —Ahora soy yo el que se interesa por ella.

—¿Tatuajes? No, de momento no... —Muestra una pícaro sonrisa.

—No me refiero a eso. Pregunto si tú también tienes heridas, heridas en el corazón... —Claudia demuda su rostro y se pone más seria. Creo que es la primera vez que la veo así.

—Claro. Claro que guardo heridas. Como todo el mundo, o casi todos. —Entonces la cojo de la mano. Su piel es suave, pero al mismo tiempo me transmite dolor. Lo puedo ver en ese cambio radical que expresa su mirada ahora.

—Si quieres sabes que puedes contarme lo que sea —le digo. Ella afirma con la cabeza y arranca a contarme su pequeña historia.

—De pequeña mi padre y yo jugábamos a un juego. Lo llamábamos «El jarrón de los sueños». Cada vez que uno de los dos quería pedir un deseo cogía un papel y lo ponía por escrito. Cerraba los ojos y visualizaba aquello que tanto deseaba y, por último, guardaba la hojita de papel en el jarrón. Después de unos días, si se había cumplido el deseo, sacábamos el jarrón al balcón y cogíamos el papel, dejando que volara desde la terraza, para que



quien lo encontrara tuviera la suerte de compartir el mismo deseo que nosotros. Una noche mi padre se fue de casa. Yo no tendría más de siete años. Nos abandonó. A mi madre, a mi hermano, que es dos años mayor que yo, y también a mí. Lo único que recuerdo es que yo estaba durmiendo en esta misma cama. Él entró y me dio un beso en la frente y me dio las buenas noches; fue la última vez que escuche su voz. Al día siguiente tenía una nota en el jarrón; esa nota, al parecer, era su último deseo. Yo la leí; «Te deseo con todas mis fuerzas que seas muy feliz», decía. Ya no volví a saber nada más de él. Nada desde aquella noche. Ni yo ni mi familia...

Tal cual la oigo hablar se me rompe el corazón. En parte por la historia, pero sobre todo por ella. A simple vista no aparenta ser una persona que viva afectada por algo así; no lo parece, para nada en absoluto. Su carácter es muy alegre y es una chica extrovertida y risueña. Sin embargo, ahora, estoy empezando a encontrarme a una Claudia más madura; más realista y más humana. En sus ojos puedo ver toda su tristeza.

—Vaya, lo siento mucho. No sabes cuánto. Pensaba que me contarías algo similar a lo que me pasó a mí. La verdad es que no sabes cuánto te admiro por lo fuerte que eres. De verdad. —Ella se acerca y me abraza mientras apoya su cabeza en mi pecho. Yo comienzo a acariciar su pelo, una y otra vez, mientras le doy un beso en la frente.

—Bueno, alguna relación he tenido, pero todas han sido cortas. Pasarle mal por un tío, la verdad, no he tenido la ocasión hasta ahora. —Responde mientras viste su rostro con una expresión algo pícaro.

—El «Jarrón de los Sueños» es el que tienes ahí arriba, ¿verdad? —Vuelvo al tema del que estábamos hablando.

—Sí. Es ese que tengo ahí arriba.

—¿Y no has vuelto a pedir más deseos desde aquel día?

—No, la verdad es que no.

El dolor es una droga. Tan solo somos capaces de hablar de ello con gente con la que tenemos mucha confianza. En algunas ocasiones intentamos ocultarlo, como si se tratara de algo malo, e incluso en otras circunstancias nos llegamos a sentir avergonzados. En algunas personas el dolor aparece de forma esporádica y superficial, apenas sin llegar a profundizar, pero en otros

casos el dolor llega a ser un estado permanente, una verdadera espiral de la que resulta difícil salir. El dolor, ese sentimiento que forma parte de la vida de todos nosotros, y del que tratamos de huir instintivamente, pero en el que siempre acabamos cayendo. Al fin y al cabo, muchas veces, se convierte en una necesidad.

Después Claudia coge su albornoz para darse una ducha, mientras yo me visto y me quedo en su cuarto viendo la tele hasta que salga ella. Quizás no debería hacerlo, pero ahora que estoy solo siento curiosidad y pongo mi atención en el jarrón. Es azul y no muy grande –de esto ya me había fijado al entrar- y la nota de la que hablaba Claudia está todavía dentro. No sé cómo habría reaccionado yo en su lugar. Creo que, casi seguro, me habría enfadado; incluso hubiera intentado olvidar por completo a mi padre y al jarrón, pero supongo que depende de cada persona y de cada situación.

Cuando Claudia sale de la ducha parece que está mucho mejor. La alegría vuelve a estar a su lado. Su mirada, su sonrisa y su tono de voz lo dicen todo de ella. Me propone que me quede un poco más para que pueda invitarme a merendar. Mientras ella saca los platos yo preparo los sándwiches; los dos son de jamón *york*, aunque el suyo tiene un ingrediente extra, el queso. Nos ponemos la tele, reímos y hablamos y, de vez en cuando, nos damos algún beso. Una vez más disfruto de estar con ella, como la semana pasada; son momentos que repetiría una y otra vez. Se acerca la hora de irme. Su madre está al caer y creemos que es mejor que me vaya. Nos despedimos en la puerta de su casa con un beso y, cómo no, proponiendo una nueva cita. Cojo el ascensor y bajo hasta llegar de nuevo a la calle. Entonces me da por pensar de nuevo en todo lo que ha pasado esta tarde.

Días atrás todavía no había conocido a Claudia. Mi único objetivo al levantarme era tan solo ir a trabajar. Y ahora no solamente he conocido a una chica estupenda, que me contagia su buen sentido del humor, su felicidad y su entusiasmo. También he hecho el amor con ella. Y lo hemos hecho sin ser pareja estable, sin ser novios, sin ser nada de nada, algo que tiempo atrás no veía con buenos ojos y que en más de una ocasión yo había criticado. Pero no solamente el tiempo logra cambiar a la gente; también lo hacen las circunstancias, y puede que de ahí venga, precisamente, mi cambio de actitud. No sé qué pasará mañana ni tampoco sé que pasará entre Claudia y yo. Ni

siquiera sé cuáles son sus intenciones; es más, ni tan siquiera sé cuáles son las mías. Como diría el filósofo Sócrates: «Lo único que sé, es que no sé nada». También puede que sí, que ahora sepa algo más: que cada vez que estoy con ella quisiera parar el tiempo. Ahora solo quiero disfrutar, disfrutar junto a ella y que el destino me señale un nuevo camino.

18

Sin riesgo no hay éxito

Hoy he vuelto a hacer el amor con ella. Ya son varias veces las que llevamos quedando solos ella y yo, en su casa o en la mía. Quedamos después de comer, otras veces por las mañanas y en otras ocasiones llegamos a quedar por la noche. Todo depende de los días de la semana, de nuestros horarios y de la disponibilidad de su casa. He llegado a sentirme mal, como si la estuviera utilizando, aunque en el fondo es lo último que quiero. Me gustaría abrirme un poco más a ella y hacer una vida más de pareja, como cenar en cualquier restaurante, hacer planes con ella y sus amigos y también que ella los haga conmigo y con los míos; que viajemos y podamos publicar nuestras

fotos en cualquier red social. Pero creo que Claudia, en el fondo, puede avergonzarse de salir conmigo por la diferencia de edad; o puede que, en parte, sea yo el que no se siente cómodo con ese tema. Con el tiempo me he dado cuenta de que la comunicación no es nuestro punto fuerte, cierto, pero cada vez que la tengo cerca se me hace difícil guardarme todo lo que llevo dentro. Cada día que paso junto a ella está lleno de momentos. Momentos de risa, momentos alegres, momentos placenteros y, sobre todo, momentos que recuerdo una y otra vez antes de dormirme. Ahora ya no duele tanto mirar atrás, y la gran culpable de esto, aparte del tiempo, es Claudia.

El verano nos ha dado la bienvenida con una fuerte ola de calor. La persiana de su habitación deja pasar discretamente la luz de la tarde. La cama está completamente desecha y le doy un beso en la frente mientras ella sigue recostada sobre mi pecho. Las caricias entre nuestros dedos y la reciente calma después de una nueva tormenta dejan paso a nuestros pensamientos y al silencio. El olor de la colonia que lleva puesta provoca que no pueda evitar darle besos en su precioso rostro. Claudia sonrío, mantiene unos segundos de silencio y me da un beso en los labios, mientras alborota mi pelo despeinado.

—Pararía el tiempo si pudiera, no sabes lo bien que me siento ahora mismo —Le digo, mientras sostiene mi mirada.

—Estoy de acuerdo contigo. Se me ha ocurrido una idea. —me dice—. Voy a poner algo de música, ¿te apetece? —Sinceramente, todo depende del gusto musical que ella tenga, y siendo tal y como es no me extrañaría nada que pusiera música relajante o para hacer yoga.

—Claro. ¿Qué tipo de música escuchas? —Intuyo, no sé por qué, que sus gustos musicales no coinciden con los míos.

—Simplemente lo que me apetezca. Esa es la clave para sentirme siempre bien. —Vale, una respuesta que solo podía salir de ella. Yo sonrío y luego continúo la conversación.

—¿Y qué te apetece escuchar ahora mismo?

—Algo que acompañe este momento, que sea tranquilo...

Luego se levanta y va directa en busca de sus discos de música mientras yo me quedo observándola desde la cama. Va pasando los compactos como si fuesen cromos hasta que un gesto habla por sí solo. Ya ha encontrado el que

quería.

—Este es perfecto. —Luego coge su mini cadena y la coloca encima del escritorio. Enchufa el cable a la luz, saca el disco y lo introduce. Le da al *play* y regula el volumen. Después vuelve a acostarse en la cama, levanta mi brazo y vuelve a aposentarse sobre mi pecho.

—No me suena esta música, ¿de quién es?

—Mike Oldfield... para mí es un estilo de música completamente diferente al resto. Me encanta. —Vale, pensaba que pondría un estilo de música más *hippie*, pero también es cierto que no me he ido muy lejos.

—Ah, pues la verdad es que no lo había escuchado nunca. ¿Cómo se llama el disco?

—«*Five Miles Out*». Digamos que es una mezcla de estilos, entre el rock y la música pop electrónica. Verás cómo te gusta.

En un principio me centro en Claudia, en sentir su respiración, su olor dulzón a colonia y en sus caricias. Nos quedamos mirando a los ojos y cruzamos algún beso, pero la música nos invita a relajarnos y a pensar. Cierro los ojos y de nuevo está ella. Mi imaginación empieza a volar a mi lado. Me imagino a Claudia empezando a correr rápido, a una velocidad sobrenatural y yo corro tras ella, aunque casi no puedo seguir su ritmo. Después da un gran salto y se queda flotando en la nada mientras yo, nuevamente, estoy a su lado. La cojo de la cintura y ella pone sus manos juntas sobre mi cuello; tras un inmenso abrazo llega un beso, de esos que se recuerdan siempre, como en las películas. Su pelo baila al ritmo del viento y comienza a decirme palabras que nunca antes había oído de sus labios. Me emociono; tanto es así que empiezo a sentir cosas maravillosas en mi interior: alegría, felicidad, éxtasis... Abro los ojos y veo que Claudia también mantiene cerrados los suyos. En su rostro tiene dibujada una sonrisa, una dulce sonrisa que hace que apoye mi cabeza junto a la suya. Por último dejo que mi imaginación vuele durante unos minutos más.

—¿Te ha gustado? —Suena de nuevo la voz de Claudia.

—Sí, la verdad es que sí. ¿Cómo se llama la última canción del disco? Creo que ha sido mi favorita —le digo. Tras mi comentario ella se ríe y piensa unos instantes, antes de contestar.

—La última de todas da nombre al disco. Es «*Five Miles Out*».

—Pues me ha gustado mucho la verdad. Se me ha pasado el tiempo volando, y eso que hemos estado así casi una hora.

—Sí. Sin duda ha sido un gran momento, he estado muy a gusto a tu lado — responde ella.

—Este ha sido el momento del día —le digo yo mientras suspiro.

—Un momento diferente a los demás, sí. Ha sido el momento del día.

Y cuando suena esa frase durante los momentos en los que estamos juntos quiere decir que todo va bien. Una expresión que se está convirtiendo en un clásico en nuestras citas: «El momento del día». Todavía queda tarde pero Claudia tiene que adelantar recados y yo aprovecharé para irme antes. Nos despedimos como siempre, en el portal de su casa, con más besos, mientras acabamos susurrando el día y la hora de nuestro próximo encuentro. Salgo a la calle; solo son las cinco y media de la tarde y creo que el calor no va a ser una ayuda si quiero despejarme mucho. Sentimientos, pensamientos, suposiciones... Como cada día que pasa sigo en las mismas; quedar con Claudia, pensar en ella, y sin saber, después de un mes, lo que somos o lo que podemos llegar a ser. Tampoco sé si Claudia le habrá contado lo nuestro a alguien. Quizá podría haber hablado con su mejor amiga o con alguien de confianza, pero creo que, por mi parte, es hora de pedir ayuda. Y quién mejor que el de siempre... Mi amigo Antonio.

Prefiero llamarle antes que enviarle un mensaje, de esta manera será todo más rápido. Antonio no tarda en cogerlo. Tras mantener una breve conversación y preguntarle cómo le va todo acabamos quedando para dentro de una hora.

Para hacer tiempo decido dar una vuelta; dicen que viene muy bien para pensar, para aclarar tus ideas y también para despejarte. Observar el tráfico de tu ciudad, que no avanza, como me ha pasado a mí durante algunos momentos de mi vida, la libertad de las palomas volando de un lugar a otro hasta dejarse caer concluyendo su búsqueda, como estoy haciendo yo en este último mes. También miro a esas parejas de ancianos, uno al lado del otro, que reflejan toda una vida de superaciones, errores y de perdones, que hacen que el amor sea aún más sincero y profundo; una clase de amor que, en realidad, sigue



siendo lo que a mí me gustaría encontrar. Lo que tuve, lo que perdí, y lo que quién sabe si volveré a tener. Se acerca la hora y me dirijo a la cafetería en la que hemos quedado. Esta vez llego yo primero. Espero en la puerta dos, tres, cuatro..., pero no más de cinco minutos. Antonio ya ha llegado. Viste con una camiseta blanca con el dibujo estampado de la bandera de Inglaterra, vaqueros negros y una barba más recortada de lo normal.

—¡Hombre, Adrián! ¡Qué sorpresa! ¡Me he alegrado mucho al recibir tu llamada! —exclama nada más verme.

—¡Gracias! Yo también me alegro mucho de verte. ¿Cómo llevas la ola de calor?

—Bueno, podría ir mejor con diez grados menos. ¿Y tú?

—Deseando que pase el verano, y eso que solo acaba de empezar.

Tras esta breve conversación entramos en la cafetería en busca del aire acondicionado. Estos días de calor necesitamos más los climatizadores que el propio aire para respirar. Antonio elige una mesa para sentarnos; tenemos muchas entre las que elegir porque hasta el momento todo está bastante tranquilo.

—¿Y qué tal este último mes? ¿Alguna novedad? —me pregunta Antonio mientras se sienta.

—Novedades, lo que se dice novedades..., pues sí, la verdad. Es más, te tengo que contar muchas cosas y puede que algo ya te imagines.

—¿En serio? ¡Cuenta, cuenta! ¿Tiene que ver con «cierta» chica que conociste en «cierto» cumpleaños? —Se impacienta nada más oír mi última frase.

—Eres bueno deduciendo... —ironizo mientras me río.

En ese momento nos interrumpe el camarero preguntándonos qué vamos a tomar.

—Yo tomaré un agua limón, gracias —digo enseguida.

—Que sean dos. —Antonio da por finalizada la conversación con el camarero, mientras me mira y se incorpora un poco en su asiento, para centrarse en nuestra charla—. Bueno, pues bien. ¿Qué es lo que ha pasado

entre vosotros?

—Recuerdas aquella mañana que te llamé, ¿no? Cuando estábamos de resaca.

—Sí, sí que me acuerdo. Al despertar pensé que había soñado contigo — bromea Antonio.

—Pues bien, no recordaba nada de aquella noche y cuando miré el móvil tenía su número de teléfono; el número de Claudia. Digamos que hablamos un poco y de ahí pasamos a quedar para ir al cine. Y allí, en el cine, pues..., bueno, nos liamos.

El camarero llega con los dos vasos helados de agua limón. Ambos callamos, mientras el camarero coloca las consumiciones encima de la mesa.

—Y nada; días después volvimos a quedar —prosigo contándole—, pero esta vez a solas en su casa. Imagínate como acabó. ¿Qué opinas?

—Que la versión de Claudia es mucho más romántica —responde Antonio con cierta pillería.

—¿Cómo? ¿Es que ya lo sabías? —pregunto, algo asombrado.

—Pues claro. Claudia se lo contó hace ya días a Rebeca, y Rebeca me lo contó a mí, obviamente. —Por una parte no me sorprende que Claudia se lo haya contado, ya que, de por sí, las chicas no saben guardar un secreto y más si es para hablar de chicos. Aunque no sé por qué, pensaba que Claudia sería más discreta. Supongo que por la manera en la que estamos llevando lo nuestro.

—¡Ostras! Y yo que pensaba que no se lo había contado a nadie... —Sigo algo sorprendido, aunque en realidad no me molesta que lo haya hecho.

—Pero, ¿por qué no va a contárselo a nadie? ¿Qué tiene de malo? —pregunta algo confuso Antonio.

—Más que nada por la diferencia de edad que hay entre nosotros.

—¿Qué le pasa a la diferencia de edad?

—Pues que nos llevamos siete años; y eso, en el fondo, es incómodo.

—Y qué... —Su respuesta es directa.

—¿Cómo que y qué? Que todo el mundo nos miraría con extrañeza cuando nos viera juntos por la calle. Hablarían de nosotros a nuestras espaldas, y quién sabe si no podríamos recibir burlas o cualquier comentario desagradable...

—Cuando fuisteis al cine en vuestra primera cita, ¿la gente os miraba raro?  
—Antonio intenta ir a pillarme.

—No. Pero bueno..., tiempo al tiempo.

—Adrián... Hay muchísimas parejas que se llevan, perfectamente, siete años de diferencia. Incluso más también. Y no les pasa absolutamente nada. Yo conozco a un matrimonio, ambos amigos de mis padres y que se llevan diez años. ¿Y qué? Ellos son felices estando juntos, no hacen daño a nadie —me explica Antonio, quitándole hierro al asunto.

—¿Diez años? ¿Y no tienen problemas?

—Pues tendrán problemas, como los tienen todas las parejas, pero no tienen por qué ser a causa de la diferencia de edad. Los problemas vendrán de ahí o vendrán de otros sitios, como los de todo el mundo. Ellos tendrán sus problemas y juntos los van superando. Vamos a hacer una cosa; cierra los ojos durante unos segundos.

—¿Qué? ¿Aquí en medio de la cafetería?

—Tú ciérralos. Respira hondo y ahora responde a esta pregunta. ¿La quieres? ¿Quieres a Claudia? Solo puedes responder sí o no.

—Pero...

—Responde. Sí, o no. —Cierro los ojos y reflexiono sobre esa pregunta. No estoy seguro de la respuesta, pero lo que sí tengo claro es que nunca podría responder a esa pregunta de forma negativa.

—Antonio, no puedo responder a eso; al menos ahora mismo.

—Está bien, pero haz una cosa. No tengas miedo de ir a por ella. Claudia es muy buena chica y ella ha hablado muy bien de ti. No creo que se avergüence de que seas siete años mayor que ella.

—Ya, bueno, pero..., no sé. —Me quedo pensando, pero me encanta lo que Antonio me está contando sobre Claudia.

—Mira, solo con verte la cara y saber de tus preocupaciones ya sé lo que te pasa realmente. Voy a ser directo y sincero contigo, para que sepas que hablo claro y que lo hago por tu bien, para ayudarte. —Tras mantenerme la mirada soy yo quien baja la cabeza discretamente, para darle un sorbo a mi vaso. Trago y respondo.

—Está bien, dime...

—A ti lo único que te pasa es que tienes miedo de meterte en otra relación.

—¿Yo? ¿Miedo? ¿De meterme en una relación? —Vale que no tenga las ideas claras, pero yo no utilizaría la palabra miedo. Más bien no sé lo que quiero.

—Pues si Adrián. Tienes miedo de meterte en una relación. Quieres, porque a todos nos gusta estar acompañados; sentirnos comprendidos, compartir nuestro tiempo y nuestros gustos con la persona a la que queremos y amamos. Podrá sonar cursi, pero es así. Lo que pasa que te pones excusas. Por ejemplo la diferencia de edad.

—Es que a ver..., hay excusas y excusas. —Intento justificarme, pero cuanto más me comenta Antonio sobre el asunto más me doy cuenta de que puede tener razón.

—Sí, ya sé que hay excusas y excusas, pero tú te has refugiado en eso, en la diferencia de edad. Si Claudia tuviese un año o dos menos que tú, buscarías otra excusa diferente. Es que ella tiene unos gustos muy diferentes a los míos, o es que ella no es como Gema, es que tiene otra manera de vivir la vida, y así con infinidad de cosas. —Aunque me cueste reconocerlo sé que tiene razón; o mejor dicho, otra vez tiene razón.

—Pues sí que puede que tengas razón, sí. La verdad es que has dado en el clavo.

—No eres al único que le pasa. Mucha gente que conozco o que oigo hablar por la radio acerca de problemas similares coincide en argumentos con lo que tú me estás diciendo. Tienen delante lo que quieren, pero ellos mismos se excusan, así de simple. Y lo único que les pasa es que tienen miedo de volver a sufrir, de volver a pasarlo mal. Digamos que nuestro subconsciente nos protege de esa manera, engañándonos. —A ahora sí que me ha dejado sin palabras. Esa explicación es la que estaba buscando desde hace tiempo.

—Mira que he dicho veces que ibas para psicólogo, pero ahora ya lo confirmo del todo. ¡Como entiendes de todas estas cosas! —exclamo confirmando mi fascinación por Antonio.

—Me gusta escuchar a la gente. Se aprende mucho de todo esto. No lo olvides.

Luego somos los dos quienes damos un sorbo a nuestro vaso. Pero no por ello llega el silencio. La cafetería empieza a llenarse de gente: niños pidiendo helados, un hombre con traje que está sentado en la barra mientras toma un café y lee el periódico, y mucha gente de la tercera edad, que ocupan las mesas acompañados de cortados, cafés con leche e infusiones.

—Por cierto; y esto, ¿cómo se puede curar? —Volvemos al tema de conversación que teníamos.

—Pues primero, teniendo las ideas claras; y segundo, y más importante aún, ¡con dos cojones!

—Bien, lo tendré en cuenta, sí. Pero tampoco es todo tan sencillo. ¿Cómo se sentirá? ¿Qué pensará de mí? ¿Y si ella tiene otros planes?

—Mira, ya te digo que ella ha hablado muy bien de ti, así yo que tú no me preocuparía por eso. Sí que es cierto que hasta ahora ella no ha tenido novio, al menos formalmente, pero puede que esté esperando a alguien especial, y ese alguien podrías ser tú. Sin riesgo no hay éxito y esto te tiene que servir para todo en la vida.

—Esa frase es muy buena, Antonio, pero esto no solo depende de mí; también es cosa de ella.

—Ahí está la gracia, el meollo de la cuestión cuando hablo de arriesgar. Vale que no dependa de ti únicamente, pero párate a pensar... Todas esas preguntas que te estás haciendo, ¿se las has hecho a ella? —Tras oír la respuesta de Antonio lo primero que pasa por mi mente es, «ni siquiera se me ha ocurrido».

—Pues no, la verdad es que no.

—Pues ya sabes... No te digo que lo hagas esta noche, ni mañana, pero encuentra un momento para introducir el tema y preguntárselo. Demuéstrale quién eres y todo lo que vales. —Entonces me quedo pensando en eso que

dice; en sus palabras de apoyo y de amistad, ese gesto que me hace sentir que no estoy solo, que él está conmigo.

—Pues sí. La verdad es que tienes razón. Tengo que hablar con ella, arriesgarme...

—Y ahora que caigo; ¿qué tal fue el día del cine? ¿Te sentiste cómodo con ella? —Antonio sigue dándome conversación sobre el tema.

—Pues, sinceramente, me sentí genial. Me reí mucho con ella y no paramos de hablar; me enseñó fotos de su móvil, no sé..., con ella la confianza es tremenda. Como si ya nos conociésemos desde hace mucho tiempo. —Le explico mientras recuerdo nuestra primera cita.

—¿Y por qué no le propones quedar con ella? Me refiero quedar para salir a cenar, a tomar algo, no sé..., cualquier cosa. Seguro que os sienta muy bien a los dos y os ayuda a despejar esas dudas, aunque desde mi punto de vista las cosas están más que claras.

—¿A qué te refieres con eso de que las cosas están más que claras? —pregunto mientras doy un sorbo a mi vaso.

—Vamos, si solo hay que verte. Pareces otro desde la última vez que te vi en mi cumpleaños. Tienes hasta otro color de piel; tu estado de ánimo, tu forma de hablar... Eres otro.

—Ya, si tienes razón. Claudia me ha cambiado mucho en lo que llevamos de tiempo.

—Busca ese momento. No te digo que lo hagas ahora, ni mañana; espérate a que surja y a que estéis haciendo algo diferente. Seguro que ella no pone ningún inconveniente. Al contrario; igual está esperando a que se lo propongas.

—Está bien, creo que tienes razón. Haré que surja ese momento y haremos algo diferente —le confirmo, aunque algo indeciso.

—Total, perder no vas a perder nada por intentarlo —responde con una sonrisa.

Me termino el vaso de agua limón cuando ya no quedaba apenas hielo. De tanto hablar se ha derretido completamente. Entonces pedimos la cuenta y nos

vamos. Son las siete y media de la tarde y nada más salir fuera notamos cómo nos ataca el calor bruscamente.

—Estábamos mejor dentro, ¿verdad? —Antonio responde con una sonrisa.

—Me ha venido genial hablar contigo. No sabes lo bien que me siento y cuánto me has ayudado. Gracias, de verdad —me despido con nuestro clásico saludo y un guiño de agradecimiento.

—Para eso estamos. Sabes que cuando necesites cualquier cosa solo tienes que pedírmelo. Te llamaré dentro de poco y me cuentas cómo te va.

Una vez más vuelvo a confirmar lo importante que es hablar las cosas, la importancia del papel de la comunicación, que es fundamental, para lo bueno y también para lo malo. Al fin empieza a disiparse la sombra de mis dudas, que son sustituidas por un nuevo atisbo de luz. Aunque no quiera hacerme ilusiones acerca de lo que pueda pasar con Claudia, mi alegría se debe, simplemente, a que ya sé hacia dónde debo dirigir mis pasos en lo que respecta a mi relación con ella. Ahora toca tener las ideas claras, elegir el camino que señale un nuevo rumbo y empezar de cero. Ahora sí, comenzar de cero...

Llego a casa. Me miro en el espejo y me encuentro a mí mismo, sonriente. Hacía mucho tiempo que no me veía así, sonriendo de forma natural, sin fingir. Luego busco en la red el disco que estuve escuchando junto a Claudia y me tumbo en la cama, cerrando los ojos. Mi imaginación empieza a volar otra vez, dibujando escenas en las que la tengo delante y estamos juntos de nuevo. La música me hace diseñar escenas que, inconscientemente, deseo que se hagan realidad. Mi olfato se imagina ese olor dulzón que, por un instante, hace que sienta que la tengo a mi lado, y su voz suena muy cerca de mí, como si estuviese tarareando la letra de la canción en mi oído. Después abro los ojos y me doy cuenta de que no solamente he recuperado una ilusión, también he recuperado la música; pero la música de verdad. Esa que cada vez que suena hace que te embarguen los sentimientos, que quieras o no, te hace recordar a una persona, un sueño... Y no importa a quién le guste y a quién no, que esté de moda o que deje de estarlo. Lo importante, simplemente, es lo que te hace sentir en ese momento.

19

Fuera de juego



—¡Rápido, no tenemos mucho tiempo! —me dice Claudia conforme entro en su casa.

—Qué tonta, tenemos tiempo de sobra, como te gusta tomarme el pelo... — le digo mientras la saludo dándole un beso, como si fuésemos una pareja de novios.

Es sábado por la mañana y empezamos el fin de semana con mucha energía. Claudia empieza a comerme a besos, casi no me deja llegar a su cuarto. La

cojo en volandas y me la coloco sobre un hombro. Parece que tiene ganas de jugar. Casi no puedo con ella y no precisamente por su cuerpo, ya que a sus diecinueve años tiene un perfil espléndido; creo que, más bien, es mi falta de fuerza. Claudia empieza a patalear mientras se ríe a carcajada limpia y grita: «¡Suéltame!, ¡suéltame, vamos!»). Cuando llegamos a su cuarto intento dejarla en el suelo como si de una muñeca se tratase, y de paso hacerme el machito con ella. Pero esta vez es Claudia que, de un salto, se sujeta a mí como si fuese un koala. La estampo contra la pared y nuestros ojos se clavan en los del otro, muy cerca. Tras un instante de silencio nos besamos de nuevo de forma apasionada. Le quito la camiseta y la dejo solo con el sujetador color rosa y unos vaqueros que son algo más que cortos y que están llenos de agujeros a la moda. Después ella empieza a besarme el cuello y a dejar que su lengua, juguetona, recorra mi piel. Mi excitación aumenta de forma apresurada y ella eleva sus labios hasta llegar a mi oreja.

—¡Para! Para, que me estás poniendo bu... —No puedo concluir la frase.

Entonces empiezo a hacer maniobras para quitarme la ropa sin soltar a Claudia. Ya estamos casi desnudos, tan solo faltan sus braguitas ajustadas, que favorecen sus estupendos glúteos, aunque apenas me da tiempo a fijarme en esos detalles. Los dos estamos más que sudados. Las altas temperaturas del inicio del verano unidas a nuestro calentón de buena mañana nos provocan la sensación de estar ardiendo. Empiezo a jugar con mi miembro contra su sexo, hasta que al final noto la sensación de que, al fin, está entrando. El gesto de Claudia lo dice todo, y eso a mí me provoca todavía más. Ahora sí que es verdad que estoy ardiendo. Empiezo a llevar el ritmo como puedo; nunca antes lo había hecho estando de pie y cogiéndola en brazos mientras la apoyo contra la pared. Claudia coloca sus manos sobre mis pectorales que están en tensión y endurecidos por el esfuerzo. Al mismo tiempo juega con sus dedos por mis pezones sabiendo que así me aporta más energía. Toda la adrenalina que llevo dentro se me hace cada vez más difícil de controlar. Ahora son mis labios los que juegan a lo largo de la piel de su cuello, y cada beso y cada mordisco inocente que le propino provoca que me entren ganas de darle el siguiente con más ímpetu y fuerza, como si su piel fuera el alimento de mis labios y de mi boca...

—¿Cómo van esos esfuerzos, machote? —Claudia interrumpe los tímidos

gemidos que empezaban a surgir.

—Bien, bien. Como nunca... —respondo entre resuellos por la falta de aire.

—Quiero que llegemos juntos, no sabes cómo me pone eso.

Las cosas que me dice me ponen a prueba, la mirada de sus ojos, sus labios pegados a los míos, el movimiento de sus pechos y sus piernas acorralando mi cintura... Puede que no aguante durante mucho tiempo; una vez más, los dos empezamos a gemir más fuerte que antes.

—¿Te falta mucho?—le pregunto con la voz entrecortada.

—Estoy a punto, solo sigue un poco más que ya lo tengo...

Es entonces cuando empiezo a acelerar el ritmo. Mis manos se sujetan esta vez por debajo de sus piernas, casi rozando su culo. La acaricio al mismo tiempo con más y más fuerza, hasta que Claudia me dice, a través de gritos, muecas, y gestos de sus manos que ya está llegando al orgasmo. Yo tampoco puedo esperar más y me uno a ella, como había dicho antes. Segundos después vuelve la calma. Todavía estamos en la misma posición solo que nuestra respiración ha bajado de ritmo y también nuestras pulsaciones. Nos quedamos mirando a los ojos, durante unos segundos más y la vuelvo a besar en los labios, pero esta vez de forma mucho más tierna y pausada. Casi sin querer se me escapa un «te quiero». Ahora, al fin, sí que la bajo. Tengo los brazos reventados del esfuerzo y cuando Claudia apoya los pies en el suelo empiezan a temblarle las piernas.

—Mírala, sí parece que sea un flan. ¿Tan nerviosa te pongo? —bromeo, mientras empezamos a vestirnos.

Tras unas carcajadas algo más que sarcásticas me tira un cojín que me pilla desprevenido. Después me acerco a ella por detrás, la cojo de la cintura y empiezo a darle pequeños besos por el cuello. Sitúo mis manos en su abdomen mientras ella intenta acabar de abrocharse el sujetador.

—Y hoy, ¿cómo llamarías a este momento? —le susurro en su oído izquierdo mientras ella baja la cabeza a causa del pequeño cosquilleo que le provocho. Luego sonrío con aire de pillería.

—Bueno, todavía queda mucho día por delante, así que por cambiar, ¿por

qué no le ponemos mejor «nuestro momento»? —Tras acabar su pregunta se gira y se queda mirándome. Mantiene su sonrisa y yo le doy un beso en los labios y un leve empujón que hace que caigamos los dos en la cama.

—Me gusta. La verdad es que suena bien.

Y tras haber vivido «nuestro momento», Claudia va a darse una ducha mientras que yo me acomodo en su cama y pongo la televisión. Aunque aparento mirarla, en realidad pienso en la manera en la que podría sugerirle a Claudia nuevos planes, actividades diferentes de las que normalmente llevamos a cabo. Creo que hoy podría ser una buena oportunidad, pero no me atrevo, o más bien no sé con qué palabras puedo sugerirle que quedemos para hacer algo diferente, por sencillo que resulte. Acabo quitándole la voz a la tele para pensar o planear algo mejor pero es inútil, solo con oír cómo el agua se desliza por su cuerpo hace que me distraiga y que sea incapaz de pensar. Creo que, al final, va a ser mejor esperar a que el asunto surja de forma espontánea. Siempre que quiero que algo salga al pie de la letra es como peor acaban saliendo los planes.

Por fin sale Claudia. Y no es que haya tardado en ducharse, pero el tiempo parece que no pase por culpa de mi impaciencia. Si, la desesperación me puede en la mayoría de las situaciones. Pulso de nuevo el modo silencio en mando de la tele para que vuelva el sonido al aparato y observo cómo se peina Claudia enfrente del espejo, con su precioso cuerpo envuelto en una toalla. En seguida empieza a darme conversación, aunque yo lo único que hago es asentir con la cabeza a todo lo que dice mientras mantengo mis pensamientos en otro sitio. Observo cada movimiento que hace, cada gesto, cada mueca... y cuanto más la observo más ganas tengo de volver a quedar con ella. Se ríe, hablamos y volvemos a reír. Cada segundo que paso con ella no tiene precio.

Llega la hora de marcharme. Su hermano está a punto de llegar. Me acompaña hasta la puerta y nos damos un beso. Otro más para nuestra gran colección.

—Bueno, ¿mañana quedamos a la misma hora? —me pregunta Claudia dando por sentada mi respuesta.

—Sí, claro, aunque..., esta tarde también la tengo libre —respondo algo nervioso.

—¿Te has quedado con ganas de más? —contesta ella dibujando una sonrisa traviesa en su cara. Luego yo le devuelvo la gracia y continúo.

—Nunca se sabe las ganas que podremos tener de aquí a un rato, ¿no? — respondo. Mierda, le estoy mintiendo. Eso no es lo que tenía que decirle. Además esta tarde sí que están mis padres en casa.

—De acuerdo, pues por la tarde nos vemos. Luego me pones un *whatsapp* y concretamos la hora —responde con una dulce mirada.

—Claro, te veo después. —Y le doy un beso para concluir la conversación.

Vale; está claro que el tema de la cita para esta tarde no ha salido como yo quería. En teoría hemos quedado en mi casa para estar ella y yo a solas. Y supuestamente para hacerlo, que es a lo que nos dedicamos siempre. Y lo que está claro es que esta tarde no vamos a hacer lo que yo le he sugerido. Mientras camino a casa pienso la manera de intentar arreglarlo o de cómo decirle de una vez que me gustaría hacer algo diferente. Tener una cita con ella de tipo «normal», y ya de paso hablar respecto al tema de la diferencia de edad. Ya que yo al menos he asumido que no me importa, la pregunta es, ¿y a ella? El tiempo juega en mi contra, como de costumbre. Cuando quiero que las cosas sucedan despacio es cuando más rápido pasan. Por el contrario, los minutos parecen eternos cuando estoy pasando un mal rato.

Después de comer le confirmo nuestra cita mandándole un mensaje. Le pongo que esté en mi casa a eso de las seis de la tarde. No he sido capaz de rectificar, aunque tengo un plan para conseguir llevar a cabo lo que busco. Simplemente la esperaré en mi portal cuando sea la hora y le diré que, por un imprevisto, mi padre ha llegado antes. Con la excusa de que no podemos estar en mi casa sugeriré que podemos dar una vuelta o cualquier otra cosa que se nos vaya ocurriendo. Doy todos los pasos que se dan antes de tener una cita: me ducho, me visto, me seco el pelo, me pongo colonia, etc. Cada minuto que pasa mis nervios van a más.

Ya es casi la hora. Hace un rato que estoy listo y me preparo para bajar las escaleras y empezar a actuar en esa pequeña puesta en escena que tengo preparada. Sigo sintiéndome mal, y quizás por ello me siento tan nervioso. No lo hago con mala intención, tan solo quiero ser capaz de demostrarle en estas horas que tengo por delante que no solo sirvo para acostarme con ella. Abro la

puerta de mi portal. La calle sigue desierta y parte de la culpa sigue siendo de las altas temperaturas, aunque también hay que reconocer que hacía algo más de calor esta mañana. Ya la estoy viendo, a lo lejos. Esa forma de andar que resalta toda la sensualidad que siempre la acompaña, esa sonrisa que se ve a metros y esa mirada que sigue siendo lo que más me atrae de ella resultan inconfundibles incluso desde lejos, en la distancia. Cada paso que da me impaciento todavía más, hasta que, al final, dejo de estar inmóvil en la puerta y me acerco a ella empezando a interpretar mi papel.

—¡Adrián! No hacía falta que me esperaras abajo. Sé subir solita hasta tu casa —dice mientras me da un beso.

—Calla, calla, que lo que no me pase a mí... Ha llegado mi padre no hará ni cinco minutos. Se retrasa un poco más y creo que nos pilla.

—¡Anda! Pues en parte hemos tenido suerte.

—Sí. Te quería avisar, pero viendo la hora que era ya supuse que habrías salido de casa. —Empiezo a dar explicaciones pero creo que ya son innecesarias.

—Pues nada. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Quedamos mañana? O, no sé...

—Si quieres podemos pasar la tarde juntos. —Ya está dicho. Esa frase que tanto me costaba decir, al fin ha llegado a sus oídos.

—Ah... claro. Es una buena idea, sí. ¿Te apetece dar una vuelta? —Tras oír esa pregunta parece que ya está hecho lo más difícil.

—¡Vale! Por mí, bien.

Al fin he hecho lo más difícil. Con un poco de trampa, cierto, pero ya he conseguido hacer lo que quería. No sé si se habrá notado mucho el hecho de que todo estaba preparado. Por una parte porque, sin darme cuenta, voy más arreglado de lo normal, y Claudia, en cambio, va mucho más informal que de costumbre; y por otra parte porque nunca se me ha dado bien mentir.

Empieza lo bueno. Hora de demostrar lo que tanto andaba buscando; la oportunidad. La conversación la inicia Claudia; ella siempre encuentra cualquier tema para amenizar, y eso me encanta de ella. Sigo la conversación mucho más atento que esta mañana; cada paso que damos me voy relajando y, al mismo tiempo, disfruto. Pasan los minutos y, a ratos, vamos cogidos de la

mano. Otros, en cambio, nos soltamos. En otras ocasiones surgen los besos; ella me ha dado dos en los labios, y yo..., yo también le he dado otro, aunque en la cara. Acabamos sentándonos en un banco situado en un parque bastante grande. Está lleno de niños con sus madres y en el ambiente flota el olor a verde y a naturaleza. Y también huele a ella. Claudia saca del bolso un paquete de palomitas que hemos comprado antes, mientras pasábamos por una tienda de golosinas. Lo compartimos, nos volvemos a besar y seguimos riendo. Todo está saliendo como quería. Me recuerda mucho a nuestra primera cita, aquella en la que fuimos al cine y acabamos paseando con un helado. Cada vez que estoy con ella hace que me sienta más especial. Me divierto, estoy muy a gusto con ella. Miro en mi interior, y solo encuentro felicidad. Felicidad y Claudia.

Conforme hablamos nos vamos conociendo más a fondo. Creo que estoy aprendiendo más de ella en una tarde que en todas nuestras citas anteriores. Le encantan los animales, tomar el té después de comer, la lectura y la filosofía oriental. También tiene planes de futuro aunque no ha querido entrar mucho en el tema. Todavía quedan horas y se está genial. La tarde al fin está cayendo y las temperaturas son mucho más suaves. Las calles se van llenando de gente y le propongo un nuevo plan que, me apuesto lo que sea, le va a gustar.

—¿Qué te parece si vamos a mirar tiendas? Tengo que comprarme ropa en los próximos días y renovar un poco mi fondo de armario.

—¿Un chico al que le gusta ir de compras? Eso sí que es raro —responde mientras asiente con la cabeza.

—Tampoco te hagas ilusiones que lo hago muy de vez en cuando. —La verdad es que odio ir de compras, pero si estoy con ella todo parece diferente, y así observo un poco más cuáles son sus gustos a la hora de comprar.

Nos levantamos del banco y proseguimos nuestro paseo con un objetivo; ir de compras. Esta vez nos cogemos de la cintura. Me encanta tenerla conmigo, que sea tan mía y yo tan de ella. Hacía mucho tiempo que no sentía esas sensaciones. Claudia parece estar cada vez más cómoda, o mejor dicho, más de lo que ya estaba. Y yo, sin darme cuenta, confirmo que todo eso de la diferencia de edad es una soberana estupidez. Ahora mismo me da todo igual, a quién le guste que mire y a quién no...; a quién no que mire a otro lado.

Entramos en uno de los primeros establecimientos, pero solo echamos un

vistazo. A mí no me acaba de gustar nada y a ella tampoco. No hay apenas nada que nos llame la atención. En la segunda tienda me acabo probando un par de polos; uno de ellos es rojo y el otro de color blanco. Me da el visto bueno, aunque ella dice que no tiene por qué influir en mi decisión de comprar algo o no comprarlo, que vista como más a gusto me sienta. Y así continuamos de tienda en tienda y Claudia comprueba lo indeciso que puedo llegar a ser. Yo en ella observo todo lo contrario; Claudia siempre tiene las ideas claras. Entramos en la última que nos falta por ver; es una de mis favoritas, sobre todo para comprar camisetas abiertas. En el establecimiento suena música más electro, la ropa que venden es más moderna y el calzado es diferente. Ambos seguimos riendo entre bromas, cuando de repente observo algo que hace que en mi rostro se congele la sonrisa. No puede ser. Claudia también cesa de reír pero no sabe que está pasando. Es ella, a lo lejos... Es Gema. Me siento bloqueado. No sé muy bien cómo actuar, tan solo cojo de la mano a Claudia y ella se va acercando, también de la mano de un chico.

—Gema... —susurro en un tono casi imperceptible. No ha cambiado nada en todo este tiempo. Parece que ella ha tardado más en verme.

—Hola... —dice ella. Efectivamente su cara es todo un poema, o mejor dicho, nuestras caras.

—Cuánto tiempo. ¿Cómo te va todo? —Ni siquiera sé que hago hablando con ella. ¿Por qué le he preguntado eso? Si en realidad me da igual. Qué situación más incómoda. Ahora mismo desearía que me tragase la tierra.

—Bien, todo bien, la verdad. ¿Y tú que te cuentas? —me pregunta ella. La conversación y nuestros gestos son mucho más que fríos. A Gema se le nota que tampoco quiere hablar conmigo.

—No mucho. Aquí mirando algunas cosas. ¿Cómo te va el trabajo?

—Bien. Sin parar, la verdad. —me dice—. Por cierto él es Carlos, el que trabaja conmigo. Creo que te hablé de él en alguna ocasión. —En nuestro aparentemente amistoso apretón de manos hay más que sobrada intención de ver quien aprieta más los dedos. También se encuentran nuestras miradas. Ambos expresamos ira y odio, especialmente yo.

Me llama mucho la atención. Es una persona bastante seria. Pelo negro, ojos no muy grandes y va bien afeitado. Algo me dice que tiene mucha labia;



quizás sea ese su punto fuerte. Viste con un polo Lacoste y unos pantalones grises, bastante elegantes. Me da la sensación que solo es un pijo que ha encontrado un enchufe para su puesto de trabajo. Pero, ¿qué ha visto Gema en él? Es el polo opuesto a mí. No pegan ni con cola...

—Sí, algo me comentaste alguna vez.—Ironizo y vuelvo al tema de conversación.

—Pues ella es Claudia, mi... —Joder, ahora no sé ni que decir.

—Soy su novia —se anticipa Claudia con voz firme. ¡De la que me acaba de salvar!

—Lo suponía, sí... —responde Gema. Ni una ni otra han hecho amago de saludarse con dos besos. La mirada que se han echado la una a la otra ha sido suficiente.

—Bueno, nosotros nos vamos. Tenemos algo de prisa. —Trato de dar por concluida aquella situación tan incómoda para todos.

Tras una seca despedida, Claudia y yo salimos fuera. Preciso alejarme de la tienda y tratar de no pensar en el mal trago que acabo de pasar. Intento asimilar todo lo que he visto. Era Gema; la que antes era mía, la chica a la que tanto quise y con la que tanto tiempo compartí. La que acabó siendo mi todo y la que ahora es mi nada. Ahora es una desconocida más. Tan solo una experiencia, eso es lo que es. Y encima ha tenido el morro de presentarme a su queridísimo Carlos. En su día tan solo los unía una bonita amistad, decía ella; y yo era un paranoico celoso y un gilipollas por tragarme sus palabras.

—Adrián, ¿estás bien? Nunca te había visto... —me comenta Claudia perpleja y preocupada.

—Sí, perdona. Me siento algo decepcionado. Eso es todo.

—¿Todavía la quieres? Dime la verdad, no me importa —me pregunta directamente, aunque mantiene un tono de voz bastante suave.

—No, no la quiero. Hace mucho tiempo que dejé de hacerlo. Pero tenías razón Claudia. Había otro, por eso me dejó. Meses antes de dejarlo solo hablaba de un tal Carlos; me puse celoso en varias ocasiones pero llegué a pensar que eran imaginaciones mías. Ella también quiso que yo lo viera así. Mentía.

—Piensa que este momento tenía que llegar. La verdad siempre sale a la luz.

—Pues sí, tienes razón. Ah, y gracias por lo de decir que eres mi novia. No sabía muy bien que decir.

—Tranquilo, viendo la manera en la que me has cogido de la mano creo que necesitabas que lo dijera. —Le agradezco lo que ha dicho con un gesto aunque todavía me siento como ido.

—¿Te ha molestado que lo hiciera?

—El qué... ¿Que me cojas de la mano o que lo utilizaras para darle celos? —responde con sarcasmo y algo molesta.

—No quería darle celos. Solo pensé que debía estar a la misma altura que ellos —contesto yo.

—Ya... —Deja caer Claudia, y abandonamos la conversación.

La vuelta a casa es un continuo silencio y ahora la culpa la tengo yo. Mi cabeza sigue estando donde no debería, mientras Claudia también adopta una expresión reflexiva. Intento olvidar lo ocurrido y abordar cualquier tema de conversación, pero es inútil. Parecemos dos robots; afirmaciones, negaciones y frases hechas. Seguimos cogidos de la mano y ninguno de los dos está enfadado; tampoco tenemos motivos para estarlo, pero sin saber cómo todo se ha venido abajo. Llegamos a su portal y no sé muy bien cómo debo despedirme.

—Bueno Claudia, si quieres nos vemos mañana, ¿vale? —Intento hacer como que nada ha pasado pero me interrumpe.

—Adrián... creo que deberíamos pensar un poco en nosotros durante estos días.

—Pe... pero, ¿a qué viene eso? —tartamudeo.

—No sé, hoy ha sido todo muy raro. Quedamos por la mañana y me lo paso fenomenal; luego te noto pensativo. Por la tarde volvemos a quedar e improvisamos algo que no estaba previsto... Y la verdad es que me lo he pasado muy bien. Y luego aparece ella y te enfadas. Te cabreas y ya no vuelves a estar —se explica con calma

—Vale, tienes razón. Pero todo esto tiene una explicación.

—Si no pasa nada. Supongo que sí, que todo la tiene y que no tiene por qué ser algo malo. Solo quiero que tengas claro qué quieres. Incluso yo también tengo que pensar en algunas cosas que en realidad no tienen que ver contigo. Llámame cuando tengas las ideas claras y lo hablamos. —Luego me da un beso en los labios y sube a su casa.

—Buenas noches, Claudia.

—Descansa, Adrián. Buenas noches. —Y así finaliza la cita que tanto andaba buscando.

Frustrado, desanimado, decaído... no contaba con este desenlace, y esta vez la culpa ha sido solamente mía. Levanto la cabeza y empiezo a caminar mientras pienso un poco en lo que ha pasado esta tarde; y entonces reflexiono. El amor es como un partido de fútbol. Siempre salimos a ganar, aunque muchas veces se pierde, y eso es algo con lo que no contamos. También está el empate que, como ha sido en mí caso, no le vale a nadie. Jugaba con una ligera ventaja que ha sido desaprovechada a causa de fallos únicamente míos. Para ganar se necesitan goles, como en el amor. Cualquier caricia, beso o gesto puede ser suficiente para celebrar que uno va ganando. Y también están los goles en contra; como puede ser cualquier enfado, una broma pesada o algo que no ha sentado bien en la pareja. También hay lances que están en fuera de juego, como lo que he hecho hoy. He pagado caro no ir con la verdad por delante, tratar de marcar un gol ilegal. ¿Será el *karma*?, ¿será la justicia?, o será... Y además no es suficiente con salir vencedor una vez, ni dos, ni tres... porque cuando alguien deja de ejercer de líder la persona que tenías a tu lado se va y desaparece. Es lo que me pasó a mí con Gema, hace tiempo. Pero la competición en la que yo juego ahora todavía no ha acabado y ahora solo puedo tener en mente el partido de vuelta. He de tratar de practicar mi mejor fútbol, ensayar mejor las jugadas y, sobre todo, no recibir más goles en contra.

20

Esta noche eres para mí

—Claudia... —Ahí la tengo de nuevo, en frente. Trago saliva y me quedo mirándola.

—Adrián... ¿Qué haces aquí?

—Supuse que estarías sola en casa. Y..., bueno, quería hablar contigo.

—Sí, estoy sola en casa. ¿Te ha dado tiempo a pensar en algo? Si hace poco más de doce horas que nos hemos visto.

—No tengo nada que pensar. Lo tengo todo claro desde hace ya tiempo, y tenía que habértelo dicho antes. ¿Puedo pasar?

—Claro. Pasa, anda.

Lleva un pijama de color rosa con el dibujo estampado de un unicornio y la leyenda «*Nothingisimposible*». Sus pantalones son tan cortos como de costumbre, y su pelo está completamente despeinado. No lleva puesto su famoso *piercing* en la nariz porque me parece que se lo suele quitar para dormir. Y ella..., ella está guapísima igualmente, no importa que esté molesta, enfadada o alegre; que se acabe de levantar o que esté dormida. Siempre veo algo especial en ella que la hace única ante todos los demás. Pasamos a su comedor. En la mesa hay una bandeja con restos de pan tostado y una taza de café casi terminada. El móvil está encendido justo al lado de la bandeja. Tiene la televisión apagada y un montón de papeles alborotados en su otra mesita. La ventana está abierta y, junto a Claudia, llena de vida la habitación. Me invita a sentarme en el sofá y me pregunta si quiero tomar algo. Aprovecha para recoger los papeles y dejarlo todo en orden. No parece estar molesta o enfadada. Para mí, Claudia sigue siendo un misterio. Tras la conversación que tuvimos anoche no sé muy bien por dónde empezar, pero sí sé lo que tengo que decirle.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunto una vez que se incorpora.

—Bien. He dormido mis horas habituales así que no me puedo quejar. ¿Y tú?

—Bien, bien. Una noche más. Bueno, no he venido a hablar de cómo he dormido o de cómo he pasado la noche. Claudia, ayer...; ayer estaba raro, lo sé. Y no sé muy bien por dónde empezar, pero creo que debería haberte dicho todo esto antes. Ayer por la mañana, antes de irme, me apetecía quedar contigo otra vez. Quería volver a verte, pero no solo para estar en la cama. Pensaba que sería buena idea que diéramos una vuelta y nos conociéramos un poco mejor. Y quise decírtelo pero no me atreví, y lo siento, porque después tuve que mentirte. —La cara de Claudia es todo un poema conforme hablo. Creo que no se esperaba que fuera tan directo. Yo prosigo contándole—: Tuve que mentirte porque ya sabía de sobra que mis padres estarían en casa, y aunque no hubiese habido nadie lo habría hecho igual.

—Pero, ¿por qué no me lo preguntaste directamente? —Su cara cada vez denota más sorpresa aunque también es cierto que va añadiendo a su expresión pequeños destellos de alegría.

—No lo sé. Bueno, sí. Desde hace tiempo tengo en la cabeza que quedábamos a escondidas por el tema de la diferencia de edad, porque quizá te avergonzabas de salir con un chico bastante mayor que tú. Y a mí también se me metió en la cabeza esa absurda idea, pero ahora ya no me importa. No me importa que nos llevemos siete años. —En realidad no quería sacar ese tema, pero bueno, yo solito me he enredado y he llegado hasta ese punto.

—¡Anda ya! ¿Cómo me voy avergonzar de salir con alguien más mayor que yo?

—¿De verdad que no?

—Pues claro que no —me responde tajante—. Si me avergonzara no les habría contado a mis amigas que llevamos tiempo quedando. Anda que no te gusta meterte manías en la cabeza. —Claudia responde de forma directa y adopta ese tono agradable y comprensivo. Me siento cómodo en la conversación.

—Sí, ahí te doy la razón. Pero es que como siempre que quedábamos era para estar en tu casa o en la mía, y siempre a escondidas, pues me dio por pensar eso. Así que, ¿por qué no avanzamos un poco? Dar un paso al frente —propongo.

—¿Y si no funciona? Hasta ahora nos ha ido todo bien, y ayer quedamos y ya no fue lo mismo.

—Pero ayer iba todo muy bien. Al final se estropeó, o mejor dicho, lo estropeé. Pero no quiero dar importancia a ese asunto. Acuérdate de nuestra primera cita sin ir más allá.

—Piensa por un momento que algún día me tengo que ir lejos. ¿Te vendrías conmigo? —Esto parece que sea el final de una película. Todo me hace pensar que Claudia tiene miedo de que le hagan daño y necesita asegurarse de que voy en serio con ella.

—Pues claro que sí. Si la cosa funciona me iría a donde fuera, pero contigo.

—Ya... ¿Y si nos hacemos daño?

—¿Por qué nos vamos a hacer daño?

—No lo sé. Nunca me he metido en ninguna relación. De pequeña ya lo pasé mal, y hasta ahora no he tenido la suerte de conocer a alguien que vaya en serio, hasta que has llegado tú.

—Deberías hacer caso a tu pijama.

—¿Qué? —Todavía no ha caído en lo que le quiero decir.

—Nada es imposible. Te lo he traducido al español.

—Sí, hasta ahí llego. No soy tonta.—Responde con cierta cursilería. Luego yo me río.

—Pues eso, aplícalo. Mira, hacemos una cosa. Este sábado te recojo, ¿vale? Y déjalo todo en mis manos. Tú solo ponte guapa; bueno, más de lo que ya eres. —Voy a tratar de sorprenderla. A ver qué se me ocurre durante estos días.

—Vale... ¿Cómo de guapa? —No tarda en pensárselo. Su mirada no puede ocultar que está ilusionada.

—Sorpréndeme.

—Muy bien. Te tomo la palabra, que lo sepas. —Claudia sonríe, y recupera el tono rojizo de sus mejillas y el brillo en los ojos. Me encanta verla así—. Una cosa más... —añade ella aún sin finalizar la conversación.

—Dime...

—Respecto a lo de ayer por la tarde, con Gema... ¿Me utilizaste para darle celos?

—Claro que no, eso es absurdo. Fue tan rápido y hacía tanto tiempo que no sabía nada de ella y el hecho de que me mintiera... Al verla allí con ese no quería quedar por debajo. Le deseo lo mejor, pero sin mí. Lo siento si te hice pensar mal. —Me justifico e intento sincerarme, por raro que parezca. Claudia se queda definitivamente más tranquila—. Y por cierto, gracias por salvarme del apuro, seamos lo que seamos ahora.

—Iba a decirle que eres mi amante y que te tengo más que exprimido — responde mientras se empieza a reír a carcajada limpia.

—¡Anda que tú también! ¡Qué maravilla de humor tienes incluso para esos momentos! No me puedo ni imaginar la cara que se les habría quedado a Gema



y a Carlos. —Y yo también empiezo a reírme. Nos contagiamos las carcajadas el uno al otro y acabamos llorando de risa. Después paramos y nos tomamos un respiro. Es el momento en el que las miradas mandan. Claudia suspira...

Tras acabar la conversación me acerco tímidamente a ella. Ella también lo hace, al mismo ritmo que lo hago yo. Solo un poco más. Claudia acomoda su cabeza sobre mi pecho y yo coloco mis manos en su cintura, le doy un beso en la frente y después la abrazo. Y el paso ya está dado. Otra vez su olor, otra vez su tacto, su calor, otra vez Claudia. ¿Por qué cada vez que estoy con ella me olvido de todo? ¿Por qué cada vez que estoy con ella no tengo ojos para nadie más? ¿Y por qué con ella? ¿Y por qué he tardado tanto en darme cuenta de lo que tengo delante? Ella sonrío tímidamente. La miro durante un par de segundos y le doy un beso en los labios. Ella lo mantiene, lo hace un poco más largo, y luego lo vuelve a repetir. Mis dedos acarician su cara mientras las miradas son testigo del brillo de nuestros ojos. Y ahora un beso más. El silencio, la paz y la calma han acompañado a esta bonita escena que tanto necesitaba, como el aire para respirar. Y nace un beso más, casi no podemos parar.

—Mi madre no tardará en llegar. ¿Te apetece que hablemos después? — Nunca antes habíamos hablado por teléfono. Y me parece una buena idea.

—Claro, por la tarde hablamos. Y acuérdate de lo del sábado, ¿vale? —Le digo también en voz baja.

—¡Que intrigada me tienes! Claro que me acuerdo. —Y me vuelve a besar.

Tras despedirme no hago otra cosa que pensar en cómo puedo sorprenderla. Quiero que sea una noche mágica, una noche para nosotros. Quiero que sea especial y deseo que todo salga perfecto. Solo tengo tres días por delante, tres días para dar lo mejor de mí y para sacarme la espina de nuestra última cita. El momento se acerca y esta vez no puedo fallar.

Primer día de preparación. Todavía no tengo muy claro de qué manera sorprenderla. Pretendo que todo empiece por la tarde, poco antes de que se inicie la puesta de sol, cuando los últimos rayos adornan la fachada de los edificios. Mientras tanto Claudia y yo hablamos por teléfono. Hay cosas que están cambiando entre nosotros. La comunicación toma protagonismo y cada vez me siento más cómodo con ella y la confianza mutua es mayor. Reímos,

bromeamos y de paso le tomo el pelo para decirle a dónde iremos el próximo sábado. El segundo día las ideas están más claras, aunque todavía quedan muchas dudas. ¿Qué ropa debo llevar? ¿Y si me visto más informal? Todo está más o menos encaminado, aunque me da la sensación de que todavía falta algo más. Llego al tercer y último día para dejarlo todo preparado. Aprovecho para ir a la peluquería, arreglarme la barba de tres días y dejarlo todo bien atado para la gran cita. Claudia y yo seguimos hablando, aunque hoy se encuentra un poco ausente. No importa, sigue estando pendiente de todo. Esa cosa que faltaba, ese detalle que aún se me escapaba también está dispuesto.

Llegó el día. Quiero que empiece ya nuestra cita, ese momento que se ha hecho esperar durante tanto tiempo, y que no acabe...; que no acabe nunca. Acabo de salir de la ducha. Los minutos indican la cuenta atrás y ahora tan solo tengo que vestirme. Ya están listos los zapatos, el traje color negro, la camisa de color gris, en la que resaltan los botones color negro, y también la corbata que estoy terminando de anudar. Todavía está empañado el espejo del cuarto de baño, pero aprovecho para ponerme colonia y peinarme, y así terminar de arreglarme.

Todo está listo. Son las ocho y media de la tarde. Hay movimiento en las calles, al menos más que entre semana. Dirijo mis pasos directos hacia su casa. Parecerá una tontería pero estoy bastante nervioso, y no sé por qué. ¿A estas alturas? Una mezcla de impaciencia y felicidad, y en el fondo también miedo. Respiro, cojo aire e intento ignorar todo lo que siento ahora mismo. Ya estoy en su casa y solo falta un minuto para que ella baje. Un torrente de pensamientos invaden mi cabeza, recordándome aquel tiempo atrás en el que yo esperaba a otra persona como si fuera un recluta. Pero esta vez no. Todo ha cambiado, Adrián, me repito varias veces. Entonces se abre la puerta, al fin; estos últimos segundos han pesado más que el resto del día, pero ya ha llegado el momento, ahora Claudia está aquí.

Lleva un vestido color negro, discreto y muy moderno. Le favorece mucho, la verdad. También presume de zapatos con tacón, no muy altos, acabados en una punta discreta. El color acompaña al vestido. Hoy no lleva puesto su famoso *piercing*, algo que se me hace muy raro, y en su muñeca izquierda luce una pulsera fina plateada, también sencilla. Pero lo que más me llama la atención es su peinado. Lleva un recogido adornado con dos horquillas, una a

cada lado. Sobre su frente deja caer un mechón de pelo hecho un remolino. Lleva maquillaje pero muy moderado y que acompaña perfectamente al color de su piel. También lleva un accesorio; un pequeño bolso adornado con dos rosas, que lleva en su mano izquierda. Obviamente algo le he insinuado para que vaya así vestida, y la verdad es que, aunque se la vea tan diferente al resto de los días, está preciosa. Se acerca lentamente. Me saluda con un beso mientras su mano derecha acaricia discretamente mi cara. Hoy ella brilla de una forma especial, y no solo por lo que lleva puesto.

—¡Caray! Claudia, estás... preciosa.

—Querías que te sorprendiera, ¿no?

—¡Y de qué manera! —Casi no tengo palabras.

—Muchas gracias. Tú también estás guapísimo. —Nunca me había soltado ningún piropo hasta ahora, al menos de una forma tan directa.

Nos cogemos de la mano y empezamos a pasear. El sonido de sus tacones marca el ritmo de nuestro paso, algo más lento de lo habitual, pero tampoco tenemos ninguna prisa. Mientras tanto ambos conversamos sobre estos días atrás, esos largos días sin vernos. Por el momento reímos; el buen humor está presente y yo me siento mucho más tranquilo. Esta vez no nos soltamos de la mano, es más, nuestros brazos están más juntos y apretados que todo este tiempo atrás. Pasamos por la plaza de nuestra ciudad y decidimos tomarnos algo en una de las terrazas de verano de la zona. Se nota que es donde más ambiente hay para pasar un sábado por la tarde. Padres, niños, amigos, personas de la tercera edad... Todo el mundo va arreglado, como si estuvieran celebrando un bautizo, cumpleaños o algo similar. El camarero viene a tomarnos nota. Primero elige Claudia.

—Yo tomaré un ron con cola.

—Yo tomaré una cerveza. Gracias.

El chico no tarda en volver con nuestras bebidas, acompañadas de un aperitivo. Nos lo tomamos con calma, sin ninguna prisa por ir a cenar porque todavía queda tarde. Intento retener cada palabra, cada frase y cada gesto para immortalizarlo en mi memoria. Todo está saliendo como esperaba y eso que solo acaba de empezar. Tengo el presentimiento de que todo va a ir bien. Son tantas las emociones que guardo que siento cierta necesidad de poder

expresarlas con libertad. De momento Claudia sigue hablando y he podido darme cuenta de que hasta ella está algo nerviosa también. Tras acabar el aperitivo empezamos a hacernos fotos. En algunas sale ella sola y en otras salgo yo, pero en la mayoría aparecemos los dos juntos. Creo que son las primeras fotos que nos hacemos. La noche empieza a acercarse. Son casi las diez y la reserva que tenemos pendiente está al caer. Hay algo diferente en nosotros, en nuestro comportamiento, como si ambos hubiésemos atravesado un proceso de maduración.

Abro la puerta del restaurante y le cedo el paso a Claudia. El lugar está lleno de gente aunque todos hablan en voz baja. Los camareros visten con traje y llevan las bandejas con aire de señorío. En seguida nos indican cuál es nuestra mesa. Además han tenido el detalle de guardarme la chaqueta, algo que solo había tenido oportunidad de ver en las películas. El olor que sale de la cocina es espléndido; sepia, gambones a la plancha e incluso langostinos. El marisco es su especialidad. Tras unos breves instantes nos traen la carta. Claudia y yo estamos sentados, uno en frente del otro. Mientras elegimos los platos bromeo diciendo que a esta cita solo le ha faltado unas velas, y Claudia intenta reprimir unas carcajadas.

Elegimos de entrante un plato de jamón ibérico, con pan de cristal con tomate y una ensalada mediterránea. Claudia ha elegido como primer plato un rape a la plancha y como segundo pluma ibérica, preparada de la misma manera. Yo he elegido rodaballo con salsa de erizo de mar, y de segundo un entrecot de ternera. Para finalizar, los dos beberemos un vaso de sangría. Me encanta la cara que tiene Claudia. Es como si fuera todo nuevo para ella, aunque reconozco que yo tampoco estoy acostumbrado a estas cosas.

—¿Está buena la ensalada? —pregunto en voz baja mientras la está probando.

—Mucho, pero me quedo con el jamón ibérico —me dice ella.

—Desde luego no eres tonta ni nada, ¿eh? —Ironizo mientras que ella mantiene la sonrisa.

—¿Te das cuenta de lo rápido que nos estamos haciendo mayores? —comenta Claudia de repente—. En solo una semana estamos haciendo vida de adultos. No me reconozco. —La verdad es que tiene razón. Y eso por no

hablar de cómo vamos vestidos. Los dos hemos dado un cambio radical, aunque solo sea por hoy.

—Hacerse mayor como tú dices puede ser también muy divertido. ¿Te está gustando la velada?

—Claro que sí. Hoy no puedo pedir más. Y hablando de responsabilidades ¿Qué tienes pensado para cuando llegue septiembre? —me pregunta ella.

—Pues cambiar de trabajo. Cada vez estoy haciendo menos horas y la verdad no tiene pinta de que la cosa vaya a mejorar. —Me sincero con Claudia.

—Muy bien. ¿Y has pensado ya de qué?

—De lo que sea. Llevo ya unas semanas volviendo a repartir curriculums. Veremos si hay suerte de aquí a un tiempo. Y tú, por cierto, ¿tienes pensando seguir estudiando?

—Pues ahora mismo tengo un lío en la cabeza que no sé qué hacer. Pero hoy no quiero hablar de ello, todo es tan bonito...

—Es verdad. Hoy, fuera complicaciones. —Y le doy un sorbo a mi copa de sangría.

Tras finalizar cada uno con nuestros deliciosos platos nos pedimos un postre. Flan de huevo para Claudia y un trozo de tarta de queso para mí. Es el momento en el que los dos nos quedamos mudos, saboreando lentamente cada cucharada que damos. Han pasado casi dos horas desde que hemos entrado en el restaurante y todo está saliendo a pedir de boca. Hablamos, reímos, nos estamos divirtiendo y cada vez me siento más cómodo con ella.

Después de pagar la cuenta salimos a la calle. Ha refrescado un poco pero la temperatura sigue siendo agradable. Claudia me contradice con un pequeño escalofrío, pero no dudo en ponerle mi chaqueta y mantener mi brazo sobre su hombro. Ella me mira, me sonrío, y me dice:

—Eres un sol, Adrián. No sabía que fueras tan atento. —Y luego me lo agradece con un abrazo, acercándose un poco más a mí. Sus gestos lo dicen todo.

Las calles están casi vacías. Tan solo a lo lejos se ve pasar a alguien. La

luna se deja ver tímidamente pero prefiere dejar el protagonismo al cielo estrellado. A veces tan solo tienes que observar a tu alrededor para darte cuenta de todo lo que tienes. Aunque yo ahora mismo solo quiero ver lo que tengo al lado, que vale por todo un universo. Sentir su calor, el tacto de sus labios y todo lo que me está transmitiendo hace que me sienta una persona completamente diferente a la de hace muchos meses. El paseo continúa, aunque Claudia se ha quejado del roce de sus zapatos, y también es cierto que a mí no me falta mucho.

—Me lo estoy pasando tan bien..., no quiero que esta cita acabe. — Todavía queda lo mejor. Por eso no dudo en revelarles el plato fuerte.

—Esto todavía no ha acabado. Solo tienes que girarte y dejarte llevar. — Claudia se gira mientras observa un hotel de tres estrellas.

—¿Va en serio? —dice, mientras se queda mirando el edificio, entre fascinada y sorprendida.

—Claro que sí.

—Pero, ¿te has vuelto loco? ¡Entre la cena y esto vas a dejarte tu sueldo del mes!

—Un día es un día. Y la ocasión merece la pena. —Claudia no puede ocultar su ilusión.

—Es que todo está siendo tan... bonito.

—Esta noche eres para mí. —Y tras esa frase Claudia y yo nos quedamos mirando el uno al otro. Sus manos y las mías permanecen unidas durante unos instantes, lo suficiente para hacerle unas caricias, para darme cuenta de que todo esto no es ningún sueño y de que ella está a mi lado. Segundos después nos damos un lento beso, quizás diferente a todos los que nos hemos dado durante este tiempo atrás, quizás con otro significado, quizás, quién sabe...

Entramos dentro del hotel, donde solo tengo que recoger la llave, ya que la reserva la tenía hecha desde hace dos días. No será el mejor de los hoteles ni tampoco de los más lujosos, pero es bastante acogedor. Subimos en ascensor, en silencio y expectantes. Presiento que esta noche todo va a ser diferente; nuestra manera de querernos, de abrazarnos y hasta de besarnos... y también va a ser diferente ella, o mejor dicho, nosotros.

Abro la puerta. Ella entra primero. Se queda observando la habitación mientras me dice que hacía años que no había estado en un hotel. Yo intento memorizar todo lo que estoy observando: un sillón color gris, una silla color beis que va a juego con los muebles, una tele pequeña de plasma e incluso el olor de la habitación. A todo esto no puede faltarle la cama de matrimonio y una tenue luz hace que todo sea aún más agradable. Claudia deja mi chaqueta en el sillón, junto a su bolso. Yo la observo una vez más y está realmente preciosa. No me acostumbro a verla tan bien vestida. El contraste de verla entre semana y verla hoy supone un cambio radical, y más si comparo el peinado. Pero no importa que lleve el pelo suelto o un peinado de boda, no importa si lleva un vestido o una simple camiseta blanca donde pone «Love», ni tan siquiera que lleve un *piercing* en la nariz o que vaya maquillada. Vaya como vaya y vista como vista siempre está guapísima.

—¿Qué miras tanto que te has quedado como un pasmarote? —me dice Claudia mientras regreso a la Tierra.

—Nada, nada. Que estás... uf, no tengo palabras.

—Qué tonto eres. —Luego se acerca y nos volvemos a besar. Sus brazos me envuelven delicadamente desde la nuca y nuestras miradas se vuelven a mantener la una pegada a la otra. En el rostro ambos dibujamos sonrisas...

—Toma, Claudia. Esto es para ti, para que recuerdes lo especial que fue para nosotros esta noche. —Entonces saco de mi bolsillo un pequeño regalo.

—¿Todavía hay más sorpresas? —Empieza a desenvolverlo. Abre la caja y es un colgante plateado con forma de corazón. En él están grabadas las iniciales «A&C».

—¡Me encanta! Es muy bonito, Adrián. ¿Puedes ayudarme a ponérmelo?

Claudia se gira y se coloca el colgante. Yo me sitúo tras ella y manipulo el cierre. Es entonces cuando comienzo a darle besos, con mucha ternura, a lo largo del cuello. Su olor no ha cambiado; huele a la colonia que siempre se pone, ese olor dulzón que solo puede ser de ella. Mis manos van hasta su cintura mientras ella empieza a morderse los labios. Luego se gira, aunque esta vez no hay tiempo para mirarnos a los ojos. Nos besamos en los labios una y otra vez, con cariño y también con amor. Mis dedos acarician parte de su cara y llego a sentir su calor. Desabrocha los llamativos botones de mi camisa, uno

a uno, empezando desde arriba, y coloca sus manos sobre mí pecho, empezando a tocarme. La sensación que me proporcionan sus caricias me vuelve loco, así que me pego a ella, abrazándola y desabrochando la cremallera de su vestido. Luego Claudia, poniendo cara de niña mala me empuja hasta la cama y deja caer su vestido. Solo lleva un sujetador negro y unas braguitas ajustadas del mismo color y que, además, se transparentan un poco. Eso sin contar el colgante que le acabo de poner y la pulsera plateada que adorna su muñeca. Ella viene a mí, en busca de mis labios y yo juego con ella haciéndome de rogar, esquivando con pequeños movimientos su intención de mordérmelos. Sonríe con un toque de pillería, pero sabe que no voy a salirme con la mía, por eso solo tiene que insistir un poco más y ya tiene ganada la partida. Nos damos una buena ristra de besos, cada vez más apasionados. Empiezo a excitarme y por ello me quito rápidamente los pantalones. Acaricio sus piernas cuya piel es de una suavidad que me enloquece, su cintura casi desnuda, su pecho también casi al descubierto, su cuerpo... Mi respiración se acelera, y también mi imaginación, mi impaciencia.

Entre besos y caricias acabamos encima de las sábanas completamente desnudos. La sensación de cómo mi miembro entra dentro de ella me excita muchísimo. El movimiento es lento, más de lo normal, pero no por ello aburrido. Me gusta, y a ella también le está gustando, solo hace falta observarla. Sus manos acarician mi nuca y yo le respondo con besos y también con caricias. No quiero que el tiempo pase. Tenerla entre mis brazos, que compartamos la misma cama y el calor que nos damos el uno al otro es algo por lo que volvería a parar el tiempo una y mil veces. Pero es inútil luchar contra esto, porque todo pasa, incluso también los momentos más placenteros... Claudia empieza a gemir y el ritmo acelera; le está gustando y mucho, por eso aprovecho para cogerle de las manos con fuerza. Sus gemidos suben de volumen y sigo acelerando como ella me pide. Suben mis pulsaciones, casi no puedo controlar la respiración y mantengo ese ritmo para ser yo quién pone el punto y final a esto. Solo un poco más. Claudia sonríe, pone sus manos otra vez sobre mi pecho y ahora soy yo quién expresa a base de gemidos el placer que estoy sintiendo. Me encanta, y me ha encantado también ella, la verdad.

Los dos nos quedamos sin fuerzas en la cama, abrazados. Solo emitimos



alguna risa suelta, sobre todo ella, cuando vuelvo a hacer una de mis bromas. Luego nos callamos y nos miramos a los ojos. En esos momentos yo aprendo un poco más de ella. Dicen que a veces solo es necesario mirar a los ojos de alguien para saber cuál es su estado de ánimo, y así es. Sus grandes y bonitos ojos me deslumbran; en ellos solo observo felicidad, bienestar, alegría... y ganas de vivir.

—Y a este momento, ¿cómo lo llamarías? —Me sorprende un poco cuando me pregunta ya que no sé muy bien qué contestar.

—No sé. ¿Qué te parece «el momento de la noche»?

—Demasiado simple. Yo lo llamaría «el momento más romántico de mi vida». —Y que ella diga eso me alegra mucho, la verdad. Por todo lo que implica esa frase y por lo que expresa. El momento más romántico de su vida lo acaba de vivir, ahora mismo, conmigo.

Todo ha sido diferente. El trato que nos hemos dado el uno al otro, expresar cosas que antes callábamos y, sobre todo, la manera en la que hemos hecho el amor esta noche. No ha habido arrebatos, ni el típico «aquí te pillo, aquí te mato». Hemos podido controlar la locura y hoy, al hacerlo, han surgido algunas cosas que antes no aparecían: cariño, ternura y amor.

Minutos después Claudia va cerrando los ojos. Observo cómo respira profundamente y descansa. Su acicalado peinado ya está deshecho y su vestido y sus complementos reposan en un sillón, junto a mi traje. La única luz que hay en la habitación es la que entra por la ventana, pero es suficiente para poder contemplarla. Y es que la vida está llena de detalles que te permiten establecer un balance y delimitar si existe o no existe la felicidad con esa persona. No importa estar en el hotel más lujoso y caro de la ciudad, porque si a tu lado está una persona a la que sabes valorar todo es mejor de lo que puedes esperar. Y no importa lo que intentemos aparentar, bien vestidos o arreglados, o con una simple camiseta, porque cuando sientes algo por esa persona no importa cómo vista o deje de vestir. Además, una vez leí que los mejores momentos los pasamos sin ropa y la verdad es que le doy la razón a esa afirmación. Lo verdaderamente bueno de que una persona que te importe entre en tu vida es que puede llegar a cambiarlo todo. No importa que te canses de la rutina, porque ella está ahí; no importa con quién te hayas enfadado porque ella te entenderá. Y si te equivocas, ella te ayudará a rectificar. No importa

cómo, pero encontrará las palabras adecuadas que solo ella sabe dirigirte para hacerte recapacitar sin que te enfades. Y, por supuesto, también influye en todos esos momentos, los buenos, que llegan a ser más grandes todavía, y los que no lo son tanto, porque sin duda los malos momentos no son tan dolorosos si tienes el apoyo y la tranquilidad que tanto necesitas. Es entonces cuando te das cuenta de lo lejos que puedes llegar en la vida y que, por mucho que cueste ir alcanzando tus metas, vas a poder llegar cueste lo que cueste, porque no estás solo. Tampoco tú, Claudia.

21

El talento de equivocarse

Para muchas personas la medida del tiempo se basa en los años, para otros en semanas, los hay quien prefieren los días y, por qué no, también en horas. Para mí, desde luego, la mejor magnitud para medir el tiempo se basa en momentos. Momentos como los que seguimos viviendo Claudia y yo. El verano sigue pasando, quizás más rápido de lo que esperaba, pero siempre provocando que guarde en mi mente pequeños cortometrajes de cada momento que paso a su lado. Hemos disfrutado de cenas en el campo, buscando esos destellos de frescor que nos permitan meternos mano aunque sea solo por un

rato, aunque si lo pienso, tampoco nos ha hecho falta buscar temperaturas muy bajas para eso. Además hacemos vida social con nuestros amigos, especialmente con Antonio y Rebeca, ya que los cuatro nos sentimos como en familia y conseguimos un ambiente de total confianza. También nos hemos deleitado con estupendos días de playa: mañanas de tomar el sol, de baños en las aguas azules y, sobre todo, diversión y risas, como por ejemplo lograr nuestro nuevo récord haciendo dieciocho toques jugando a las palas. Lo sé, parece una marca exigua, aunque Claudia empezó a celebrarlo como si hubiésemos ganado un campeonato. Pero de lo que más orgulloso me siento es de tenerla a mi lado. El verano le está sentando genial a Claudia. Su piel ha pillado un moreno sensacional que la hace más atractiva, si cabe. Su carácter sigue siendo el de siempre, alegre y extrovertido, aunque como todo el mundo a veces sufra algún altibajo. Y respecto al sexo todo sigue tan desenfrenado como de costumbre. Lo hemos hecho en el parque, en su cocina, e incluso una vez lo hicimos en los aseos públicos de una discoteca, algo que nunca me esperaba que fuéramos capaces de hacer. Y, por supuesto, también seguimos con el juego de hacerlo en su casa o en la mía, probando nuevas posturas, algún juego erótico e incluso probamos el sexo oral hace poco. Estamos conociendo un nuevo mundo que antes era un misterio para nosotros. Respecto a nuestra relación todo sigue igual. No sé muy bien si somos novios, pareja, amantes, o más bien un poco de todo. La verdad es que estoy loco por ella, y desde aquella noche en el hotel hacemos una vida diferente, y estamos mucho más unidos que antes.

Tan solo falta una semana para concluir agosto, y aunque el calor ya no sea tan fuerte como en pleno julio es cierto que todavía sigue apretando. No hemos tenido la oportunidad de irnos de vacaciones porque económicamente seguimos sin estar en nuestro mejor momento, pero por lo menos contamos con tiempo libre que necesitamos para estar juntos y disfrutarlo de múltiples maneras.

Como de costumbre he quedado con ella, en su casa. Son las cinco pasadas y me he retrasado porque me he quedado un poco traspuesto después de la comida. No es que sea de hacer siestas, pero en verano no consigo descansar lo mismo, así que me viene bien dejar caer los ojos aunque solo media hora. Toco el timbre y no tarda en abrir. Una vez que subo hasta su casa me recibe en la puerta con sonrisa pícaro, unas braguitas grises y una camiseta con el

estampado de unos labios pintados de color rosa.

—Hola, cariño. ¿Te has retrasado un poco, no? —Sí, en estas últimas semanas nos hemos puesto apodos. Hasta en esos detalles han ido cambiando las cosas.

—Perdona, cielo, me he quedado un poco dormido después de comer. —Y la saludo con nuestro tradicional beso en los labios.

—Sí, sí que tienes carita de sueño, la verdad —me dice, mientras sus manos acarician mi pecho—. ¿Quieres que te ayude a despertarte un poco más?

Y el juego ya ha empezado. Primero me da un beso muy lento en los labios y después introduce su lengua juguetona. Se para por un instante y nos miramos a la cara. Lo ha vuelto a conseguir; no sé qué tiene ni cómo lo hace pero siempre lo consigue cuando ella quiere. Y vuelve a la carga, con nuevos besos lentos y profundos, más que antes incluso. Nuestras lenguas se entrelazan juguetonas y luego ella se muerde los labios mientras vuelve a acariciar mi pecho, esta vez por debajo de mi camiseta, por lo que siento el tacto de la sedosa piel de sus manos rozando mis pezones.

—No sé cómo lo haces, pero siempre te sales con la tuya. —Es entonces cuando me desespero y me lanzo rápidamente a por otro apasionado beso, aunque ella me esquivo.

—No tan rápido. Lo bueno se hace esperar, no lo olvides. —Y me susurra muy lentamente al oído, dejando escapar un tierno beso en mi cara.

Me coge de la mano y me lleva hasta el aseo. Luego cierra la puerta y echa el pestillo. Y de nuevo reiniciamos el juego. Vuelven sus besos lentos, juguetones, y sus manos suben y bajan entre mi pecho y mi abdomen, por debajo de mi camiseta. Imito el mismo movimiento que ella hace; mis manos se cuelan por debajo de su camiseta y subo despacio hasta llegar a su pecho. No lleva sujetador.

—¡Joder! ¡Cómo me estás poniendo, Claudia! Cada día te superas y mira que ya es difícil...

—Calla y sigue, machote. —Otra vez ese susurro, otra vez su voz cerca de mi oído.

Mis dedos levantan su mirada y empiezo a besar su cuello. Observo de reojo el colgante que le regalé y que suele ponerse en estas ocasiones. Uno, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces, cada beso más largo aún que el anterior, mientras las yemas de mis dedos acarician sus pezones haciendo círculos alrededor, primero en una dirección y luego en la otra, y también hacia arriba y hacia abajo, hasta que al final consigo quitarle la camiseta. Mi miembro, con tan solo ver su pecho, se endurece todavía más. Luego Claudia me quita la camiseta a mí, para dejar en tablas la partida. Esto arde y ya no hay marcha atrás.

Volvemos a besarnos y el ritmo empieza a acelerarse. Sin querer evitarlo mi mano derecha se lanza hacia sus bragas y empiezo a acariciar su sexo. Su ropa interior está húmeda, y más todavía cuando mi mano se cuela por dentro para acariciar su vello púbico lo que hace que a ella se le escapen gemidos de placer. Ella no se queda atrás y me acaba quitando los pantalones... y también mis apretados *bóxers* de color negro. Suspiro y cojo aire. Estoy totalmente caliente, desnudo, y en frente tengo a Claudia en bragas. Mi mirada se centra únicamente en sus pequeños y redondos pechos. Y sin darme cuenta ella rodea con su mano mi pene en completa erección e inicia un movimiento de vaivén maravilloso, ascendiendo y descendiendo, mientras que yo, entre besos cada vez más enérgicos, consigo al fin quitarle las bragas.

Los dos estamos desnudos. Claudia me lleva hasta la ducha y abre el grifo, dejando que el agua templada se derrame sobre mí. Después se mete ella y seguimos con el juego en el que estábamos. Mi mano vuela de nuevo hacia su sexo y vuelvo a acariciarla despacio, sin prisa, hasta que al fin consigo meter un dedo dentro de ella, poco a poco. Lo meto y lo saco despacio procurando llevar exactamente el mismo ritmo que ella. Mi dedo índice llega a localizar su clítoris, donde dibujo pequeños círculos. Claudia me ruega que no pare, su cara habla por sí sola, mis labios acuden a los suyos otra vez y yo tampoco sé si voy a poder aguantar mucho más. De pie, uno en frente del otro, nos masturbamos a un ritmo suave, hasta que Claudia empieza a acelerar el ritmo de su mano y termino descargando en la bañera. He tenido uno de los orgasmos más placenteros de mi vida y me tiemblan hasta las piernas. Pero Claudia todavía no ha finalizado. Para darle un poco de variedad ahora introduzco dos dedos en su vagina. Mis dedos índice y corazón vuelven a repetir la misma maniobra. Claudia está cada vez más excitada, sus pezones

mojados terminan poniéndose duros, completamente redondos, y yo me esfuerzo subiendo el ritmo con mi mano. No pasan más de dos minutos cuando ella comienza a gemir con más fuerza; pese a que tengo el brazo cansado y un poco cargado no me detengo, pues lo que más me importa es dejarla satisfecha. Al poco rato ella gime y da gritos de placer.

—Este sí que ha estado bien, ¿verdad? —El agua sigue cayendo de la ducha pero Claudia la cierra enseguida.

—Un montón. Pero esto aún no ha terminado. Quiero más, cariño.

—¿Más? ¿De dónde sacas tanta energía? —le pregunto, algo asombrado.

—No lo sé, pero quiero cumplir el sueño de esta noche. Vamos cariño, un esfuerzo más.

Es impresionante todo lo que estamos aprendiendo el uno del otro. Sobre todo en estos temas. Seguimos dentro de la ducha. Vuelven los besos y las caricias aunque Claudia me exige un poco más de pasión. Consigue picarme y se me ocurre una gran idea. La cojo en brazos y la pego contra la pared. Su cara sigue mostrando una sonrisa maliciosa, aunque esta vez la postura no es la que ella se espera. La voy levantando un poco más, más y más arriba, hasta que sus piernas acaban apoyándose en mis hombros y mi espalda y consigo tener su sexo en el sitio perfecto para empezar el sexo oral. Nos cuesta un poco acomodarnos en esta posición, pero finalmente lo logramos. Mi lengua vuelve a la carga donde lame una y otra vez su zona prohibida. Hacia arriba y hacia abajo y en ambas direcciones. Mis hombros se sobrecargan un poco ya que están sosteniendo todo el peso de su cuerpo, pero no me importa, solo queda un esfuerzo más. Claudia suspira, goza, gime. Yo me pongo cachondo de lamerle el coño tantas veces, de su sabor a mujer, de oírla gemir, y es por eso que mi miembro vuelve a crecer pidiendo guerra...

—Fóllame, Adrián. A esto solo le falta la penetración...

Sus deseos son órdenes. Con cuidado la voy bajando. Otra vez los dos de pie, uno en frente del otro, desnudos. Claudia se lanza a mis brazos y la vuelvo a estampar contra la pared. Esta vez sí que hay penetración. La postura solo ha variado un poco, pero esta vez nos damos placer el uno al otro. Sus manos despeinan mi pelo y casi acaba arañándome la nuca. Nuestras cinturas marcan el compás del acto y el agua vuelve a descender por nuestros sudorosos



cuerpos. Nuestros besos surgen de forma espontánea y gemimos otra vez sin parar, al mismo tiempo esta vez, dándonos placer mutuamente y llegando a otro profundo y duradero orgasmo.

—¿Y a este momento, que nombre le ponemos? —le digo mientras cojo un poco de aire.

—El momento placentero del día, ¿no? Más claro, agua —dice mientras sigue sin ocultar su traviesa sonrisa.

—Te lo doy por bueno. Ya tenemos otro momento para recordar.

—O para repetirlo otro día... —me insinúa Claudia con cara de satisfecha.

—También es verdad.

Y tras esta conversación nos terminamos duchando juntos, algo que hasta ahora no habíamos hecho. Una vez que me visto entro en su cuarto mientras Claudia me prepara un zumo de naranja y un sándwich de jamón serrano. Me encanta cómo es. Cada vez que estoy con ella me siento como si siguiera aprendiendo nuevas cosas de la vida. Y no solo en el sexo. Su habitación está completamente ordenada, aunque hay una cosa en la que no puedo evitar fijarme siempre: su famoso jarrón azul. La curiosidad se apodera de mí siempre que lo veo. Es como si algo me dijera que lo mire por dentro, que me impulsa a cogerlo y echar un vistazo a su interior. Podríamos llamarlo intuición, presentimiento o quién sabe cómo. Doy un paso, otro más y vuelvo a observarlo. Durante unos segundos recuerdo lo que me dijo Claudia aquella tarde. El último deseo que escribió su padre en una de aquellas notas que encerraban en el jarrón, es que ella fuera feliz siempre, y digamos que ella, a partir de lo sucedido, decidió olvidarse del juego. Lo abro despacio y sin hacer ruido y... ¡No hay nada! Claudia se ha desprendido del último deseo que pidió su padre para ella. Eso significa que es feliz, y creo que yo soy parte de esa felicidad. Dejo el jarrón tal cual estaba.

—¿Qué estás haciendo? —grita Claudia desde la cocina.

—Nada cielo, voy a ayudarte. —Voy alegre, feliz, sintiéndome cada vez más unido a ella.

La ayudo a sacar los platos y los vasos, y a servir el zumo del exprimidor. Merendamos en el comedor y una vez que terminamos nos aposentamos,

abrazados, en el sofá. Ahora sí que ha llegado la calma. Caricias, la televisión puesta y el zumo que tomamos a sorbos desde el vaso.

—Claudia, gracias por hacerme tan feliz. —No puedo ocultar todo esto que llevo dentro. No puedo. Luego apaga la tele y nos quedamos en silencio, ella y yo, y nuestras miradas.

—Qué bobo eres. Y eso, ¿a qué viene? —De nuevo ella me susurra. Su mirada es tierna como un peluche.

—Pues te lo digo porque cada vez que estoy contigo soy otra persona; me siento totalmente diferente. —Puede que no sea la mejor explicación, pero es que tampoco me caracterizo por expresarme como un libro abierto. Claudia baja tímidamente la mirada, y por unos segundos se pone algo seria.

—¿Te pasa algo?

—No, nada. Bueno, no tenía pensado comentártelo hoy, pero no sé... — Parece un poco insegura. No sé muy bien de que se trata.

—Pues dímelo, ¿qué es eso que te preocupa? —Empiezo a inquietarme, aunque tampoco quiero desesperarme. Me tranquilizo y sigo hablando con ella.

—Verás... Llevo todo el verano pensando si seguir estudiando o empezar a trabajar y..., bueno, empecé a repartir curriculums y me han llamado.

—Pero eso..., ¡es una buena noticia! Alégrate, anda, y no pongas esa cara. —Finge una tímida sonrisa pero no está contenta.

—El trabajo está en Lyon, en Francia. Me gustaría trabajar fuera y aprender de verdad un idioma. Y de aquí a unos años, quién sabe, igual le saco provecho. —Me he quedado mudo. Pero, ¿por qué tengo tan mala suerte cuando mi pareja encuentra un empleo?

—En Lyon... —es lo único que se me ocurre decir—. ¿De cuánta duración es el contrato?

—De un año, con opción de renovar por otro año más.

—Está muy bien. ¿Y de qué sería?

—Pues en un hotel. Hacer camas, limpiar, fregar... No sé, me irán diciendo cosas una vez que llegue.

—Guay, mola. Tal y como están las cosas es una oportunidad, qué duda cabe. —Que la aproveche, total, no quiero ser yo quién le diga que se quede, frenarla y bloquear su futuro. Tiene talento para lo que se proponga.

—Adrián, quiero que te vengas conmigo. —Y ahora el que está bloqueado soy yo.

—¿Que me vaya contigo? ¿A Francia? No sé... No tengo ni idea de francés. —Trago saliva y me quedo pensando. Todo esto ha sido tan rápido...

—Pues lo aprendes. Yo tampoco sé hablarlo apenas, pero es un reto, una aventura. Imagínate tú y yo solos viviendo juntos en el extranjero. A mí me encantaría...

—¿Y cómo vamos a pagar el alquiler? ¿La compra? ¿La luz?

—Tendré un sueldo no muy allá, pero creo que será suficiente para mantenernos. Además mi madre me ayudará los meses que pueda.

—Pero no es eso. No quiero ser ningún mantenido.

—Y no lo vas a ser. Tú también vas a encontrar algún trabajo. Y mientras tanto no me importaría ayudarte. Lo sabes de sobra.

—Y el que tengo aquí..., qué hago, ¿lo dejo? No sé. —Mi indecisión no hace que Claudia se alegre, más bien todo lo contrario.

—¿Tu trabajo? ¿Y por qué te dedicas muchos días a repartir curriculums buscando otro empleo? ¿Ahora me vas a decir que trabajar en la copistería es el empleo de tus sueños?

—Ya sé que no; lo que quiero decir es que no están las cosas como para dejar el trabajo. ¿Por qué no vas tú primero y yo ya voy buscando por medio de internet y lo vamos hablando? —La respuesta que le doy a Claudia suena un poco a excusa porque en realidad no sé si soy capaz de irme tan lejos.

—Como quieras, claro. No voy a obligarte a venir.

Esto no puede ser verdad. Cuando mejor me van las cosas con Claudia aparece un empleo que la aleja de mí, y mucho. Otra vez un puesto de trabajo, otra vez distanciarme de una persona. ¿Y si me voy? ¿Qué hago yo en Lyon? ¡Si de francés apenas sé nada! Chapurrear lo más básico, y ni eso... Me he considerado muy torpe con los idiomas. Aunque, por otro lado, también lo

pienso y vivir con Claudia sería lo que más ilusión me podría hacer. Comparar juntos los precios de la compra, organizarnos en las tareas del hogar, preguntarle qué tal le ha ido durante su jornada laboral cuando llegue a casa... Pero, ¿y si yo no encuentro un empleo? ¿Y si acabo fracasando? Tengo miedo. Y le tengo miedo a todo, eso es lo peor. No sé si podré soportar mantenerme totalmente aislado cuando camine por las calles de Lyon y no enterarme de lo que está sucediendo a mi alrededor. Temo dejar escapar un sueldo a fin de mes, por pequeño que sea, y no encontrar otro. Tengo miedo de equivocarme. Pero lo que no soportaría sería perder a Claudia, a ella no. No quiero volver al pasado, estar solo y torturarme día y noche porque las cosas no salen como yo quiero.

Una vez escuché que cuantas más veces se equivoca uno mejor, porque más aprendes. La vida consiste en levantarse cada vez que te caes, en rectificar, corregir y avanzar. Para algunos este método es conocido como «el talento de equivocarse», porque el conseguir reponerse de los fracasos es una gran virtud. El miedo nos bloquea en muchas situaciones y nos impide progresar y tomar decisiones. Es por eso que tendemos a acercarnos a lo seguro, aunque después tampoco el mundo nos asegure nada. También oí una vez que el hombre solo le tiene miedo a la muerte, y que es por ello que cuando pierdes ese miedo todo lo demás da igual. Y yo estoy hecho un lío. No sé qué hacer, la verdad.

Tras seguir pensando y hablando un poco más con Claudia concluye la cita de hoy. La despedida no es de las más cariñosas, ni tampoco las palabras que se pierden en nuestros pensamientos.

—Piénsate lo que te he dicho, ¿vale?

—Claro. Ya hablamos, Claudia.

22

El momento de nuestras vidas

La indecisión sigue reinando en mi cabeza. Ya han pasado varios días desde nuestra última conversación, aquella en la que Claudia me pidió que me fuera con ella a Lyon. No, todavía no hemos hablado, ni nada. Ni tan siquiera he sido capaz de hacer una llamada para preguntarle: «¿Cómo estás?» O mandarle un mensaje para que, simplemente, dé señales de vida. Y lo peor de todo es que todavía no tengo claro qué voy a hacer. Por una parte sigo en las mismas, y el miedo sigue presente y me impide avanzar y dar ese paso tan importante. Pero por otra parte me imagino una vida en soledad, sin Claudia, con el corazón roto y sintiéndome culpable de lo que supondría para mí un

fracaso semejante. Me falta valentía, atrevimiento, y cogerla de la mano y explicarle todo lo que siento por ella; y decirle que sí, que quiero irme con ella. «Que me voy contigo sí o sí, porque no soy capaz de imaginarme una vida sin ti». Pero, ¿por qué todo es tan difícil? ¿Por qué tengo que dejar atrás a mi familia, a mis amigos, mi trabajo, mi sitio...?

Apenas consigo dormir por las noches, y en lo poco que he dormido mis sueños me han llevado hasta Lyon, a una ciudad que apenas conozco y donde era incapaz de comunicarme con nadie. Se ha convertido en algo obsesivo. Mis cambios radicales, desde la felicidad extrema a la melancolía más absoluta, se han hecho notar en mi familia. Y tampoco he sido lo suficientemente valiente como para dar una respuesta clara. Total, ni siquiera conocen a Claudia. No me veo capaz de explicar todo lo sucedido este verano.

Suena la melodía de mi móvil, es un *whatsapp* de Claudia.

«El tren sale en menos de una hora. Siento no haberte avisado antes. Si quieres despedirte ya sabes dónde estoy.»

¡Joder! ¡Joder! Y..., ¡joder! ¿No podía avisarme con más antelación? Tres días antes por lo menos, ¿no? Me dijo que se iba esta semana pero no concretó el día. Y ahora, ¿qué debo hacer? Esta vez no tengo tiempo para hablar con nadie, es más, esta última semana tampoco lo he hecho porque es una decisión que debía tomar únicamente yo. Me siento en una silla, suspiro, y pienso en todos nuestros momentos durante este verano, en aquella noche mágica, en nuestros días en la playa y en ella... En esa mirada donde se refleja todo un universo; en sus labios, su pelo, su cara, y hasta su voz. Soy capaz de recordarla como si la estuviese escuchando. Hay algo entre nosotros en mi memoria y es tan profundo que llego a perderme.

No tengo más tiempo que perder. Me voy, ya está decidido. No sé cómo lo voy a hacer pero me largo con ella. Solo faltan cincuenta minutos para que salga ese tren, ese tren con destino «desafío». Lo primero es quitarme el pijama y vestirme rápidamente. No importa lo que me ponga porque es lo de menos. Cojo unos vaqueros que tenía en la cama, el primer suéter que pillo del armario y, rápidamente, me cambio. Enseguida me pongo las zapatillas y voy directamente al aseo, a lavarme. Lo único que hago es hacerlo todo deprisa y evitar pensar en nada más, no vaya a ser que me arrepienta. Y es que si hay algo que cambiaría de mí es mi indecisión. Odio no tener las ideas claras

desde un principio, y en mi caso cualquier decisión es cuestión de tiempo, mucho tiempo. Además no sé cómo seré capaz de explicarle a mis padres que me he ido de casa, sin despedirme y lejos...

Cojo el móvil y empiezo a llamarla. Suena el primer tono, el segundo, el tercero y así varias veces, pero no lo descuelga. Esto no hace mejorar las cosas. Pero me da igual, evito pensar y hacer más suposiciones. Estoy ya harto de todo. Lo único que quiero es estar con Claudia, me da igual aquí, que en Lyon o en China. Y me da igual que no me coja la llamada porque entiendo su postura y comprendo su enfado. Claudia, voy a por ti. Me meto el móvil en el bolsillo, cojo la cartera y salgo disparado en busca del banco más cercano para sacar dinero de mi cuenta. Al menos tener suficiente para sacar el billete de tren, y lo que pueda necesitar durante el día. Faltan treinta y cinco minutos para que se vaya Claudia y en el cajero tengo a tres por delante. Es cuando más nervioso me pongo. El silencio en la sala, el calor pegajoso que se concentra y yo que me estoy volviendo loco, por lo que empiezo a agobiarme más de la cuenta. Al final saco el dinero; casi no leo lo que sale en la pantalla táctil y por azar marco la opción de sacar ciento cincuenta euros. Cojo aire y salgo corriendo del banco, con la cartera llena y pendiente del móvil por si me llama, pero Claudia sigue sin hacerlo. Lo vuelvo a intentar una vez más. Por lo menos quiero tranquilizarla, decirle que me voy con ella; que sí, que la decisión ya está tomada y que esté pendiente en la estación, que no se va a subir sola al tren. Pero es inútil, en esta segunda llamada tampoco me ha cogido el teléfono.

Sigo corriendo por la calle en dirección Renfe. Me quedan diez minutos aproximadamente y solo veinte para que ese tren haga que se me escape una nueva vida. No quiero perderla, eso lo tengo claro, y esta vez no voy a permitir que ocurra. Mis piernas parecen no tener freno y casi no puedo controlar la velocidad a la que me desplazo. Al mismo tiempo me encuentro tenso, con los puños cerrados y esforzándome en no pensar en nada más. Esto es una locura. Llego a la estación de trenes. Hay gente por todos lados. Me paro en mitad de la nada, observando a cada persona que pasa. Casi no puedo hablar. Me falta el aire y no hago otra cosa más que tratar de calmar la sensación de sofoco. Flexiono la espalda y apoyo los brazos en mis rodillas. Me cuesta un poco respirar, pero intento recuperarme lo suficiente, por lo menos para poder hablar. El tren está listo y solo faltan diez minutos para que



inicie su viaje. Sigo mirando, pero hay muchísima gente por todos los lados: gente mayor, personas bien vestidas que hacen pensar en que son de clase alta, niños acompañados de sus padres, e incluso algún inmigrante en busca de nuevas oportunidades.

—¡Claudia! —grito en voz alta a ver si me oye—. ¡Claudia! —vuelvo a gritar en medio de la multitud, más fuerte todavía, pero parece imposible que pueda oírme entre todo ese gentío.

Comienzo a observar las ventanillas del tren por si ya estuviera dentro pero me sirve de poco. Los cristales son bastante opacos y apenas puedo distinguir las caras de la gente que hay dentro del tren. Recorro desde fuera toda la longitud del ferrocarril pero tampoco me ayuda. No hay ni rastro de Claudia. Cojo el móvil y vuelvo a llamarla una vez más. Es mi última esperanza. Solo me quedan cinco minutos. Un tono, dos, tres...

—¿Adrián? —me dice, mientras me toca el hombro.

¡Es ella! Lleva una maleta a ruedas, zapatos de charol, pantalón largo color negro y una camiseta de color morado. Esta vez lleva el pelo recogido con una coleta y su *piercing* en la nariz, y no me da tiempo a fijarme si lleva el colgante que ha lucido todo este verano. Meto rápidamente mi móvil en el bolsillo.

—¿Has venido a despedirte? —Todavía no he recuperado del todo el aliento. Los latidos de mi corazón siguen siendo acelerados y mi respiración agitada. Hago un último esfuerzo y hablo.

—No. Me voy contigo, Claudia. Perdóname si no he sido capaz de llamarte antes para decírtelo; perdona si me ha faltado valor, pero ya está decidido. Voy a subir contigo a ese tren.

—No digas tonterías. Si ni siquiera has comprado los billetes —contesta—. ¿Y tú maleta? —Esperaba que se ilusionara, que me diera un abrazo y me dijera «sabía que no me fallarías», pero no ha sido así. Ni siquiera se ha sorprendido de lo que le he dicho.

—Lo sé, lo sé. Ahora mismo voy a sacar los billetes. Y la maleta pues ya se verá. A la aventura. —Sonrío. Quiero convencerla de que le estoy siendo sincero, que lo doy todo por ella.

—Está muy bien todo lo que me estás diciendo pero yo no quiero presionarte para dejar todo esto. Tenías razón. No puedo obligarte a que dejes tu trabajo, ni que dejes atrás a tu familia y que empieces una nueva vida por mí. Lo que te quise decir es que me encantaría que vinieras conmigo, pero tampoco soy quién para forzarte.

Suena el altavoz recordando que, en solo dos minutos, el tren inicia su salida. Tengo que darme prisa para convencerla y sacar los billetes como sea.

—¡Espera! Claudia, este verano me he dado cuenta de muchas cosas. Me he dado cuenta de lo bonita que puede ser la vida cuando tienes a tu lado a esa persona que tanto deseas. Por ti he sentido cosas que jamás pensé en volver a sentir. Quiero estar contigo y me da igual dónde.

—Es muy bonito lo que has dicho, pero... —Entonces sonrío. Su mirada y la mía se cruzan y se quedan fijas la una en la otra. Yo también sonrío, y una vez recuperado de mi falta de aire continúo.

—Haz una cosa por favor. Recuerda ahora mismo todos nuestros momentos. Pero recuérdalos desde que nos conocemos. Cada momento que hemos sonreído, que hemos disfrutado, cada momento que nos ha hecho felices...; recuerda todo eso y aquellos de esos momentos que inmortalizarías... —Claudia rememora durante unos segundos todo aquello que pasa por su cabeza, pero no hay tiempo para mucho más.

—Han sido los mejores momentos de mi vida —dice ella—. Pero los momentos tan solo son momentos. Una vez escuché que un momento dura exactamente noventa segundos, ese es su tiempo de duración. Luego se terminan, y se van.

—Pues entonces quédate con este momento. El momento de nuestras vidas. Quiero que este momento signifique un antes y un después para nosotros. Quiero que este momento lo recordemos para toda la vida, aquí en este andén, y que un día podamos contar a nuestros hijos lo que cambió para nosotros gracias a esta conversación, gracias a estos noventa segundos. El momento de nuestras vidas.

La gente comienza a correr en todas direcciones. Unos a la derecha, otros hacia la izquierda...; todos buscan esas puertas a las que solo quedan segundos para cerrarse. Claudia me sonrío una vez más, pero no encuentra

palabras. Se da media vuelta y entra en el tren...

—Claudia, no...—Pero ya no puede oírme.

Se pierde entre la muchedumbre hasta que dejo de verla. Las puertas se cierran. Ya no hay marcha atrás. Claudia se va a Lyon y yo me quedo aquí, aunque he estado dispuesto a irme con ella. Suena la sirena del tren, anunciando el inicio de una aventura para muchos, entre ellos Claudia. Los vagones se alejan suavemente de mí, con el clásico traqueteo que lanzan desde las vías. Y yo...; yo me quedo parado, en medio de la nada, de un gran vacío, sin comprender cómo la he podido dejar escapar, y todo por culpa de mi indecisión. El tren ha desaparecido de mi vista. Suspiro y regreso a casa, cabizbajo, y esta vez sin prisas, como era de esperar.

23

Quererte es como montar en bici...  
porque nunca se olvida

Ya pasó todo. Me equivoqué. Naturalmente que me equivoqué. Primero lo hice con Gema cegándome en un amor del que solo fui autor; me empeñé en escribir una historia donde mi actriz principal dejó de hacer el papel correspondiente. A veces viene bien mirar el pasado para aprender, corregir y avanzar. Y también me equivoqué con Claudia. Cuestioné nuestra relación en base a una absurda diferencia de edad y puse en duda lo que éramos; y más aún, de lo que habríamos sido capaces. Siempre me ha costado confiar en una persona, y por eso puse en duda que ella lo diera todo por mí, que fuese capaz de comprometerse, y por eso me volví a equivocar.

Me levanto de la silla y miro al frente. Todo esto es nuevo para mí. Respiro

y cojo aire. Sí, tengo a Claudia delante; ella está de espaldas asomada al balcón. Me dirijo hacia ella, con sigilo. Le abrazo por detrás, lentamente, mientras percibo su perfume, su olor. Ella eleva su mano hacia mi cara para hacerme una caricia. Y es que es tanto lo que la quiero... Nada más llegar a Lyon, Claudia no tardó en llamarme. Me contó que durante el viaje estuvo reflexionando, y que si era verdad todo lo que le había dicho que por qué no iba a venir. Sabía que yo acabaría llamando y que lo nuestro no podía terminar en ese andén; no de aquella manera con ese final, ni tampoco en aquel momento.

Así que lo único que hice es hacer las cosas bien hechas, con calma. Les conté a mis padres que había conocido a una chica muy especial, y que aunque solo lleváramos unos meses juntos tenía que trasladarme por un tiempo a Lyon para estar con ella, porque era a ella a quien yo realmente quería. Para ellos resultó una auténtica sorpresa, sobre todo por la decisión de irme al extranjero, pero lo acabaron aceptando y, además, mejor de lo que esperaba. También me fui de mi empleo. Educadamente y de la mejor manera, me despedí de quién había sido mi jefe durante tanto tiempo, dándole a él la misma explicación que a mis padres. Ambos nos deseamos lo mejor y, por qué no, contemplamos la posibilidad de volver a coincidir más adelante, aunque ahora eso lo veo muy difícil. Y por supuesto me despedí de mis amigos, especialmente de Antonio que, desde siempre, ha estado a mi lado, ayudándome con sus consejos en todo aquello que ha podido. Lo que más le sorprendió de todo es que me fuera sin consultarlo con nadie, tomando mis propias decisiones y centrando de nuevo, todo mi interés, en una persona.

Han pasado ya dos meses desde mi mudanza. Estamos en noviembre y lo llevo medianamente bien. Al fin y al cabo todo es acostumbrarse. Respecto al clima, el invierno llega mucho antes que en España, algo que llevo genial porque me gusta mucho más que el verano. Y aunque a Claudia le gusta llevarme la contraria siempre encuentro la excusa perfecta para ver el lado positivo a estos días grises. En cuanto al tema del trabajo ella lo lleva bastante bien. Se queja bastante al llegar a casa, pero está aprendiendo rápido el francés. Y yo digamos que al revés, que he encontrado empleo en el almacén de un supermercado y el idioma no lo entiendo de ninguna manera. Lo que sí me ha quedado claro es cuando me están metiendo prisa con la famosa frase «*Plus vite, allez!*», que me repiten unas cuántas veces a lo largo del día. Tuve

mucha suerte, la verdad, algo que Claudia me recuerda en más de una ocasión, sobre todo cuando saco mi lado más pesimista.

Pero lo más importante de todo es que sigo con Claudia. No importa que tengamos un mal día o que no me entere de nada de lo que me digan, porque cuando llego a casa ella me está esperando. Es entonces cuando sonrío y me doy cuenta de lo afortunado que soy. Y entre tareas de la casa, el trabajo y sus estudios, no hay día que no falte nuestro clásico momento, algunos más inesperados y otros más buscados. Momentos que se repiten y momentos que seguimos considerando únicos. Y aunque los momentos se acaban, siempre dan lugar a otros nuevos y a veces hasta momentos aún mejores de lo que esperábamos.

Mis manos rodean la cintura de Claudia. Me abrazo un poco más a ella mientras le regalo un gesto de cariño. Le doy un beso en la cara y le susurro:

—Quererte es como montar en bici...—Ella se gira lentamente y sonrío. Me da un beso en los labios y responde también en voz baja.

—Porque nunca se olvida...

# Epílogo

Y pasaron los días, los meses y también los años. Como la naturaleza, todo aquello que está en movimiento sigue su curso. Lo mismo les pasó a nuestros



protagonistas. Una vez cumplidos los dos años de contrato que tenía Claudia en Lyon, ella y Adrián regresaron a España en busca de una segunda oportunidad. Pero la primera noticia que recibieron fue la invitación de boda que les entregaron, por sorpresa, Antonio y Rebeca. Sí, ellos fueron los primeros en casarse después de vivir un noviazgo que duró muchos años. Santi también regresó a España, y no solo a causa de la invitación a la famosa ceremonia de la boda de Antonio. Al fin, con paciencia y esfuerzo, Santi consiguió un empleo en el que pudo sacar provecho de todo lo que había aprendido, empezando por el inglés.

Respecto a Gema ya no se supo más de ella. Aquel encuentro en la tienda de ropa fue la última vez que ella y Adrián se cruzaron. Posiblemente también se decidiera a cambiar de aires en busca de su momento y su oportunidad. Con Carlos o sin él, lo que sí que es seguro es que fue explorando nuevos retos en busca de la felicidad, dispuesta a equivocarse y a rectificar, y también a vivir.

Y los que sí que siguieron juntos fueron Claudia y Adrián. Cuando regresaron a España obtuvieron el recibimiento esperado. Al fin, Adrián presentó a Claudia a sus padres, y ella correspondió de la misma manera con su propia familia, si bien ella nunca jamás recibió noticias de su padre desde aquella nota encontrada en el «jarrón de sus sueños». Claudia empezó a estudiar la carrera de turismo dispuesta a aprovechar todo lo que estaba aprendiendo y contó siempre con el apoyo de Adrián, con su cariño y su respeto. Cada día que pasaron juntos siguió siendo una aventura para ellos, una oportunidad para seguir coleccionando todos aquellos instantes a los que ellos llamaron «sus momentos». Siguieron siempre abiertos a rectificar cada vez que se equivocaban, a tratar de enmendar sus errores e intentar hacer las cosas siempre juntos. Adrián no consiguió encontrar trabajo como nutricionista, que es para lo que se había preparado. Con el tiempo se fue dando cuenta de que había algo que quería hacer y que le gustaba mucho más que todo lo que había estudiado. Además, quería hacerlo con la intención de hacer disfrutar y reflexionar a otros sobre todas aquellas cosas que le pasaban. Lo habéis adivinado, ¿verdad?

# BIOGRAFÍA



## DATOS BÁSICOS DEL AUTOR

**Nombre completo:** Javier Carrascosa Adrián

**Lugar de nacimiento:** Municipio de Alcoy, Alicante, España.

**Fecha de nacimiento:** 19 de febrero de 1989

## **Géneros literarios: Novela romántica**

### **BIOGRAFÍA**

Javier Carrascosa Adrián nació en Alcoy (Alicante) el 19 de febrero de 1989. Especializado en deporte y actividad física, en la actualidad trabaja como instructor y socorrista de natación, monitor de gimnasio y director de actividades deportivas. Adicto a las comedias románticas, a mediados de 2015 pensó en embarcarse en el mundo de la escritura y relatar sus experiencias, algo que ya pensaba desde su infancia.

# Sinopsis

Adrián es un chico joven que se considera afortunado; no es millonario ni ha logrado el trabajo de sus sueños, pero tiene a la chica que tanto deseaba, Gema. Pero la vida está llena de altibajos, y después de una larga relación todo empezará a torcerse hasta venirse abajo. Sorprendido por la ruptura y sin encontrar una explicación lógica, nuestro protagonista tratará de recorrer las diferentes sendas que la vida le muestra, con ánimo de llenar su mundo de un mar de nuevos sentimientos. Hundido en la soledad y sin apenas esperanza, conocerá a una nueva chica, aunque esta vez todo va a resultar diferente a lo que él esperaba.

Formas completamente diferentes de vivir el amor, unidas a la duda y a la indecisión, y a la mezcla de pasión, sexo y romanticismo, hacen reflexionar al lector sobre los avatares de la vida y las diferentes formas de acercarnos a ese sentimiento universal que todos anhelamos: el amor.

¿Terminará Adrián con la chica que tantos cambios está propiciando en su vida? ¿Con qué nuevos retos sorprenderá el destino a esta pareja? Una historia llena de situaciones únicas que te divertirá, te seducirá y te hará recapacitar

acerca de esos momentos clave en la vida de una persona, y por los que hemos pasado la mayoría de nosotros.